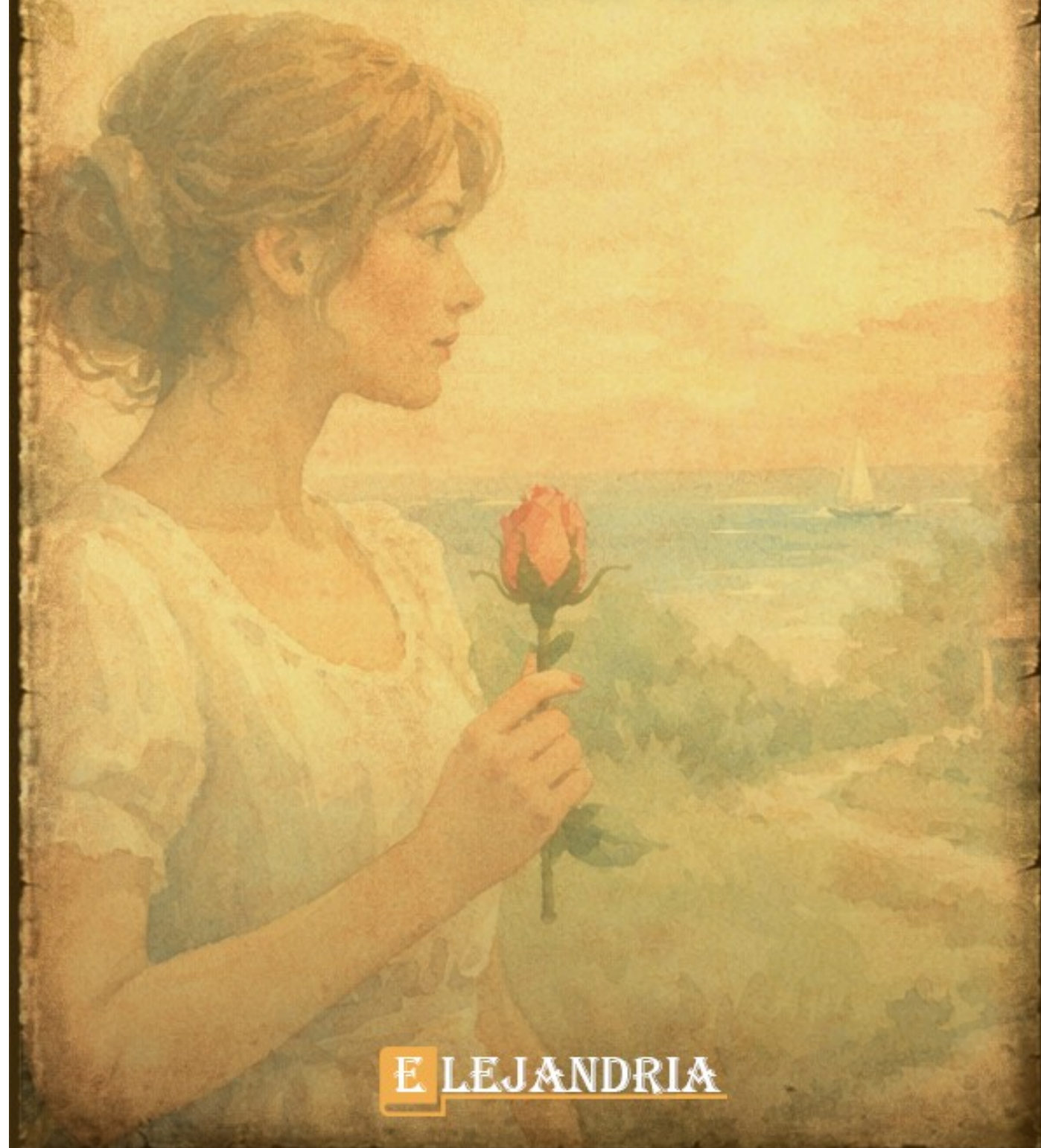


Louisa May Alcott

Rosa en flor



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ROSA EN FLOR

LOUISA MAY ALCOTT

**PUBLICADO: 1876
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO 1

DE VUELTA A CASA

Tres jóvenes aguardaban juntos en un muelle una luminosa mañana de octubre la llegada de un vapor transatlántico, con una impaciencia que encontraba salida en animadas escaramuzas con un chiquillo que merodeaba por el lugar como un fuego fatuo y procuraba gran diversión a los demás grupos allí reunidos.

—Son los Campbell, esperando a su prima, que lleva varios años en el extranjero con su tío, el médico —cuchicheó una señora a otra cuando el más apuesto de los jóvenes se tocó el sombrero al pasar ante ella, arrastrando al muchacho, al que acababa de rescatar de una pequeña expedición entre los pilotos.

—¿Cuál de ellos? —preguntó la desconocida.

—El príncipe Charlie, como lo llaman: un muchacho excelente, el más prometedor de los siete, aunque un poco alocado, según dicen —respondió la primera con un meneo de cabeza.

—¿Y los otros son hermanos suyos?

—No, primos. El mayor es Archie, un joven de lo más ejemplar. Acaba de incorporarse al negocio de su tío el comerciante y tiene visos de honrar a su familia. El otro, el de los quevedos y sin guantes, es Mac, el raro, recién salido de la universidad.

—¿Y el niño?

—Ah, ése es Jamie, el hermano menor de Archibald, el consentido de toda la familia. ¡Válgame Dios, que se va a caer si no le sujetan!

La charla de las señoras se cortó en seco en ese preciso instante, pues para cuando sacaron a Jamie de un tonel, el vapor apareció a la vista y todo lo demás quedó en el olvido. Al virar lentamente para entrar en el muelle, una voz infantil gritó:

—¡Ahí está! ¡Veo a tía y al tío y a Phebe! ¡Viva la prima Rose!

Y Jamie lanzó tres hurras con toda el alma, plantado sobre un poste y agitando los brazos como un molinete, mientras su hermano lo sujetaba por el faldón de la chaqueta.

Y sí, allí estaban: el tío Alec, agitando el sombrero como un chiquillo; Phebe, sonriente y saludando con la cabeza a un lado; y Rose, al otro, enviando besos con ambas manos llena de alegría al reconocer caras conocidas y escuchar voces familiares que la daban la bienvenida.

—¡Bendita sea, que está más guapa que nunca! ¡Parece una Madona con esa capa azul y el pelo rubio volando al viento! —exclamó Charlie con exaltación mientras observaban con ojos ansiosos al grupo sobre la cubierta.

—Las madonas no llevan sombreros así. Rose no ha cambiado mucho, pero Phebe sí. ¡Vaya, si es una verdadera beldad! —respondió Archie, mirando con toda su alma a la joven de ojos negros, el color encendido y las lustrosas trenzas negras reluciendo al sol.

—¡El querido tío! ¿No es una dicha tenerlo de vuelta? —fue lo único que dijo Mac, aunque no miraba al «querido tío» mientras lo decía, pues sus ojos sólo veían a la esbelta muchacha rubia que estaba cerca, y extendió las manos para alcanzar las suyas, olvidando el agua verde que se arremolinaba entre ambos.

En la breve confusión que reinó mientras el vapor se amarraba, Rose miró hacia abajo, a los cuatro rostros vueltos hacia el suyo, y creyó leer en

ellos algo que a la vez la complacía y la entristecía. Fue sólo una ojeada, y sus propios ojos estaban anegados, pero a través de la niebla de las lágrimas de alegría recibió la impresión de que Archie seguía siendo más o menos el mismo, de que Mac había mejorado notablemente y de que algo no iba bien con Charlie. No hubo tiempo para observar más, sin embargo, pues al instante se desató el tropel hacia tierra y, antes de que pudiera asir su bolso de viaje, Jamie ya se le había aferrado como un oseño extático. Con dificultad la soltaron de sus brazos para que cayera en los más suaves de los primos mayores, que aprovecharon la agitación general para recibir a las dos lozanas muchachas con afectuosa imparcialidad. Luego los viajeros fueron conducidos a tierra en procesión triunfal, mientras Jamie bailaba jigs de arrebató delante de ellos hasta en la pasarela.

Archie se quedó a ayudar a su tío a sacar el equipaje de la aduana, y los demás escoltaron a las jóvenes hasta casa. No bien quedaron encerrados en un carruaje, sin embargo, pareció caer sobre todos ellos una nueva y extraña reserva, pues comprendieron de golpe que sus antiguos compañeros de juego eran ya hombres y mujeres. Por fortuna, Jamie estaba muy lejos de sentir tal encogimiento y, sentado como una cuña entre las dos señoras, se tomó toda suerte de libertades con ellas y sus pertenencias.

—Bueno, monigote, ¿qué te parece? —preguntó Rose para romper un silencio embarazoso.

—Las dos habéis crecido tanto en guapura que no sé con cuál quedarme. Phebe es la más alta y la más vistosa, y siempre me ha gustado Phebe, pero tú tienes no sé qué de dulce y precioso que creo que tengo que volverte a abrazar —y el pequeño lo hizo con ímpetu.

—Si me quieres más a mí, no me importará lo más mínimo que pienses que Phebe es la más guapa, porque lo es. ¿Verdad que sí, chicos? —preguntó Rose, con una mirada traviesa a los caballeros del asiento de enfrente, cuya expresión de respetuosa admiración la divertía mucho.

—Estoy tan deslumbrado por la brillantez y la belleza que de repente me han caído encima que me faltan palabras para expresar mis emociones —respondió Charlie con galantería, esquivando hábilmente la pregunta comprometida.

— Yo aún no puedo opinar, porque no he tenido tiempo de fijarme bien en nadie. Lo haré ahora mismo, si no os importa.

Y, con gran regocijo de los presentes, Mac se ajustó solemnemente los quevedos y tomó debida nota.

— ¿Y bien? — dijo Phebe, sonriendo y ruborizándose bajo su mirada franca, aunque sin resentirla como sí resentía la aprobación despótica que la llevaba a responder al destello de los audaces ojos azules de Charlie con uno de sus propios ojos negros.

— Creo que si fueras mi hermana me sentiría muy orgulloso de ti, porque tu cara refleja lo que yo admiro más que la belleza: la verdad y el valor, Phebe — respondió Mac con una pequeña reverencia tan cargada de genuino respeto que la sorpresa y el placer hicieron asomar un súbito brillo a los ojos de la muchacha y aplacaron el orgullo susceptible de su corazón.

Rose aplaudió exactamente como solía hacer cuando algo la alegraba y miró a Mac con aprobación mientras decía:

— Eso sí que es una crítica que vale algo, y te lo agradecemos. Estaba segura de que admirarías a mi Phebe cuando la conocieras, pero no creía que fueras bastante perspicaz para verlo de inmediato, y has subido muchos enteros en mi estima, te lo aseguro.

— Siempre me ha gustado la mineralogía — recordaréis —, y últimamente he estado dando muchos golpecitos por ahí, así que he aprendido a reconocer los metales preciosos cuando los veo — dijo Mac con su sagaz sonrisa.

— ¿Es ésa la última afición, entonces? Tus cartas nos han divertido enormemente; cada una traía una nueva teoría o un nuevo experimento, y la más reciente era siempre la mejor. Creí que el tío moriría de risa con la manía vegetariana: era tan gracioso imaginarte viviendo de pan con leche, manzanas al horno y patatas asadas en tu propia lumbre — continuó Rose, cambiando de tema.

— Este viejo ha sido el hazmerreír de su clase. Le llamaban don Quijote, y la manera en que arremetía contra toda clase de molinos de viento era digna de verse — intervino Charlie, dando evidentemente a entender que ya habían palmoteado bastante la espalda de Mac.

—Pero pese a todo el don se licenció con todos los honores. ¡Ay, qué orgullosa estaba yo cuando la tía Jane nos lo escribió, y cómo se regocijó ella de que su chico se mantuviera a la cabeza de su clase y ganara la medalla! —exclamó Rose, sacudiendo a Mac de ambas manos de un modo que hizo desear a Charlie que «el viejo» se hubiera quedado con el doctor Alec.

—Vamos, eso son tonterías de mamá. Empecé antes que los otros y me gustaba más, de modo que no merezco ningún elogio. Prince tiene razón, sin embargo: sí que hice el ridículo a conciencia, pero en conjunto no estoy seguro de que mis locuras de juventud no fueran mejores que algunas que he visto sembrar. En todo caso, no costaron mucho y no me han dejado peor —dijo Mac con tranquilidad.

—Yo sé lo que significa «locuras de juventud». Oí al tío Mac decir que Charlie las estaba sembrando demasiado deprisa, y le pregunté a mamá, y ella me lo explicó. Y sé que le expulsaron o le suspendieron —no recuerdo cuál de las dos—, pero fuera lo que fuera era algo malo, y la tía Clara lloró —añadió Jamie todo de un tirón, pues poseía el funesto don de hacer las observaciones más inoportunas, lo que lo convertía en el terror de su familia.

—¿Quieres volver al pescante? —exigió saber el Príncipe con una mirada de advertencia.

—No quiero.

—Pues cierra la boca.

—Bueno, Mac no tenía por qué darme una patada, porque yo sólo estaba... —empezó el culpable, intentando inocentemente agravar lo ya de por sí malo.

—Eso es suficiente —interrumpió Charlie con severidad, y James enmudeció, un muchacho aplastado, consolándose con el reloj nuevo de Rose por las indignidades que sufría a manos de «los viejos», como llamaba con rencor a sus mayores.

Mac y Charlie se pusieron al instante a hablar a toda velocidad, sacando toda suerte de temas agradables con tal éxito que las carcajadas hacían volver la cabeza a los transeúntes, que sonreían con simpatía ante aquella carga tan alegre.

Una avalancha de tías cayó sobre Rose en cuanto llegó a casa, y durante el resto del día la vieja mansión zumbó como una colmena. Al llegar la noche, toda la tribu se había congregado en los salones, con la excepción de la tía Peace, cuyo lugar estaba vacío ya.

Naturalmente, los mayores acabaron formando un grupo aparte, y los jóvenes se agruparon en torno a las muchachas como mariposas alrededor de dos flores atractivas. El doctor Alec era la figura central en un salón y Rose en el otro, pues la niña a quien todos habían querido y mimado había florecido en una mujer, y dos años de ausencia habían operado un curioso cambio en la posición relativa de los primos, especialmente los tres mayores, que la contemplaban con una mezcla de afecto infantil y admiración viril que resultaba a la vez nueva y grata.

Había en ella algo dulce pero vivo que los fascinaba y picaba su curiosidad, pues no era del todo igual que otras muchachas y los sorprendía de cuando en cuando con alguna observación o actitud de independencia que los hacía mirarse entre sí con una sonrisa socarrona, como recordando que Rose era «la chica del tío».

Escuchemos, como es nuestro deber, lo que dicen los mayores primero, que ya están levantando castillos en el aire para que los jóvenes los habiten.

—Querida criatura, ¡qué alegría verla de vuelta, tan sana y feliz y fiel a su dulce yo de siempre! —dijo la tía Plenty, juntando las manos como en acción de gracias por una gran dicha.

—No me sorprendería que descubrieras que has traído un tizón a la familia, Alec. Dos, en realidad, pues Phebe es una muchacha excelente, y los chicos ya se han dado cuenta si no me equivoco —añadió el tío Mac, con un gesto hacia el otro salón.

Todas las miradas le siguieron, y un cuadro harto elocuente se ofreció al público paternal y maternal del salón del fondo.

Rose y Phebe, sentadas juntas en el sofá, habían asumido evidentemente desde el primer instante los puestos que estaban destinadas a ocupar por derecho de juventud, sexo y belleza, pues Phebe hacía tiempo que había dejado de ser la doncella para convertirse en la amiga, y Rose tenía intención de dejar ese hecho bien establecido.

Jamie ocupaba la alfombra, en la que Will y Geordie hacían guardia a sus anchas, mostrando sus uniformes con la mejor ventaja posible, pues estaban ya en un gran colegio donde el ejercicio militar era la delicia de sus almas. Steve posaba con elegancia en un sillón, con Mac recostado sobre el respaldo, mientras Archie se apoyaba en una esquina de la baja repisa de la chimenea y miraba a Phebe, que escuchaba su charla con los labios sonrientes y las mejillas casi tan encendidas como los claveles de su cinturón.

Pero Charlie era particularmente efectivo, aunque estuviera sentado en un taburete de piano, esa postura tan ingrata para cualquier hombre que no tenga gracia en el manejo de sus piernas. Por fortuna el Príncipe la tenía, y había adoptado una postura desenfadada, con un brazo sobre el respaldo del sofá, la hermosa cabeza levemente inclinada, monopolizando a Rose con aire devoto y una expresión de contentamiento muy favorecedora en el rostro.

La tía Clara sonrió como muy complacida; la tía Jessie parecía pensativa; los ojos perspicaces de la tía Jane iban del apuesto Steve al corpulento Mac con una mirada ansiosa; la señora Myra murmuró algo sobre su «bendita Caroline»; y la tía Plenty dijo con calor:

— ¡Benditos sean! Cualquiera estaría orgulloso de tamaña manada de bairns tan hermosos.

— Estoy lista para hacer de carabina cuando usted guste, Alec, pues supongo que la querida chica saldrá en sociedad en seguida, ya que no lo hizo antes de que usted se marchara. No creo que me necesiten mucho tiempo, pues con todas sus ventajas la llevarán al altar en su primera temporada o me llevo una gran sorpresa —dijo la señora Clara con gestos y sonrisas significativos.

— Todos esos asuntos habrá que arreglarlos con Rose. Yo ya no soy el capitán; sólo el primer oficial, ¿sabe? —respondió el doctor Alec, añadiendo con seriedad, casi para sí mismo, casi para su hermano—: Me pregunto por qué la gente tiene tanta prisa en «presentar» a sus hijas, como se dice. A mí me resulta casi patético ver a una muchacha en el umbral del mundo, tan inocente y llena de esperanza, tan ignorante de todo lo que le aguarda y por lo general tan mal preparada para hacer frente a los altibajos de la vida. Cumplimos mejor nuestro deber con los chicos, pero las pobres mujeres rara vez van provistas de armadura que valga, y tarde o temprano la necesi-

tan sin falta, pues cada cual debe librar su propia batalla, y sólo las valientes y las fuertes pueden ganarla.

—No puedes reprocharte abandono de esa clase, Alec, pues has cumplido fielmente tu deber con la hija de George, y te envidio el orgullo y la dicha de tener una hija así, que eso es lo que ella es para ti —respondió el viejo Mac, revelando inesperadamente esa ternura paternal que los hombres raramente sienten por sus hijos varones.

—Lo he intentado, Mac, y me siento orgulloso y dichoso, pero cada año parece que mi inquietud crece. He procurado preparar a Rose para lo que pueda venir, en la medida en que soy capaz de preverlo, pero ahora debe valerse sola, y todos mis cuidados son impotentes para evitar que su corazón sufra, que la vida la entristezca con errores o la frustren los actos ajenos. Sólo puedo estar presto a compartir sus alegrías y sus penas y ver cómo va forjando su vida.

—Pero, Alec, ¿qué tiene pensado hacer la criatura para que pongas esa cara tan solemne? —exclamó la señora Clara, que parecía haberse arrogado ya cierto derecho sobre Rose.

—¡Escuchad! Que os lo cuente ella misma —respondió el doctor Alec, cuando se oyó la voz de Rose diciendo con mucha seriedad—: Ahora que me habéis contado todos vuestros planes de futuro, ¿por qué no nos preguntáis los nuestros?

—Porque sabemos que para una muchacha bonita sólo hay una cosa que hacer: romper una docena de corazones más o menos antes de encontrar uno que le convenga, y luego casarse y quedarse en casa —respondió Charlie, como si no cupiera otra respuesta.

—Eso podrá ser así para muchas, pero no para nosotras, pues Phebe y yo creemos que es tanto un derecho como un deber de las mujeres hacer algo con su vida al igual que los hombres, y no nos contentamos con los papeles tan frívolos que nos asignáis —dijo Rose con los ojos encendidos—. Hablo en serio, y no podéis hacerme callar a fuerza de risas. ¿Estarías tú satisfecho si te dijeran que te diviertas un poco y luego te cases y no hagas nada más hasta que mueras? —añadió, volviéndose hacia Archie.

—Desde luego que no: eso es sólo una parte de la vida de un hombre —respondió él con rotundidad.

—Una parte muy preciada y hermosa, pero sólo una parte —continuó Rose—. Y así debe ser también para la mujer, pues tenemos inteligencia y alma además de corazón; ambición y talento además de belleza y habilidades; y queremos vivir y aprender además de amar y ser amadas. ¡Estoy harta de que me digan que para eso es para lo único que sirve una mujer! No quiero saber nada del amor hasta que demuestre que soy algo más que ama de casa y niñera.

—¡Cielo santo! ¡Aquí tenemos los derechos de la mujer en toda su gloria! —exclamó Charlie, levantándose de un salto con horror simulado, mientras los demás miraban a Rose con una mezcla de sorpresa y diversión, dando evidentemente a entender que lo tomaban por uno de esos arrebatos propios de las chicas.

—Ah, no os hagáis los escandalizados: ya os pondréis serios, pues esto no es más que el comienzo de mi carácter resuelto —continuó Rose, sin dejarse arredrar por las sonrisas de burlona incredulidad o de mofa en los rostros de sus primos—. He decidido no dejarme escamotear las cosas verdaderas que hacen a uno bueno y feliz y, por el mero hecho de ser una chica rica, cruzarme de brazos y dejarme llevar como hacen tantas. No he vivido todos estos años con Phebe en vano. Sé lo que el valor y la confianza en una misma pueden hacer por alguien, y a veces desearía no tener un céntimo en el mundo para poder ir a ganarme el pan junto a ella y ser tan valiente e independiente como ella lo será muy pronto.

Era evidente que Rose hablaba en serio, pues al decir esto se volvió hacia su amiga con tal mezcla de respeto y amor en el rostro que la mirada decía mejor que cualquier palabra cuánto apreciaba la muchacha rica las virtudes que la dura experiencia había dado a la pobre, y con qué ardor deseaba merecer lo que toda su fortuna no podía comprarle.

Algo en la mirada que se cruzaron las dos amigas impresionó a los jóvenes a pesar de sus prejuicios, y fue en tono perfectamente serio como Archie dijo:

—Me parece que tendrás trabajo de sobra, prima, si lo quieres, pues he oído decir que la riqueza tiene sus tribulaciones y sus pruebas igual que la pobreza.

—Lo sé, y voy a intentar ocupar bien mi lugar. Tengo algunos planes pequeños pero excelentes ya trazados, y he empezado a estudiar mi profesión —respondió Rose con un enérgico gesto de cabeza.

—¿Podría preguntarse cuál va a ser? —inquirió Charlie en tono reverente.

—¡Adivinadlo! —y Rose le miró con una expresión mitad seria mitad risueña.

—Bien, yo diría que estás hecha para ser una beldad y una figura de sociedad, pero como eso no es evidentemente de tu gusto, me temo que vas a estudiar medicina y a hacerte doctora. Aunque eso sí, ¡qué bien van a morir tus enfermos! Será fácil morirse con un ángel que los envenene.

—Vamos, Charlie, qué bajo es eso de tu parte, sabiéndose el éxito que han alcanzado las mujeres en esa profesión y el consuelo que fue la doctora Mary Kirk para la querida tía Peace. Yo sí quería estudiar medicina, pero el tío pensó que no era conveniente tener tantos médicos en una sola familia, ya que Mac piensa intentarlo. Además, parece que tengo entre manos otro trabajo para el que estoy mejor preparada.

—Estás hecha para todo lo que sea generoso y bueno, y te apoyo pase lo que pase, sea lo que sea lo que hayas elegido —exclamó Mac con calor, pues ése era un modo de hablar nuevo viniendo de labios de una muchacha, y le gustaba enormemente.

—La filantropía es una profesión generosa, buena y hermosa, y la he elegido como la mía porque tengo mucho que dar. Sólo soy la administradora de la fortuna que papá me dejó, y creo que si la uso sabiamente para la felicidad de los demás, estará mejor empleada que si la guardo toda para mí.

Esto se dijo con mucha sencillez y dulzura, pero fue curioso ver cuán diferente fue la acogida entre los distintos oyentes.

Charlie lanzó una mirada rápida a su madre, quien exclamó como a su pesar:

—Ahora, Alec, ¿vas a dejar que esa chica dilapide una buena fortuna en toda clase de tonterías caritativas y planes descabellados para acabar con el pauperismo y el crimen?

—«El que da al pobre presta al Señor, y el que practica el cristianismo como debe es el que Él más quiere» —fue todo lo que respondió el doctor Alec, pero bastó para silenciar a las tías e hizo incluso que el prudente tío Mac pensara con repentina satisfacción en ciertas inversiones secretas que había hecho y que no le rendían más interés que el agradecimiento de los pobres.

Archie y Mac se mostraron muy complacidos y prometieron su asesoramiento y ayuda con el entusiasmo de jóvenes corazones generosos. Steve meneó la cabeza sin decir nada, y los chicos de la alfombra propusieron al instante fundar un hospital para perros y caballos inválidos, ratones blancos y héroes heridos.

—¿No os parece que ésa es una manera mejor de que una mujer pase su vida que bailando, vistiéndose y cazando marido, Charlie? —preguntó Rose, advirtiendo su silencio y ansiosa por su aprobación.

—Muy bonita por un tiempo, y muy eficaz también, pues no conozco nada más cautivador que una muchacha dulce con un somboncito recatado yendo a hacer sus recados de caridad y enalteciendo las casas de los pobres con esa deliciosa mezcla de belleza y benevolencia. Por fortuna, las queridas criaturas se cansan pronto, pero mientras dura es celestial.

Charlie habló en un tono de admiración y desprecio mezclados, y esbozó una sonrisa de superioridad, como si comprendiera a la perfección tanto las inocentes ilusiones como los artificios del sexo y no esperara nada más de él. Eso sorprendió y entristeció a Rose, pues no sonaba al Charlie que había dejado dos años atrás. Pero ella se limitó a decir, con una mirada de reproche y un pequeño gesto orgulloso de cabeza y mano, como apartando el asunto por no ser tratado con respeto:

—Siento que tengas tan poca estima por las mujeres. Hubo un tiempo en que creías en ellas sinceramente.

—¡Lo hago todavía, palabra de honor! No tienen en el mundo un admirador ni un esclavo más fiel que yo. ¡Ponme a prueba y lo verás! —clamó Charlie, enviando un beso galante al sexo en general.

Pero Rose no se dejó apaciguar y levantó los hombros con desdén mientras respondía con una mirada en los ojos que a su señoría no le agradó:

—Gracias. No quiero admiradores ni esclavos, sino amigos y colaboradores. He vivido tanto tiempo con un hombre sabio y bueno que quizás soy difícil de satisfacer, pero no tengo intención de rebajar mi nivel, y quien quiera contar con mi estima habrá de intentar al menos estar a la altura.

—¡Caramba! ¡Vaya palomita airada! Ven a suavizarle las plumas alborotadas, Mac. Me escabullo antes de hacer más daño —y Charlie se alejó hacia el otro salón, lamentando en su fuero interno que el tío Alec hubiese estropeado a una muchacha excelente volviéndola una carácter fuerte.

Se arrepintió a los cinco minutos, pues Mac dijo algo que provocó una tormenta de risas, y cuando echó una ojeada por encima del hombro, la «palomita airada» arrullaba con tanta paz y alegría que estuvo muy tentado de volver a compartir la diversión. Pero a Charlie lo habían malcriado demasiado la condescendencia ajena, y le costaba reconocer que estaba equivocado incluso cuando lo sabía. Siempre acababa consiguiendo lo que quería antes o después, y habiendo decidido hace tiempo que Rose y su fortuna le correspondían a él, se sentía secretamente molesto por los nuevos planes y convicciones de la joven, aunque se lisonjeaba de que pronto cambiarían en cuanto viera lo poco que estaban de moda y lo poco cómodas que resultaban.

Sumido en ensoñaciones sobre el delicioso futuro que se había trazado, se acomodó en el rincón del sofá junto a su madre hasta que la aparición de un ligero refrigerio hizo que los dos grupos se fundieran en uno. La tía Plenty era creyente ferviente de la buena mesa, y así la más leve excusa para festejar deleitaba su hospitalaria alma; en aquella ocasión jubilosa se superó a sí misma.

Fue durante ese banquete informal cuando Rose, deambulando de un pariente admirado a otro, se topó con los tres primos más jóvenes, que libraban una tranquila escaramuza en un rincón apartado.

—Venid aquí y dejadme veros —dijo ella seductoramente, pues presentía que si no restablecía pronto la paz habría una explosión y una vergüenza pública.

Alisándose a toda prisa, los jóvenes caballeros presentaron para su inspección tres rostros encendidos y alegres, sintiendo gran honor ante la orden.

— ¡Ay, madre, cómo habéis crecido los dos! ¡Grandullones, cómo os habéis atrevido a adelantarme de este modo! — dijo Rose, poniéndose de puntillas para dar palmaditas en las revueltas cabezas que tenía ante sí, pues Will y Geordie habían pegado el estirón como malas hierbas y ahora la miraban desde arriba con sonrisas joviales mientras ella los examinaba con cómica asombro.

— Los Campbell son todos tipos altos y apuestos, y nosotros pensamos ser los mejores del lote. No me sorprendería que llegáramos a los dos metros como el abuelo — observó Will con orgullo, con tal aire de pollito de Shanghai, todo patas y una cabeza insignificante, que Rose tuvo dificultades para mantener el tipo.

— Ya nos ensancharemos cuando terminemos de crecer. Ahora ya somos más altos que Steve, una cabeza los dos — añadió Geordie con la nariz en el aire.

Rose se volvió a mirar a Steve y, con una sonrisa repentina, le hizo señas. Él dejó caer la servilleta y voló a obedecer el llamamiento, pues Rose era la reina de la hora y él había proclamado abiertamente su lealtad eterna.

— Di a los otros que vengan. Me ha dado el capricho de ponerlos a todos en fila y examinarlos, como hicisteis vosotros conmigo aquel día terrible en que casi me disteis un susto de muerte — dijo ella, riendo al recordarlo mientras hablaba.

Vinieron todos juntos y, hombro con hombro, formaron un conjunto tan imponente que la joven comandante se sintió un momento intimidada. Pero había visto demasiado mundo últimamente para acobardarse por tan poca cosa, y el deseo de llevar a cabo aquella inspección femenina le dio valor para encararse a la fila de primos sonrientes con dignidad y brío.

— Ahora voy a miraros como vosotros me mirasteis a mí. Es mi venganza sobre siete chicos malos por tenderle una trampa a una pobrecita y regodearse con su susto. Ahora no os tengo ningún miedo, así que ¡temblad y guardaos!

Mientras hablaba, Rose miró al rostro de Archie y asintió con aprobación, pues los ojos grises y firmes se encontraron con los suyos lealmente y se suavizaron al hacerlo: un cambio que le favorecía, pues de natural eran más penetrantes que tiernos.

—Un Campbell de verdad. ¡Bendito seas! —dijo, y le estrechó la mano con calor al pasar.

Charlie venía a continuación, y aquí se sintió menos satisfecha, aunque sin saber muy bien por qué, pues al mirarlo vio aparecer un destello de tipo desafiante que se transformó de súbito en algo más cálido que la ira, más fuerte que el orgullo, y que la hizo apartarse un poco y decir apresurada:

—No encuentro al Charlie que dejé, pero el Príncipe sigue ahí, ya veo.

Volviéndose hacia Mac con una sensación de alivio, le quitó con delicadeza los «quevedines», como los llamaba Jamie, y miró directamente a los ojos azules y leales que la miraron directamente a ella, llenos de una franca y amistosa afección que le calentó el corazón y le hizo brillar los propios ojos mientras devolvía los quevedos diciéndole con una mirada y un tono de cordial satisfacción:

—No has cambiado, querido Mac, y me alegro tanto.

—Ahora dime algo especialmente amable a mí, porque soy la flor de la familia —dijo Steve, retorciéndose el bigote rubio, que era evidentemente el orgullo de su existencia.

Rose comprendió de un vistazo que Dandy merecía su apodo más que nunca, y le apagó las vanidades al instante respondiendo con una risa provocadora:

—Pues entonces el nombre de la flor de la familia es Cresta de Gallo.

—¡Ajá! ¿Quién cae ahora? —se mofó Will.

—A nosotros, trátanos bien —susurró Geordie, acordándose de que le tocaba el turno.

—¡Judías gigantes benditas! Me enorgullezco de vosotros; sólo que no crezcáis tanto que os perdáis de vista, ni os avergoncéis jamás de mirar a una mujer a la cara —respondió Rose, dando una palmadita suave en la mejilla de uno y otro de los tímidos mozallones, que se habían puesto colorados como peonías aunque sus ojos juveniles eran claros y serenos como lagos en verano.

—¡Ahora yo! —y Jamie adoptó su aire más varonil, sintiéndose en desventaja entre sus altos parientes. Pero pasó al primero de la clase en la

opinión de todos cuando Rose lo abrazó diciéndole con un beso:

—Tienes que ser mi chico ahora, pues los demás son ya demasiado mayores, y necesito un fiel paje pequeño para mis recados.

—¡Lo seré, lo seré, y además me casaré contigo si esperas a que crezca!
—gritó Jamie, perdiendo un poco la cabeza ante tan repentino ascenso.

—¿Pero qué está diciendo esta criatura? —rió Rose, mirando hacia abajo a su pequeño caballero, que se aferraba a ella con agradecido ardor.

—Es que oí a las tías decir que sería mejor que te casaras con uno de nosotros para conservar la propiedad en la familia, y yo hablo el primero, porque te quiero mucho y me encantan los rizos.

¡Ay de Jamie! Estas terribles palabras no habían abandonado aún sus labios inocentes cuando Will y Geordie lo sacaron de allí como un torbellino, y los aullidos del desdichado se oyeron desde el pasillo del tormento, donde ser encerrado en el armarito del esqueleto era uno de los castigos más leves que le infligían.

El desconcierto cayó sobre los desventurados que quedaron, pero su confusión terminó pronto, pues Rose, con una expresión en el rostro que ellos no le habían visto nunca, los despidió con el breve mandato:

—Rompan filas: la revista ha terminado —y se fue hacia Phebe.

—¡Maldito chico! Habría que encerrarlo o amordazarlo —farfulló Charlie con irritación.

—Se le atenderá —respondió el pobre Archie, que intentaba educar al pequeño traspiés con el éxito que suelen tener la mayoría de padres y tutores.

—Todo ha sido de lo más enojoso —gruñó Steve, que sentía no haberse lucido precisamente en la reciente escaramuza.

—La verdad generalmente lo es —observó Mac con sequedad al alejarse con su peculiar sonrisa.

Como si sospechara que había discordia en alguna parte, el doctor Alec propuso música en aquel momento crítico, y los jóvenes sintieron que era una idea feliz.

—Quiero que oigáis a mis dos pajarillos, pues han mejorado enormemente y estoy muy orgulloso de ellas —dijo el doctor, dando cuerda al taburete y sacando los viejos libros de música.

—Yo salgo primero, pues después de haber oído al ruiseñor no os importará el canario —añadió Rose, queriendo dar confianza a Phebe, que estaba sentada entre ellos pareciendo un cuadro, aunque bastante tímida y callada, recordando los tiempos en que su lugar era la cocina.

—Os daré algunas de las queridas canciones de siempre que tanto os gustaban. Ésta era una favorita, creo —y sentándose tocó el primer aire familiar que encontró, y lo cantó bien, con una voz agradable aunque de ningún modo acabada.

La canción resultó ser «The Birks of Aberfeldie», que le recordó vivamente la época en que Mac estuvo enfermo y ella lo cuidó. El recuerdo le era grato, e involuntariamente su mirada fue a buscarlo. No estaba lejos, sentado exactamente como solía sentarse cuando ella calmaba sus momentos de mayor abatimiento: a horcajadas sobre una silla con la cabeza apoyada en los brazos, como si la canción sugiriera la postura. Su corazón se ablandó hacia él al mirarlo, y decidió perdonarle si no perdonaba a nadie más, pues estaba segura de que él no tenía planes interesados respecto a su molesta fortuna.

Charlie había adoptado un aire melancólico y clavaba sus hermosos ojos en ella con una expresión de tierna admiración que la hacía reír a pesar de todos sus esfuerzos por parecer inconsciente de ello. Le divertía y molestaba a la vez su muy evidente deseo de evocar ciertos pasajes sentimentales del último año de su infancia compartida y convertir lo que ella había considerado una broma infantil en algo de romance verdadero. Rose tenía ideas muy serias sobre el amor y no tenía intención de dejarse llevar ni siquiera a un flirteo con su apuesto primo.

Así que Charlie hacía poses inadvertido y estaba ya bastante malhumorado cuando Phebe empezó a cantar y se olvidó de todo en la admiración por ella. Todos quedaron sorprendidos, pues dos años de formación en el extranjero sumados a varios en casa habían obrado maravillas, y la hermosa voz que solía canturrear alegremente sobre ollas y cacerolas resonaba ahora con melodía o se fundía en una música suave que despertaba un estremecimiento simpático en quienes la escuchaban. Rose resplandecía de orgullo

mientras acompañaba a su amiga, pues Phebe estaba ahora en su propio mundo: un mundo encantador donde ningún recuerdo deprimente del hospital o la cocina, de la ignorancia o la soledad venía a turbarla; un mundo feliz donde podía ser ella misma y dominar a los demás por la magia de su dulce don.

Sí, Phebe era ahora ella misma, y lo demostraba con el cambio que se operaba en ella a la primera nota de música. Ya no tímida y callada, ya no la imagen de una muchacha hermosa sino una mujer en flor, viva y plena de la elocuencia que su arte le daba, mientras juntaba las manos suavemente, fijaba la mirada en la luz y simplemente vertía su canto con la misma llaneza y alegría que una alondra que se eleva hacia el sol.

—¡Palabra, Alec, ése es el tipo de voz que le arranca el corazón del pecho a un hombre! —exclamó el tío Mac, enjugándose los ojos después de una de las baladas lastimeras que nunca envejecen.

—¡Así es! —respondió el doctor Alec con deleite.

—«Así es», en efecto —añadió Archie para sí mismo; y tenía razón, pues en ese preciso instante se enamoró de Phebe. Así fue, y casi podía fijar el momento al segundo: a las nueve y cuarto, se le antojaba tan sólo una joven muy encantadora; a las nueve y veinte, la consideraba la mujer más hermosa que había contemplado en su vida; a las nueve y veinticinco, era un ángel que le arrancaba el alma con su canto; y a las nueve y media era un hombre perdido, flotando sobre un mar delicioso hacia ese paraíso temporal en la tierra donde suelen aterrizar los enamorados tras el primer arrebato.

De habérselo dicho a alguien, nadie lo habría creído; sin embargo, era completamente cierto, y el sobrio y metódico Archie descubrió de repente un fondo de romanticismo en el fondo de su corazón, hasta entonces bien conducido, que le dejó asombrado. Al principio no tenía muy claro qué le había ocurrido, y estuvo un rato sentado como aturdido, sin ver, oír ni saber nada excepto a Phebe, mientras el inconsciente ídolo encontraba que algo faltaba en los elogios cordiales que recibía con tanta modestia, porque el señor Archie no pronunció ni una sola palabra.

Ése fue uno de los hechos notables que se produjeron aquella velada. Otro fue que Mac le hizo a Rose un cumplido, hecho tan sin precedentes que causó gran sensación, aunque sólo lo oyó una persona.

Todos se habían marchado menos Mac y su padre, que estaba ocupado con el médico. La tía Plenty contaba las cucharillas en el comedor, y Phebe la ayudaba como antaño. Mac y Rose estaban solos: él, aparentemente absorto en sus pensamientos, con los codos sobre la repisa de la chimenea, y ella recostada en un sillón bajo mirando pensativamente el fuego. Estaba cansada y el silencio le era grato, así que guardó silencio y Mac respetó la situación sin hablar. Pero al poco rato ella fue cobrando conciencia de que la miraba con tanta intensidad como los ojos y los quevedos podían hacerlo, y sin moverse de su cómoda postura, le dijo sonriendo:

— Parece muy sabio, como un búho. ¿En qué está pensando?

— En ti, prima.

— Espero que en algo bueno.

— Pensaba que Leigh Hunt tenía bastante razón cuando dijo que «una muchacha es lo más dulce que Dios ha creado jamás».

— ¡Mac! —y Rose se sentó muy erguida con cara de asombro: era una observación enteramente inesperada viniendo del filósofo.

Evidentemente interesado en el nuevo descubrimiento, Mac continuó con toda tranquilidad:

— ¿Sabes?, me parece que nunca había visto de verdad a una muchacha ni había tenido idea de qué criaturas tan agradables podían ser. Creo que tú eres un ejemplar especialmente bueno, Rose.

— Qué va, soy simplemente sana y feliz; y el estar de vuelta en casa quizás me haga parecer mejor de lo habitual, pero no soy ninguna belleza, salvo para el tío.

— «Sana y feliz»: eso debe de ser —repitió Mac, investigando el problema con seriedad—. La mayoría de las chicas están enfermizas o son tontas, creo que he observado, y eso es probablemente lo que me llama tanto la atención en ti.

— De todos los chicos raros eres el más raro. ¿De verdad quieres decir que no te fijas ni te preocupas por las chicas? —preguntó Rose, muy divertida por esta nueva peculiaridad de su estudioso primo.

—Bueno, la verdad es que sólo distingo dos clases: las ruidosas y las silenciosas. Prefiero las últimas, pero por lo general no me fijo en ninguna de ellas mucho más que en las moscas; a no ser que me molesten, en cuyo caso me dan ganas de espantarlas, pero como eso no se puede hacer, me escondo.

Rose echó la cabeza atrás y rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Era tan gracioso oír a Mac bajar la voz hasta un susurro confidencial en las últimas palabras y verle sonreír con pecaminosa satisfacción al recordar a las que había eludido.

—No te rías; es la pura verdad, te lo aseguro. A Charlie le gustan las criaturas y le echan a perder. Steve lo imita, claro. Archie es un esclavo respetuoso cuando no le queda más remedio. En cuanto a mí, rara vez les doy la oportunidad, y cuando me cogen, les hablo de ciencias y lenguas muertas hasta que huyen despavoridas. A veces encuentro alguna sensata, y entonces nos llevamos muy bien.

—Un panorama sombrío para Phebe y para mí —suspiró Rose, esforzándose por mantener la compostura.

—Phebe es evidentemente de las silenciosas. Sé que es sensata, pues de lo contrario no te importaría. Puedo ver que resulta agradable a la vista, de modo que supongo que me caerá bien. En cuanto a ti, contribuí en algo a tu crianza, y por eso me interesa un poco ver en qué has salido. Temía que el barniz extranjero te hubiera estropeado, pero creo que no ha sido así. A decir verdad, te encuentro hasta ahora bastante satisfactoria, si no te importa que te lo diga. No sé muy bien cuál es el encanto, sin embargo. Ha de ser el poder de las gracias interiores, puesto que insistes en que las exteriores no las tienes.

Mac la miraba con su sagaz sonrisa, pero con una mirada tan bondadosa por detrás de los quevedos que ella encontró agradables tanto las palabras como la mirada, y respondió alegremente:

—Me alegra que me apruebes, y te agradezco el cuidado de mis primeros años. Espero hacerte honor y cuento con que me mantengas derecha, pues me temo que me van a echar a perder entre todos.

—Te vigilaré con una condición —respondió el joven mentor.

—Dila.

—Si vas a tener una caterva de pretendientes rondando, me lavo las manos de ti. Si no, soy tu hombre.

—Tienes que hacer de perro pastor y ayudarme a mantenerlos alejados, pues aún no quiero ninguno, y entre nosotros, no creo que vaya a tenerlos si se sabe que tengo carácter resuelto. Eso ahuyentará a la mayoría de los hombres como una bandera amarilla —dijo Rose, pues gracias a la tutela del doctor Alec no había malgastado ni el corazón ni el tiempo en los necios flirteos con que tantas chicas malbaratan su juventud.

—Hum. Más bien lo dudo —murmuró Mac mientras examinaba a la joven que tenía delante.

Desde luego no parecía de un carácter resuelto desagradable, y era hermosa a pesar de sus modestas negativas. Hermosa con la belleza más verdadera, pues la nobleza del carácter prestaba su sutil encanto a la lozanía de la juventud, la frescura de la salud, la inocencia de una naturaleza cuya dulce doncellez Mac sentía pero no sabía describir. Suave pero llena de espíritu, y toda ella ardiente por esa seriedad que sugiere hermosas posibilidades y hace desear que semejantes flores humanas tengan el aire más puro del cielo y el sol más cálido para florecer en él.

—Ya veremos —respondió Rose; luego, al oírse la voz de su tío en el vestíbulo, le tendió la mano añadiendo afablemente:

—Los viejos tiempos van a empezar de nuevo, así que ven pronto y cuéntame todo lo que haces y ayúdame con lo mío, como solías.

—¿Lo dices en serio? —Y Mac pareció muy complacido.

—Lo digo en serio. Has cambiado tan poco, salvo en lo de crecer, que no me resultas nada extraño y quiero retomar las cosas donde las dejamos.

—Eso sí que será estupendo. Buenas noches, prima —y ante su gran asombro, él le plantó un beso con toda naturalidad.

—¡Pero si eso no era la costumbre de antes! —exclamó Rose, retrocediendo con alegre confusión mientras el audaz joven adoptaba un aire de suave sorpresa y preguntaba con toda inocencia:

—¿Que no? ¿Acaso no nos decíamos las buenas noches siempre así? Tengo la impresión de que sí y de que íbamos a retomar las cosas donde las habíamos dejado.

—Claro que no. No había poder en la tierra que te hubiera sobornado para hacerlo, y tú lo sabes muy bien. La primera noche lo paso, pero ya somos demasiado mayores para esas cosas.

—Lo recordaré. Supongo que fue la fuerza de la costumbre, pues estoy seguro de haberlo hecho en tiempos pasados: me pareció tan natural. ¡Ya voy, papá! —y Mac se retiró, convencido evidentemente de que tenía razón.

—Querido chico, sigue siendo tan niño como siempre, y eso es un alivio, pues algunos de los otros han madurado muy deprisa —se dijo Rose para sí, recordando los aires sentimentales de Charlie y la expresión beatificada de Archie mientras Phebe cantaba.

CAPÍTULO 2

VIEJOS AMIGOS CON NUEVAS CARAS

—¡Qué bien estar de vuelta en casa! Me pregunto cómo nos decidimos a marcharnos —exclamó Rose mientras deambulaba por la vieja mansión a la mañana siguiente, llena de la satisfacción que se siente al volver a visitar rincones y lugares conocidos y encontrarlos inalterados.

—Para tener el placer de regresar —respondió Phebe, caminando por el pasillo junto a su pequeña señorita, tan feliz como ella.

— Todo parece igual que cuando nos fuimos, hasta las hojas de rosa que solíamos meter aquí — continuó la joven, asomándose a uno de los altos jarrones indios que había por el pasillo.

— ¿Te acuerdas de cómo Jamie y Pokey jugaban a los Cuarenta Ladrones con ellos, y de cómo intentaste meterte en ese azul y te quedaste atascada, y los otros chicos nos encontraron antes de que yo pudiera sacarte? — preguntó Phebe, riendo.

— Sí, claro, y hablando de ángeles, suele oírse el rumor de sus alas — añadió Rose al llegar hasta ella un silbido agudo acompañado del traqueteo de unos cascos por la avenida.

— ¡Es el circo! — exclamó Phebe alegremente, recordando ambas el carrito rojo y la carga del clan.

Ahora sólo quedaba un chico, ay, pero hacía ruido suficiente para media docena, y antes de que Rose pudiera correr a la puerta, Jamie entró dando botes con «la carita brillante de la mañana», un bate al hombro, una gorra de jockey roja y blanca en la cabeza, un bolsillo repleto con una gran pelota, el otro rebosante de galletas y la boca llena de la manzana que estaba terminándose a toda velocidad.

— ¡Buenos días! Sólo he pasado a asegurarme de que habíais llegado de verdad y de que estabais bien — dijo, saludando con el bate y quitándose la vistosa gorra de un solo tirón eficaz.

— Buenos días, querido. Sí, estamos aquí de verdad y arreglándonos lo más deprisa posible. Aunque me parece que andas bastante emperejilado, Jamie. ¿A qué compañía de bomberos o club de jockeys perteneces? — preguntó Rose, levantándole la cara, otrora regordeta y ahora cada vez más morena y cuadrada por la barbilla.

— ¡A ninguno! Pero ¿cómo? ¿No lo sabes? ¡Soy el capitán del Club de Béisbol de la Estrella! ¡Fíjate en esto! — Y como si el hecho fuera de importancia nacional, Jamie abrió la chaqueta de par en par para mostrar sobre su pecho henchido de orgullo un escudo rojo de franela con forma de corazón decorado con una estrella blanca de algodón del tamaño de un platillo.

— ¡Soberbio! Llevo fuera tanto tiempo que me había olvidado de que existía ese juego. ¿Y tú el capitán? — exclamó Rose, hondamente impresionada.

da por el alto honor al que había llegado su pariente.

—Y no es ninguna broma, ya te digo, pues nos dejamos los dientes, nos ponemos los ojos a la funerala y nos machacamos los dedos casi tan bien como los mayores. Baja al paseo de entre una y dos y verás cómo jugamos un partido; entonces entenderás lo duro que es. Te enseño a batear ahora mismo si quieres salir al césped —añadió Jamie, encendido en deseos de exhibir sus proezas.

—No, gracias, capitán. El césped está mojado, y llegarás tarde al colegio si te quedas con nosotras.

—No me da miedo. Por lo general las chicas no sirven para mucho, pero tú antes no te importaba la humedad y jugabas al cricket de lo más bien. ¿Ya no puedes hacer esas cosas? —preguntó el muchacho con cara lástima por estas desgraciadas criaturas privadas de las alegrías y peligros de los deportes varoniles.

—Todavía puedo correr, y llego a la verja antes que tú; ya verás. —Y cediendo al impulso del momento, Rose bajó los escalones a la carrera antes de que el sorprendido Jamie pudiera montarse y seguirla.

Se puso en marcha al instante, pero Rose llevaba ventaja y, aunque el viejo Sheltie hizo todo lo posible, ella llegó a la meta por delante y se quedó allí riendo y jadeando, toda rosada por el fresco aire de octubre: una imagen bonita para varios caballeros que pasaban en un coche.

—¡Muy bien, Rose! —dijo Archie, bajando de un salto para saludarla mientras Will y Geordie saludaban militarmente y el tío Mac se reía de Jamie, que parecía haber subido ligeramente en su opinión respecto a las chicas.

—Me alegra que seas tú, porque no te escandalizarás. Pero estoy tan contenta de estar de vuelta que me he olvidado de que ya no soy la pequeña Rose —dijo Atalanta, alisándose el pelo alborotado.

—Así lo pareces, con los rizos sobre los hombros a la antigua usanza. Anoche los eché de menos y me pregunté qué era. ¿Cómo están el tío y Phebe? —preguntó Archie, cuyos ojos habían estado mirando por encima de la cabeza de Rose durante el intercambio, hacia la terraza, donde entre los madreselvas que se iban poniendo rojizas se distinguía una figura femenina.

—Bien, gracias. ¿No subís a verlos?

—No podemos, querida, de ningún modo. Los negocios, ya sabes, los negocios. Este muchacho es mi mano derecha y no puedo prescindir de él ni un momento. Venga, Arch, hay que marcharse, o estos chicos perderán el tren —respondió el tío Mac, sacando el reloj.

Con una última mirada de la figura de cabellos claros junto a la verja a la de cabellos oscuros entre las enredaderas, Archie se alejó, y Jamie lo siguió al galope, consolándose de su derrota con la manzana número dos.

Rose se entretuvo un instante, muy tentada de seguir corriendo y aparecer de improviso en casa de todas las tías una tras otra, pero, acordándose de que llevaba la cabeza descubierta, estaba a punto de darse la vuelta cuando un alegre «¡Ahoy! ¡Ahoy!» la hizo alzar los ojos para ver a Mac que se acercaba a grandes zancadas, agitando el sombrero al venir.

—Los Campbell llegan espesos y seguidos esta mañana, y cuantos más, mejor —dijo ella, corriendo a su encuentro—. Pareces un buen chico que va al colegio y va repasando virtuosamente la lección de camino —añadió sonriendo al verle sacar el dedo del libro que había estado leyendo evidentemente, y meterlo bajo el brazo, exactamente como solía hacer años atrás.

—Soy un colegial que va al colegio que más me gusta —respondió él, agitando una plumosa rama de ásteres como si señalara el hermoso mundo otoñal que los rodeaba, lleno de tonos alegres, aires frescos y sol dorado.

—Eso me recuerda que anoche no tuve ocasión de oír mucho sobre tus planes: los otros chicos hablaban todos a la vez y sólo conseguías meter palabra de cuando en cuando. ¿Qué has decidido ser, Mac? —preguntó Rose mientras subían la avenida uno al lado del otro.

—Primero, hombre, y bueno si es posible. Después, lo que Dios disponga.

Algo en el tono, además de en las palabras, hizo que Rose mirara rápidamente al rostro de Mac y encontrara en él una expresión nueva. Era indescriptible, pero lo que sintió fue lo que sentía a menudo al ver las nieblas abrirse de repente dejando entrever alguna cima de montaña, serena y alta contra el azul.

—Creo que llegarás a ser algo espléndido, pues en este momento tienes un aspecto realmente glorioso, caminando bajo este arco de hojas amarillas con el sol en la cara —exclamó ella, consciente de una admiración repentina que nunca había sentido antes, pues Mac era el más corriente de todos los primos.

—No sé yo ese, pero tengo mis sueños y mis aspiraciones, y algunas son bastante altas. Apunta a lo mejor, ¿sabes?, y no dejes de subir si quieres llegar —dijo él, mirando los ásteres con una sonrisa de ensimismamiento, como si él y ellas guardaran algún dulce secreto entre sí.

—Eres más raro que nunca. Pero me gusta tu ambición, y espero que te vaya bien. Aunque ¿no deberías empezar algo en seguida? Imaginaba que estudiarías medicina con el tío: ése era nuestro plan, ¿sabes?

—Eso haré, al menos de momento, porque coincido plenamente contigo en que es necesario tener alguna ancla en alguna parte y no dejarse llevar a la deriva al mundo de la imaginación sin el lastre apropiado. El tío y yo hablamos algo anoche y voy a empezar lo antes posible, pues llevo demasiado tiempo vagueando —y dándose una sacudida, Mac tiró la bonita rama y añadió casi en voz baja:

No me riñas, laboriosa grey, por las flores ociosas que he traído: cada áster que llevo en la mano llega a casa cargado de un pensamiento.

Rose captó las palabras y sonrió, pensando para sí: «Ah, con que eso es: está entrando en la edad sentimental y la tía Jane lo ha estado sermoneando. Cielos, cómo estamos todos creciendo.»

—Parece que la perspectiva no te entusiasma demasiado —dijo en voz alta, pues Mac se había metido el volumen de Shelley en el bolsillo y la expresión glorificada había desaparecido tan por completo que Rose creyó haberse equivocado sobre el pico de montaña entre las nieblas.

—Sí, bastante: siempre pensé que la profesión era grandiosa, y ¿dónde podría encontrar un maestro mejor que el tío? Me he vuelto un poco holgazán últimamente y es hora de que me ponga a hacer algo útil, así que allá voy —y Mac desapareció bruscamente en el estudio mientras Rose iba a reunirse con Phebe en la habitación de la tía Plenty.

La querida anciana acababa de decidir, después de larga y seria deliberación, cuál de seis pudines favoritos se serviría en la comida, y tenía así

unos minutos que dedicar al sentimiento. De modo que cuando Rose entró, abrió los brazos diciendo con ternura:

—No me parecerá que he recuperado a mi niña hasta tenerla en el regazo un momento. No, no pesas demasiado: el reuma no empieza hasta noviembre normalmente; siéntate aquí, cariño, y pon los dos brazos alrededor de mi cuello.

Rose obedeció, y ninguna de las dos habló por un momento mientras la anciana estrechaba a la joven y apaciguaba el anhelo de dos años de un corazón maternal con las caricias que las mujeres prodigan a las criaturas que más quieren. En pleno beso, sin embargo, se detuvo de pronto y, extendiendo un brazo, retuvo a Phebe, que intentaba escabullirse inadvertida.

—No te vayas: en mi cariño hay sitio para las dos, aunque en el regazo no. Estoy tan agradecida de tener a mis queridas niñas de vuelta sanas y salvas que apenas sé lo que hago —dijo la tía Plenty, abrazando a Phebe con tanta efusión que ésta no pudo sentirse dejada aparte y se quedó allí con los ojos negros brillando a través de las lágrimas más felices.

—Bien, ya he tenido mi buen abrazo y me siento como nueva. ¿Podrías arreglarme esa cofia, Rose? Anoche me acosté con tal precipitación que la dejé toda hecha un gurrño sin las cintas. Phebe, querida, puedes sacudir el polvo un poco, como antes, pues no ha habido nadie que lo haga a mi gusto desde que os fuisteis, y me sentará bien verte ordenar todas mis chucherías a tu manera pulcra —dijo la anciana, levantándose con expresión renovada en su sonrosada cara de vieja.

—¿Sacudo también en el cuarto de dentro? —preguntó Phebe, mirando hacia una habitación interior que solía ser su cuidado.

—No, cariño, prefiero hacerlo yo misma. Entra si quieres; nada ha cambiado. Tengo que ir a ver mi pudín —y la tía Plenty se alejó bruscamente con un temblor de emoción en la voz que hacía patéticas incluso sus últimas palabras.

Deteniéndose en el umbral como ante un lugar sagrado, las muchachas miraron hacia dentro con los ojos pronto velados por tiernas lágrimas, pues parecía como si la dulce moradora siguiera allí. El sol brillaba sobre los viejos geranios junto a la ventana; el sillón acolchado estaba en su sitio acostumbrado, con la bata blanca colgada sobre el respaldo y las zapatillas

desvaídas preparadas. Libros y costurero, calceta y anteojos, todo estaba tal como ella los había dejado, y la hermosa tranquilidad que siempre llenaba la habitación parecía tan natural que las dos que miraban se volvieron involuntariamente hacia la cama, donde la tía Peace solía recibirlas con una sonrisa. No había ya una dulce cara anciana en la almohada, pero las lágrimas que mojaron aquellas mejillas lozanas no eran por ella que se había ido, sino por la que se había quedado, porque vieron algo que hablaba elocuentemente del amor que sobrevive a la muerte y hace hermosas y sagradas las cosas más humildes.

Junto a la cama había un reclinatorio muy usado, y en la blancura apilada del lecho vacío había un pequeño hueco donde cada noche descansaba una cabeza gris mientras la tía Plenty rezaba las oraciones que su madre le había enseñado setenta años atrás.

Sin decir palabra, las muchachas cerraron la puerta suavemente. Y mientras Phebe ponía la habitación en el orden más exquisito, Rose puso nuevas cintas a la sencilla cofia blanca donde ya nunca volvían a susurrar los lazos rosa y amarillos, sintiéndose ambas honradas por sus tareas y mejores a causa de lo que sabían del amor fiel y la piedad que santificaban la vida de una buena anciana.

—¡Criatura adorable, qué alegría tenerte de vuelta! Sé que es una hora vergonzosamente temprana, pero no he podido aguantar más sin verte. Déjame ayudarte: me muero de ganas de ver todas tus cosas espléndidas. Vi pasar los baúles y sé que traes cantidad de tesoros —exclamó Annabel Bliss de un tirón mientras abrazaba a Rose una hora después y echaba una ojeada a la habitación sembrada de variedad de objetos agradables.

—Qué buena cara tienes. Siéntate y te enseño mis fotografías preciosas. El tío eligió para mí las mejores de todas, y son un placer verlas —respondió Rose, sacando un rollo y buscando con la mirada más cosas.

—Ah, gracias, ahora no tengo tiempo: uno necesita horas para estudiar esas cosas. Enséñame tus vestidos de París, anda: me muero de ganas de ver los últimos modelos —y Annabel lanzó una mirada hambrienta hacia ciertos cajones grandes que prometían delicias de modistería francesa.

—No tengo ninguno —dijo Rose, contemplando con afecto las buenas fotografías al guardarlas.

—¡Rose Campbell! ¿Me estás diciendo que no te has comprado ni un solo vestido en París? —exclamó Annabel, escandalizada ante la mera idea de semejante negligencia.

—Ni uno para mí. La tía Clara encargó varios, y estará encantada de enseñarlos cuando llegue su baúl.

—¡Teniendo la oportunidad ahí mismo y dinero de sobra! ¿Cómo puedes querer a tu tío después de semejante crueldad? —suspiró Annabel con una cara llena de simpatía.

Rose pareció desconcertada un momento, luego pareció comprender, y adoptó un aire de superioridad que le favorecía bastante mientras decía abriendo con calma una caja de encajes:

—El tío no me lo prohibió, y tenía dinero más que suficiente, pero elegí no gastarlo en esas cosas.

—¡Pudiendo y sin hacerlo! No me lo puedo creer —y Annabel se dejó caer en una silla como si el pensamiento fuera demasiado para ella.

—Al principio sí que tuve ganas, sólo por la gracia de la cosa. De hecho fui a ver algunos vestidos asombrosos. Pero eran muy caros, iban muy recargados y no eran nada de mi estilo, así que renuncié a ellos y guardé algo que valoro más que todos los vestidos que jamás haya hecho Worth.

—¿Pero qué era? —exclamó Annabel, esperando que dijera diamantes.

—La buena opinión del tío —respondió Rose, mirando pensativamente al fondo de una caja de embalaje, donde reposaba la preciosa estampa que siempre le recordaría aquella pequeña victoria sobre la vanidad juvenil que no sólo mantuvo sino acrecentó «la buena opinión del tío».

—¡Ah, vaya! —dijo Annabel sin saber qué decir, y se puso a examinar los encajes de la tía Plenty mientras Rose continuaba con una feliz sonrisa en los ojos hundiéndose en otro baúl.

—El tío cree que no se tiene derecho a malgastar el dinero en esas cosas, pero es muy generoso y le encanta hacer regalos útiles, bonitos o curiosos. Mira, todos estos adornos tan bonitos son para regalar, y tú puedes escoger primero lo que más te guste.

— ¡Es un cielo! —exclamó Annabel, deleitándose en los abalorios de cristal, filigrana, coral y mosaico extendidos ante ella mientras Rose completaba su éxtasis añadiendo varios chucherías de buen gusto recién traídas de París.

— Ahora dime, ¿cuándo piensas dar tu fiesta de presentación en sociedad? Te lo pregunto porque no tengo nada preparado y quiero tiempo de sobra, pues supongo que será el acontecimiento de la temporada —preguntó Annabel poco después, mientras dudaba entre un coral rosa y un juego de lava azul.

— Ya me presenté en sociedad cuando fui a Europa, pero supongo que la tía Plen querrá hacer algún tipo de festejo para celebrar nuestro regreso. Pienso empezar como pienso seguir, y dar una fiesta sencilla y agradable e invitar a todos los que me caigan bien, sin importar a qué «círculo» pertenezcan. Nadie podrá decir jamás que soy aristocrática y exclusiva; así que prepárate para el escándalo, pues a todas mis fiestas invitaré a viejos y jóvenes amigos, ricos y pobres.

— ¡Dios mío! ¡Vas a ser una excéntrica, tal como predijo mamá! —suspiró Annabel, juntando las manos desesperada y estudiando el efecto de tres pulseras en su rollizo brazo en medio de su angustia.

— En mi casa pienso hacer lo que me parezca bien, y si la gente me llama excéntrica, no puedo evitarlo. Procuraré no hacer nada demasiado escandaloso, pero parece que he heredado el gusto del tío por los experimentos y pienso hacer algunos. Supongo que fracasarán y me reiréis en la cara. Pienso hacerlos de todas formas, así que será mejor que me abandones ahora antes de que empiece —dijo Rose con un aire de resolución que resultaba bastante alarmante.

— ¿Qué te vas a poner en esta nueva especie de fiesta tuya? —preguntó Annabel, haciendo sabiamente oídos sordos a todos los temas delicados o peligrosos y ciñéndose a las materias que entendía.

— Esa cosa blanca de allí. Es fresca y bonita, y Phebe tiene una igual. Nunca quiero vestir mejor que ella, y los vestidos de ese tipo son siempre los más favorecedores y apropiados para chicas de nuestra edad.

— ¡Phebe! ¿De verdad vas a convertir a Phebe en una señora? —jadeó Annabel, volcando sus tesoros al desplomarse hacia atrás con un gesto que

hizo crujir la sillita, pues la señorita Bliss era tan rolliza como una perdiz.

— Ya lo es, y quien la menosprecie me menosprecia a mí, pues es la mejor muchacha que conozco y la más querida —exclamó Rose con calor.

— Sí, claro; sólo que me sorprendió... Tienes toda la razón, pues puede que resulte ser alguien, y entonces ¡qué contenta te sentirás de haber sido tan buena con ella! —dijo Annabel, girando al instante al comprobar de dónde soplaba el viento.

Antes de que Rose pudiera volver a hablar, una alegre voz llamó desde el pasillo:

— Señorita, ¿dónde está usted?

— En mi cuarto, Phebe, querida —y subió la muchacha a quien Rose iba a «convertir en señora», pareciendo ya tanto una que Annabel abrió sus ojos de porcelana azul y sonrió involuntariamente cuando Phebe hizo una pequeña reverencia en pícaro imitación de su antigua manera y dijo con calma:

— ¿Cómo está usted, señorita Bliss?

— Me alegra verla de vuelta, señorita Moore —respondió Annabel, estrechándole la mano de un modo que zanjó para siempre en su mente la cuestión del lugar de Phebe, pues la corpulenta joven tenía buen corazón a pesar de la ligereza de su cabeza y era genuinamente cariñosa con Rose. Evidentemente era «quien quiere a Rosa, que quiera a mi Phebe», así que decidió en el acto que Phebe era alguien, y eso daba un aire de romanticismo incluso al hospicio.

No pudo evitar mirar un poco al observar cómo trabajaban juntas las dos amigas y escuchar su feliz charla sobre cada nuevo tesoro según salía a la luz, pues cada mirada y cada palabra ponía de manifiesto claramente que años de estrecha convivencia las habían unido mucho. Era bonito ver cómo Rose procuraba encargarse de la parte más dura de cualquier pequeña tarea; más bonito aún ver cómo Phebe se la arrebatava y desataba los nudos difíciles, doblaba los papeles tiesos o levantaba las bandejas pesadas con sus propias manos fuertes; y más bonito de todo oírla decir con tono maternal mientras sentaba a Rose en un sillón cómodo:

—Ahora, vida mía, siéntate y descansa, pues tendrás visitas todo el día y no puedo dejar que te canses tan pronto.

—Eso no es motivo para que te canses tú tampoco. Llama a Jane para que ayude, o me levanto ahora mismo —respondió Rose con una muy mala imitación de autoridad.

—Jane puede ocupar mi lugar abajo, pero mientras esté contigo nadie te atenderá aquí excepto yo —dijo la majestuosa Phebe, inclinándose para colocar un escabel bajo los pies de su pequeña señorita.

«Es muy bonito y delicado de ver, pero no sé qué dirá la gente cuando entre en sociedad junto a los demás. Espero que Rose no sea demasiado excéntrica», se dijo Annabel para sí al marcharse, dispuesta a difundir la deprimente noticia de que no habría gran baile y, decepción más amarga de todas, que Rose no traía ni un solo modelo de París con que refrescar los ojos y despertar la envidia de sus amables amigas.

«Ya he visto o tenido noticias de todos los chicos menos de Charlie, y supongo que está demasiado ocupado. Me pregunto qué andará haciendo», pensó Rose, girándose desde la puerta, hasta donde había acompañado cortésmente a su visita.

El deseo se cumplió un momento después, pues al entrar al salón para decidir dónde debían colgar algunos de sus cuadros, vio un par de botas color castaño en un extremo del sofá, una cabeza del mismo color en el otro, y comprobó que Charlie estaba muy ocupado en no hacer nada.

—La voz de la Bliss se oyó en el territorio, de modo que me escondí hasta que subió, y luego eché una breve siesta mientras esperaba para pagar mis respetos a la ilustre viajera, milady Hester Stanhope —dijo él, levantándose de un salto para hacer su mejor reverencia.

—«La voz del perezoso» me parece una cita más apropiada. ¿Sigue suspirando Annabel por ti? —preguntó Rose, recordando ciertas bromas de la infancia sobre el tema de los amores no correspondidos.

—Ni lo más mínimo. Fun le ha robado el puesto, y la bella Annabela será la señora Tokio antes de que acabe el invierno, si no me equivoco mucho.

—¿El pequeño Fun See? Qué raro imaginárselo ya mayor y casado con Annabel de entre todas las personas. Ella no dijo una palabra sobre él, pero

eso explica su admiración por mis bonitas cosas chinas y el interés que mostró en Cantón.

—El pequeño Fun es ahora todo un personaje y está muy enamorado de nuestra gruesa amiga, que se pasará a los palillos en cuanto él lo diga. No hace falta que te pregunte cómo estás, prima, pues le ganas a esa Aurora de todos a uno en lo de los colores. Tenía que haber venido antes, pero pensé que te gustaría descansar bien después del viaje.

—Yo estaba haciendo carreras con Jamie antes de las nueve. ¿Y tú qué hacías, mozo?

— *Dormido soñé, amor, soñé en ti* —empezó Charlie, pero Rose lo cortó diciéndole con todo el reproche de que fue capaz, mientras el culpable se quedaba mirándola con plácida satisfacción:

—Debías haber estado levantado y trabajando como los demás chicos. Me he sentido como un zángano en una colmena de abejas muy trabajadoras al verlos a todos marcharse a sus ocupaciones.

—Pero, querida, si yo no tengo ocupación. Estoy reflexionando, ¿ves?, y hago el ornamental mientras me decido. Siempre debería haber en una familia al menos un caballero, y esa parece ser un poco mi vocación —respondió Charlie, posando como tal con un fingido languidez que habría resultado muy efectivo de no estropearlo sus ojos risueños.

—En nuestra familia todos son caballeros, espero —respondió Rose con el aire orgulloso que adoptaba siempre que se decía algo derogatorio para el nombre de Campbell.

—Naturalmente, naturalmente. Debí decir caballero de ocio. Ya ves, va contra mis principios afanarme como Archie. ¿Para qué? No necesito el dinero, tengo bastante, así que ¿por qué no disfrutar y estar alegre el mayor tiempo posible? Estoy seguro de que la gente alegre es un bien público en este valle de lágrimas.

No era fácil objetar a esta proposición, especialmente cuando la formulaba un joven apuesto que parecía la viva imagen de la salud y la felicidad, sentado en el brazo del sofá y sonriéndole a su prima del modo más encantador. Rose sabía muy bien que la filosofía epicúrea no era la más acertada para iniciar la vida, pero era difícil razonar con Charlie porque esquivaba siempre los temas serios y estaba tan lleno de alegre jovialidad que a una le

daba lástima restarle algo de esa especie de sol que ciertamente es un bien público.

—Tienes una manera tan hábil de presentar las cosas que no sé cómo contradecirte, aunque sigo creyendo que tengo razón —dijo ella con seriedad—. A Mac también le gusta holgazanear tanto como a ti, pero no va a hacerlo porque sabe que le hace daño malgastar el tiempo. Va a estudiar una carrera como un muchacho sensato, aunque preferiría con mucho vivir entre sus queridos libros o cabalgar sus hobbies en paz.

—Eso está muy bien para él, porque no le interesa la sociedad y lo mismo da que estudie medicina que andar dando vueltas por los bosques con los bolsillos llenos de filósofos rancios y poetas anticuados —respondió Charlie con un encogimiento de hombros que expresaba claramente su opinión sobre Mac.

—Me pregunto si los filósofos rancios, como Sócrates y Aristóteles, y los poetas anticuados, como Shakespeare y Milton, no son compañía más segura para él que algunos amigos más modernos que tienes tú —dijo Rose, acordándose de las insinuaciones de Jamie sobre las locuras de juventud, pues podía ser un poco mordaz a veces y llevaba tanto tiempo sin dar un sermón a «los chicos» que le resultaba insólitamente grato.

Pero Charlie cambió hábilmente de tema exclamando con cara de angustia:

—¡Creo que te estás volviendo como la tía Jane, porque así es exactamente como ella me cae encima cuando tiene ocasión! No la tomes de modelo, te lo ruego: es una buena mujer pero de lo más desagradable en mi humilde opinión.

El miedo a parecer desagradable es una gran pesadilla para una chica, como bien sabía este astuto joven, y Rose cayó de lleno en la trampa, pues si bien no admiraba para nada a la tía Jane, no podía dejar de respetar su valía.

—¿Has abandonado la pintura? —preguntó con bastante brusquedad, volviéndose hacia un dorado ángel de Fra Angélico que descansaba apoyado en el rincón del sofá.

—La cara más dulce que he visto, y muy parecida a ti por los ojos, ¿verdad? —dijo Charlie, que tenía la costumbre yanqui de responder a una pre-

gunta con otra.

—Quiero una respuesta, no un cumplido —y Rose intentó poner cara de severidad al apartar el cuadro más deprisa de lo que lo había tomado.

—¿Que si he abandonado la pintura? ¡Oh, no! Manchurreo un poco al óleo, embadurno un poco con acuarela, esbozo de cuando en cuando, y me paso a mirar por los estudios cuando me entra el arrebató artístico.

—¿Y la música?

—Más floreciente. No estudio mucho, pero canto bastante en sociedad. El verano pasado me hice con una guitarra y fui de troubadour en grande. Les gusta a las chicas, y es muy divertido entre los amigos.

—¿Estudias algo?

—Bueno, tengo algunos libros de derecho sobre la mesa: buenos, gordos, de aspecto sabio, y les doy un repaso semiocastionalmente cuando el placer decae o los padres reñían. Pero dudo que aprenda más que lo que es «una coartada» este año —y una mirada pícara en los ojos de Charlie sugería que a veces recurría a ese fragmento de conocimiento jurídico.

—¿Entonces qué haces?

—Me divierto, fiel inquisidora. Las funciones de teatro en casa han sido la moda últimamente, y he cosechado tales laureles que me planteo seriamente adoptar el escenario como profesión.

—¿De veras? —exclamó Rose, alarmada.

—¿Por qué no? Si tengo que trabajar en algo, ¿no es tan bueno como cualquier otra cosa?

—No sin más talento del que creo que tienes. Con genio se puede hacer cualquier cosa; sin él, mejor dejar el teatro en paz.

—Vaya jarro de agua fría para la «estrella de la compañía ilustre» a la que pertenezco. Mac no tiene ni una pizca de genio para nada, y sin embargo tú le admiras por intentar ser médico —replicó Charlie, un poco picado.

—Eso tiene su respetabilidad al menos, y prefiero ser médico de segunda a actor de segunda. Pero sé que no lo dices en serio, y que sólo lo dices para asustarme.

—Exactamente. Siempre lo saco cuando alguien empieza a sermonearse, y hace maravillas. El tío Mac se queda pálido, las tías alzan las manos con horror sagrado, y cunde el pánico general. Entonces prometo magnánimamente no deshonrar a la familia, y en el primer arrebató de gratitud las queridas almas acceden a todo lo que pido, así que se restablece la paz y yo sigo mi camino contento.

—Igual que cuando amenazabas de pequeño con fugarte al mar si tu madre se oponía a alguno de tus caprichos. En ese aspecto no has cambiado, aunque sí en otros. Antes tenías grandes planes y proyectos, Charlie, y ahora pareces conformarte con ser un «aprendiz de todo y oficial de nada».

—¡Tonterías de la infancia! El tiempo ha traído sabiduría, y no veo el sentido de atarme a una sola cosa y pasarme años desgastándome en ella. La gente de una sola idea se vuelve tan estrecha y aburrida que no tengo paciencia con ella. Lo que vale es la cultura, y la que uno adquiere moviéndose por un campo amplio es la más fácil de conseguir, la más cómoda de tener y la más rentable a la postre. En todo caso, es la que a mí me gusta y la única con que pienso molestarme.

Con esta declaración, Charlie alisó el ceño, cruzó las manos sobre la cabeza y, recostándose, tarará suavemente el estribillo de una canción universitaria como si expresara mejor que él sus opiniones sobre la vida:

Mientras nuestras rosas tejidas cubren de rubor nuestras ardientes frentes, con mucha copa y mucha sonrisa vamos engañando los instantes de fiesta.

—Algunos de mis santos de aquí eran personas de una sola idea, y aunque no tuvieron mucho éxito desde el punto de vista mundano mientras vivían, fueron amados y canonizados cuando murieron —dijo Rose, que había estado repasando un montón de fotografías sobre la mesa y acababa de encontrar entre ellas a su favorito, San Francisco.

—Éste es más de mi gusto. Esos tipos agotados y cadavéricos me ponen melancólico, pero aquí hay un santo señorial que toma las cosas con calma y hace el bien a su paso sin lamentarse por sus propios pecados ni entristecer a los demás contándoles los suyos —Y Charlie puso un apuesto San Martín junto al fraile de hábito pardo.

Rose miró a ambos y comprendió por qué su primo prefería la figura soldadesca con la espada al asceta con su crucifijo. El uno cabalgaba valiente por el mundo entre púrpura y lino fino, con caballos, perros y escuderos a su espalda; el otro estaba en un lazareto rezando sobre los muertos y los moribundos. El contraste era poderoso, y los ojos de la muchacha se detuvieron más en el caballero, aunque dijo pensativamente:

—El tuyo es sin duda el más agradable, y sin embargo nunca oí hablar de ninguna buena obra que hiciera, salvo dividir su capa con un mendigo, mientras que San Francisco se dio en cuerpo y alma a la caridad justo cuando la vida le tentaba más y pasó años trabajando para Dios sin recompensa. Está viejo y pobre y en un lugar horrible, pero no lo abandono, y puedes quedarte con tu apuesto San Martín si quieres.

—Gracias, pero los santos no son lo mío; en cambio sí me gustaría el ángel de cabellos dorados y vestido azul, si me lo permites. Será mi pequeña madona y rezaré ante ella como un buen católico —respondió Charlie, volviéndose hacia la delicada figura de ojos profundos con los lirios en la mano.

—Con mucho gusto, y cualesquiera otros que quieras. Escoge algunos para tu madre y dáselos de mi parte con mi cariño.

Así que Charlie se sentó junto a Rose para repasar y comentar los cuadros durante una hora larga y agradable. Pero cuando se marcharon a almorzar, si hubiera habido alguien para observar un detalle tan pequeño aunque significativo, el buen San Francisco yacía boca abajo detrás del sofá, mientras el gallardo San Martín se erguía sobre la repisa de la chimenea.

CAPÍTULO 3

LA SEÑORITA CAMPBELL

Mientras los viajeros deshacen los baúles, recogeremos, tan brevemente como sea posible, los puntos sueltos del pequeño relato que estamos tejendo.

La vida de Rose había sido muy activa y tranquila durante los cuatro años siguientes al día de mayo en que tomó su decisión. El estudio, el ejercicio, las tareas del hogar y numerosos placeres saludables la mantuvieron como una criatura feliz y robusta que cada año iba ganando en gracia femenina, conservando siempre, sin embargo, esa frescura inocente que las chicas pierden tan pronto cuando se las lanza demasiado pronto al escenario del mundo y se les da un papel que representar.

No era una muchacha de dotes extraordinarias en ningún sentido, ni mucho menos perfecta; llena de toda suerte de caprichos y fantasías juveniles; un poco malcriada por tanto cariño; bastante propensa a creer que todas las vidas eran tan seguras y dulces como la suya; y cuando la necesidad o el dolor llamaban a su puerta, el tierno corazón desbordaba una caridad remordida que daba de su abundancia con poca prudencia. Pero con todas sus imperfecciones humanas, la naturaleza íntegra de la niña mantenía sus deseos trepando hacia lo justo, lo puro y lo verdadero, como las flores se esfuerzan hacia la luz; y el alma de mujer iba brotando hermosamente bajo las hojas verdes, detrás de los pequeños espinos.

A los diecisiete años, el doctor Alec la declaró lista para el viaje alrededor del mundo que él consideraba mejor remate de su educación que cualquier colegio. Pero entonces la tía Peace empezó a declinar y se fue pronto en silencio a reunirse con el amante al que había esperado tanto tiempo. La juventud parecía volver de una manera misteriosa a dar al rostro de la difunta la belleza perdida, y todo el romanticismo de su pasado a agruparse en torno a su memoria. A diferencia de la mayoría de las ancianas, sus amigos eran jóvenes, y en su entierro los cabellos grises cedieron el paso al grupo de muchachas cariñosas que prepararon para el descanso a la dulce

solterona, cargaron su féretro y cubrieron su tumba con las flores blancas que ella nunca había llevado.

Cuando todo acabó, la pobre tía Plenty parecía tan perdida sin la persona que había cuidado toda la vida que el doctor Alec no quiso marcharse, y Rose le pagó de buena gana la deuda que le debía con la ternura de una presencia que consuela sin palabras. Pero la tía Plenty, habiendo vivido siempre para los demás, pronto se rebeló contra ese sacrificio tan bien dispuesto, encontró pronto fuerzas en su propia sincera piedad, consuelo en las ocupaciones alegres y entretenimiento en cuidar a la tía Myra, que era una paciente capital porque nunca moría ni se curaba del todo.

Así que llegó por fin el momento en que los viajeros pudieron partir con el ánimo tranquilo, y en el decimoctavo cumpleaños de Rose, con el tío Alec y la fiel Phebe, partió a ver y conocer el grande y hermoso mundo que aguarda a todos si sabemos cómo usarlo y disfrutarlo.

Phebe fue enviada a estudiar música en los mejores conservatorios, y mientras adiestraba su hermosa voz con feliz aplicación, Rose y su tío vagabundearon de la manera más deliciosa hasta que dos años pasaron como un sueño y los de casa clamaron por su regreso.

De vuelta estaban, y ahora la heredera debía prepararse a ocupar su lugar, pues a los veintiún años tomaba posesión de la fortuna que había procurado aprender a administrar bien. Grandes planes fermentaban en su cabeza, pues aunque el corazón era tan generoso como siempre, el tiempo le había enseñado prudencia y la observación le había mostrado que la caridad más sabia es la que ayuda a los pobres a valerse por sí mismos.

El doctor Alec encontraba cierta dificultad en refrenar el ardor de esta joven filántropa que quería empezar cuanto antes a dotar hospitales, construir asilos, adoptar niños y ser la providencia de toda la humanidad.

—Tómate un poco de tiempo para mirar a tu alrededor y orientarte, hija. El mundo en que has estado viviendo es mucho más sencillo y honesto que el que vas a entrar ahora. Pruébate un poco y ve si los viejos caminos te parecen los mejores después de todo, pues ya tienes edad de decidir y espero que bastante juicio para descubrir lo que más te conviene de verdad — le dijo, esforzándose por sentirse presto a dejar que el pajarillo saliera de bajo su ala y diera sus primeros vuelos solo.

—Tío, me temo mucho que vas a llevarte una decepción conmigo —respondió Rose con una vacilación inusual, aunque con un deseo muy visible en los ojos—. Te gusta que sea completamente sincera contigo, y he aprendido a contarte todos mis pensamientos absurdos, así que hablaré claro, y si encuentras mi deseo muy equivocado y tonto, dímelo, pues no quiero que me abandones del todo por haber crecido. Dices que espere un poco, que me pruebe y que vea si los viejos caminos son los mejores. Me gustaría hacer eso, ¿y puedo hacerlo de mejor manera que llevando la vida que llevan las demás chicas? Sólo por un tiempo —añadió al ver que la cara de su tío se ponía seria.

Él se llevó una decepción, pero reconoció que el deseo era natural y al momento vio que semejante prueba podía tener sus ventajas. Con todo, le producía aprensión, pues había pensado en elegir cuidadosamente la compañía de Rose y procurar que el mundo no la corrompiera el mayor tiempo posible, como tantos padres y tutores cariñosos. Pero el espíritu de Eva es fuerte en todas sus hijas: la fruta prohibida les parecerá más apetitosa que cualquiera de su propio huerto, y la tentación de dar sólo un pequeño mordisco resulta irresistible para la más sabia. Así que Rose, asomándose desde el seguro recogimiento de su juventud al reino de mujer del que estaba a punto de tomar posesión, sintió un súbito deseo de probar sus placeres antes de asumir sus responsabilidades, y era demasiado sincera para ocultar el anhelo.

—Muy bien, querida, Pruébalo si quieres, con tal de que cuides tu salud, seas moderada en tu alegría y no pierdas más de lo que ganas, si es que eso es posible —añadió para sí, procurando hablar con ánimo y no parecer inquieto.

—Sé que es una tontería, pero sí que quiero ser una mariposa de verdad por un tiempo y ver qué se siente. Ya sabes que no pude evitar ver mucho de la vida elegante en el extranjero, aunque no formábamos parte de ella, y aquí las chicas me cuentan toda suerte de cosas agradables que van a ocurrir este invierno, así que si no me desprecias demasiado, me gustaría probarlo.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Serían demasiados tres meses? El Año Nuevo es un buen momento para comenzar de nuevo. Todo el mundo me va a dar la bienvenida, de modo que tendré que estar alegre pese a todo, a menos que esté dispuesta a

parecer muy ingrata y huraña —dijo Rose, contenta de tener tan buena razón para ofrecer a su nuevo experimento.

—Puede que te guste tanto que los tres meses se conviertan en años. El placer es muy dulce cuando somos jóvenes.

—¿Crees que se me subirá a la cabeza?

—Ya veremos, querida.

—¡Ya veremos! —y Rose se marchó con paso resuelto, como quien ha tomado una especie de juramento y piensa cumplirlo.

Fue un gran alivio para el mundo en general saber que la señorita Campbell iba a presentarse en sociedad de una vez, y las invitaciones a la fiesta de la tía Plenty fueron aceptadas sin demora. La tía Clara quedó muy decepcionada respecto al gran baile que había planeado, pero Rose se mantuvo firme y la querida anciana se salió con la suya en todo lo demás.

El resultado fue una reunión deliciosamente informal de amigos para dar la bienvenida a los viajeros. Una simple velada acogedora y hogareña a la antigua usanza: tan sencilla, cordial y genuina que los que vinieron a criticar acabaron disfrutando, y muchos reconocieron el encanto que no sabían describir ni imitar.

Mucha curiosidad despertaba Phebe, y mucho se cuchicheó detrás de los abanicos aquella noche, pues los que la habían conocido años atrás encontraban difícil reconocer a la pequeña criada en la apuesta joven que se conducía con tan serena dignidad y los cautivaba a todos con su hermosa voz. «La Cenicienta ha resultado ser una princesa» fue el veredicto general, y Rose disfrutó enormemente la pequeña sensación, pues había tenido que librar muchas batallas por su Phebe desde que volvieron, y ahora su fe quedaba vindicada.

La propia señorita Campbell era muy solicitada y hacía los honores con tanta gracia que hasta la señorita Bliss le perdonó su lamentable descuido respecto a Worth, aunque meneó la cabeza ante los vestidos blancos, iguales salvo que Phebe llevaba adornos de carmesí y Rose, de azul.

Las chicas se agolparon ansiosas en torno a la amiga recuperada, pues Rose había sido una favorita antes de marcharse y encontraba ahora su trono esperándola. Los jóvenes se pronunciaron en privado por Phebe como

la más guapa, «pero ya se sabe que no tiene familia ni dinero, así que no vale la pena». Phebe, por tanto, era admirada como una de las propiedades ornamentales de la casa y dejada respetuosamente en paz.

Pero la encantadora Rose era «perfectamente adecuada», como decían estos amables jóvenes, y más de un ojo anhelante seguía la cabeza rubia que se deslizaba por los salones como un segundo Vellochino de Oro difícil de conquistar, pues robustos parientes la rodeaban y tías vigilantes montaban guardia.

No es de extrañar que la muchacha encontrara encantador su nuevo mundo y que su primer sorbo de placer se le subiera un poco a la cabeza, pues todos la acogían y le sonreían, la halagaban y la elogiaban, le susurraban agradables augurios al oído y le dirigían miradas de cumplidos y enhorabuenas que no se atrevían a expresar abiertamente, hasta que tuvo la sensación de haber dejado su antiguo yo en algún lugar del extranjero y haberse convertido de repente en un ser nuevo y prodigiosamente dotado.

—Es muy agradable, tío, y no estoy segura de no querer otros tres meses cuando acaben los primeros —le susurró al doctor Alec mientras él contemplaba el baile que ella encabezaba con Charlie en el largo vestíbulo después de la cena.

—Calma, muchacha, calma, y recuerda que no eres una mariposa de verdad sino una chica mortal cuya cabeza dolerá mañana —respondió él, observando el rostro encendido y sonriente que tenía ante sí.

—Casi desearía que no hubiera mañana, y que esta noche durase para siempre: es tan agradable y todos son tan amables —dijo ella con un pequeño suspiro de felicidad mientras recogía las vaporosas faldas como un pájaro blanco alisándose las plumas antes del vuelo.

—Te pediré tu opinión a las dos de la madrugada —empezó su tío con una advertencia.

—Te la daré con toda sinceridad —fue todo lo que Rose tuvo tiempo de decir antes de que Charlie la arrebatara hacia la nube multicolor que tenían delante.

—Es inútil, Alec: críes a una chica con toda la sabiduría del mundo que cuando llegue el momento se soltará y se irá a por el placer con tanto ardor como la más frívola, porque así son ellas por naturaleza —dijo el tío Mac,

marcando el compás de la música como si él tampoco tuviera nada en contra de «ir a por» un poco de placer.

—Mi chica probará y juzgará, pero salvo que me equivoque mucho, un poco bastará para saciarla. Quiero ver si pasa la prueba, porque de lo contrario todo mi trabajo habrá sido un fracaso y me gustaría saberlo —respondió el médico con una sonrisa esperanzada en los labios pero una mirada inquieta en los ojos.

—Saldrá bien, ¡que Dios la bendiga!, así que déjala sembrar sus inocentes locuras de juventud y disfrutar hasta que esté lista para sentar la cabeza. Ojalá todos nuestros jóvenes tuvieran tan poca cosecha y la pasaran tan bien como ella —añadió el tío Mac con un meneo de cabeza mientras echaba un vistazo a algunos de los jóvenes que giraban ante él.

—Espero que con los tuyos no haya nada malo.

—¡No, gracias a Dios! Hasta ahora he tenido pocos disgustos con ninguno de los dos, aunque Mac es un chico raro y Steve un petimetre. No me quejo, pues los dos superarán esa etapa y son buenos muchachos en el fondo, gracias a su madre. Pero el hijo de Clara va por mal camino, y si el padre no interviene, ella lo echará a perder de hombre como lo ha echado a perder de niño.

—Le conté todo a mi hermano Stephen cuando estuve en Calcuta el año pasado, y él le escribió al chico, pero Clara tiene infinidad de planes en la cabeza e insistió en tener a Charlie un año más cuando su padre le ordenó ir a la India —respondió el médico mientras se alejaban.

—Ya es demasiado tarde para «ordenarle» nada: Charlie es un hombre y Stephen descubrirá que ha sido demasiado blando con él todos estos años. Pobre hombre, lo ha tenido difícil, y me temo que lo tendrá aún más, a menos que vuelva a casa y ponga las cosas en orden.

—Eso no lo hará si puede evitarlo. Ha perdido toda su energía viviendo en ese clima y detesta los disgustos más que nunca, de modo que puedes imaginarte el esfuerzo que le supondría manejar a una mujer necia y a un muchacho testarudo. Habrá que echar una mano, Mac, y hacer todo lo posible por el pobre viejo Steve.

—Lo mejor que podemos hacer por el chico es casarlo y establecerlo cuanto antes.

—Pero, hombre, si sólo tiene veintitrés años —empezó el doctor como si la idea fuera absurda. Luego una expresión repentina le transformó el semblante y añadió con una sonrisa melancólica—: Se me olvida cuánto puede uno esperar y sufrir incluso a los veintitrés años.

—Y salir de ello mejor, si se afronta con valentía —dijo el tío Mac, con la mano en el hombro de su hermano y la más sincera aprobación en la voz. Luego, volviendo con amabilidad a los jóvenes, continuó con tono inquisitivo—: Supongo que tú no compartes el punto de vista de Clara sobre cierto asunto.

—En absoluto. Mi chica merece lo mejor, y la educación de Clara estropearía a un ángel —respondió el doctor Alec con viveza.

—Pero nos costará dejar que nuestra pequeña Rose salga de la familia. ¿Qué te parece Archie? Ha sido bien criado y es un joven excelente a carta cabal.

Los dos hermanos se habían retirado ya al estudio y estaban solos, pero el doctor Alec bajó la voz al decir con una ternura ansiosa que era agradable de ver:

—Ya sabes que no soy partidario de que se casen los primos, así que estoy en un aprieto, Mac, porque quiero a esa criatura como si fuera hija mía y siento que no podría entregarla a ningún hombre que no conociera y en quien no confiara plenamente. No tiene sentido que hagamos planes, pues ella debe elegir por sí misma; y con todo desearía que pudiéramos retenerla entre nosotros y dar a uno de nuestros chicos una mujer que valiera la pena.

—Y así será, de modo que olvida tus teorías y dedícate a poner a prueba a los mayores y hacer feliz a uno de ellos. Todos tienen el corazón libre, creo yo, y aunque todavía son jóvenes para estas cosas, podemos ir orientando suavemente los asuntos, ya que nadie sabe cuándo puede llegar el momento. ¡Por Dios, que vivir entre un montón de jóvenes es como vivir en una polvorín! Todo parece tranquilo hasta que una chispa repentina produce la explosión, y el cielo sabe dónde nos encontramos cuando ha pasado todo.

Y el tío Mac se acomodó tranquilamente para decidir el destino de Rose mientras el médico paseaba por la habitación, tirándose de la barba y frunciendo el ceño como quien no ve con claridad el camino.

—Sí, Archie es un buen muchacho —dijo, respondiendo a la pregunta que antes había dejado sin responder—. Un joven íntegro, serio e inteligente que será un marido excelente si alguna vez descubre que tiene corazón. Supongo que soy un viejo tonto, pero a un hombre joven sí me gusta verle algo más de romanticismo de lo que él parece tener: más calor y entusiasmo, ¿sabes? ¡Vaya con el chico! Parece tener cuarenta años en vez de veintitrés o veinticuatro, de lo serio, tranquilo y frío que es. Yo soy más joven que él, y podría ir a cortejar como un Romeo si tuviera algún corazón que ofrecer a una mujer.

El doctor pareció algo avergonzado al hablar, y su hermano soltó una carcajada.

—Mira, Alec, es una lástima que tanto romanticismo y tanta excelencia como los tuyos se pierdan, ¿por qué no das a estos jóvenes el ejemplo y te pones tú mismo a cortejar? Jessie se ha preguntado cómo has conseguido no enamorarte de Phebe todo este tiempo, y Clara está convencida de que esperaste sólo a que estuviera bajo el ala de la tía Plenty para ofrecerte a ti mismo a la antigua y buena usanza.

—¿Yo? —Y el doctor se quedó boquiabierto ante la mera idea; luego lanzó una especie de suspiro resignado y añadió con aire de mártir—: Si esas queridas mujeres me dejaran en paz, se lo agradecería eternamente. Sácales esa idea de la cabeza por el amor de Dios, Mac, o tendré a esa pobre muchacha lanzada a mis brazos y su tranquilidad destruida. Es una criatura excelente y me enorgullezco de ella, pero merece algo mejor que atarse a un viejo como yo cuyo único mérito es la fidelidad.

—Como quieras; era sólo una broma —y el tío Mac abandonó el tema con secreta satisfacción. El excelente hombre daba mucho valor a la familia y le habían inquietado bastante las insinuaciones de las señoras. Tras un momento de silencio volvió a un tema anterior que era una especie de proyecto predilecto suyo—: Creo que no le haces justicia a Archie, Alec. No le conoces tan bien como yo, pero descubrirás que tiene bastante corazón bajo esos modales fríos y tranquilos. Le tengo mucho cariño, le tengo en muy alta estima, y no veo cómo podrías hacer nada mejor por Rose que dársela a él.

—Si ella quiere —dijo el doctor, sonriendo ante la manera tan mercantil en que su hermano disponía de los jóvenes.

—Hará todo lo que le pidas —empezó el tío Mac con la más perfecta buena fe, pues veinticinco años en compañía de una esposa muy prosaica le habían quitado casi todo el romanticismo.

—No tiene sentido hacer planes, y yo nunca intervendré salvo para aconsejar; y si tuviera que elegir uno de los chicos, me inclinaría por mi ahijado —respondió el doctor con gravedad.

—¡Cómo, el Patito Feo mío! —exclamó el tío Mac con gran sorpresa.

—El Patito Feo resultó ser un cisne, recuérdalo. Siempre he querido mucho al chico porque es tan genuino y original. Verde como una manzana tierna ahora mismo, pero sano en el centro, y sólo necesita tiempo para madurar. Estoy seguro de que resultará un ejemplar excelente de la variedad Campbell.

—Te lo agradezco, Alec, pero no sirve de nada. Es un buen muchacho y puede que llegue a hacer algo de lo que estar orgullosos, pero no es el compañero para nuestra Rose. Ella necesita a alguien que pueda administrar su patrimonio cuando nosotros no estemos, y Archie es el hombre para eso, ten por seguro.

—¡Al diablo con el patrimonio! —exclamó el doctor Alec impetuosamente—. Yo quiero que sea feliz, y no me importa con qué rapidez se deshaga del dinero si va a ser una losa atada a su cuello. Te digo que el pensamiento de este momento me ha aterrado tanto que la he tenido alejada todo el tiempo que he podido y he temblado cada vez que se nos unía algún joven en el extranjero. Hubo una o dos situaciones comprometidas, y ahora estoy metido de lleno, como puedes ver por el «éxito» de esta noche, según lo llama Clara. ¡Gracias a Dios que no tengo muchas hijas de quién ocuparme!

—Vamos, vamos, no te inquietes: toma a Archie y queda el asunto resuelto de una manera segura y dichosa. Ése es mi consejo, y ya verás que es acertado —respondió el conspirador mayor como quien tiene experiencia.

—Lo pensaré, pero atente a esto, Mac: ni una palabra de todo esto a las hermanas. Somos un par de viejos tontos para ponernos a casamentear tan pronto, pero veo lo que tengo delante y me consuela desahogarse con alguien.

— Así es. Cuenta conmigo: ni una palabra siquiera a Jane —respondió el tío Mac, con un apretón de manos efusivo y una palmada comprensiva en el hombro.

— Pero, ¿qué secretos tan oscuros y terribles se traen aquí? ¿Es una logia masónica y son éstos los signos místicos? —preguntó una voz alegre en la puerta; y allí estaba Rose, llena de sonriente asombro ante el espectáculo de sus dos tíos tomados de la mano, cuchicheando y haciéndose señas misteriosas.

Se sobresaltaron como colegiales sorprendidos en alguna travesura y pusieron tal cara de culpabilidad que ella se apiadó de ellos, imaginando inocentemente que los hermanos se entregaban a un poco de sentimentalismo en aquella joyosa ocasión; así que añadió rápidamente, desde el umbral sin cruzarlo:

— Las mujeres, claro, no tienen entrada, pero a los dos queridos excéntricos les reclaman, pues la tía Plenty ruega que hagamos un contredanse a la antigua usanza y yo abriré el baile con el tío Mac. Os he elegido a vos, señor, porque lo hacéis con estilo, palomitas y todo. Así que, por favor, venid; y Phebe os espera a vos, tío Alec. Está un poco cohibida, ya sabéis, pero disfrutará con vos a su lado.

— ¡Gracias, gracias! —exclamaron ambos caballeros, siguiéndola con gran diligencia.

Ignorante de todo, Rose disfrutó enormemente del Virginia reel, pues las palomitas fueron soberbias y su pareja la condujo por los recovecos del baile sin un solo fallo, bajando por el centro con su más gallardo estilo. Al llegar sana y salva al extremo, se hizo a un lado para que él recuperara el aliento, pues el corpulento tío Mac estaba dispuesto a todo o morir en el intento aquella noche y habría bailado hasta agujerearse los zapatos sin una queja si ella lo hubiera deseado.

Recostado contra la pared con el pelo sobre los ojos y una expresión decididamente aburrida, estaba Mac hijo, que había estado contemplando las acrobacias de su padre con respetuoso asombro.

— Vamos, da una vuelta, muchacho. Rose está fresca como una margarita, pero nosotros los viejos nos cansamos enseguida, así que ocupa tú mi

lugar —dijo su padre, secándose la cara, que brillaba como una alegre peonía.

—No, gracias, señor: no aguanto esas cosas. Te echo una carrera alrededor de la galería con mucho gusto, prima, pero este horno es demasiado para mí —fue la descortés respuesta de Mac mientras retrocedía hacia la ventana abierta, como agradecido de tener una excusa para escapar.

—Criatura delicada, no te quedes aquí por mí, te lo ruego. Yo no puedo abandonar a mis invitados para correr a la luz de la luna, aunque me atreviera a hacerlo una noche de helada con este vestido tan fino —dijo Rose, abanicándose sin inmutarse lo más mínimo ante la negativa de Mac, pues conocía sus maneras y la divertían.

—Ni la mitad de malo que todo este polvo, gas, calor y ruido. ¿De qué crees que están hechos los pulmones? —exigió saber Mac, dispuesto a debatir allí mismo.

—Antes lo sabía, pero lo he olvidado. He estado tan ocupada con otras cosas que he descuidado las aficiones que tenía hace cinco o seis años —dijo ella riendo.

—¡Ah, aquélla sí era una vida que valía la pena! ¿Vas a meterte mucho en esto? —preguntó él con una mirada reprobatoria hacia los bailarines.

—Unos tres meses, creo.

—Entonces, hasta el Año Nuevo —y Mac desapareció detrás de las cortinas.

—Rose, querida, tienes que tomarte a ese muchacho entre manos antes de que se vuelva un oso de verdad. Desde que te fuiste ha vivido entre sus libros y ha progresado tanto que le hemos dejado en paz, aunque su madre se lamenta de sus modales. Pule su aspereza un poco, te lo ruego, pues ya es hora de que corrija sus rarezas y haga justicia a los excelentes dotes que esconde detrás de ellas —dijo el tío Mac, escandalizado por la brusquedad de su hijo.

—Conozco bien mi castaña erizada y sus pinchos no me afectan. Pero a otros sí, de modo que me lo tomaré entre manos y haré de él un orgullo para su familia —respondió Rose sin vacilar.

—Toma a Archie por modelo: es uno entre mil, y la chica que se lo lleve se lleva un premio, te lo aseguro —añadió el tío Mac, que encontraba el oficio de casamentero de su gusto y pensaba que esa última observación era muy profunda.

—¡Ay, qué cansada estoy! —exclamó Rose, dejándose caer en una silla cuando el último carruaje se alejó entre la una y las dos.

—¿Cuál es su opinión ahora, señorita Campbell? —preguntó el doctor, dirigiéndose a ella por primera vez con el nombre que había sido pronunciado tan a menudo esa noche.

—Mi opinión es que la señorita Campbell tiene visos de llevar una vida muy alegre si sigue como ha empezado, y que hasta ahora la encuentra muy deliciosa —respondió la muchacha, con los labios todavía sonrientes tras su primer sorbo de lo que el mundo llama placer.

CAPÍTULO 4

ESPINAS ENTRE LAS ROSAS

Por un tiempo todo fue sobre ruedas, y Rose era una muchacha feliz. El mundo le parecía un lugar hermoso y amigable, y el cumplimiento de sus más brillantes sueños le parecía posible. Claro que eso no podía durar, y la decepción era inevitable, porque los ojos jóvenes buscan un paraíso y lloran

al encontrar un mundo de cada día que parece lleno de cuidados y penas hasta que uno aprende a alegrarlo y glorificarlo con elevados pensamientos y una vida santa.

Quienes la querían aguardaban con inquietud el desengaño que habría de llegar a pesar de todos sus desvelos, pues hasta entonces Rose había estado tan ocupada con sus estudios, viajes y obligaciones domésticas que conocía muy poco los triunfos, tribulaciones y tentaciones de la vida elegante. El nacimiento y la fortuna la situaban en un lugar del que difícilmente podía escapar de algunos de ellos, y el doctor Alec, sabiendo que la experiencia es el mejor maestro, la dejó con prudencia aprender esta lección como debía aprender tantas otras, rezando con devoción para que no fuera dura.

Octubre y noviembre pasaron rápidamente y la Navidad estaba encima, con todos sus alegres misterios, reuniones familiares y felicitaciones.

Rose estaba sentada en su pequeño sanctasanctórum, abierto al salón, muy ocupada preparando regalos para los quinientos amigos queridos que parecían quererla cada vez más a medida que se acercaban las fiestas. Los cajones de su cómoda estaban abiertos, dejando ver delicadas chucherías que ella ataba con cintas vistosas.

El rostro de una muchacha en esos momentos suele ser feliz, pero el de Rose era muy serio mientras trabajaba, y de cuando en cuando arrojaba un paquete al cajón con un gesto displicente, como si ningún amor hiciera precioso el regalo. Tan inusual era esa expresión que el doctor Alec la advirtió al entrar y llevó una mirada inquieta a sus ojos, pues cualquier nube en aquel otro semblante proyectaba su sombra sobre el suyo.

—¿Puedes dedicar un momento a tu bonita labor para darle una puntada a mi viejo guante? —preguntó, acercándose a la mesa sembrada de cintas, encajes y papeles de colores.

—Sí, tío, todos los que quieras.

El rostro se iluminó con un súbito resplandor; ambas manos se tendieron para recibir el viejo guante de conducir, y la voz tenía esa afectuosa presteza que hace dulce el servicio más pequeño.

—La dama de la caridad está muy atareada, ya veo. ¿Puedo ayudar en algo? —preguntó él, echando una ojeada al despliegue que tenía delante.

—No, gracias, a menos que puedas devolverme el interés y el placer que antes me daban estas cosas. ¿No te parece una gran molestia preparar regalos, excepto para los que quieres y te quieren? —añadió con un tono que tenía un leve temblor al pronunciar las últimas palabras.

—Yo no doy a personas por quienes no siento nada. No puedo, especialmente en Navidad, cuando la buena voluntad debe ir en todo lo que uno hace. Si todas estas «preciosidades» son para amigos queridos, debes de tener muchísimos.

—Creía que lo eran, pero encuentro que muchos no lo son, y ése es el problema.

—Cuéntamelo todo, querida, y olvidemos el viejo guante —dijo él, sentándose a su lado con su aire más comprensivo.

Pero ella aferró el guante, diciendo con viveza:

—No, no, me encanta hacerlo. No me siento capaz de mirarte mientras te cuento lo mala y desconfiada que soy —añadió, sin alzar los ojos de la costura.

—Muy bien; estoy dispuesto para confesar cualquier iniquidad y me alegra que lo hagas, pues últimamente he visto a veces una nube en los ojos de mi chica y he percibido un tono preocupado en su voz. ¿Hay una gota amarga en la copa que prometía ser tan dulce, Rose?

—Sí, tío. He intentado creer que no la había, pero está ahí, y no me gusta. Me avergüenza contarlo, y sin embargo quiero hacerlo, porque tú me mostrarás cómo hacerla dulce o me asegurarás que será para mi bien, como solías hacer cuando me tomaba la medicina.

Se detuvo un instante, cosiendo a toda velocidad; luego salió el problema todo de golpe, en un arrebato de pena y disgusto muy propio de su edad.

—Tío, la mitad de las personas que son tan amables conmigo no se preocupan lo más mínimo por mí, sino por lo que les puedo dar, y eso me hace desgraciada, porque me había alegrado y enorgullecido tanto de que me quisieran. Ojalá no tuviera en el mundo un céntimo: al menos sabría quiénes son mis verdaderos amigos.

—Pobrecita —dijo el doctor para sí—. Ha descubierto que no todo lo que brilla es oro, y el desengaño ha empezado —añadió en voz alta, sonriente

aunque condolido—. ¿Así que todo el placer se ha ido de los bonitos regalos y la Navidad es un fracaso?

—Ah, no, no para los de quienes nada puede hacerme dudar. Es más dulce que nunca hacer estas cosas, porque en cada puntada va mi corazón y sé que, por pobres que sean, serán queridas para vos, la tía Plen, la tía Jessie, Phebe y los chicos.

Abrió un cajón donde reposaba un montón de bonitos regalos confeccionados con amoroso esmero por sus propias manos, tocándolos con ternura al hablar, y dándole una palmadita al lazo marinero de cinta azul de un abultado paquete con una sonrisa que revelaba cuán inquebrantable era su fe en alguien.

—Pero éstos —dijo, tirando de otro cajón y revolviendo su alegre contenido con un aire mitad triste mitad desdeñoso—, éstos los he comprado y los doy porque así se espera. A esta gente sólo le importa un regalo rico, no tiene el menor interés por quien lo da, a quien criticará en secreto si no es tan generosa como esperan. ¿Cómo puedo disfrutar de ese tipo de cosas, tío?

—No puedes; aunque quizás haces injusticia a alguna de ellas, querida. No dejes que la envidia o el egoísmo de unas pocas envenene tu fe en todas. ¿Estás segura de que ninguna de esas chicas se preocupa por ti? —preguntó él, leyendo un nombre aquí y allá en los paquetes esparcidos.

—Me temo que sí. Verás: una noche en casa de Annabel oí a varias hablando entre sí, sólo unas palabras, pero me dolieron mucho, pues casi todas especulaban sobre lo que les daría y esperaban que fuera algo fino. «Es tan rica que debería ser generosa», dijo una. «He sido completamente fiel a ella durante semanas y espero que no se olvide», dijo otra. «Si no me da algunos de sus guantes, pensaré que es muy tacaña, pues tiene montones, y me probé un par en broma para que viera que me quedaban bien y pillara la indirecta», añadió una tercera. Ya veis que pillé la indirecta.

Y Rose abrió una bonita caja en la que reposaban varios pares de sus mejores guantes, con botones suficientes para satisfacer al más codicioso de los corazones.

—Mucho papel de plata y mucho perfume, pero poco amor fue a parar a ese paquete, me figuro —dijo el doctor Alec sin poder evitar una sonrisa

ante el gesto desdeñoso con que Rose apartó la caja.

—Ni una pizca; ni en la mayoría de éstos. Les he dado lo que querían y me he quedado con la confianza y el respeto que no les importaban. Está mal, lo sé, pero no puedo soportar pensar que toda la aparente buena voluntad y la cordialidad de que he estado disfrutando era insincera e interesada. Así no es como yo trato a la gente.

—Estoy seguro de ello. Toma las cosas por lo que valen, querida, y procura encontrar el trigo entre la cizaña, que hay mucho si uno sabe mirarlo. ¿Es éso todo el problema?

—No, señor; ésa es la parte más leve. Pronto superaré mi decepción con esas chicas y las tomaré por lo que valen, como me aconsejáis, pero haberme equivocado con ellas me hace desconfiar de los demás, y eso es odioso. Si no puedo fiarme de la gente, prefiero quedarme en mi rincón y ser feliz. ¡Detesto las maniobras y los planes y tramas solapados!

Rose habló con irritación y tiró de la seda hasta romperla, mientras al hablar parecía que la pena cedía el paso a la cólera.

—Evidentemente hay otra espina que pincha. Saquémosla, y luego te besaré el lugar para que se cure, como hacía cuando te sacaba las astillas de los dedos que ahora te estás pinchando tan sin misericordia —dijo el doctor, ansioso por aliviar cuanto antes a su paciente predilecta.

Rose se echó a reír, pero el color se ahondó en sus mejillas al responder con una bonita mezcla de pudor juvenil y candor natural:

—La tía Clara me atormenta advirtiéndome contra la mitad de los jóvenes que conozco e insistiendo en que sólo quieren mi dinero. Eso es terrible y no quiero escucharla, pero no puedo evitar pensarlo a veces, porque son muy amables conmigo y yo no soy tan vanidosa como para creer que es por mi belleza. Supongo que soy una tonta, pero sí me gusta sentir que soy algo más que una heredera.

Había un pequeño temblor en la voz de Rose al acabar, y el doctor Alec lanzó un rápido suspiro al contemplar el rostro abatido, tan lleno de la perplejidad que sienten las almas ingenuas cuando la duda turba por primera vez su fe y empaña las creencias inocentes que persisten desde la infancia. Lo había estado esperando y sabía que lo que la muchacha empezaba apenas a percibir y trataba modestamente de expresar hacía tiempo que era evi-

dente para ojos más mundanos. La heredera era la atracción para la mayoría de los jóvenes que ella conocía. Buenos chicos en general, pero educados, como casi todos hoy en día, en la creencia de que las chicas con belleza o dinero se sacan al mercado para vender o comprar según el caso.

Rose podía comprar lo que quisiera, pues combinaba ambas ventajas, y pronto se vio rodeada de muchos admiradores, cada uno esforzándose por hacerse con el premio. Sin haber sido educada en la creencia de que el único fin y meta de la vida de una mujer era una buena boda, se perturbó un poco, cuando pasó la primera emoción placentera, al descubrir que su fortuna era su principal atractivo.

No le era posible evitar ver, oír, adivinar esto a partir de una mirada significativa, una palabra suelta, un leve indicio de aquí o allá, y el rápido instinto de la mujer lo sentía antes de comprenderlo: el interés propio que enfriaba para ella tantas amistades nacientes. A sus ojos el amor era una cosa muy sagrada, apenas a la que pensar hasta que llegara, recibido con reverencia y cuidado fielmente hasta el fin. No es extraño, pues, que le repugnara oírlo discutir con ligereza y el matrimonio tratado como un negocio a regatear, con poco pensamiento en sus altos deberes, grandes responsabilidades y tiernas alegrías. Muchas cosas la desconcertaban, y a veces una duda sobre todo aquello en que hasta entonces había creído y confiado la hacía sentirse en el mar sin brújula, pues el nuevo mundo era tan diferente de aquel en que había vivido que desorientaba a la vez que cautivaba a la novicia.

El doctor Alec comprendió el estado en que la encontraba e hizo todo lo posible por advertirla sin entristecerla con demasiada sabiduría mundana.

—Eres algo más que una heredera para quienes te conocen y te quieren, así que ánimo, chica mía, y aférrate a la fe que llevas dentro. Hay una piedra de toque para todas estas cosas, y lo que no suene a verdad, desconfía de ello y evítalo. Pon a prueba a hombres y mujeres según vayan apareciendo, y estoy seguro de que la conciencia, el instinto y la experiencia te preservarán de cualquier error grave —dijo él, con un brazo protector alrededor de ella y una mirada de confianza que era muy reconfortante.

Tras un momento de silencio, ella respondió mientras una súbita sonrisa se le formaba alrededor de la boca y el gran guante subió para esconder sus reveladoras mejillas:

—Tío, si he de tener pretendientes, ojalá fueran más interesantes. ¿Cómo puedo querer o respetar a hombres que se conducen como algunos de ellos y luego se imaginan que las mujeres pueden sentirse honradas con el ofrecimiento de su mano? Los corazones están pasados de moda, de modo que ya no se habla mucho de ellos.

—¡Ajá! ¿Conque ése es el problema? ¿Y empezamos a tener delicadas cuitas? —dijo el doctor Alec, contento de verla animarse y muy interesado en el nuevo tema, pues era un viejo romántico, como había confesado a su hermano.

Rose dejó el guante y levantó los ojos con una mezcla de diversión y disgusto.

—Tío, ¡es perfectamente escandaloso! He querido contártelo, pero me daba vergüenza, porque nunca he podido vanagloriarse de esas cosas como algunas chicas, y eran tan ridículas que me parecía que no valían la pena repetirlas ni siquiera a ti. Aunque quizás debería, pues puede que consideres oportuno ordenarme que haga un buen partido, y claro que tendría que obedecer —añadió tratando de parecer sumisa.

—Cuéntalo sin falta. ¿Acaso no guardo siempre tus secretos y te doy los mejores consejos, como un tutor modélico? Tienes que tener un confidente, y ¿dónde encontrar uno mejor que aquí? —preguntó, dándose unos golpeitos en el chaleco con un gesto acogedor.

—En ninguna parte; así que lo contaré todo, salvo los nombres. Mejor ser prudente, pues me temo que puedes ponerte un poco fiero: a veces lo haces cuando la gente me molesta —empezó Rose, a quien no desagradaba la perspectiva de una charla confidencial con el tío, pues él se había mantenido bastante al margen últimamente.

—Ya sabes que nuestras ideas son anticuadas, de modo que no estaba preparada para que los hombres propusieran a todas horas y en todos los lugares con ningún aviso salvo unas cuantas sonrisas y discursos galantes. Esperaba que ese tipo de cosas fueran muy interesantes y formales, por no decir emocionantes, por mi parte; pero no lo son, y me encuentro riendo en vez de llorar, sintiéndome molesta en vez de contenta, y olvidándoseme muy pronto. Pues bien, tío: un chico absurdo propuso cuando nos habíamos visto sólo media docena de veces. Pero estaba terriblemente endeudado, así

que quizás eso lo explica. —Y Rose se limpió los dedos como si los hubiera manchado.

—Lo conozco, y pensé que lo haría —observó el doctor con un encogimiento de hombros.

—Lo veis y lo sabéis todo, así que no hace falta continuar, ¿verdad?

—Sigue, sigue. ¿Quién más? No adivinaré nada.

—Bueno, otro se arrodilló en el invernadero de la señora Van y declaró su pasión muy bravamente, con un gran cactus pinchándole las pobres piernas todo el tiempo. Kitty lo encontró allí, y fue imposible mantenerse seria, de modo que desde entonces me tiene odio.

La carcajada del doctor era buena de oír, y Rose se le unió, pues resultaba imposible tomarse en serio estos episodios, ya que ningún sentimiento verdadero los rescataba de lo ridículo.

—Otro me mandó resmas de poesía y se comportó de un modo tan byroniano que empecé a desear tener el pelo rojo y llamarme Betsy Ann. Quemé todos los versos, así que no esperéis verlos, y él, el pobre, se consuela con Emma. Pero el peor de todos fue el que insistía en hacer el amor en público y se empeñó en proponer en medio de un baile. Yo rara vez bailo piezas de pareja salvo con los chicos, pero aquella noche lo hice porque las chicas se reían de mí por ser tan «remilgada», como ellas lo llamaban. Ahora no me importan, pues encontré que tenía razón y sentí que me merecía lo que me pasó.

—¿Eso es todo? —preguntó su tío, poniendo cara de «fiero», como ella había predicho, ante la idea de que su querida muchacha se hubiera visto obligada a escuchar una declaración girando en brazos de un pretendiente.

—Uno más, pero de ése no voy a hablar, pues sé que iba en serio y sufrió de verdad, aunque yo fui tan amable como supe ser. Soy todavía joven en estas cosas, así que me afligió por él, y trato su amor con el más tierno respeto.

La voz de Rose se redujo casi a un susurro al terminar, y el doctor Alec inclinó la cabeza, como si involuntariamente saludara a un compañero en la desgracia. Luego se levantó, diciendo con una mirada penetrante al rostro que levantó cogiéndole la barbilla:

—¿Quieres otros tres meses de esto?

—Te lo diré el día de Año Nuevo, tío.

—Muy bien. Procura mantener el rumbo, pequeña capitana, y si ves tiempo feo por delante, llama a tu primer oficial.

—A la orden, señor. Lo recordaré.

CAPÍTULO 5

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

El viejo guante yacía olvidado en el suelo mientras Rose estaba sentada absorta en sus pensamientos, hasta que unos pasos ligeros sonaron en el pasillo y una voz se fue acercando con una melodía tarareada.

«Mientras paseaba por la calle la ciudad contemplando, oh, vio allí una moza bonita por la ventana mirando.»

«Tan ligero subió la escalera y llamó a la puerta sin parar; ¿y quién más dispuesta que ella misma para dejar entrar al galán?»

cantó Rose cuando la voz hizo una pausa y llegó un golpecito a la puerta.

—Buenos días, Rosamunda: aquí tienes las cartas, y tu más devoto servidor listo para los recados que tengas para él —fue el saludo de Charlie al

entrar, apuesto, alegre y desenvuelto como de costumbre.

—Gracias. No tengo recados a no ser que eches estas respuestas al correo, si las cartas necesitan contestación, así que con tu permiso, Príncipe —y Rose empezó a abrir el puñado de notas que él le había echado en el regazo.

—¡Eh! ¿Qué visión es ésta que hiere mis ojos? —exclamó Charlie, señalando el guante con un sobresalto melodramático, pues como la mayoría de los buenos actores aficionados tenía la costumbre de introducir el teatro privado en su charla y conversación cotidiana.

—Lo olvidó el tío.

—Bien está. Temí por un momento que hubiera estado aquí algún rival —y, recogéndolo, Charlie se entretuvo poniéndolo en la cabeza de una pequeña Psique que adornaba la repisa de la chimenea, canturreando suavemente mientras lo hacía, otra estrofa de la vieja canción:

«La sentó en sus rodillas, vestido con su traje de las Highlands; pues bien sabía él el camino para agradar a una moza bonita.»

Rose siguió leyendo sus cartas, pero todo el rato pensaba en su conversación con su tío y también en algo más que le sugería el recién llegado y su cantarcillo.

Durante los tres meses transcurridos desde su regreso, había visto a este primo más que a ninguno de los otros, pues parecía ser el único que tenía tiempo libre para «jugar con Rose», como solían decir años atrás. Los demás chicos estaban todos trabajando, incluso el pequeño Jamie, muchas de cuyas horas de recreo se dedicaban a encarnizadas luchas con la gramática latina, el genio maligno de su vida de colegial. El doctor Alec tenía muchos asuntos que arreglar tras su larga ausencia; Phebe estaba ocupada con su música; y la tía Plenty seguía supervisando activamente su casa. Así resultó, con la más natural de las consecuencias, que Charlie adquiriera la costumbre de asomarse a cualquier hora con cartas, recados, noticias y planes agradables para Rose. Le ayudaba con el dibujo, salía a cabalgar con ella, cantaba con ella y la llevaba a las fiestas como si fuera lo más natural del mundo, pues la tía Clara, la más alegre de las hermanas, hacía de carabina en todas las ocasiones.

Por un tiempo fue muy agradable, pero poco a poco Rose empezó a desear que Charlie encontrara algo que hacer como los demás y no convirtiera el rondar tras ella en la ocupación de su vida. La familia estaba acostumbrada a sus modos indolentes, y en el ánimo de los chicos reinaba la amable ilusión de que tenía derecho a lo mejor de todo, pues para ellos seguía siendo el Príncipe, la flor del rebaño, llamado con el tiempo a ser un honor para el nombre. Nadie sabía bien de qué manera, pues aunque lleno de talento, no parecía tener ninguna vocación ni inclinación especial, y los mayores empezaban a mover la cabeza porque, a pesar de muchas promesas y proyectos grandiosos, el momento de actuar con decisión nunca llegaba.

Rose lo veía todo y ansiaba infundir a su brillante primo algún propósito varonil que le ganara respeto además de admiración. Pero lo encontraba muy difícil, porque aunque él escuchaba con imperturbable buen humor y reconocía sus deficiencias con encantadora franqueza, siempre tenía algún argumento, razón o excusa que ofrecer y en cinco minutos la dejaba sin palabras, vencida aunque no convencida.

Últimamente había observado que él parecía sentir como si su tiempo y sus pensamientos le pertenecieran exclusivamente y resintiera bastante la llegada de cualquier otro que reclamara su atención. Eso la molestaba y le sugería la idea de que su afectuoso interés y sus esfuerzos eran mal interpretados por él, tergiversados y explotados por la tía Clara, que había insistido con mucho empeño en que «usara su influencia con el querido chico», aunque la cariñosa madre rechazaba cualquier otra injerencia. Eso turbaba a Rose y le hacía sentirse atrapada en una trampa, pues si bien reconocía para sí misma que Charlie era el más atractivo de sus primos, no estaba dispuesta a dejarse tomar posesión de ella de aquella manera tan arrogante, sobre todo cuando otros hombres, a veces mejores, solicitaban su favor con mayor humildad.

Estos pensamientos flotaban vagamente en su mente mientras leía las cartas y sin saberlo la influían en la charla que siguió.

—Son sólo invitaciones, y ahora no puedo pararme a contestarlas o nunca acabaré esta tarea —dijo, volviendo a su trabajo.

—Déjame ayudar. Tú cierras los sobres y yo los dirijo. Tenme de secretario, anda, y ya verás el alivio que es —propuso Charlie, que sabía poner

mano en todo y se había instalado con toda comodidad en el sanctasanc-tórum.

— Prefiero terminar esto yo sola, pero puedes contestar las notas si quieres. Excusas para todas menos dos o tres. Ve leyendo los nombres según vayas y yo te digo cuáles.

— A mandar y obedecer. ¿Quién dice ahora que soy un «holgazán frívolo»? — Y Charlie se sentó ante la mesa de escribir con presteza, pues esas horas en el pequeño cuarto eran las mejores y más felices para él.

— El orden es la primera ley del cielo, y la vista es encantadora, pero no veo papel de carta — añadió, abriendo el escritorio y examinando su contenido con interés.

— El cajón de la derecha: el del monograma violeta para las notas, papel liso para la carta de negocios. Eso me lo dejó yo — respondió Rose, intentando decidir si el pañuelo de encaje debía ser para Annabel o para Emma.

— ¡Criatura confiada! ¿Y si abro el cajón equivocado y doy con los tternos secretos de tu alma? — continuó el nuevo secretario, sacando el delicado papel de notas con ese desorden masculino.

— No tengo ninguno — respondió Rose con recato.

— ¿Cómo, ni un garrapato desesperado, ni un miniatura preciada, ni una florecilla marchita, etcétera, etcétera? No puedo creerlo, prima — y meneó la cabeza con incredulidad.

— Si los tuviera, desde luego no te los enseñaría, impertinente. Hay algunos pequeños recuerdos en ese escritorio, pero nada muy sentimental ni interesante.

— ¡Cuánto me gustaría verlos! Pero nunca me atrevería a pedirlo — observó Charlie, asomando por encima de la tapa entreabierta con un par de ojos muy persuasivos.

— Puedes hacerlo si quieres, pero te vas a llevar un chasco, entrometido. Cajón inferior izquierdo, con la llave puesta.

— ¡«Ángel de bondad, cómo podré corresponderte! ¡Momento de interés, qué palpitantes emociones te acompañan!» — Y, citando de los *Misterios de Udolfo*, abrió el cajón con un gesto trágico.

—Siete mechones de pelo en una cajita, todos claros, pues «hete aquí el color paja, el tostado anaranjado, el rubio cobrizo y el amarillo perfecto»: Shakespeare. Tienen cara muy conocida; me figuro que sé las cabezas que cubrían.

—Sí, cada uno me dio un mechón cuando me fui, ¿recuerdas?, y los llevé alrededor del mundo en esa misma cajita.

—Ojalá las cabezas hubieran venido también. Aquí hay un alegre diosillo de ámbar con un anillo de oro en la espalda y un aliento muy fragante —continuó Charlie, dando un largo sorbo al frasco de esencias.

—El tío me lo trajo hace mucho tiempo y le tengo mucho cariño.

—Esto tiene aspecto sospechoso: un anillo de hombre con un loto grabado en la piedra y una nota adjunta. Me estremezco al preguntar quién, cuándo y dónde.

—Un caballero, en mi cumpleaños, en Calcuta.

—Respiro de nuevo: ¿era mi padre?

—No seas absurdo. Claro que sí, e hizo todo lo posible por que mi visita fuera agradable. Ojalá fueras a verle como hijo obediente, en vez de holgazanear aquí.

—Eso es lo que me está diciendo eternamente el tío Mac, pero no pienso dejarme arrear al molino a base de sermones antes de haberme dado mi gusto —masculló Charlie con rebeldía.

—Si te das el gusto en la dirección equivocada, puede que te cueste volver —empezó Rose con gravedad.

—No hay peligro, si tú me vigilas como parece que has prometido hacer, a juzgar por el agradecimiento que recibes en esta nota. ¡Pobre viejo gobernador! Me gustaría verle, pues hace casi cuatro años que vino a casa la última vez y debe de estar haciéndose mayor.

Charlie era el único de los chicos que llamaba «gobernador» a su padre, quizás porque los demás conocían y querían a los suyos, mientras que él había visto tan poco del suyo que el nombre menos respetuoso le venía más fácil a los labios, pues el hombre mayor era en verdad para él como un gob-

ernador que emitía peticiones u órdenes que el joven con demasiada frecuencia desatendía o rechazaba.

Tiempo atrás Rose había descubierto que el tío Stephen encontraba la vida doméstica tan desagradable, a causa de la devoción de su esposa por la sociedad, que prefería el exilio, tomando los negocios como pretexto para sus prolongadas ausencias.

La muchacha pensaba en esto mientras observaba a su primo dar vueltas al anillo con una seriedad repentina que le sentaba bien; y creyendo que el momento era propicio, dijo con ardor:

—Se está haciendo mayor. Querido Charlie, piensa en el deber más que en el placer en este caso, y estoy segura de que nunca te arrepentirás.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él con viveza.

—Creo que deberías.

—¡Y yo creo que serías mucho más encantadora si no estuvieras siempre preocupándote por el bien y el mal! El tío Alec te enseñó eso junto con el resto de sus ideas raras.

—¡Me alegra que lo hiciera! —exclamó Rose con calor; luego se contuvo y dijo con una especie de suspiro paciente—: Ya sabes que las mujeres siempre quieren que los hombres de quienes se preocupan sean buenos, y no pueden evitar intentar que lo sean.

—Así es, y deberíamos ser todos unos ángeles, pero tengo el firme convencimiento de que si lo fuéramos, las queridas almas no nos querrían ni la mitad. ¿Verdad que no? —preguntó Charlie con una sonrisa insinuante.

—Quizás no, pero eso es eludir el asunto. ¿Irás? —insistió Rose sin prudencia.

—No iré.

Fue bastante definitivo, y siguió una pausa incómoda durante la cual Rose dio un nudo innecesariamente apretado y Charlie continuó explorando el cajón con más energía que interés.

—¡Pero si aquí está una cosa vieja que te di hace siglos! —exclamó de pronto con tono complacido, sosteniendo un pequeño corazón de ágata en una desteñida cinta azul—. ¿Me dejas quitarte el corazón de piedra y darte

uno de carne? —preguntó, mitad en serio mitad en broma, emocionado por el pequeño adorno y los recuerdos que despertaba.

—No te lo dejo —respondió Rose rotundamente, muy disgustada por la pregunta irreverente y audaz.

Charlie pareció algo desconcertado por un momento, pero su natural jovialidad le facilitaba sobreponerse a sus propios breves arranques y poner a los demás de buen humor consigo mismos.

—Estamos en paz: dejemos el asunto y empecemos de nuevo —dijo con irresistible afabilidad mientras metía tranquilamente el corazoncillo en el bolsillo y se disponía a cerrar el cajón. Pero algo llamó su atención, y exclamando «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?», arrebató una fotografía que asomaba por debajo de un montón de cartas con matasellos extranjeros.

—¡Ah! Se me había olvidado que estaba ahí —dijo Rose precipitadamente.

—¿Quién es este hombre? —exigió saber Charlie, frunciendo el ceño ante el apuesto semblante que tenía delante.

—Ése es el honorable Gilbert Murray, que subió el Nilo con nosotros y cazó cocodrilos y otras piezas pequeñas, siendo un gran cazador, como te conté en mis cartas —respondió Rose alegremente, aunque molesta por el pequeño descubrimiento en ese momento, pues ésa había sido una de las situaciones comprometidas de las que había hablado su tío.

—¿Y aún no lo han devorado, deduzco por el montón de cartas? —dijo Charlie con celos.

—Eso espero. Su hermana no lo mencionó cuando escribió últimamente.

—¡Ah! ¿Entonces su correspondiente es la hermana? Las hermanas son a veces cosas peligrosas. —Y Charlie miró el paquete con suspicacia.

—En este caso una cosa muy cómoda, pues me cuenta todo sobre la boda de su hermano, cosa que nadie más se tomaría la molestia de hacer.

—¡Oh! Bueno, si está casado, el hombre me trae sin cuidado. Me había creído que había encontrado la razón de por qué eres tan impasible. Pero si no hay ídolo secreto, estoy más perdido que antes. —Y Charlie tiró la fotografía en el cajón como si ya no le interesara.

—Soy impasible porque soy exigente y, por ahora, no encuentro a nadie que sea del todo de mi gusto.

—¿A nadie? —con una mirada tierna.

—A nadie —con un rubor rebelde, y la adición sincera—: Veo mucho que admirar y estimar en muchas personas, pero ninguna bastante fuerte y buena para satisfacerme. Mis héroes son de la vieja escuela, ¿sabes?

—Mojigatos del estilo de Guy Carleton, el conde Altenberg y John Halifax: ya conozco el modelo que os gusta a las chicas beatas —dijo Charlie con sorna, él que prefería el tipo de Guy Livingstone, Beauclerc y Rochester.

—Pues no soy una «chica beata», porque los mojigatos no me gustan. Quiero a un caballero en el mejor sentido de la palabra, y puedo esperar, pues he visto uno y sé que hay más en el mundo.

—¡Vaya, de veras! ¿Lo conozco yo? —preguntó Charlie, muy alarmado.

—Tú crees que sí —respondió Rose con un brillo travieso en los ojos.

—Si no es Pem, me rindo. Es el hombre de mejor cuna que conozco.

—¡Oh, no, nada de eso! Muy superior al señor Pemberton y varios años mayor —dijo Rose con tanto respeto que Charlie parecía a la vez desconcertado e inquieto.

—Algún ministro apostólico, imagino. A vosotras las devotas os encanta adorar a un clérigo. Pero todos los que conocemos están casados.

—Ése no.

—Dime un nombre, por piedad: sufro torturas de suspense —rogó Charlie.

—Alexander Campbell.

—¿El tío? Bueno, la verdad es que es un alivio, pero no deja de ser enormemente absurdo. ¿Así que cuando encuentres un joven santo de ese tipo, pretendes casarte con él? —preguntó Charlie, muy divertido y un tanto decepcionado.

—Cuando encuentre a cualquier hombre que sea siquiera la mitad de honrado, bueno y noble que el tío, estaré orgullosa de casarme con él si me

lo pide —respondió Rose con decisión.

—¡Qué gustos tan raros tienen las mujeres! —Y Charlie se apoyó el mentón en la mano para meditar un momento con expresión pensativa sobre la ceguera de una mujer que podía admirar a un excelente tío viejo más que a un primo joven y gallardo.

Rose, mientras tanto, ataba sus paquetes con diligencia, esperando no haber sido demasiado severa, pues era muy difícil sermonear a Charlie, aunque a veces él parecía disfrutarlo y venía voluntariamente a confesar, sabiendo que a las mujeres les encanta perdonar cuando los pecadores son de su clase.

—Se hará la hora de correos antes de que acabes —dijo al poco, pues el silencio le resultaba menos agradable que el parloteo de él.

Charlie tomó la indirecta y despachó varias notas con su mejor estilo. Al llegar a la carta de negocios, la hojeó y preguntó con expresión desconcertada:

—¿Qué es todo esto? ¿Un coste de reparaciones de un tal Buffum?

—Eso no importa, ya me ocuparé yo.

—A mí sí me importa, porque me interesan todos tus asuntos, y aunque creas que no sirvo para los negocios, verás que sí si me lo permites.

—Sólo se trata de mis dos casas viejas en la ciudad, que están siendo reparadas y reformadas para poder alquilar las habitaciones por separado.

—¿Vas a convertirlas en casas de vecindad? Pues no es mala idea: dicen que ese tipo de sitios rinde bien.

—Eso es precisamente lo que no voy a hacer. No quisiera tener una casa de vecindad en mi conciencia por un millón de duros, tal como están ahora —dijo Rose con resolución.

—¿Y qué sabes tú de eso, aparte de que la gente vive en ellas y los propietarios sacan un buen pellizco de los alquileres?

—Sé bastante, pues he visto muchas de ellas, aquí y en el extranjero. No todo fue placer para nosotros, te lo aseguro. Al tío le interesaban los hospitales y las cárceles, y a veces lo acompañé, pero me ponían muy triste, así que me sugirió otras obras de caridad con las que podría ayudar cuando

volviéramos. Visité escuelas de párvulos, asilos para mujeres trabajadoras, orfanatos y lugares de ese tipo. No sabes cuánto bien me hizo y qué contenta estoy de tener los medios para aliviar un poco la miseria que hay en el mundo.

—Pero, querida, no es necesario que derroches tu fortuna intentando alimentar, curar y vestir a todos los pobres desgraciados que ves. Da, claro que sí: todo el mundo debería hacer algo en esa línea y nadie lo hace con más gusto que yo. Pero, por lo que más quieras, no te pongas como algunas mujeres que se vuelven tan desesperadamente serias, prácticas y filantrópicas que es imposible vivir en paz con ellas —protestó Charlie, poniendo cara de alarma ante la perspectiva.

—Tú puedes hacer lo que gustes. Yo pienso hacer todo el bien que pueda siguiendo el consejo y el ejemplo de las personas más «serias», «prácticas» y «caritativas» que conozco; así que si no lo apruebas, puedes prescindir de mi amistad —respondió Rose, recalcando las palabras odiosas y adoptando el aire resuelto que siempre lucía al defender sus causas.

—Te van a reír.

—Ya estoy acostumbrada.

—Y a criticar y aislar.

—No las personas cuya opinión valoro.

—Las mujeres no deberían andar figoneando en esos sitios.

—A mí me han enseñado que sí deben.

—Bueno, al final cogerás alguna enfermedad terrible y perderás la belleza, y entonces ¿adónde vas a ir? —añadió Charlie, pensando que eso podría hacer dudar a la joven filántropa.

Pero no fue así, pues Rose respondió con un brillo súbito en los ojos al recordar su charla con el tío Alec:

—No me gustaría. Pero habría una satisfacción en ello, y es que cuando hubiera perdido mi belleza y regalado mi dinero, sabría quién me quiere de verdad.

Charlie mordió la pluma en silencio por un momento, luego preguntó con humildad:

—¿Podría permitirme preguntar respetuosamente cuál es la gran reforma que se va a llevar a cabo en las casas viejas que su amable dueña está reparando?

—Simplemente voy a convertirlas en hogares cómodos para mujeres pobres pero decentes. Hay una clase de personas que no pueden pagar mucho y sin embargo sufren mucho por tener que quedarse en lugares ruidosos, sucios y atestados como las casas de vecindad y las posadas baratas. Yo puedo ayudar a unas pocas y lo voy a intentar.

—¿Puedo preguntar humildemente si estas señoras venidas a menos van a habitar su retiro palaciego sin pagar alquiler?

—Ése era mi primer plan, pero el tío me demostró que era más sensato no convertirlas en pobres vergonzantes, sino dejarles pagar un alquiler pequeño y sentirse independientes. El dinero no me hace falta, claro está, y lo destinaré a mantener las casas en orden o a ayudar a otras mujeres en circunstancias parecidas —dijo Rose, ignorando por completo la velada burla de su primo.

—No esperes ningún agradecimiento, porque no lo tendrás, ni mucho consuelo con un montón de desdichadas a tu cargo, y ten por seguro que cuando ya sea tarde te cansarás de todo y desearás haber hecho como todo el mundo.

—Gracias por tus alegres pronósticos, pero creo que me arriesgaré.

Tenía tal aspecto de determinación que Charlie se picó un poco y disparó su último cartucho con cierta imprudencia:

—Bueno, una cosa sí sé: nunca encontrarás marido si sigues con estas extravagancias, ¡y vive Dios que necesitas uno que te cuide y mantenga el patrimonio unido!

Rose tenía genio, pero rara vez lo dejaba dominarla; ahora, sin embargo, se le encendió por un momento. Aquellas últimas palabras eran particularmente desafortunadas, porque la tía Clara las había usado más de una vez al prevenirla contra pretendientes sin dinero y proyectos generosos. Estaba decepcionada de su primo, molesta de que se rieran de sus pequeños planes e indignada por su sugerencia final.

—Nunca tendré ninguno si debo renunciar a la libertad de hacer lo que sé que está bien, ¡y antes me iría al asilo que «mantener el patrimonio unido» de la manera egoísta que tú dices!

Eso fue todo; pero Charlie vio que había ido demasiado lejos y se apresuró a hacer las paces con la habilidad de un enamorado, pues, volviéndose al pequeño piano de armario que tenía detrás, cantó con su mejor estilo la dulce canción antigua:

«Oh, si estuvieras en el frío vendaval» ,

insistiendo con gran efecto no sólo en la tierna promesa de que *«mi manto te abrigo daría»* , sino también en que, aunque fuera rey,

«la joya más brillante de mi corona sería mi reina, sería mi reina.»

Era evidente que el príncipe Encantador no había andado de trovador en vano, pues ni el propio Orfeo habría restaurado la armonía con más éxito. La disculpa musical fue aceptada con una sonrisa de perdón y un sincero «Siento haber estado tan brusca, pero no has olvidado cómo se me hace rabiar, y hoy estoy algo de mal humor. Las noches de traspasar no me sientan bien».

—Entonces me temo que no estarás en condiciones de ir a casa de los Hope mañana —dijo Charlie tomando la última nota con expresión de pesar muy lisonjera.

—Tengo que ir, porque la fiesta es en mi honor, pero puedo irme pronto y recuperar el sueño perdido. Me da tanta rabia estar tan irritable —y Rose se frotó la frente que le dolía de tanto jaleo.

—Pero la contradanza no empieza hasta tarde; yo la dirijo y cuento contigo. Quédate esta vez para complacerme —rogó Charlie, pues se había ilusionado mucho con distinguirse.

—No: prometí al tío ser moderada en mis placeres y debo cumplir mi palabra. Ahora estoy tan bien que sería una tontería enfermar y preocuparle, por no mencionar perder la belleza, como tú tan amablemente dices, pues eso depende de la salud, ¿sabes?

—Pero la diversión no empieza hasta después de la cena. Todo será delicioso, te lo aseguro, y lo pasaremos en grande como la semana pasada en casa de Emma.

—Entonces desde luego que no voy, porque me avergüenzo de mí misma cuando recuerdo lo alborotado que estuvo eso y lo serio que puso el tío cuando me dejó entrar a las tres de la mañana, agotada, el vestido hecho jirones, la cabeza doliéndome, los pies tan cansados que apenas podía tenerme en pie, y sin tener nada que mostrar por cinco horas de trabajo duro salvo un bolsillo lleno de bombones, flores artificiales y antifaces de papel. El tío dijo que mejor me pusiera uno y me fuera a la cama, que tenía pinta de haber venido de un baile de máscaras francés. No quiero volver a oírsele decir jamás, y nunca más dejaré que el amanecer me coja en semejante estado.

—Estabas perfectamente, pues mamá no puso objeciones y a las dos os traje a casa antes de que amaneciera. El tío tiene manías con esas cosas, así que yo no le haría caso: lo pasamos muy bien y ninguno quedamos peor por ello.

—Al contrario, lo pasamos peor todos. La tía Clara aún no se ha recuperado del catarro. Yo dormí todo el día siguiente, y tú tenías cara de fantasma, pues creo que habías salido todas las noches durante semanas.

—¡Oh, tonterías! Todo el mundo lo hace durante la temporada, y muy pronto te acostumbrarás al ritmo —empezó Charlie, empeñado en convencerla, pues era en su elemento en un salón de baile y nunca estaba más feliz que cuando tenía a su bonita prima del brazo.

—Pues bien, yo no quiero acostumbrarme, porque a la larga cuesta demasiado. No deseo acostumbrarme a que me zarandeen por una sala calurosa hombres que han bebido demasiado, a convertir el día en noche, malgastar el tiempo que podría emplearse mejor, y convertirme en una chica de sociedad que no puede vivir sin diversión. No niego que mucho de ello es agradable, pero no intentes aficionarme demasiado a la frivolidad. Ayúdame a resistir lo que sé que es perjudicial, y por favor no me hagas perder los buenos hábitos que el tío ha trabajado tanto por darme.

Rose hablaba muy sinceramente, y Charlie sabía que tenía razón, pero siempre le costaba renunciar a algo que se le había metido entre ceja y ceja, por trivial que fuera, pues la indulgencia materna que había dañado al niño había fomentado en el hombre el hábito de la autocomplacencia que lo estaba echando a perder. Así que cuando Rose le miró con un deseo muy sincero de salvarle a él tanto como a sí misma de ser arrastrados hacia el tor-

bellino frívolo que mantiene a tantos jóvenes girando sin rumbo hasta que se hunden o los arroja a la orilla como naufragios de lo que pudieron haber sido, él se encogió de hombros y respondió brevemente:

—Como quieras. Te traeré a casa tan pronto como quieras, y Effie Waring ocupará tu lugar en la contradanza. ¿Qué flores te mando?

Fue un discurso hábil de Charlie, pues la señorita Waring era una joven frívola y de moda que admiraba abiertamente al Príncipe Encantador y le había dado ese nombre. Rose la antipática y estaba segura de que su influencia era mala, pues la juventud hacía perdonable la frivolidad, el ingenio disimulaba la falta de refinamiento, y la belleza siempre cubre multitud de pecados a ojos de un hombre. Al oír el nombre de Effie, Rose vaciló y habría cedido de no ser por el recuerdo de las últimas palabras del «primer oficial». Sí quería «mantener el rumbo recto»; así que aunque la corriente del impulso tiraba fuertemente hacia el sur, el principio, la única brújula que vale, señalaba directamente al norte, y ella procuró obedecerle como una joven navegante prudente, diciendo con firmeza mientras dirigía a Annabel el paquete que contenía un par de zapatillas de gran tamaño destinadas al tío Mac:

—No te molestes por mí. Puedo ir con el tío y escabullirme sin molestar a nadie.

—No creo que tengas corazón para hacerlo —dijo Charlie con incredulidad mientras cerraba la última nota.

—Ya verás.

—Ya veré, pero esperaré hasta el último momento. —Y enviándole un beso con la mano, se marchó a echar las cartas al correo, bastante seguro de que la señorita Waring no dirigiría la contradanza.

Ciertamente pareció por un momento que sería la señorita Campbell quien lo hiciera, pues corrió hasta la puerta con las palabras «Iré» en los labios. Pero no la abrió hasta haber permanecido un minuto mirando fijamente el viejo guante en la cabeza de Psique; luego, como quien ha tenido de repente una idea luminosa, dio un decidido gesto de asentimiento y salió lentamente del cuarto.

CAPÍTULO 6

PULIENDO A MAC

—¿Podría decir una palabra? —fue la pregunta repetida tres veces antes de que una cabeza revuelta asomara por la gruta de libros en que Mac solía sentarse a estudiar.

—¿Alguien ha hablado? —preguntó él, parpadeando ante el torrente de sol que entraba con Rose.

—Sólo tres veces, gracias. No se moleste usted, se lo ruego, pues sólo quiero decir una palabra —respondió Rose mientras le impedía cederle el sillón donde estaba sentado.

—Estaba bastante metido en una fractura complicada y no oí. ¿En qué puedo servirte, prima? —Y Mac apartó de un manotazo hospitalario una pila de folletos de la silla cercana, haciendo volar todos sus papeles en todas direcciones.

Rose se sentó, pero no parecía encontrar fácil pronunciar su «palabra», pues retorció el pañuelo entre los dedos en silencio embarazoso hasta que Mac se puso los quevedos y, tras una mirada penetrante, preguntó con seriedad:

—¿Es una astilla, un corte o un panadizo?

—No es ninguna de esas cosas. Olvida esa maldita cirugía un momento y sé el primo más amable que haya existido jamás —respondió Rose, empezando con bastante brusquedad y terminando con su sonrisa más encantadora.

—No puedo prometer a ciegas —dijo el cauto joven.

—Es un favor, un gran favor, y uno que no se me ocurre pedirle a ninguno de los otros chicos —respondió la astuta damisela.

Mac pareció complacido y se inclinó hacia adelante diciendo con mayor afabilidad:

—Dímelo y ten por seguro que te lo concederé si puedo.

—Acompáñame mañana por la noche a la fiesta de los Hope.

—¿Qué?! —Y Mac retrocedió como si le hubieran puesto una pistola en la cabeza.

—Te he dejado en paz mucho tiempo, pero ahora te toca a ti, de modo que cumple con tu deber como hombre y como primo.

—¡Es que yo nunca voy a fiestas! —clamó la desgraciada víctima con gran consternación.

—Ya es hora de que empiece, señor.

—Es que bailo fatal.

—Te enseñaré.

—El frac no estará presentable, seguro.

—Archie te prestará el suyo: él no va.

—Creo que hay una conferencia a la que no debería faltar.

—No la hay: se lo pregunté al tío.

—Siempre estoy tan cansado y apagado por las noches.

—Precisamente esto es lo que necesitas para descansar y animarte.

Mac lanzó un gemido y cayó vencido, pues era evidente que no había escapatoria posible.

—¿Qué idea tan absolutamente descabellada se te ha metido en la cabeza? —exigió saber, bastante irritado, pues hasta entonces lo habían dejado en paz y aquel ataque repentino le asombraba decididamente.

—Pura necesidad; pero no lo hagas si te resulta tan terrible. Tengo que ir a unas cuantas fiestas más porque son en mi honor, pero después de eso me

negaré, y entonces nadie tendrá que molestarse conmigo.

Algo en la voz de Rose hizo que Mac respondiera con arrepentimiento, aunque siguió frunciendo el ceño perplejo:

—No quiero ser grosero, y por supuesto iré adonde haga falta si de verdad me necesitan. Pero no veo de dónde viene la necesidad repentina, habiendo tres personas más a tu disposición, todos mejores bailarines y galanes que yo.

—No los quiero a ellos y sí te quiero a ti, pues no tengo corazón para arrastrar más al tío, y ya sabes que nunca salgo con ningún caballero que no sea de mi propia familia.

—Oye, Rose: si Steve te ha estado molestando, dímelo y ya me encargo yo de él —exclamó Mac, viendo claramente que algo andaba mal y suponiendo que el Lechuguino era el responsable, pues había ejercido de escolta varias veces últimamente.

—No, Steve ha sido muy bueno, pero sé que preferiría estar con Kitty Van, de modo que naturalmente me siento un estorbo, aunque él es demasiado educado para insinuarlo.

—¡Qué tonto es ese chico! Pero está Archie: es sólido como una roca y no tiene novia que interfiera —continuó Mac, decidido a llegar al fondo del asunto y con media sospecha de lo que era.

—Está todo el día de pie, y la tía Jessie lo quiere por las noches. Ya no disfruta tanto bailando como antes, y supongo que de verdad prefiere descansar y leer. —Rose podría haber añadido: «Y escuchar cantar a Phebe», pues Phebe no salía tanto como Rose, y la tía Jessie solía ir a sentarse con la anciana cuando los jóvenes estaban fuera y, ¡con qué buena voluntad últimamente!, el obediente Archie la acompañaba.

—¿Qué le pasa a Charlie? Creía que era el príncipe de los acompañantes. Annabel dice que baila «como un ángel», y sé que una docena de madres no podrían retenerle en casa por las noches. ¿Has tenido un disgusto con Adonis y por eso recurres al pobre de mí? —preguntó Mac, dejando para el último al que había pensado el primero pero no mencionado, tímido ante un tema tan comentado a sus espaldas.

—Sí, y no pienso volver a ir con él por una temporada. Sus maneras no me convienen, y las mías no le convienen a él, así que quiero ser completamente independiente, y tú puedes ayudarme si quieres —dijo Rose, girando con cierta nerviosidad el gran globo terráqueo que había cerca.

Mac lanzó un silbido suave, poniéndose alerta de repente, y dijo con un gesto como de apartar una telaraña de la cara:

—Mira, prima, no soy bueno con los misterios y sólo haré las cosas mal si me metes a ciegas en alguna maniobra delicada. Dime directamente lo que quieres y lo haré si puedo. Finge que soy el tío y desahógate: vamos.

Habló con tanta amabilidad, y en los ojos francos brillaba tal alegre buena voluntad, que Rose pensó que podía confiar en él y respondió con tanta franqueza como él podía desear:

—Tienes razón, Mac, y no me importa hablarte casi tan libremente como al tío, porque eres una persona de fiar y no pensarás que soy tonta por intentar hacer lo que creo que está bien. Charlie sí lo piensa, y así me hace muy difícil mantener mis resoluciones. Quiero guardar horas prudentes, vestir sencillamente y comportarme bien sin importarme lo que haga la gente de sociedad. Estarás de acuerdo en eso, estoy segura, y me apoyarás a capa y espada por principio.

—Lo haré, y empezaré por demostrarte que entiendo el caso. No me extraña que no estés satisfecha, pues Charlie se pone demasiado posesivo, y sí que necesitas a alguien que te ayude a cortarle un poco el paso. ¿Eh, prima?

—¡Qué manera de decirlo! —Y Rose rió a su pesar, añadiendo con un aire de alivio—: Eso es exactamente lo que pasa, y sí quiero a alguien que me ayude a hacerle entender que no me da la gana de que se me apodere de esa manera tan señorial, como si yo le perteneciera más que al resto de la familia. No me gusta, pues la gente empieza a hablar, y Charlie no quiere ver lo desagradable que me resulta.

—Díselo —fue el consejo franco de Mac.

—Lo he hecho, pero él sólo se ríe y promete portarse bien, y luego vuelve a hacerlo cuando yo estoy en una situación en que no puedo decir nada. Vosotros los hombres nunca comprenderéis estas cosas, y yo no puedo explicarlas, pues es sólo una mirada, o una palabra, o alguna pe-

queñez; pero no lo quiero tolerar, y la mejor manera de corregirle es no darle la oportunidad de molestarme así.

—Es un gran coqueto y supongo que quiere enseñarte a serlo también. Si quieres, le hablo yo y le digo que no tienes ganas de aprender. ¿Lo hago? —preguntó Mac, encontrando el caso bastante interesante.

—No, gracias: eso sólo traería problemas. Si tienes la amabilidad de hacer de escolta unas cuantas veces, le dejará claro a Charlie que hablo en serio sin necesidad de más palabras, y pondrá fin a los cotilleos —dijo Rose, sonrojándose como una amapola al recordar lo que había oído susurrar a un joven a otro cuando Charlie la conducía por el atestado salón de cena con su aire más devoto: «¡Qué suerte tiene! Seguro que se lleva a la heredera y nosotros no pintamos nada».

—No hay peligro de que la gente cotillee sobre nosotros, ¿verdad? —Y Mac levantó los ojos con la más extraña de todas sus expresiones extrañas.

—Claro que no: tú sólo eres un chico.

—Tengo veintiún años, gracias, y el Príncipe sólo me saca un par de años —dijo Mac, rechazando en el acto el menoscabo de su hombría.

—Sí, pero él es como los demás jóvenes, mientras que tú eres un viejo querido ratón de biblioteca. Nadie se fijaría en lo que hicieras, de modo que puedes venir a fiestas conmigo todas las noches sin que se diga nada, o si se dice, a mí no me importa, pues «sólo es Mac» —respondió Rose, sonriendo al citar la frase familiar que solía emplearse para justificar sus rarezas.

—¿Así que no soy nadie? —dijo él, arqueando las cejas como si el descubrimiento le sorprendiera y molestara un poco.

—Nadie en sociedad de momento, pero mi mejor primo en la intimidad, y acabo de demostrarte mi estima haciéndote mi confidente y eligiéndote como mi caballero —dijo Rose, apresurándose a calmar los sentimientos que sus descuidadas palabras parecían haber rozado levemente.

—Mucho bien me va a hacer —gruñó Mac.

—¡Muchacho ingrato, no saber apreciar el honor que te he concedido! Sé de una docena que estarían orgullosos de ese lugar, pero tú sólo te preocupas por las fracturas complicadas, así que no te retengo más, salvo para preguntarte si puedo considerarme provista de escolta para mañana por la

noche —dijo Rose, algo herida en su amor propio por su indiferencia, pues no estaba acostumbrada a las negativas.

—Si me permite usted la esperanza del honor. —Y levantándose, le hizo una reverencia que era una imitación tan lograda del estilo grandioso de Charlie que ella le perdonó en el acto, exclamando con sorprendida diversión—: ¡Mac! ¡No sabía que pudieras ser tan elegante!

—Uno puede ser casi lo que quiera si se lo propone con suficiente empeño —respondió él, poniéndose muy erguido y tan alto y digno que Rose quedó muy impresionada, y con una majestuosa reverencia se retiró diciendo graciosamente:

—Acepto con agradecimiento. Buenos días, doctor Alexander Mackenzie Campbell.

Cuando llegó el viernes por la noche y le comunicaron que su escolta había llegado, Rose bajó corriendo con la piadosa esperanza de que no hubiera venido con una chaqueta de terciopelo, botas de montar, guantes negros o cometido alguna pequeña equivocación de ese tipo. Un joven caballero estaba de pie ante el espejo largo, aparentemente ocupado en arreglarse el pelo, y Rose se detuvo de repente al pasar la vista del lustroso frac a las manos enguantadas de blanco, afanadas con un mechón rebelde que no quería quedarse en su sitio.

—Pero, Charlie, yo creía... —empezó con un acento de sorpresa en la voz, pero no llegó más lejos, pues el caballero se volvió y se encontró con Mac en impecable traje de noche, con el pelo pulcramente peinado en la frente, una vistosa flor en el ojal y expresión de mártir en la cara.

—¿A que quisiera que lo fuera? Nadie tiene la culpa de que no sea él más que usted misma. ¿Estoy presentable? Me ha preparado Dandy, y él debería saber lo que es lo que —preguntó Mac, con las manos juntas y tieso como un palo.

—Estás tan extraordinariamente espléndido que no te reconozco.

—Yo tampoco.

—De verdad que no tenía ni idea de que pudieras parecer tanto un caballero —añadió Rose, examinándole con gran aprobación.

—Ni yo de poder sentirme tanto un imbécil.

—Pobrecito, que tiene cara de verdadera desgracia. ¿Qué puedo hacer para animarle a cambio del sacrificio que está haciendo?

—Deje de llamarme «chico». Aliviará enormemente mi agonía y me dará valor para presentarme con un frac escotado y un rizo en la frente, pues no estoy acostumbrado a tales elegâncias y me resultan un suplicio sin fin.

Mac habló en un tono tan patético, y lanzó una mirada tan lúgubre al mentado rizo, que Rose se echó a reír en su cara y añadió a su tribulación poniéndole la capa. Él la examinó gravemente un minuto, luego la puso cuidadosamente del revés y le dio un buen tirón a la capucha de plumón de cisne por encima de la cabeza, destruyendo completamente la suavidad de los rizos de dentro.

Rose dio un grito y se despojó de la capa, diciéndole que aprendiera a ponérsela bien, lo que él hizo con humildad y luego la llevó por el pasillo sin pisarle la falda más de tres veces en el camino. Pero en la puerta descubrió que había olvidado los zapatos forrados de piel y le pidió a Mac que los buscara.

—No hace falta: no está mojado —dijo él, calándose la gorra sobre los ojos y metiéndose en el abrigo sin reparar en las «elegancias» que le afligían.

—Pero no puedo andar sobre adoquines fríos con zapatos de raso, ¿verdad? —empezó Rose, enseñándole un piececito blanco.

—No tiene por qué, milady. —Y cogiéndola sin más ceremonias, Mac la instaló en el carruaje antes de que ella pudiera decir palabra.

—¡Qué escolta! —exclamó en cómica consternación mientras rescataba el delicado vestido de una manta con la que él estaba a punto de envolverla como una momia.

—«Sólo es Mac», así que no se preocupe —y se arrojó a una esquina opuesta con el aire de quien se ha armado de valor para cumplir con muchos deberes penosos y está dispuesto a cumplirlos o morir en el intento.

—Pero los caballeros no agarran a las señoras como sacos de harina y las meten a empujones en los carruajes de esa manera. Es evidente que necesitas que alguien se ocupe de ti, y es hora de que yo me encargue de tus modales en sociedad. Ahora procura estar atento y no meterte ni meterme a

mí en ningún apuro si puedes evitarlo —rogó Rose, sintiendo que en muchos aspectos había ido demasiado lejos para echarse atrás.

—Me portaré como un Turveydrop, ya lo verá.

La idea que tenía Mac del comportamiento del inmortal Turveydrop parecía ser bastante peculiar; pues, después de bailar una vez con su prima, la dejó a su aire y pronto se olvidó por completo de ella en una larga conversación con el profesor Stumph, el entendido geólogo. A Rose no le importó, pues un baile le bastó para comprobar que esa rama de la educación de Mac había sido lamentablemente descuidada, y se alegró de deslizarse sin tropiezos con Steve, aunque éste le sacaba sólo un par de centímetros. Tuvo parejas de sobra, sin embargo, y carabinas de sobra, pues todos los jóvenes eran sus más devotos y todas las señoras mayores la miraban con benevolencia maternal.

Charlie no estaba allí, pues cuando vio que Rose se mantenía firme y que encima había comprometido a Mac como acompañante permanente, no quiso ir y se retiró muy indignado a consolarse con pasatiempos más peligrosos. Rose lo temía, y en medio de la alegría que la rodeaba le invadía de cuando en cuando un estado de ánimo inquieto que la ponía pensativa por un momento. Sentía su poder y quería usarlo con prudencia, pero no sabía cómo ser amable con Charlie sin ser desleal consigo misma y darle esperanzas falsas.

«Ojalá fuéramos todos niños otra vez, sin corazones que nos trastornen ni grandes tentaciones que nos pongan a prueba», se dijo para sí mientras descansaba un momento en un rincón tranquilo mientras su pareja iba a buscarle un vaso de agua. En plena meditación mitad triste mitad sentimental, oyó a sus espaldas una voz conocida que decía con ardor: «Y el alofito es el nuevo silicato hidratado de alúmina y magnesia, muy parecido al pseudofito que Websky encontró en Silesia».

«¿De qué habla Mac?», pensó, y asomándose detrás de una gran azalea en plena floración, vio a su primo en profunda conversación con el profesor, pasándola evidentemente de maravilla, pues su cara había perdido la expresión melancólica y estaba toda viva de interés, mientras el hombre mayor escuchaba como si sus observaciones fueran a la vez inteligentes y agradables.

—¿Qué es? —preguntó Steve, acercándose con el agua y viendo una sonrisa en el rostro de Rose.

Ella le señaló el tête-à-tête científico que se desarrollaba detrás de la azalea, y Steve sonrió al echar una ojeada, luego se puso serio y dijo con tono desesperado:

—Si hubieras visto las penas que me tomé con ese individuo, la paciencia con que le cepillé la peluca, el tiempo que me costó convencerle de que tenía que ponerse zapatos finos y la batalla que di para meterle en ese frac, entenderías mis sentimientos al verle ahora.

—¿Pero qué tiene de malo? —preguntó Rose.

—Échale un vistazo y verás el espectáculo en que se ha convertido. Habría que mandarle a casa cuanto antes o deshonorará a la familia con ese aspecto de haber salido de una pelea.

Steve habló en un tono tan trágico que Rose miró de nuevo y se compadeció de Dandy, pues la elegancia de Mac había desaparecido por completo. La corbata estaba bajo una oreja, la flor del ojal colgaba boca abajo, los guantes los había hecho una bola que apretaba y golpeaba maquinalmente mientras hablaba, y el pelo parecía haber pasado por un torbellino, pues sus diez dedos lo ponían de punta de cuando en cuando, como tenían costumbre de hacer cuando estudiaba o hablaba con entusiasmo. Pero tenía un aspecto tan feliz y tan despierto, a pesar del desaliño, que Rose asintió con aprobación y dijo por detrás del abanico:

—Es un espectáculo difícil de soportar, Steve, y con todo, en general, creo que sus propias maneras raras le sientan mejor, y me parece que nos enorgulleceremos de él, pues sabe más que todos nosotros juntos. Escucha esto. —Y Rose hizo una pausa para que pudieran oír el siguiente arrebato de elocuencia de Mac:

—Ya sabes que Frenzal ha demostrado que las formas globulares del silicato de bismuto en Schneebug y Johannegeorgenstadt no son isométricas sino monoclinicas en su forma cristalina y, en consecuencia, las separa del antiguo eulytito y les da el nuevo nombre de Agricolita.

—¿No es espantoso? Salgamos de aquí antes de que haya otro alud o nos convertiremos en silicatos globulares y cristales isométricos sin remedio —susurró Steve con aire de pánico, y huyeron de la granizada de palabras

difíciles que repiqueteaba en sus oídos, dejando a Mac disfrutar a su manera.

Pero cuando Rose estuvo lista para marcharse y buscó a su escolta con la vista, no estaba en ninguna parte, pues el profesor se había marchado y Mac con él, tan absorto en algún nuevo tema que se olvidó por completo de su prima y se fue tranquilamente a casa, todavía meditando sobre los encantos de la geología. Cuando este placentero hecho amaneció sobre Rose, pueden imaginarse sus sentimientos. Estaba molesta y divertida a la vez: era tan propio de Mac irse pensando en las musarañas y dejarla a su suerte. No fue un destino muy duro, sin embargo; pues aunque Steve se había marchado con Kitty antes de que se descubriera su apuro, la señora Bliss estaba encantada de tomar bajo su ala a la damisela abandonada y llevarla sana y salva a casa.

Rose se estaba calentando los pies y bebiendo el chocolate que Phebe siempre tenía preparado para ella, pues nunca tomaba cena, cuando llegó unos golpecitos apresurados a la ventana larga por la que se filtraba la luz y se oyó la voz de Mac preguntando con suavidad si podían dejarle entrar «sólo un momento».

Con curiosidad por saber qué le había ocurrido, Rose ordenó a Phebe que obedeciera su llamada, y el caballero delincuente apareció jadeante, angustiado y más desaliñado que nunca, pues había olvidado el abrigo; la corbata estaba ahora en la nuca; y el pelo tan salvajemente de punta como si todos los vientos del cielo hubieran soplado libremente a través de él, lo que ciertamente habían hecho, pues llevaba media hora corriendo de aquí para allá intentando deshacer el terrible daño que tan inocentemente había causado.

—No me hagáis ningún caso, que no me lo merezco. Sólo he venido a asegurarme de que estabas bien, prima, y luego voy a ahorcarme, como me aconsejó Steve —empezó en un tono de arrepentimiento que habría resultado muy efectivo de no verse obligado a recuperar el aliento con un jadeo cómico de vez en cuando.

—Nunca pensé que fueras tú el que me abandonara —dijo Rose con mirada de reproche, pensando que era mejor no ceder demasiado pronto, aunque estaba ya presta a hacerlo cuando vio cuán sinceramente angustiado estaba.

— ¡Fue ese maldito hombre! Era una enciclopedia ambulante y, al ver que podía sacarle mucha información y que el tiempo era escaso, me puse a ello para adquirir conocimientos generales. Ya sabes que cuando me enganché con uno de esos siempre me olvidé de todo lo demás.

— Eso es evidente. Me pregunto cómo has llegado a acordarte de mí siquiera —respondió Rose al borde de la carcajada, pues era tan absurdo.

— No me acordé hasta que Steve dijo algo que me lo recordó; entonces me cayó encima, de golpe y con todo su horror, que me había marchado y te había dejado, y podría haberme tumbado de un soplo —dijo el honrado Mac sin ocultar nada de su culpa.

— ¿Y qué hiciste entonces?

— ¿Qué hice? Salí disparado y no paré hasta llegar a casa de los Hope.

— ¿Y has venido andando todo el camino? —exclamó Rose.

— Dios mío, no: corriendo. Pero ya te habías ido con la señora Bliss, así que volví corriendo para ver con mis propios ojos que estabas sana y salva en casa —respondió Mac con un suspiro de alivio, enjugándose la acalorada frente.

— Pero si es al menos tres kilómetros en cada dirección, y medianoche, y oscuro y frío. ¡Oh, Mac! ¿Cómo has podido? —exclamó Rose, cayendo de repente en la cuenta de lo que había hecho al oír su respiración fatigada, ver el estado de los zapatos finos y advertir la ausencia del abrigo.

— No podía hacer menos, ¿verdad? —preguntó Mac, apoyándose en la puerta y esforzándose por no jadear.

— No era necesario que casi te mataras por una tontería tan pequeña. Bien podías haber sabido que me bastó sola al menos por una vez, teniendo tantos amigos alrededor. Siéntate ahora mismo. Trae otra taza, por favor, Phebe: este chico no se va a casa hasta que haya descansado y repuesto fuerzas después de semejante carrera —ordenó Rose.

— No seas buena conmigo: prefiero que me riñas a sentarme, y que me des cicuta en vez de chocolate si es que tienes preparada —respondió Mac con un patético resoplido al desplomarse en el sofá y tomar con humildad la taza que le trajo Phebe.

—Si tuvieras algo malo en el corazón, señor, una carrera así podría matarle, de modo que no vuelva a hacerlo jamás —dijo Rose, ofreciéndole el abanico para refrescarle el sofocado semblante.

—No tengo corazón.

—Sí que lo tienes, pues lo oigo latir como un mazo, y es culpa mía: tendría que haberme detenido al pasar y decirte que estaba bien.

—Son los remordimientos, no los kilómetros, lo que me derrumba. Hago esa carrera a menudo como ejercicio y no me parece nada; pero esta noche estaba tan furioso que creo que batí mi mejor marca. Ahora no te preocupes, serénate y «toma tu taza de té», como dice Evelina —respondió Mac, desviando hábilmente la conversación de sí mismo.

—¿Tú qué sabes de Evelina? —preguntó Rose con gran sorpresa.

—Todo lo que hay que saber. ¿Crees que no leo ninguna novela?

—Pensaba que sólo leías griego y latín, con alguna ojeada ocasional a los pseudofitos de Websky y los monoclinicos de Johanngeorgenstadt.

Mac abrió los ojos de par en par ante esta respuesta, luego pareció ver la gracia y se unió a la carcajada con tal entusiasmo que desde arriba se oyó la voz de la tía Plenty preguntando con soñolienta inquietud:

—¿Se está quemando la casa?

—No, señora: todo está bien; sólo me estoy despidiendo —respondió Mac, buscando a tientas la gorra.

—Pues vete de una vez y deja dormir a esa niña —añadió la anciana, retirándose a su cama.

Rose corrió al vestíbulo y, cogiendo el abrigo de piel del tío, salió al encuentro de Mac cuando éste salía del estudio mirando distraídamente alrededor en busca del suyo.

—No lo tienes, criatura despistada. Toma éste, y la próxima vez ten la cabeza sobre los hombros, o no te dejaré escapar tan fácilmente —dijo ella, sosteniendo la pesada prenda y asomándose por encima de ella con una mirada sin rastro de disgusto en los ojos risueños.

—¿La próxima vez? ¿Me perdonas entonces? ¿Volverás a intentarlo conmigo y me darás la oportunidad de demostrar que no soy un tonto? —exclamó Mac, abrazando el abrigo grande con emoción.

—Claro que sí, y lejos de creer que eres un tonto, esta noche me ha impresionado mucho tu saber y le he dicho a Steve que debemos enorgullecernos de nuestro filósofo.

—¡Al diablo el saber! Te demostraré que no soy un ratón de biblioteca sino un hombre como cualquiera, y entonces estarás orgullosa o no según te dé la gana —clamó Mac con un gesto desafiante que hizo saltar los quevedos de la nariz mientras cogía el sombrero y se marchaba como había venido.

Uno o dos días después, Rose fue a visitar a la tía Jane, como hacía por obligación una o dos veces por semana. De camino a las escaleras oyó un ruido singular en el salón y se detuvo involuntariamente a escuchar.

—¡Un, dos, tres, desliza! ¡Un, dos, tres, gira! ¡Vamos, sigue! —decía una voz con impaciencia.

—Muy fácil decir «sigue», pero ¿qué diablos hago con la pierna izquierda mientras giro y deslizo con la derecha? —exigía saber otra voz con tono jadeante y lastimero.

Luego el silbido y el golpeteo se reanudaron con más vigor que antes, y Rose, reconociendo las voces, se asomó por la puerta entreabierta para contemplar un espectáculo que la hizo temblar de risa contenida. Steve, con un mantel rojo atado a la cintura, languidecía sobre el hombro de Mac bailando perfectamente al ritmo de la melodía que él silbaba, pues Dandy era un experto en el gracioso arte y se envanecía de su habilidad. Mac, con la cara encendida y los ojos mareados, agarraba a su hermano por la zona lumbar, esforzándose en vano por guiarle por el largo salón sin enredar él mismo las piernas en el mantel, pisarle los pies a su pareja o chocar con los muebles. Era muy cómico, y Rose disfrutó del espectáculo hasta que Mac, en un intento frenético de girar, se estrelló contra la pared y lanzó a Steve al suelo. Entonces fue imposible seguir conteniendo la carcajada y entró diciéndoles alegremente:

—¡Estupendo! Repítanlo y yo toco para ustedes.

Steve se levantó de un salto y arrancó el mantel con gran confusión, mientras Mac, que seguía frotándose la cabeza, se dejó caer en una silla procurando parecer tranquilo y alegre mientras jadeaba:

—¿Qué tal, prima? ¿Cuándo has llegado? John debería habernos avisado.

—Me alegra que no lo haya hecho, pues de lo contrario me habría perdido este conmovedor cuadro de devoción cousinesca y amor fraternal. Preparándose para nuestra próxima fiesta, ya veo.

—Intentándolo, pero hay tantas cosas que recordar a la vez: llevar el compás, guiar bien, esquivar las faldas y manejar mis malditas piernas, que al principio no es fácil salir adelante —respondió Mac con un suspiro de agotamiento, enjugándose la caliente frente.

—El trabajo más duro que he acometido jamás y, como no soy un ariete, me niego a seguir haciendo de saco —gruñó Steve, sacudiéndose las rodillas y mirando con pena los pies que habían sido pisoteados hasta el hormigueo, pues las botas y el paño fino eran caros para el corazón del pulido joven.

—Ha sido muy amable de tu parte, y te lo agradezco mucho. Creo que ya tengo el ritmo y puedo practicar con una silla para no perder la mano —dijo Mac con una cómica mezcla de gratitud y resignación que hizo a Rose reírse de nuevo tan irresistiblemente que sus primos se le unieron con una franca carcajada.

—Ya que te estás haciendo mártir por mi causa, lo menos que puedo hacer es echar una mano. Toca para nosotros, Steve, y yo le doy a Mac una lección, a menos que prefiera la silla. —Y, tirando el sombrero y la capa, Rose hizo un gesto tan invitador que el filósofo más grave hubiera cedido.

—Mil gracias, pero me temo que te haré daño —empezó Mac, muy agradecido pero acordándose de los percances pasados.

—Eso no. Steve no manejaba bien su cola, pues las buenas bailarinas siempre la recogen. Yo no tengo ninguna, así que ese problema desaparece, y la música hará mucho más fácil llevar el compás. Haz lo que te diga y bailarás muy bien al cabo de unos vueltas.

—¡Lo haré, lo haré! ¡Toca, Steve! ¡Ahora, Rose! —Y, apartándose el pelo de los ojos con aire de férrea determinación, Mac agarró a Rose y

volvió a la carga dispuesto a distinguirse o morir en el intento.

La segunda lección prosperó, pues Steve marcaba el tiempo con una serie de golpes enfáticos; Mac obedecía las órdenes tan puntualmente como si le fuera la vida en ello; y, después de varios escapes emocionantes, Rose tuvo la satisfacción de ser guiada sin tropiezos por el salón y depositada con una gran pirueta al final. Steve aplaudió, y Mac, muy animado, exclamó con candorosa ingenuidad:

—En ti hay verdaderamente una especie de inspiración, Rose. Siempre detesté el baile, pero ahora, ¿sabes?, me gusta bastante.

—Ya sabía yo que te gustaría; sólo que no debes quedarte así con el brazo alrededor de la pareja cuando acabáis. Hay que sentarla y hacerle aire si ella quiere —dijo Rose, ansiosa por perfeccionar a un alumno que parecía tan lamentablemente necesitado de un maestro.

—Sí, claro, ya sé cómo lo hacen. —Y, soltando a su prima, Mac levantó un pequeño torbellino alrededor de ella con un periódico doblado, tan lleno de celo que ella no tuvo corazón para reprenderle de nuevo.

—Muy bien, chico. Empiezo a tener esperanzas en ti y te encargaré un frac nuevo en seguida, ya que de verdad te estás metiendo en las conveniencias de la vida —dijo Steve desde el taburete del piano, con el gesto aprobador de quien es juez en la materia—. Ahora, Rose, si tienes la amabilidad de instruirle un poco en la conversación, no se hará el hazmerreír como la otra noche —añadió Steve—. No me refiero a su verborrea geológica, que ya era bastante mala, sino a su charla con Emma Curtis, que fue mucho peor. Cuéntaselo, Mac, y dinos si Rose no cree que la pobre Emma tenía razón en considerarte un pelmazo de primera.

—No veo por qué, cuando sólo intenté tener una conversación un poco sensata —empezó Mac de mala gana, pues sus primos lo habían tomado de spiadadamente el pelo desde que su hermano le había traicionado.

—¿Qué dijiste? No me reiré si puedo evitarlo —dijo Rose, curiosa por oírlo, pues los ojos de Steve brillaban de diversión.

—Bueno, sabía que le gustaban los teatros, así que empecé por ahí y fui tirando bastante bien hasta que empecé a hablarle de cómo se hacía eso en Grecia. Un tema muy interesante, ¿verdad?

—Muchísimo. ¿Le diste alguno de los coros o un trozo del Agamenón, como hiciste cuando me lo describiste a mí? —preguntó Rose, conteniéndose con dificultad al recordar aquella escena serio-cómica.

—¡Por supuesto que no!, pero le estaba recomendando que leyera el Prometeo cuando ella bostezó detrás del abanico y empezó a hablar de Phebe. Que qué «criatura tan agradable» era, que «sabía cuál era su lugar», que se vestía según su condición, etcétera. Supongo que fue una grosería, pero que me cortara tan de pronto me desconcertó un poco, y dije lo primero que se me vino a la cabeza: que yo consideraba que Phebe era la mejor vestida de la sala porque no iba toda aspavientos y plumas como la mayoría de las chicas.

—¡Oh, Mac! Decirle eso a Emma, que hace de la elegancia el trabajo de su vida y aquella noche iba particularmente espléndida. ¿Y qué dijo ella? —exclamó Rose, llena de simpatía por ambas partes.

—Se irguió y me miró con ojos de puñal.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me mordí la lengua y caí de un aprieto en otro. Siguiendo su ejemplo, cambié de tema hablando del concierto benéfico para los huérfanos, y cuando ella se deshizo en ternuras sobre los «pequeños angelitos», le sugerí que adoptara uno y me pregunté por qué las señoritas no hacían ese tipo de cosas en vez de abrazar gatos y perritos falderos.

—¡Infeliz! Su pug es el ídolo de su vida y detesta a los bebés —dijo Rose.

—¡Más tonta ella! Bueno, de todas formas se llevó mi opinión sobre el asunto, y que le aproveche, pues seguí diciendo que me parecía que eso no sólo sería una obra de caridad encantadora, sino una preparación excelente para cuando tuvieran pequeños angelitos propios. Un sinnúmero de pobres criaturas mueren por la ignorancia de sus madres, ya se sabe —añadió Mac con tanta seriedad que Rose no se atrevió a sonreír ante lo anterior.

—Imagínate a Emma correteando con un bebé de la inclusa bajo el brazo en vez de su adorado Toto —dijo Steve con un extático giro en el taburete.

—¿Y le pareció bien el consejo, monsieur Inoportunísimo? —preguntó Rose, deseando haber estado allí.

—No: dio un pequeño grito y dijo: «¡Por Dios, señor Campbell, qué ocurrente es usted! Lléveme con mamá, por favor», lo que hice de muy buen grado. Que no me vuelvan a atrapar poniéndole la pata a su pug —concluyó Mac con un severo meneo de cabeza.

—No importa. Esta vez tuviste mala suerte con la oyente. No creas que todas las chicas son igual de tontas. Puedo mostrarte una docena de sensatas que hablarían contigo de reforma de la moda y de caridad y disfrutarían de la tragedia griega si les hicieras el coro como me lo hiciste a mí —dijo Rose consoladoramente, pues Steve sólo se burlaría.

—Dame una lista de ellas, por favor, y cultivaré su trato. Algo tiene que ganar uno a cambio de convertirse en una peonza.

—Con mucho gusto; y si bailas bien, ellas lo harán muy agradable para ti, y disfrutarás de las fiestas a tu pesar.

—No puedo ser «espejo de la moda y molde de la forma» como Dandy aquí presente, pero haré lo que pueda; sólo que, si pudiera elegir, preferiría con mucho recorrer las calles con un organillo y un mono —respondió Mac con abatimiento.

—Muchas gracias por el cumplido —y Rose le hizo una reverencia profunda, mientras Steve exclamaba «¡Ahora sí la has hecho!» en tono de reproche que recordó al culpable, demasiado tarde, que era el escolta elegido por Rose.

—¡Por todos los dioses, que sí! —Y arrojando el periódico con un gesto de cómica desesperación, Mac se alejó del cuarto recitando trágicamente las palabras de Casandra: «¡Ay, ay! ¡Oh Tierra! ¡Oh Apolo! Me atreveré a morir; me acercaré a las puertas del Hades y rogaré que se me dé un golpe mortal».

CAPÍTULO 7

PHEBE

Mientras Rose hacía descubrimientos y vivía experiencias, Phebe hacía lo propio de manera más tranquila, pero aunque solían compartir impresiones durante el tête-à-tête de la hora de acostarse que siempre ponía fin a su jornada, había ciertos temas que nunca se mencionaban, de modo que cada una tenía su pequeño mundo al que ni siquiera la mirada de la amistad se asomaba.

La vida de Rose era en ese momento la más alegre, pero la de Phebe la más feliz. Ambas salían mucho, pues la hermosa voz era bien recibida en todas partes, y muchos estaban dispuestos a patrocinar a la cantante que habrían tardado en reconocer a la mujer. Phebe lo sabía y no intentaba imponerse, contenta de saber que quienes apreciaban su valía la estimaban, y con la esperanza de que llegara un tiempo en que pudiera ocupar con gracia el lugar que le correspondía.

Era tan orgullosa como una princesa en algunas cosas, aunque en la mayoría tan humilde como una niña; por eso, cuando cada año disminuía los servicios que le gustaba prestar y aumentaba las obligaciones que habría rechazado de cualquier otra fuente, la dependencia se convertía en una carga que ni el más ferviente agradecimiento podía aliviar. Hasta entonces las dos jóvenes habían seguido adelante juntas, sin encontrar obstáculos para su compañía en el mundo recluso en que vivían. Ahora que eran mujeres, sus caminos divergían inevitablemente, y ambas sentían con pesar que tendrían que separarse pronto.

Había quedado decidido, cuando estaban en el extranjero, que a su regreso Phebe tomaría el único don que poseía y buscaría fortuna por su cuenta. En ningún otro término habría aceptado la enseñanza destinada a prepararla para la independencia que deseaba. Había aprovechado fielmente las facilidades tan generosamente ofrecidas, tanto en casa como en el extranjero, y estaba ya lista para demostrar que no habían sido en vano. Muy alentada por los pequeños éxitos que conseguía en los salones y los elogios que le prodigaban amigos interesados, empezaba a sentir que podía aventurarse en

un campo más amplio e iniciar su carrera como cantante de conciertos, pues a más no aspiraba.

En ese momento se prestaba gran interés a un nuevo asilo para niñas huérfanas que no podía terminarse por falta de fondos. Los Campbell habían contribuido generosamente y seguían trabajando para llevar a cabo la tan necesaria obra de caridad. Para ese fin se habían celebrado varias ferias, seguidas de una serie de conciertos. Rose se había entregado a la tarea con todo el corazón y propuso entonces que Phebe hiciera su debut en el último concierto, que habría de ser de especial interés, pues todas las huérfanas iban a estar presentes y se esperaba que abogaran por su causa con el solo espectáculo de su desamparada inocencia, además de tocar los corazones con los sencillos cantares que iban a entonar.

Algunos de la familia pensaban que Phebe pondría reparos a un comienzo tan humilde, pero Rose la conocía mejor y no se llevó ningún chasco, pues cuando hizo la propuesta, Phebe respondió sin vacilar:

—¿Dónde podría encontrar un momento y un lugar más apropiados para presentarme al público que aquí, entre mis hermanitas en la desgracia? Cantaré para ellas con todo mi corazón; sólo que debo ser una más entre ellas y no hacerse ningún aspaviento en torno a mí.

—Lo organizarás como quieras, y como habrá poca música vocal además de la tuya y la de las niñas, haré que todo sea a tu gusto —prometió Rose.

Bien hizo, pues la familia se emocionó mucho con la perspectiva del «debut de nuestra Phebe» y habría hecho toda clase de aspavientos de no ser porque las dos amigas se resistieron. La tía Clara desesperaba del vestido porque Phebe decidió ponerse un merino sencillo de color vino con volantes en el cuello y las muñecas, para parecerse en lo posible a las demás huérfanas con sus batas y delantales blancos. La tía Plenty quería ofrecer una pequeña cena después en honor de la ocasión, pero Phebe le rogó que la convirtiera en una comida de Navidad para los pobres niños. Los chicos planearon arrojar cestos de flores, y Charlie se arrogó el honor de llevar a la cantante a escena. Pero Phebe, con lágrimas en los ojos, rechazó sus amables ofrecimientos, diciendo con ardor:

—Mejor empezar como pienso continuar y depender enteramente de mí misma. De verdad, señor Charlie, prefiero entrar sola, pues usted estaría

fuera de lugar entre nosotras y estropearía el efecto patético que queremos producir. — Y una sonrisa brilló a través de las lágrimas cuando Phebe contempló a la figura tan elegante que tenía delante y pensó en las batas marrones y los delantales.

Así, después de mucho debate, se decidió que se saldría con la suya en todo y que la familia se contentaría con aplaudir desde el patio de butacas.

— Nos ampollaremos las manos todos sin excepción, y te llevaremos a casa en un carruaje de cuatro caballos, ¡ya lo verás, prima donna tan obstinada! — amenazó Steve, nada satisfecho con la sencillez del asunto.

— Un carruaje de dos estará muy bien en cuanto haya acabado. Estaré bastante serena hasta que haya terminado mi parte, y luego quizás me sienta un poco alterada, así que me gustaría marcharme antes de que empiece el revuelo. No es que quiera ser obstinada, pero sois todos tan buenos conmigo que se me llena el corazón cuando lo pienso, y eso no puede ser si tengo que cantar — dijo Phebe, dejando caer una de las lágrimas sobre el pequeño volante que estaba haciendo.

«Ningún diamante podría haberlo adornado mejor», pensó Archie mientras lo veía brillar un instante, y sintió ganas de sacudir a Steve por atreverse a dar palmaditas en la oscura cabeza con un animoso:

— Muy bien. Estaré allí y te sacaré de allí mientras los demás se rompen los guantes. No temas que te vengas abajo. Si en algún momento lo sientes, mírame y yo te pongo cara feroz y agito el puño, pues la ternura te desestabiliza.

— Ojalá lo hicieras, porque una de mis baladas es bastante conmovedora y siempre me entran ganas de llorar cuando la canto. Verte intentar poner cara feroz me dará ganas de reír y eso me serenará muy bien, así que siéntate delante, listo para salir cuando yo baje por última vez.

— ¡Cuenta conmigo! — Y el pequeño hombre se fue, muy ufano de su influencia sobre la alta y apuesta Phebe.

De haber sabido lo que pasaba por la mente del silencioso joven caballero que estaba detrás del periódico, Steve se habría asombrado mucho, pues Archie, aunque aparentemente absorto en los negocios, estaba a esas alturas enamorado hasta la médula. Nadie lo sospechaba salvo Rose, pues él cortejaba con los ojos, y sólo Phebe sabía lo elocuentes que podían ser.

Hacía tiempo que había descubierto lo que le pasaba; había intentado muchas veces razonarse para salir de ello, pero, hallándolo una empresa sin esperanza, había renunciado a intentarlo y se había dejado llevar deliciosamente. El saber que la familia no lo aprobaría parecía sólo añadir ardor a su amor y firmeza a su propósito, pues la misma energía y perseverancia que ponía en los negocios iba en todo lo que hacía, y habiéndose decidido a casarse con Phebe, nada podía cambiar ese plan salvo una palabra de ella.

Había observado y esperado tres meses para no ser acusado de precipitación, aunque no le hizo falta más que uno para decidir que aquélla era la mujer que podía hacerle feliz. La naturaleza firme de Phebe, sus maneras tranquilas y activas, y la fuerza y pasión interiores que traicionaban a veces un destello de los ojos negros o un temblor de los labios firmes, le convenían a Archie, que poseía muchos de los mismos atributos. La oscuridad de su origen y el aislamiento de su suerte, que habrían disuadido a otros amantes, no sólo apelaban a su bondadoso corazón, sino que tocaban el romanticismo oculto que corría como un filón de oro a través de su sólido sentido común, y hacían del práctico y metódico Archie un poeta cuando se enamoraba. Si el tío Mac hubiera adivinado qué sueños y fantasías pasaban por la cabeza inclinada sobre sus libros de contabilidad, y qué emociones fermentaban en el pecho de su equilibrado «mano derecha», le habría dado unos golpecitos en la frente y le habría sugerido un manicomio. Los chicos pensaban que Archie se había serenado demasiado pronto. Su madre empezaba a temer que el ambiente del despacho no le sentara bien, y el doctor Alec se dejaba engañar por la creencia de que el muchacho de verdad «empezaba a fijarse en Rose», pues venía tan a menudo por las noches, pareciendo muy contento de sentarse junto a la mesita de labor de Rose y recortar cinta o trazar patrones mientras charlaban.

Nadie observaba que, aunque hablaba con Rose en esas ocasiones, miraba a Phebe, en su sillita baja al otro lado de la mesa, atareada pero callada, pues siempre procuraba borrarle cuando Rose estaba cerca y a menudo lamentaba ser demasiado grande para pasar inadvertida. Hablara de lo que hablara, Archie siempre veía las lustrosas trenzas negras al otro lado de la mesa, la mejilla de damasco que se curvaba hasta el firme cuello blanco, y las pestañas oscuras, levantadas de cuando en cuando, revelando unos ojos tan profundos y suaves que no se atrevía a mirarlos mucho tiempo. Rara vez le hablaba; nunca tocaba su costurero, aunque saqueaba el de Rose si nece-

sitaba cuerda o tijeras; casi nunca se aventuraba a traerle alguna cosa curiosa o bonita cuando llegaban barcos de China; sólo se sentaba y pensaba en ella, imaginaba que ése era su salón, ésa su mesita de labor, y los dos solos allí: un hombre y una mujer felices, marido y mujer.

En ese estadio del pequeño drama de las veladas se hacía consciente de un deseo tan fuerte de hacer alguna locura que se refugiaba en una nueva forma de embriaguez y proponía música, a veces tan bruscamente que Rose se detenía a media frase y le miraba, sorprendida de encontrar una expresión de extraña agitación en los habitualmente serenos ojos grises.

Entonces Phebe, recogiendo su labor, iba al piano como si agradeciera encontrar una salida para su vida interior que parecía no tener modo de expresar sino en el canto. Rose la seguía para acompañarla, y Archie, moviéndose a cierto rincón sombrío desde donde podía ver el rostro de Phebe mientras cantaba, se entregaba durante media hora a un éxtasis sin reservas. Phebe nunca cantaba tan bien como en esos momentos, pues la atmósfera cariñosa era para ella como el sol para un pájaro, las críticas eran pocas y suaves, los elogios entusiastas y abundantes, y ella vertía su alma tan libremente como un manantial que brota cuando su fuente oculta está llena.

En momentos como éstos, Phebe era hermosa con esa belleza que hace brillar los ojos de un hombre con honesta admiración y llena su corazón con una sensación de nobleza y dulzura femeninas. No es extraño, pues, que el principal espectador de ese agradable cuadro se fuera enamorando más cada noche, y que mientras los mayores estaban absortos en su whist, los jóvenes jugaran a ese otro juego todavía más absorbente en el que siempre triunfan los corazones.

Rose, teniendo al muerto como pareja, pronto descubrió el hecho, y últimamente había empezado a sentirse como si imaginara que el Muro debió de sentirse cuando Píramo cortejaba a Tisbe a través de sus grietas. Al principio se sorprendió, luego se divirtió, luego se inquietó, y al fin se interesó de todo corazón, como toda mujer se interesa en esas cosas, y seguía haciendo de intermediaria de buena gana, aunque a veces sentía un verdadero cosquilleo por la electricidad que parecía impregnar el aire. No dijo nada, esperando a que Phebe hablara, pero Phebe guardaba silencio, pareciendo dudar de la verdad hasta que la duda se volvió imposible, y luego encogiéndose como quien de repente es consciente de haber hecho algo mal, y bus-

cando cualquier pretexto para ausentarse del «rincón de las chicas», como se llamaba al bonito hueco.

El proyecto del concierto ofrecía excelentes oportunidades para hacer eso, y velada tras velada se escabullía a practicar sus canciones arriba mientras Archie se quedaba mirando desconsolado el costurero abandonado y el piano en silencio. Rose lo compadecía y deseaba decirle una palabra de consuelo, pero se sentía cohibida, pues era un muchacho tan reservado; así que le dejó llevar su silencioso cortejo a su manera, sintiendo que la crisis llegaría pronto.

Estaba segura de ello mientras se sentaba a su lado la noche del concierto, pues mientras el resto de la familia asentía y sonreía, charlaba y reía con gran animación, Archie estaba mudo como un pez y sentado con los brazos fuertemente cruzados, como si tratara de contener cualquier emoción indócil que intentara escapar. Nunca miró el programa, pero Rose supo cuándo llegaba el turno de Phebe por la respiración rápida que tomó y la mirada atenta, tan ausente antes, que se adueñó de sus ojos.

Pero su propia emoción le impedía fijarse mucho en él, pues Rose estaba en un torbellino de esperanza y miedo, simpatía y deleite, por Phebe y su éxito. La sala estaba llena; el público bastante mixto como para que la opinión general fuera imparcial; y el escenario lleno de pequeñas huérfanas con los rostros relucientes, el más eficaz recordatorio del objetivo de la velada.

—¡Qué moninas, qué bien están! —¡Pobrecitas, tan pequeñas y sin padre ni madre! —Es una vergüenza para la ciudad que no se cuide bien a esas niñas. —Las suscripciones siempre son bienvenidas, y la señorita Campbell tan encantadora os dedicará su sonrisa más dulce si le entregáis un cheque generoso. —He oído a esta Phebe Moore y tiene de verdad una voz deliciosa: ¡qué lástima que no quiera prepararse para la ópera! —Esta noche sólo canta tres veces; muy modesta, desde luego, siendo la atracción principal, así que habrá que darle un bis después de la pieza italiana. —Las huérfanas abren el programa, ya veo. Tápanse los oídos si quiere, pero no deje de aplaudir o las señoras no se lo perdonarán.

Charla de este tipo se desarrollaba animadamente mientras los abanicos agitaban el aire, los programas crujían y los acomodadores corrían distraídamente de un lado a otro, hasta que un caballero importante apareció, hizo

su reverencia, subió de un salto al atril del director y con un movimiento del batón provocó un general levantamiento de delantales blancos mientras las huérfanas iniciaban el programa con esa melodía de siempre «América», con vocecillas agudas pero con una atención encomiable al tiempo y el tono. La piedad y el patriotismo produjeron una generosa ronda de aplausos, y las niñas se sentaron, radiantes de inocente satisfacción.

Siguió una pieza instrumental, y luego un joven caballero, con el pelo en pintoresco desorden y lo que sus amigos llamaban una «frente musical», subió los peldaños de un brinco y, agarrando un rollo de música con un par de manos muy bien enguantadas, procedió a informar al público, en una voz de tenor ronca, de que «Era una violeta encantadora».

Lo que más contenía la canción en cuanto a sentido o sentimiento era imposible descubrirlo, pues las tres páginas de música parecían consistir en variaciones sobre esa única línea, que terminaba con un trino prolongado que encendió la frente musical y dejó al joven sin aliento cuando hizo su reverencia.

— ¡Ahora viene! ¡Oh, tío, el corazón me late como si fuera yo misma! — susurró Rose, agarrando el brazo del doctor Alec con un pequeño jadeo cuando el piano fue empujado hacia adelante, el atril del director retirado hacia atrás y todas las miradas se volvieron hacia la puerta del cuarto anterior.

Olvidó echar un vistazo a Archie, y quizás fue mejor así, pues su corazón latía casi audiblemente mientras esperaba a su Phebe. No desde el cuarto anterior sino desde entre las niñas, donde había estado sentada sin que nadie la viera a la sombra del órgano, salió la majestuosa Phebe en su vestido color vino, sin más adorno que su hermoso cabello y una flor blanca en el cuello. Muy pálida, pero aparentemente serena, avanzó lentamente por la estrecha avenida de rostros levantados hacia ella, recogiendo la falda para que no rozara rudamente alguna cabecita. Llegó directamente hasta el frente, hizo una reverencia apresurada y, con un gesto al acompañante, se quedó esperando para empezar, con los ojos fijos en el gran reloj dorado al otro extremo de la sala.

Los ojos no se apartaron de ese punto mientras cantó, pero al terminar se posaron un instante en un semblante juvenil y animado que se inclinaba desde una butaca delantera; luego, con su apresurado saludo, volvió rápida-

mente entre las niñas, que aplaudieron y asintieron al verla pasar, muy contentas con la balada que había cantado.

Todos siguieron cortésmente su ejemplo, pero no hubo entusiasmo, y era evidente que Phebe no había producido una impresión particularmente favorable.

—No ha cantado así de mal en su vida —murmuró Charlie irritado.

—Estaba asustada, la pobrecita. Hay que darle tiempo, hay que darle tiempo —dijo el tío Mac con amabilidad.

—Lo sé, y puse cara de gorgona, pero nunca me miró —añadió Steve, alisándose los guantes y las cejas al mismo tiempo.

—Esa primera canción era la más difícil, y la pasó mucho mejor de lo que esperaba —intervino el doctor Alec, decidido a no mostrar la decepción que sentía.

—No os perturbéis. Phebe tiene valor para cualquier cosa, y os asombrará antes de que acabe la noche —profetizó Mac con confianza inquebrantable, pues sabía algo que los demás no.

Rose no dijo nada, pero al abrigo de su abrigo dio a Archie un apretón comprensivo en la mano, pues sus brazos se habían descruzado ya, como si hubiera pasado el momento de tensión, y uno descansaba en la rodilla mientras con el otro se enjugaba la caliente frente con aire de alivio.

Los amigos que les rodeaban murmuraban elogios corteses y fingían gran deleite y sorpresa ante el «encantador estilo», la «exquisita sencillez» y el «indudable talento» de la señorita Moore. Pero los extraños criticaban libremente, y Rose estaba tan indignada con alguno de sus comentarios que no pudo escuchar nada de lo que pasaba en el escenario, donde se tocó una magnífica obertura, un hombre con una notable voz de bajo aulló y tronó melodiosamente, y las huérfanas cantaron un animado número con un estribillo de «Tra, la, la», que fue un gran alivio para las pequeñas lenguas poco acostumbradas a tan largo silencio.

—A menudo he oído decir que la lengua de las mujeres está colgada en el centro y funciona por los dos extremos; ahora estoy seguro de ello —susurró Charlie, intentando animarla señalando el efecto cómico de unas

setenta y cinco bocas abiertas en las que el miembro rebelde se movía a toda velocidad.

Rose se rió y le dejó abanicarse, inclinado desde su asiento de atrás con el aire devoto que siempre adoptaba en público; pero sus sentimientos heridos no se calmaron, y siguió frunciendo el ceño al hombre corpulento de la izquierda que se había atrevido a decir encogiéndose de hombros, al mirar el próximo número de Phebe:

— Esa joven no puede cantar esta pieza italiana más de lo que puede volar, y no deberían dejarla intentarlo.

Phebe lo intentó, sin embargo, y de repente cambió la opinión del hombre corpulento cantándola magníficamente, pues la conciencia de su primer fracaso picó su orgullo y la espoleó a hacerlo lo mejor posible con la tranquila determinación que vence el miedo, enciende la ambición y transforma la derrota en triunfo. Miraba fijamente a Rose ahora, o al semblante encendido y atento junto a ella, y echando toda su alma en la tarea, dejó que su voz resonara como una clara trompeta de plata, llenando la gran sala y haciendo vibrar la sangre de los oyentes con la exultante melodía.

Eso decidió el destino de Phebe como cantante. Los aplausos fueron genuinos y espontáneos esta vez y estallaron una y otra vez con el generoso deseo de reparar la frialdad anterior. Pero ella no quiso volver, y la sombra del gran órgano pareció haberla tragado, pues ningún ojo podía encontrarla, ningún placentero clamor hacerla regresar.

— Ahora puedo morir tranquila — dijo Rose, radiante de satisfacción sincera, mientras Archie miraba fijamente el programa procurando mantener el semblante compuesto, y el resto de la familia adoptaba un aire triunfal como si nunca hubieran dudado desde el principio.

— Muy bien, desde luego — dijo el hombre corpulento con un gesto de aprobación—. Bastante prometedor para una principiante. No me sorprendería que con el tiempo hicieran de ella una segunda Cary o Kellogg.

— Ahora le perdonarás, ¿verdad? — murmuró Charlie al oído de su prima.

— Sí, y ganas me dan de darle una palmadita en la cabeza. Pero toma nota y no juzgues nunca más por las primeras apariencias — susurró Rose, en paz ahora con toda la humanidad.

La última canción de Phebe era otra balada; tenía pensado dedicar su talento a esa rama tan descuidada pero siempre atractiva de su arte. Fue, pues, una gran sorpresa para todos en la sala menos para una persona cuando, en vez de cantar «Auld Robin Grey», se instaló al piano y, con una mirada sonriente por encima del hombro hacia las niñas, rompió con la vieja canción de los pájaros que primero conquistó a Rose. Pero el gorjeo, el trino y el arrullo eran ahora el estribillo de tres estrofas de una encantadora canción llena de primavera y de la vida que despierta y la hace hermosa. Un acompañamiento ondulante la recorría toda, y una explosión de risa encantada de las niñas llenó la primera pausa con una respuesta apropiada a las voces que parecían llamarlas desde los bosques primaverales.

Era muy hermoso, y la novedad le prestaba su encanto, pues el arte y la naturaleza obraron un bonito milagro y la ingeniosa imitación, escuchada por primera vez junto a un hogar de cocina, se convirtió ahora en la favorita de una concurrida sala de conciertos. Phebe era completamente ella misma; color ahora en las mejillas; ojos que vagaban sonrientes de un lado a otro; y labios que cantaban con tanta alegría y mucha más dulzura que cuando llevaba el compás de su alegre música con un cepillo de fregar.

Esta canción estaba claramente dirigida a las niñas, y ellas apreciaron el pensamiento cariñoso, pues cuando Phebe volvió entre ellas aplaudieron extáticas, agitaron los delantales, y algunas se agarraron a sus faldas con audibles ruegos de «Otra vez, por favor, otra vez».

Pero Phebe negó con la cabeza y desapareció, pues ya era tarde para tan pequeñas personas, varias de las cuales «dormían dulcemente allí» hasta que el alboroto a su alrededor las despertó. Los mayores, sin embargo, no estaban dispuestos a resignarse y aplaudieron con persistencia, especialmente la tía Plenty, que se apoderó del bastón del tío Mac y golpeó con él tan vigorosamente como la señora Nubbles en el teatro.

—No te preocupes por los guantes, Steve: sigue hasta que salga —gritó Charlie, disfrutando de la diversión como un colegial mientras Jamie perdía la cabeza de emoción y, levantándose, gritaba «¡Phebe! ¡Phebe!» a pesar de los intentos de su madre por acallarlo.

Hasta el hombre corpulento aplaudió, y Rose no podía sino reír encantada mientras se volvía a mirar a Archie, que parecía haberse soltado al fin y golpeaba el suelo con una tenaz energía que daba risa.

Así que Phebe tuvo que salir, y estuvo allí inclinándose con modestia, con una expresión conmovida en el rostro que mostraba cuánto la alegraba y reconfortaba, hasta que un silencio repentino la cubrió; entonces, como inspirada por el recuerdo de la causa que la había llevado allí, miró hacia abajo al mar de semblantes amistosos que tenía ante ella sin rastro de miedo en el suyo, y cantó la canción que nunca envejecerá.

Llegó directamente al corazón de los que la oyeron, pues había algo indeciblemente conmovedor en el espectáculo de esa mujer de hermosa voz cantando sobre el hogar para las pequeñas criaturas que no lo tenían, y Phebe hizo su ruego melodioso irresistible con un gesto casi involuntario de las manos que habían colgado sueltas y juntas ante ella hasta que, con el último eco de la amada palabra, se separaron y se extendieron a medias, como suplicando que las llenaran.

Fue ese toque de naturaleza que obra maravillas, pues hizo que de repente los bolsillos pesaran con sus bolsas llenas y tardaran en abrirse, llevó las lágrimas a ojos poco acostumbrados a llorar, y esa agrupación de niñas vestidas de rojo resultó muy patética a los ojos de padres y madres que habían dejado a sus pequeñas hijas dormidas en casa. Así lo evidenció el silencio que permaneció un instante sin romperse después de que Phebe terminara; y antes de que la gente pudiera deshacerse de los pañuelos, ella se habría marchado si la súbita aparición de una cosita en delantal, trepando por las escaleras del cuarto anterior con un gran ramo de flores agarrado con las dos manos, no la hubiera detenido.

Subió la pequeña criatura, decidida a cumplir la misión por la que se le habían prometido ricas recompensas de caramelos, y trotando valientemente por el escenario, tendió el hermoso ramo diciéndole con su vocecita de bebé:

—Para usted, señorita.

Luego, asustada por el súbito estallido de aplausos, escondió la cara en la falda de Phebe y empezó a sollozar de miedo.

Un momento difícil para la pobre Phebe, pero demostró una serenidad de ánimo inesperada y dejó detrás de ella un bonito cuadro de la huérfana mayor con la menor al marcharse rápidamente por las escaleras, sonriendo sobre el gran ramo con el bebé en el brazo.

A nadie le importó el número final, pues la gente empezó a marcharse, los niños dormidos a ser cargados y los susurros a convertirse en un murmullo de conversación. En la confusión general Rose buscó con la vista a ver si Steve se había acordado de su promesa de ayudar a Phebe a escabullirse antes del tropel. No: allí estaba poniéndole la capa a Kitty, completamente ajeno a cualquier otro deber. Volviéndose para pedir a Archie que se diera prisa, Rose descubrió que ya había desaparecido, dejando atrás sus guantes.

—¿Has perdido algo? —preguntó el doctor Alec, entreviendo su cara.

—No, señor: he encontrado algo —susurró ella, devolviéndole los guantes para que los guardara junto con el abanico y los impertinentes, añadiendo apresuradamente al terminar el concierto—: Por favor, tío, díles a todos que no vengán con nosotras. Phebe ha tenido demasiada emoción y necesita descansar.

La palabra de Rose era ley en la familia en todo lo que concernía a Phebe. Así que se hizo pasar la voz de que no habría felicitaciones hasta el día siguiente, y el doctor Alec se llevó a su grupo cuanto antes. Pero todo el camino a casa, mientras él y la tía Plenty profetizaban un brillante porvenir para la cantante, Rose iba regocijándose en el presente feliz de la mujer. Estaba segura de que Archie había hablado e imaginaba la escena entera con deleite femenino: cómo habría hecho la pregunta decisiva con ternura, cómo habría respondido Phebe con gratitud la respuesta deseada, y cómo ahora los dos disfrutaban de esa deliciosa hora que Rose había llegado a entender que no llegaba más que una vez en la vida. ¡Qué lástima acortarla!, pensó, y rogó a su tío que volvieran a casa por el camino más largo: la noche era tan suave, la luz de la luna tan clara, y ella necesitaba tanto el aire fresco después de la emoción de la velada.

Noto que el fragmento que me has enviado corresponde a partes de capítulos que no son consecutivos: hay un trozo al final del capítulo 7 (la escena de Phebe con Rose tras el concierto) y luego el capítulo 8 completo. Lo traduzco tal cual, marcando la continuación del capítulo 7 antes del 8.

—Creí que querías lanzarte a los brazos de Phebe en cuanto terminara —dijo la tía Plenty, preguntándose inocentemente por los caprichos que se les metían a las chicas en la cabeza.

— Así lo haría si consultara mis propios deseos, pero como Phebe pidió que la dejaran sola, quiero complacerla —respondió Rose, buscando la mejor excusa que pudo.

«Está un poco resentida», pensó el doctor, creyendo entender el caso.

Como el reuma de la anciana les impedía conducir hasta la medianoche, se llegó a casa mucho antes de lo que Rose hubiera querido, y ella subió corriendo a avisar a los enamorados en cuanto entró. Pero el estudio, el salón y el tocador estaban vacíos; y cuando apareció Jane con pastas y vino, informó de que «la señorita Phebe había subido directamente a su cuarto y pedía que la excusasen, por favor, pues estaba muy cansada».

— Eso no es nada propio de Phebe; espero que no esté enferma —empezó la tía Plenty, sentándose a calentar los pies.

— Puede que esté un poco alterada, pues es una muchacha orgullosa y reprime sus emociones todo el tiempo que puede. Subiré a ver si no necesita algún calmante. — Y el doctor Alec se quitó el abrigo al hablar.

— No, no, sólo está cansada. Subo yo con ella: no le importará que sea yo, y daré parte si algo va mal.

Subió Rose corriendo, temblando de impaciencia, pero la puerta de Phebe estaba cerrada, no se veía luz por debajo y ningún ruido venía de la habitación. Llamó con los nudillos y, al no recibir respuesta, pasó a su propio cuarto, pensando para sí: «He oído decir que el amor siempre le hace a uno actuar de manera extraña, así que supongo que lo arreglaron todo en el carruaje y la pobre se ha escapado a rumiar su felicidad a solas. No la molestaré.»

— ¡Pero, Phebe! —exclamó Rose sorprendida, pues al entrar en su cuarto estaba allí la cantante, ocupada en los servicios nocturnos que siempre prestaba a su pequeña señorita.

— Te estaba esperando, querida. ¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó Phebe, atizando el fuego como si estuviera ansiosa por dar algo de color a unas mejillas que estaban inusualmente pálidas.

En cuanto habló, Rose supo que algo iba mal, y una ojeada a su cara confirmó el temor. Fue como un jarro de agua fría que apagó al instante sus alegres fantasías; pero siendo una muchacha de delicada sensibilidad, respetó

el estado de ánimo de Phebe, no hizo preguntas ni comentarios y dejó a su amiga hablar o callar como prefiriese.

—Estaba tan excitada que he dado una vuelta a la luz de la luna para calmar los nervios. ¡Oh, Phebe querida, estoy tan contenta, tan orgullosa, tan llena de admiración por tu valor y tu talento y tus maneras tan encantadoras en conjunto, que no sé cómo decirte cuánto te quiero y te admiro! —exclamó, besando las mejillas pálidas con tanta ternura cálida que no pudieron evitar encenderse levemente mientras Phebe estrechaba a su pequeña señorita con seguridad de que nada podría turbar aquel afecto inocente.

—Es todo obra tuya, querida, porque de no ser por ti todavía podría estar fregando suelos y apenas atrevería a soñar con algo así —dijo ella con su antigua gratitud, pero en su voz había un temblor de algo más hondo que el agradecimiento, y en las últimas palabras su cabeza se irguió con un gesto de suave orgullo, como si acabara de ser coronada.

Rose oyó y vio y adivinó el significado de ese tono y ese gesto, sintiendo que su Phebe merecía tanto el laurel de la cantante como el mirto de la novia. Pero sólo alzó los ojos y dijo con mucha ternura:

—Entonces ha sido una noche feliz para ti también, igual que para nosotros.

—La más feliz de mi vida, y la más difícil —respondió Phebe brevemente, apartando la vista de los ojos que la interrogaban.

—Tendrías que habernos dejado acercarnos y ayudarte. Me temo que eres muy orgullosa, mi Jenny Lind.

—Tengo que serlo, porque a veces siento que no tengo nada más que me sostenga. —Se detuvo en seco, temiendo que su voz la traicionara si seguía. Al momento preguntó en un tono que casi era duro—: ¿Crees que lo hice bien esta noche?

—Todos lo creen así, y estaban tan encantados que querían venir en masa a decírtelo, pero los mandé a casa porque sabía que estarías agotada. Quizás no debería haberlo hecho y preferirías haber tenido a toda esa gente alrededor en vez de sólo a mí.

—Fue lo más amable que has hecho nunca, y ¿qué podría gustarme más que «sólo tú», querida mía?

Phebe rara vez la llamaba así, y cuando lo hacía su corazón estaba en esa pequeña palabra, haciéndola tan tierna que Rose la creía la más dulce del mundo, después del «mi niña» del tío Alec. Ahora era casi apasionada, y el rostro de Phebe se tornó algo trágico al mirar a Rose. Era ya imposible seguir aparentando inconsciencia, y Rose dijo, acariciando la mejilla de Phebe, que ardía ahora con un color febril:

—Entonces no me cierres la puerta si tienes una pena, sino déjame compartirla como yo te dejo compartir todas las mías.

—¡Lo haré! Pequeña señorita, tengo que irme, antes incluso de lo que habíamos planeado.

—¿Por qué, Phebe?

—Porque Archie me quiere.

—Ésa es precisamente la razón por la que deberías quedarte y hacerle feliz.

—No si va a causar discordia en la familia, y sabes que la causaría.

Rose abrió los labios para negarlo impetuosamente, pero se contuvo y respondió con sinceridad:

—El tío y yo nos alegraríamos de todo corazón, y estoy segura de que la tía Jessie no podría objetar nada si tú quisieras a Archie como él te quiere a ti.

—Ella tiene otras esperanzas, creo, y por buena que sea, sería una decepción que él me llevara a casa. Tiene razón, la tienen todos, y sólo yo tengo la culpa. Tendría que haberme ido hace mucho: lo sabía, pero era tan agradable que no podía soportar marcharme sola.

—Fui yo quien te retuvo, y la culpa es mía si de alguien lo es; pero en serio, querida Phebe, no veo por qué deberías importarte aunque la tía Myra gruñe y la tía Clara se escandalice o la tía Jane haga observaciones desagradables. Sé feliz y no les hagas caso —exclamó Rose, tan excitada con todo aquello que sintió surgir en ella el espíritu de rebeldía y estuvo dispuesta a desafiar incluso a esa institución que tan profundo respeto le imponía: «la familia», por su amiga.

Pero Phebe sacudió la cabeza con una sonrisa triste y respondió, aún con ese tono duro en la voz, como reprimiendo toda emoción para ver su deber con claridad:

—Tú podrías hacerlo; yo nunca. Respóndeme a esto, Rose, y respóndeme con sinceridad, por el cariño que me tienes. Si te hubieran acogido en una casa, siendo una muchacha sin amigos, sin dinero, sin recursos, y durante años te hubieran colmado de favores, confiado en ti, enseñado, querido y hecho ¡tan, tan feliz!, ¿te parecería bien robarle a esa buena gente algo que valoraban mucho? ¿Hacerles sentir que habías sido ingrata, que los habías engañado, que pretendías inmiscuirte en un lugar elevado que no te correspondía cuando ellos habían sido tan generosos en ayudarte de otras maneras, mucho más de lo que merecías? ¿Podrías entonces decir, como tú ahora, «sé feliz y no les hagas caso»?

Phebe la sujetaba de los hombros y la miraba con tal penetración que la otra se encogió un poco, pues los ojos negros estaban llenos de fuego y había algo casi grandioso en aquella muchacha que parecía haberse convertido de súbito en una mujer. No hacían falta palabras para responder a la pregunta formulada tan rápidamente, pues Rose se puso en el lugar de Phebe en el espacio de un aliento, y su propio orgullo la llevó a responder con sinceridad:

—No; yo no podría.

—Sabía que dirías eso, y me ayudarías a cumplir con mi deber. —Y toda la frialdad se fundió en las maneras de Phebe al estrechar a su pequeña señorita con fuerza, sintiendo el consuelo de la comprensión incluso a través de la sinceridad tan directa de las palabras de Rose.

—Lo haré si sé cómo. Ven ahora y cuéntamelo todo. —Y sentándose en el gran sillón que a menudo las había cobijado a las dos, Rose tendió las manos como quien está dispuesto y contento de ofrecer cualquier clase de ayuda.

Pero Phebe no quiso ocupar su lugar acostumbrado y, como si fuera a confesarse, se arrodilló en la alfombra y, apoyándose en el brazo del sillón, contó su historia de amor con las palabras más sencillas.

—Nunca pensé que se preocupara por mí hasta hace muy poco. Creí que eras tú, y aun cuando comprendí que le gustaba oírme cantar, supuse que

era porque tú lo ayudabas, de modo que hice todo lo posible y me alegré de que fueras a ser una muchacha feliz. Pero sus ojos dijeron la verdad. Entonces vi lo que había estado haciendo y me asusté. Él no habló, de modo que creí, lo que es completamente cierto, que sentía que yo no era una esposa adecuada para él y que nunca me lo pediría. Era lo correcto: me alegraba de ello; pero era orgullosa y, aunque no pedí ni esperé nada, sí que deseaba que viera que me respetaba a mí misma, que recordaba mi deber y que podía hacer lo recto igual que él. Me mantuve alejada. Me propuse marcharme en cuanto fuera posible, y resolví que en este concierto lo haría tan bien que él no tendría vergüenza de la pobre Phebe y de su único don.

—¿Fue esto lo que te hizo comportarte de manera tan extraña, preferir ir sola y rechazar hasta el más pequeño favor de nuestras manos? —preguntó Rose, estando ahora muy segura del estado del corazón de Phebe.

—Sí. Quería hacerlo todo yo misma y no deberle ni una pizca de mi éxito, si es que lo tenía, ni siquiera a la amiga más querida que tengo. Fue una tontería y estuvo mal de mi parte, y me lo pagué con el primer fracaso espantoso. ¡Qué asustada estaba, Rose! Se me fue el aliento, los ojos me daban vueltas y apenas podía ver, y aquel mar enorme de caras me parecía tan cercano que no me atrevía a mirar. De no ser por el reloj, nunca lo habría superado, y cuando lo hice, sin saber en absoluto cómo había cantado, una sola mirada a tu cara angustiada me dijo que había fracasado.

—Pero sonreí, Phebe; de veras que lo hice, todo lo dulcemente que pude, porque estaba segura de que era sólo el miedo —protestó Rose con viveza.

—Sí que lo hiciste, pero la sonrisa estaba llena de compasión, no de orgullo, como yo quería, y me precipité hacia un lugar oscuro detrás del órgano sintiéndome capaz de matarme. ¡Qué furiosa y desgraciada estaba! Apreté los dientes, cerré los puños y juré que la próxima vez lo haría bien o no cantaría una nota más. Estaba completamente desesperada cuando llegó mi turno, y sentía que podría hacer casi cualquier cosa, porque recordé que él estaba allí. No estoy segura de cómo fue, pero parecía como si yo fuera toda voz, pues me abandoné a ella tratando de olvidar todo excepto que no podía decepcionar a dos personas, aunque me muriera cuando terminara la canción.

—¡Oh, Phebe, fue espléndido! Casi lloro de orgullo y alegría al verte hacerte justicia por fin.

—¿Y él? —susurró Phebe, con la cara medio oculta en el brazo del sillón.

—No dijo una palabra, pero vi temblar sus labios y brillar sus ojos, y supe que era la criatura más feliz de la sala, porque estaba segura de que sí te creía digna de ser su esposa y sí pensaba hablar muy pronto.

Phebe no respondió por un momento, pareciendo olvidar el pequeño éxito artístico en el mayor que le siguió, y confortando su corazón dolorido con la certeza de que Rose tenía razón.

—Él mandó las flores, él vino a buscarme, y de camino a casa me mostró cuánto me había equivocado al dudar de él ni por un momento. No me pidas que cuente esa parte, pero ten por seguro que fui entonces la criatura más feliz del mundo.

Y Phebe escondió el rostro de nuevo, todo mojado por tiernas lágrimas que cayeron suaves y repentinas como un aguacero de verano.

Rose las dejó correr sin perturbación mientras acariciaba en silencio la cabeza inclinada, preguntándose, con una mirada llena de anhelo en sus propios ojos húmedos, qué era aquella misteriosa pasión capaz de conmover, ennoblecer y embellecer de tal modo a los seres que bendecía.

Un impertinente relojito de la repisa que dio las once rompió el silencio y le recordó a Phebe que no podía seguir entregándose a sueños de amor allí. Se levantó de un salto, se enjugó las lágrimas y dijo con resolución:

—Con esto basta por esta noche. Ve feliz a la cama y deja los problemas para mañana.

—Pero, Phebe, tengo que saber qué le dijiste —exclamó Rose, como una niña a quien han privado de la mitad del cuento de antes de dormir.

—Le dije que no.

—¡Ah! Pero se convertirá en un sí con el tiempo, estoy segura; así que te dejo ir a soñar con él. Los Campbell están bastante orgullosos de descender de Robert the Bruce, pero tienen sentido común y te quieren mucho, como verás mañana.

—Quizás. —Y con un beso de buenas noches, la pobre Phebe se fue a quedarse despierta hasta el amanecer.

CAPÍTULO 8

AGUAS PELIGROSAS

Ansiosa por allanar el camino a Phebe, Rose madrugó y se deslizó al cuarto de la tía Plenty antes de que la anciana se hubiera puesto la cofia.

—Tía, tengo algo agradable que contarte, y mientras escuchas te cepillaré el pelo, como te gusta —empezó, sabiendo bien que el proceso propuesto era muy calmante.

—Sí, querida; sólo que no seas demasiado meticulosa, porque llegó tarde y debo bajar en seguida o Jane no pondrá las cosas en su sitio, y me pone de los nervios que los saleros estén torcidos, que se olvide el colador del té y que no se haya aireado el periódico de tu tío —respondió la señorita Plenty, desenvolviendo briskamente los dos rizos grises que llevaba en las sienes.

Entonces Rose, cepillando el escaso pelo de la nuca, llevó la conversación con habilidad hacia el momento culminante de su relato describiendo el pánico de Phebe y sus valientes esfuerzos por superarlo; las flores que Archie le envió; cómo Steve se olvidó y el querido y atento Archie tomó su lugar. Hasta ahí todo fue bien y la tía Plenty estaba llena de interés, simpatía y aprobación; pero cuando Rose añadió, como si fuera la cosa más natural del mundo: «Así que, de camino a casa, él le dijo que la quería», un sobresalto le arrancó las canas grises de las manos mientras la anciana se volvía con los bucles de punta, exclamando con un desconcierto que no intentó disimular:

—¿En serio, Rose?

—Sí, tía, muy en serio. Él nunca bromea con esas cosas.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

—Nada, señora, salvo alegrarnos como es debido y felicitarle en cuanto ella diga que sí.

—¿Quieres decir que no aceptó en el acto?

—No lo hará nunca si no la acogemos con tanta amabilidad como si perteneciera a una de nuestras mejores familias, y no la culpo.

—Me alegra que la chica tenga tanto sentido. Claro que no podemos hacer nada de eso, y me sorprende que Archie haya olvidado de este modo tan precipitado lo que le debe a la familia. Dame la cofia, hija; tengo que hablar con Alec ahora mismo. —Y la tía Plenty retorció el pelo en un botón en la nuca con una enérgica vuelta.

—Habla con bondad, tía, y recuerda que no es culpa de Phebe. Ella no pensó en esto hasta hace muy poco y empezó en seguida a prepararse para marcharse —dijo Rose suplicante.

—Tendría que haberse ido hace mucho. Le dije a Myra que tendríamos problemas en cuanto vi qué muchacha tan guapa era, y aquí están: tan graves como cabe. ¡Ay, ay! ¿Por qué no pueden tener un poco de prudencia los jóvenes?

—No veo que nadie deba poner objeciones si el tío Jem y la tía Jessie están de acuerdo, y me parece que sería muy, muy poco amable regañar a la pobre Phebe por ser de buena crianza, guapa y buena, después de haber hecho todo lo posible por formarla así.

—Niña, tú todavía no entiendes estas cosas, pero deberías sentir el deber que tienes con tu familia y hacer todo lo posible para mantener el nombre tan honorable como siempre ha sido. ¿Qué crees que diría nuestra bendita antepasada Lady Marget si viera a nuestro hijo mayor tomando esposa del hospicio?

Al hablar, la señorita Plenty alzó los ojos, casi con aprensión, hacia uno de los retratos de cara de madera con que estaba colgada su habitación, como pidiendo perdón a la matrona de nariz severa que la miraba desde bajo la especie de tapadera azul que le servía de tocado.

—Como Lady Marget murió hace unos doscientos años, me importa un bledo lo que dijera, y además tiene todo el aire de una mujer muy estrecha

de miras y altanera. Pero sí me importa mucho lo que diga la señorita Plenty Campbell, pues es una anciana muy sensata, generosa, discreta y querida que no haría daño a una mosca, y mucho menos a una muchacha buena y fiel que ha sido una hermana para mí. ¿Verdad que no? —rogó Rose, sabiendo bien que la tía mayor arrastraba a todas las demás en mayor o menor medida.

Pero la señorita Plenty tenía ya la cofia puesta y en consecuencia se sentía el doble de mujer que sin ella, de modo que no sólo le dio un aire algo belicoso colocándose la bien calada, sino que sacudió la cabeza con decisión, alisó el tieso delantal blanco y se puso en pie como dispuesta para la batalla.

—Cumpliré con mi deber, Rose, y espero lo mismo de los demás. No me digas nada más por ahora: debo darle vueltas al asunto en la cabeza, pues me ha cogido de improviso y necesita seria reflexión.

Con esta alocución inusualmente solemne recogió sus llaves y se alejó a pasitos, dejando a su sobrina con cara inquieta, sin saber si su defensa había beneficiado o perjudicado a la causa que tenía a pecho.

Se animó mucho al oír la voz de Phebe en el estudio, pues Rose estaba segura de que si el tío Alec estaba de su lado todo iría bien. Pero las nubes volvieron a bajar cuando entraron a desayunar, pues los ojos ojerosos y las mejillas pálidas de Phebe no eran alentadores, mientras el doctor Alec estaba tan serio como un juez y de cuando en cuando enviaba una mirada interrogativa a Rose como si tuviera curiosidad por saber cómo llevaba la noticia.

Un desayuno incómodo, aunque todos procuraron parecer como de costumbre y comentaron los sucesos de la noche anterior con todo el interés que pudieron. Pero la antigua paz había sido turbada por una palabra, como una piedra lanzada a un estanque tranquilo manda círculos reveladores a rizarse por su superficie en todas direcciones. La tía Plenty, «dándole vueltas al asunto en la cabeza», parecía empeñada también en volcarlo todo lo que tocaba e hizo estragos en su bandeja de té; el doctor Alec leía el periódico con escaso espíritu de sociedad; Rose, habiéndole echado sal al porridge en vez de azúcar, se lo comió distraídamente, sintiendo que la dulzura se había ido de todo; y Phebe, después de atragantarse con una taza de té y

desmiggar un panecillo, pidió que la excusasen y se fue, resuelta firmemente a no ser un hueso de discordia para esta familia querida.

En cuanto se cerró la puerta, Rose apartó el plato y, acercándose al doctor Alec, asomó la cabeza por encima del periódico con tal cara de angustia que él lo dejó al instante.

—Tío, esto es un asunto serio, y debemos tomar posición enseguida, pues tú eres el tutor de Phebe y yo soy su hermana —empezó Rose con bonita solemnidad—. Muchas veces te has llevado decepciones conmigo —continuó—, pero sé que yo nunca me las llevaré contigo, porque eres demasiado sabio y bueno para dejar que ningún orgullo mundano ni ninguna prudencia te prive de solidarizarte con Archie y nuestra Phebe. No los abandonarás, ¿verdad?

—¡Nunca! —respondió el doctor Alec con una energía gratificante.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó Rose—. Ahora, si os tengo a ti y a la tía de mi parte, no me temo a nadie.

—Con calma, con calma, hija. No tengo intención de abandonar a los enamorados, pero ciertamente les aconsejaré que consideren bien lo que hacen. He de confesar que estoy un poco decepcionado, porque Archie es joven para decidir su vida de este modo y la carrera de Phebe parecía encaminada en otra dirección. A los viejos no nos gusta que nos trastornen los planes, ¿sabes? —añadió con más ligereza, pues la cara de Rose se ensombreció.

—Pues que los viejos no planeen tanto para los jóvenes. Lo agradecemos mucho, estoy segura, pero no siempre podemos dejarnos disponer de la manera más prudente y sensata, así que no se encariñen demasiado con esas pequeñas disposiciones, os lo ruego. —Y Rose puso cara de una sabiduría portentosa, pues no podía evitar sospechar incluso de su mejor tío en lo de «los planes» que pudiera tener respecto a ella.

—Tienes toda la razón: no deberíamos, pero es muy difícil resistirlo —confesó el doctor Alec con aire culpable, y volviendo rápidamente a los enamorados, añadió con amabilidad—: Me complació mucho la franqueza con que Phebe vino a verme esta mañana y me lo contó todo, como si yo fuera de verdad su tutor. No lo confesó con palabras, pero era perfectamente evidente que quiere a Archie con todo el corazón; y con todo, conociendo

las objeciones que se van a presentar, con mucho sentido y mucho valor propone marcharse en seguida y zanjar el asunto, como si eso fuera posible, pobrecita. — Y el hombre de tierno corazón lanzó un suspiro de compasión que hizo bien a Rose y aplacó su indignación naciente ante la mera idea de zanjar los amores de Phebe de manera tan expeditiva.

— Espero que no creas que debería irse.

— Creo que se irá.

— No debemos dejarla.

— No tenemos derecho a retenerla.

— Ay, tío, claro que lo tenemos. Nuestra Phebe, a quien todos queremos tanto.

— Olvidas que ya es una mujer y que no tenemos ningún derecho sobre ella. El hecho de haberla favorecido durante años es precisamente la razón por la que no debemos hacer de nuestros beneficios una carga, sino dejarla libre; y si ella decide hacer esto a pesar de Archie, debemos dejarla con nuestra bendición.

Antes de que Rose pudiera responder, la tía Plenty habló como quien tiene autoridad, pues las costumbres de la vieja escuela le eran muy queridas y pensaba que incluso los asuntos de amor debían llevarse con el debido respeto a las potestades constituidas.

— La familia debe deliberar y decidir lo que es mejor para los chicos, que por supuesto atenderán a razones y no harán nada imprudente. En cuanto a mí, la noticia me ha trastornado completamente, pero no me comprometo a nada hasta haber hablado con Jessie y el muchacho. Jane, recoge la mesa y tráeme el agua caliente.

Con eso terminó la conferencia matutina. Y dejando a la anciana aplacar su ánimo sacando brillo a las cucharas y lavando las tazas, Rose fue a buscar a Phebe mientras el doctor se retiraba a reírse de la caída de los planes de casamentero de su hermano Mac.

Los Campbell no ventilaban sus asuntos en público, pero siendo una familia muy unida, desde hacía mucho tiempo era costumbre «deliberar» sobre cualquier suceso interesante que le ocurriera a algún miembro, y todo el mundo daba su opinión, consejo o censura con la mayor franqueza. Por eso

el primer compromiso, si así podía llamarse, causó una gran sensación, especialmente entre las tías, que estaban tan alborotadas como una bandada de pájaros maternos cuando sus crías empiezan a saltar del nido. A todas horas se veía a las excelentes señoras agitar excitadamente sus cofias juntas mientras debatían el asunto por todos sus ángulos sin llegar nunca a una decisión unánime.

Los chicos lo tomaron con mucha más calma. Mac fue el único que se pronunció decididamente a favor de Archie. Charlie opinaba que el Jefe podía aspirar a más y llamaba a Phebe «una sirena que había hechizado al sensato joven». Steve estaba escandalizado y pronunció largas arengas sobre el deber que uno tiene con la sociedad, el mantenimiento del buen nombre familiar y el peligro de los *mésalliances*, mientras que todo el tiempo simpatizaba en secreto con Archie, pues él mismo estaba muy prendado de Kitty Van. Will y Geordie, que desgraciadamente estaban en casa por las vacaciones, consideraban que era «una aventura muy divertida», y el pequeño Jamie estuvo a punto de volver loco a su hermano mayor con curiosas preguntas sobre «cómo se sentía la gente cuando estaba enamorada».

El desconcierto del tío Mac era tan cómico que mantenía de buen humor al doctor Alec, pues sólo él sabía cuán profundo era el disgusto del ilusionado hombre ante el fracaso del pequeño complot que creía que iba prosperando a las mil maravillas.

—No volveré a encariñarme con nada de este tipo, y los jóvenes bribones pueden casarse con quien quieran. Ahora ya estoy preparado para cualquier cosa: así que si Steve trae a casa a la hija de la lavandera y Mac se fuga con nuestra bonita doncella, diré «Dios os bendiga, hijos míos», con resignación doliente, porque, a fe mía, eso es todo lo que le queda a un padre moderno por hacer.

Con este trágico arranque, el pobre tío Mac se lavó las manos del asunto entero y se enterró en el escritorio mientras la tormenta seguía.

Hacia este tiempo, Archie podría haber hecho suyo el deseo infantil de Rose de no tener tantas tías, pues las lenguas de aquellas interesadas parientes hacían estragos en su pequeño romance y le hacían anhelar con fervor una isla desierta donde poder cortejar y conquistar a su amor con deliciosa paz. Que algo semejante era imposible se hizo pronto evidente, pues cada palabra pronunciada no hacía sino confirmar la resolución de Phebe de mar-

charse y le demostró a Rose cuánto se había equivocado al creer que podría convencer a todos a su manera de pensar.

Los prejuicios son cosas que no se dejan manejar, y las buenas tías, como la mayoría de las mujeres, poseían una abundante provisión, de modo que Rose encontraba que intentar convencerlas de que Archie era sabio al querer a la pobre Phebe era como darse de cabeza contra una pared. La madre de él, que había esperado tener a Rose por nuera —no por su fortuna, sino por el tierno afecto que le profesaba—, guardó su decepción sin una palabra y acogió a Phebe con toda la amabilidad de que fue capaz por amor a su hijo. Pero la muchacha sintió la verdad con la rapidez de una naturaleza que el amor había vuelto sensible, y se aferró a su resolución con tanta más tenacidad cuanto que era agradecida por las palabras maternas que habrían sido tan dulces si una auténtica alegría las hubiera inspirado.

La tía Jane lo calificó de romanticería y aconsejó mano dura: «Con bondad, pero con firmeza, Jessie.» La tía Clara estaba tristemente preocupada por «lo que diría la gente» si uno de «nuestros chicos» se casara con la hija de nadie. Y la tía Myra no sólo secundó sus puntos de vista pintando en los colores más oscuros el retrato de los parientes desconocidos de Phebe, sino que pronosticó la aparición en enjambres de personajes desacreditados en cuanto la muchacha hiciera una buena boda.

Estas sugerencias obraron tanto en la tía Plenty que ésta cerró los oídos a los impulsos benévolos que le eran naturales y, refugiándose tras «nuestra bendita antepasada Lady Marget», se negó a sancionar ningún compromiso que pudiera traer descrédito al nombre sin tacha que era su orgullo.

Así que todo volvió al punto de partida, pues Archie se negaba obstinadamente a escuchar a nadie que no fuera Phebe, y ella reiteraba con igual obstinación su amargo «no», fortaleciéndose a medias inconscientemente con la esperanza de que, con el tiempo, cuando hubiera ganado un nombre, el destino le fuera más propicio.

Mientras los demás hablaban, ella actuaba, pues cada hora le confirmaba que su instinto había sido verdadero y el orgullo no le permitía quedarse, aunque el amor abogara con elocuencia. Así que, tras una Navidad cualquier cosa menos alegre, Phebe hizo los baúles, rica en regalos de quienes generosamente le daban todo salvo lo único que deseaba, y, con el

bolsillo lleno de cartas para personas que podían ayudarla en sus planes, se fue a buscar fortuna con cara valiente y el corazón muy pesado.

—Escríbeme a menudo y cuéntame todo lo que hagas, mi Phebe, y recuerda que no estaré tranquila hasta que vuelvas —le susurró Rose, aferrada a ella hasta el último momento.

—Volverá, porque dentro de un año pienso traerla a casa, si Dios quiere —dijo Archie, pálido de dolor por la separación pero tan resuelto como ella.

—Me ganaré la bienvenida entonces; quizás les será más fácil darla y a mí recibirla —respondió Phebe, echando una mirada atrás al grupo de cofias en el vestíbulo mientras bajaba los escalones del brazo del doctor Alec.

—Te la ganaste hace mucho, y siempre te está esperando mientras yo esté aquí. Recuérdalo, y que Dios te bendiga, buena muchacha —dijo él, con un beso paternal que le calentó el corazón.

—¡No lo olvidaré nunca! Y Phebe nunca lo olvidó.

CAPÍTULO 9

VISITAS DE AÑO NUEVO

—Ahora voy a pasar la página, como prometí. Me pregunto qué encontraré en la siguiente —dijo Rose bajando la escalera la mañana de Año Nuevo con cara seria y una carta gruesa en la mano.

—¿Cansada de la frivolidad, querida? —preguntó su tío, deteniéndose en su paseo por el vestíbulo para mirarla con esa mirada viva y brillante que a ella le gustaba provocarle.

—No, señor, y eso es lo triste; pero he decidido parar mientras puedo, porque estoy segura de que no me hace bien. He tenido pensamientos muy serios últimamente, pues desde que mi Phebe se fue no he tenido ánimo para la alegría, de modo que es un buen momento para parar y empezar de nuevo —respondió Rose, tomándole del brazo y siguiendo el paseo a su lado.

—¡Un momento excelente! ¿Y cómo piensas llenar el doloroso vacío? —preguntó él, muy complacido.

—Tratando de ser tan generosa, valiente y buena como ella. —Y Rose apretó la carta contra el pecho con un gesto tierno, pues la fortaleza de Phebe le había inspirado el deseo de ser igual de independiente—. Voy a ponerme a vivir en serio, como ella; aunque creo que me resultará más difícil que a ella, porque ella está sola y tiene una carrera trazada. Yo no soy más que una muchacha vulgar, sin fin de parientes que consultar cada vez que parpadeo, y una fortuna espantosa colgada como una piedra de molino alrededor de mi cuello que me hunde si intento volar. Es una situación difícil, tío, y me desanimo cuando pienso en ello —suspiró Rose, abrumada por sus bendiciones.

—¡Criatura afligida! ¿Cómo puedo aliviarte? —Y había diversión además de compasión en el rostro del doctor Alec al dar palmaditas a la mano posada en su brazo.

—Por favor, no te rías, pues de verdad intento ser buena. En primer lugar, ayúdame a destetarme de los placeres necios y muéstrame cómo ocupar mis pensamientos y el tiempo para no andar holgazaneando y soñando en vez de hacer grandes cosas.

—¡Bien! Empezamos ahora mismo. Ven a la ciudad conmigo esta mañana y ve tus casas. Están todas listas, y la señora Gardner tiene media docena de pobres almas esperando entrar en cuanto des la señal —re-

spondió el médico con prontitud, feliz de recuperar a su chica aunque sin sorprenderse de que siguiera mirando con ojos de nostalgia la Feria de las Vanidades, siempre tan tentadora cuando somos jóvenes.

—La daré hoy, y haré el año nuevo feliz para esas pobres almas al menos. Siento mucho no poder acompañarte, pero ya sabes que debo ayudar a la tía Plen a recibir. Llevamos tanto tiempo sin estar aquí que se ha empeñado en celebrarlo a lo grande hoy, y tengo especial interés en complacerla porque últimamente no he sido tan amable como debería. De verdad que no podía perdonarle haberse puesto en contra de Phebe.

—Hizo lo que creyó correcto, así que no debemos culparla. Hoy voy a hacer mis visitas de Año Nuevo y, como mis amigos viven por ese barrio, le sacaré la lista de nombres a la señora Gardner y le diré a las pobres señoras, con los cumplidos de la señorita Campbell, que su nuevo hogar está listo. ¿Te parece?

—Sí, tío; pero llévate todo el mérito, pues yo nunca lo habría pensado si tú no hubieras propuesto el plan.

—¡Vamos, hija! Sólo soy tu agente y de vez en cuando hago sugerencias. No tengo nada que ofrecer salvo consejos, de modo que los prodigo en toda ocasión.

—No tienes nada porque lo has dado todo con la misma generosidad con que das los consejos. No importa: nunca te faltará de nada mientras yo viva. Ahorraré bastante para los dos, aunque me «tire la fortuna a los pájaros».

El doctor Alec se rió del gesto de cabeza con que ella citó las palabras ofensivas de Charlie, y luego se ofreció a llevar la carta, diciendo al mirar el reloj:

—Te la echo al correo para el primer reparto. Me apetece correr un poco antes del desayuno.

Pero Rose aferró su carta, con hoyuelos de repentinas sonrisas, mitad alegres mitad tímidas.

—No, gracias, señor. A Archie le gusta hacerlo, y nunca deja de venir a buscar todo lo que escribo. A cambio recibe un vistazo a las de Phebe, y yo le animo un poco, pues aunque no dice nada lo está pasando mal, el pobre.

—¿Cuántas cartas en cinco días?

—Cuatro, señor, para mí. Ella no le escribe a él, tío.

—De momento. Bueno, tú le enseñas las tuyas, así que está bien, y sois una panda de jóvenes sentimentales. —Y el doctor se alejó con aire de disfrutar del sentimentalismo tanto como cualquiera de ellos.

La vieja señorita Campbell era casi tan favorita como la joven señorita Campbell, de modo que una sucesión de levitas negras y guantes blancos entró y salió de la hospitalaria mansión bastante continuamente a lo largo del día. El clan salió en plena fuerza y fue llegando por tandas a cumplir con la tía Plenty y desear las felicidades de la temporada a «nuestra prima». Archie apareció el primero, de aspecto triste pero firme, y se fue con la carta de Phebe en el bolsillo izquierdo del pecho, sintiéndose convencido de que la vida seguía siendo soportable aunque su amor le hubiera sido arrancado, pues Rose tenía muchas cosas consoladoras que decir y le leía deliciosos fragmentos de la voluminosa correspondencia recientemente iniciada.

Apenas se había ido cuando entraron Will y Geordie marchando, tan apuestos como podían ponerlos los uniformes grises con mucho ribete carmesí, y sintiéndose especialmente importantes, pues ésta era su primera salida para hacer visitas de Año Nuevo. Fue breve su estancia, pues planeaban visitar a todos los amigos que tenían, y Rose no pudo evitar reírse de la cómica mezcla de dignidad varonil y deleite infantil con que partieron en su propio carruaje, los dos tan tiesos como varas, brazos cruzados y gorras encasquetadas exactamente al mismo ángulo sobre sendas cabezas rubias.

—Aquí viene la otra pareja: Steve, de punta en blanco con un gran ramo para Kitty, y el pobre Mac, con aspecto de caballero y cara de mártir, estoy segura —dijo Rose, viendo cómo un carruaje entraba por el portón mientras el otro salía, bajo el arco de acebo, hiedra y pinos.

—Aquí está. Lo he traído a remolque para todo el día y quiero que lo animes con alguna palabra de elogio, pues vino sin resistir, aunque pensaba escaparse a algún sitio con el tío —exclamó Steve, haciéndose a un lado para exhibir a su hermano, que entró muy presentable en su traje de gala y festivo, pues el pulimiento estaba empezando a dar resultado.

—Feliz Año Nuevo, tía; lo mismo a ti, prima, y que merezcáis muchos más —dijo Mac, sin hacerle más caso a Steve que a una mosca, mientras

daba a la anciana un beso efusivo y le ofrecía a Rose un curioso ramito de pensamientos.

—«Pensamientos»: ¿crees que los necesito? —preguntó ella, alzando de repente los ojos con seriedad.

—Todos los necesitamos. ¿Podía darte algo mejor en un día como éste?

—No; muchas gracias. —Y de repente se le empañaron los ojos a Rose, pues aunque Mac era a menudo brusco de palabra, cuando hacía una cosa tierna siempre la conmovía, porque parecía entender sus estados de ánimo tan bien.

—¿Ha estado aquí Archie? Dijo que no iría a ningún otro sitio, pero espero que le hayas quitado esa tontería de la cabeza —dijo Steve, ajustándose la corbata ante el espejo.

—Sí, querido, vino, pero con tan mal semblante que me sentí realmente culpable. Rose le animó un poco, pero no creo que tenga ánimos para hacer visitas, y espero que no los tenga, pues su cara cuenta la historia entera con demasiada claridad —respondió la tía Plenty, removiéndose alrededor de su bien provista mesa con su seda negra más rica y todos sus encajes viejos.

—Oh, lo superará en uno o dos meses, y Phebe pronto encontrará otro pretendiente, así que no os preocupéis por él, tía —dijo Steve con el aire de un hombre que sabe todo lo que hay que saber sobre esas cosas.

—Si Archie lo olvida, lo despreciaré, y sé que Phebe no intentará buscar otro pretendiente, aunque probablemente los tendrá: ¡es tan dulce y tan buena! —exclamó Rose indignada, pues habiendo tomado a la pareja bajo su protección, la defendía valientemente.

—¿Entonces querrías que Arch albergara esperanzas contra toda esperanza y no se rindiera nunca? —preguntó Mac, poniéndose los quevedos para examinar los zapatos de suela fina que eran su abominación particular.

—Sí, eso querría, pues un pretendiente que no va en serio no vale nada.

—Exactamente. Así que querrías que esperasen y trabajasen y siguieran queriendo hasta ablandarte o demostrar claramente que era inútil.

—Si fueran buenos además de constantes, creo que acabaría ablandándome con el tiempo.

—Se lo mencionaré a Pemberton, pues parecía ser el más afectado, y un rayo de esperanza le sentará bien, ya sea o no capaz de aguantar diez años de espera —intervino Steve, que le gustaba provocar a Rose con sus pretendientes.

—No te lo perdonaré nunca si le dices una palabra a nadie. Es sólo la manera rara de hacer preguntas de Mac, y no debería responderlas. Os empeñáis en hablar de esas cosas y no puedo evitarlo, pero no me gusta —dijo Rose, muy molesta.

—Pobre Penélope: nadie la molestará con sus pretendientes, sino que se la dejará en paz hasta que su Ulises regrese —dijo Mac, sentándose a leer los motes que asomaban de ciertos bombones de fantasía sobre la mesa.

—Es este escándalo de Archie lo que nos ha desquiciado a todos. Incluso el búho se ha despertado y todavía no se ha recuperado de la excitación, como veis. No tiene experiencia, el pobre, y no sabe cómo comportarse —observó Steve, mirando su ramo con tierno interés.

—Es verdad, y yo preguntaba para informarme porque puede que me enamore algún día y todo esto me será útil, ¿veis?

—¡Tú enamorado! —Y Steve no pudo reprimir una carcajada ante la idea del ratón de biblioteca esclavo de la tierna pasión.

Sin inmutarse lo más mínimo, Mac apoyó la barbilla en ambas manos y los contempló con ojo meditativo mientras respondía a su manera caprichosa:

—¿Por qué no? Pienso estudiar el amor lo mismo que la medicina, pues es una de las enfermedades más misteriosas y notables que aquejan a la humanidad, y la mejor manera de comprenderla es padecerla. Puede que la contraiga algún día, y entonces me gustaría saber cómo tratarla y curarla.

—Si te da tan fuerte como te dio el sarampión y la tos ferina, lo vas a pasar muy mal, viejo amigo —dijo Steve, muy divertido con la idea.

—Eso quiero. Ninguna experiencia grande llega ni se va fácilmente, y ésta es la más grande que podemos conocer, creo yo, salvo la muerte.

Algo en el tono tranquilo y los ojos pensativos de Mac hizo que Rose lo mirara con sorpresa, pues nunca le había oído hablar de aquella manera.

Steve también se le quedó mirando un instante, igualmente asombrado, y luego dijo en voz baja con aire de cómica inquietud:

—Ha debido de contagiarse de algo en el hospital: fiebre tifoidea, probablemente, y empieza a delirar. Me lo llevo discretamente antes de que se desmeline más. Vamos, lunático, hay que irse.

—No os alarméis. Estoy bien y os agradezco el consejo, pues me figuro que seré un enamorado desesperado cuando me llegue la hora, si es que llega. ¿No lo creéis posible? —Y Mac hizo la pregunta con tanta seriedad que se dibujó una sonrisa general.

—Claro que sí: serás un Douglas perfecto, tierno y fiel —respondió Rose, preguntándose qué pregunta estrafalaria vendría a continuación.

—Gracias. El caso es que he estado tanto con Archie en sus penas últimamente que me he interesado en el asunto y con toda naturalidad quiero investigar el tema, como todo hombre racional tiene que hacer tarde o temprano: eso es todo. Ahora sí, Steve, estoy listo. —Y Mac se levantó como si la lección hubiera terminado.

—Querida, ese muchacho es o un tonto o un genio, y me alegraría mucho saber cuál de las dos cosas —dijo la tía Plenty, poniendo en orden sus bombones con un perplejo meneo de la mejor cofia.

—El tiempo lo dirá, pero yo me inclino a pensar que no es ningún tonto —respondió la muchacha, sacando un racimo de rosas blancas del pecho para hacer sitio a los pensamientos, aunque no iban ni la mitad de bien con el vestido azul.

Entonces entró la tía Jessie para ayudarles a recibir, con Jamie para hacerse generalmente útil, lo que procedió a hacer rondando la mesa como una mosca alrededor de un tarro de miel cuando no aplastaba la nariz contra los cristales de la ventana para anunciar con excitación:

—¡Aquí viene otro señor por el camino!

Charlie llegó a continuación de su más soleado humor, pues todo lo social y festivo era su deleite, y en ese estado de ánimo el Príncipe era del todo irresistible. Trajo un bonito brazalete para Rose y se le permitió amablemente ponérselo mientras ella le reprendía suavemente por su extravagancia.

—No hago más que seguir tu ejemplo, pues ya sabes que «nada es demasiado bueno para los que queremos, y regalar es lo mejor que uno puede hacer» —replicó él, citando palabras de ella misma.

—Ojalá siguieras mi ejemplo en otras cosas tan bien como en ésta —dijo Rose con seriedad, mientras la tía Plenty le llamaba para ver si el ponche estaba en su punto.

—Hay que ajustarse a las costumbres de la sociedad. A la tía se le rompería el corazón si no bebiéramos a su salud a la buena y vieja usanza. Pero no os alarmeis: tengo una cabeza muy sólida, y menos mal, pues la voy a necesitar antes de terminar —rió Charlie, mostrando una larga lista al alejarse para satisfacer a la anciana con toda clase de brindis alegres y afectuosos mientras se entrechocaban los vasos.

Rose sí se alarmó un poco, pues si bebía a la salud de todos los dueños de esos nombres, estaba segura de que Charlie necesitaría una cabeza muy sólida en efecto. Era difícil decir algo en aquel momento y lugar sin parecer faltarle al respeto a la tía Plenty, aunque le moría el deseo de recordarle a su primo el ejemplo que ella procuraba darle en ese sentido, pues Rose nunca probaba el vino y los chicos lo sabían. Estaba dando vueltas pensativa al brazalete, con su bonito dibujo de nomeolvides de turquesa, cuando el que se lo había regalado volvió a su lado, todavía desbordando buen humor.

—Querida santita, pones cara de querer destrozar todas las poncheras de la ciudad y salvar a los alegres mozos del dolor de cabeza de mañana.

—Así es, pues esos dolores de cabeza a veces acaban en dolores de corazón, me temo. Querido Charlie, no te enfades, pero sabes mejor que yo que éste es un día peligroso para los de tu condición, así que ten cuidado, por mí —añadió ella con una ternura inusitada en la voz, pues mirando la gallarda figura que tenía delante era imposible reprimir el anhelo femenino de verla siempre tan valiente y alegre como ahora.

Charlie vio aquella nueva dulzura en los ojos que nunca le miraban con antipatía, imaginó que significaba más de lo que significaba y, con un ardor repentino en su propia voz, respondió vivamente:

—¡Lo haré, vida mía!

El rubor que le había subido a él al rostro se reflejó en el de ella, pues en ese momento le pareció posible querer a aquel primo que estaba tan dis-

puesto a dejarse guiar por ella y que tan necesitado estaba de alguna influencia que hiciera de él un hombre noble. El pensamiento vino y fue como un relámpago, pero le dio un vuelco al corazón, como si el viejo afecto estuviera a punto de convertirse en un sentimiento más cálido, y la dejó con una sensación de responsabilidad que nunca había sentido antes. Obedeciendo al impulso, dijo con una bonita mezcla de seriedad y juego:

— Si llevo el brazalete para recordarte, tú debes llevar esto para recordar tu promesa.

— Y a ti —susurró Charlie, inclinando la cabeza para besar las manos que le ponían una pequeña rosa blanca en el ojal.

Precisamente en aquel momento tan interesante se percataron de una llegada en el salón principal, al que la tía Plenty había tenido la discreción de retirarse. Rose agradeció la interrupción, pues no estando nada segura del estado de su corazón por el momento, temía que un impulso repentino la llevara demasiado lejos. Pero Charlie, consciente de que se había malogrado un instante muy propicio, miró al recién llegado con una expresión de todo menos benevolencia y, susurrando: «Adiós, mi Rose; pasaré esta noche a ver cómo estás después de las fatigas del día», se fue, con una inclinación tan fría para el pobre Fun See que el amable asiático creyó haberle ofendido mortalmente.

Rose tuvo poco tiempo para analizar las nuevas emociones de que era consciente, pues el señor Tokio se acercó en seguida a hacerle sus cumplidos con una cómica mezcla de cortesía china y torpeza americana, y antes de que se hubiera puesto el sombrero, Jamie gritó con energía admirativa:

— ¡Otro! ¡Y menudo petimetre!

Ahora llegaban espesos y seguidos durante largas horas, y las señoras aguantaron valientemente en sus puestos hasta bien entrada la noche. Luego la tía Jessie se fue a casa escoltada por un hijito muy adormilado, y la tía Plenty se retiró a la cama, agotada. El doctor Alec había vuelto a buena hora, pues sus amigos no eran de los elegantes; pero la tía Myra le había enviado a buscar con gran urgencia y él había obedecido el llamamiento de buen grado. En realidad ya estaba muy acostumbrado a ellos, pues la señora Myra, tras haber probado una variedad de enfermedades peligrosas, había decidido al fin que las palpitaciones del corazón eran las más adecuadas

para mantener a sus amigos en un estado crónico de inquietud, y continuamente mandaba recado de que se moría. Uno se acostumbra a las palpitaciones como a todo lo demás, de modo que el médico no sentía alarma alguna pero siempre iba y recetaba algún remedio inofensivo con la más amable seriedad y paciencia.

Rose estaba cansada pero no con sueño y quería pensar en varias cosas, de modo que en vez de irse a la cama se sentó ante el fuego abierto del estudio para esperar a su tío y quizás a Charlie, aunque no le esperaba tan tarde.

Las palpitaciones de la tía Myra debían de haber sido inusualmente graves, pues el reloj dio las doce antes de que llegara el doctor Alec, y Rose se estaba preparando para dar por terminada su meditación cuando el sonido de alguien forcejeando con la puerta del vestíbulo la hizo saltar, diciéndose: «¡Pobre hombre! Tiene las manos tan frías que no puede meter la llave. ¿Eres tú, tío?», añadió corriendo a abrirle, pues Jane era lenta y la noche tan helada como brillante.

Una voz respondió: «Sí.» Y al abrirse la puerta entró, no el doctor Alec, sino Charlie, que al instante se sentó en una de las sillas del vestíbulo con el sombrero puesto, frotándose las manos sin guantes y parpadeando como si la luz le deslumbrara, mientras decía en un tono rápido y brusco:

—Te dije que vendría: dejé a los amigos celebrándolo de lo lindo, ya sabes, despidiendo el año viejo. Pero prometí, nunca rompo mi palabra, y aquí estoy. Ángel de azul, ¿has matado a tus miles?

—Silencio; los criados siguen por aquí. Ven al fuego del estudio y caliéntate: debes de estar helado —dijo Rose, yendo delante para acercar el sillón.

—En absoluto, nunca he estado más caliente; aunque parece muy agradable, sin embargo. ¿Dónde está el tío? —preguntó Charlie, siguiéndola aún con el sombrero puesto, las manos en los bolsillos y los ojos fijos constantemente en la cabeza rubia que tenía delante.

—La tía Myra le ha mandado a buscar, y yo estaba esperando despierta para saber cómo estaba ella —respondió Rose, atizando el fuego con diligencia.

Charlie se rió y se sentó en una esquina de la mesa de la biblioteca.

— ¡Pobre señora! Qué lástima que no se muera antes de que él esté completamente agotado. Un poco de éter de más en alguna de esas visitas la despacharía bastante cómodamente, ¿sabes?

— No hables así. El tío dice que las penas imaginarias a veces son tan difíciles de soportar como las reales — dijo Rose, dándose la vuelta con desagrado.

Hasta ese momento no le había mirado de frente, pues los recuerdos de la mañana la ponían un poco tímida. Su actitud y su aspecto la sorprendieron tanto como sus palabras, y el rápido cambio en su cara pareció recordarle a él sus modales. Levantándose, se quitó el sombrero apresuradamente y se quedó mirándola con una expresión curiosamente fija y al mismo tiempo ausente mientras decía en el mismo tono rápido y brusco, como si, una vez en marcha, le costara parar:

— Le pido perdón: sólo era una broma, de muy mal gusto, lo sé, y no volveré a hacerla. El calor de la habitación me marea un poco, y creo que me he enfriado al salir. Sí que hace frío: debo de estar helado, lo supongo, aunque vine como el demonio.

— No con ese caballo malo, espero. Ya sé que es peligroso, tan tarde y solo — dijo Rose, refugiándose detrás del gran sillón cuando Charlie se acercó al fuego, evitando cuidadosamente un escabel en el camino.

— El peligro es emocionante: por eso me gusta. Nadie me ha llamado cobarde nunca, y que lo intente. Yo nunca cedo y ese caballo no me vencerá. Le romperé el cuello si él me rompe el espíritu haciéndolo. No, no quiero decir eso; no importa: todo está bien. — Y Charlie soltó una risa que la inquietó, porque no tenía alegría alguna.

— ¿Has tenido un día agradable? — preguntó Rose, mirándole fijamente mientras él se quedaba cavilando sobre el cigarro y la cerilla que sostenía, como si dudara cuál encender y cuál fumar.

— ¿El día? Oh, sí: excelente. Unas dos mil visitas y una cenita agradable en el Club. Randal no canta mejor que un cuervo, pero lo dejé con una copa de champán boca abajo intentando darles mi antigua favorita:

Mejor es reír que suspirar ,

y Charlie prorrumpió en aquella melodía báquica a plena voz, blandiendo un portaplumas sobre la cabeza para representar el vaso invertido de Randal.

—¡Silencio! Despertarás a la tía —dijo Rose en un tono tan imperioso que él se cortó en mitad de un floreo para mirarla con expresión desconcertada mientras decía en tono de disculpa:

—Sólo estaba mostrando cómo debe hacerse. No te enfades, querida: mírame como esta mañana, y juro no cantar una nota más si me lo pides. Sólo estoy un poco alegre: bebimos a tu salud con toda solemnidad, y todos me felicitaron. Les dije que aún no era oficial. Para, aunque: no quería mencionarlo. No importa: siempre estoy en un apuro, pero tú siempre me perdonas de la manera más dulce. Hazlo ahora, y no te enfades, vida mía. —Y soltando el jarrón, se fue hacia ella con una súbita agitación que la hizo retroceder detrás del sillón.

Ella no estaba enfadada, sino consternada y asustada, pues ya sabía lo que pasaba y se puso tan pálida que él lo vio y pidió perdón antes de que ella pudiera pronunciar un reproche.

—De eso hablaremos mañana. Es muy tarde. Vete a casa ahora, por favor, antes de que llegue el tío —dijo ella, tratando de hablar con naturalidad aunque traicionaba su angustia con el temblor de la voz y la triste ansiedad de los ojos.

—Sí, sí, me voy: estás cansada; mañana lo arreglo todo. —Y como si el nombre de su tío le devolviera la cordura un instante, Charlie se dirigió a la puerta con una irregularidad en el paso que habría revelado la vergonzosa verdad si sus palabras no lo hubieran hecho ya. Antes de llegar a ella, sin embargo, el sonido de ruedas le detuvo, y recostándose en la pared escuchó con una expresión de consternación mezclada con diversión que le iba invadiendo el rostro:

—Brutus ha escapado: ahora sí que estoy apurado. No puedo ir a pie con este mareo espantoso en la cabeza. Es el frío, Rose, nada más, te lo juro, y un enfriamiento: sí, un enfriamiento. ¡Mira! Que uno de esos mozos me dé el brazo: no vale la pena ir a buscar al bruto. Pero ¿cómo no va a asustarse mamá cuando llegue solo? —Y con aquella risa hueca de nuevo, forcejeó con el picaporte de la puerta.

—¡No, no! ¡No dejes que te vean! ¡No dejes que nadie lo sepa! Quédate aquí hasta que llegue el tío, y él cuidará de ti. ¡Oh, Charlie! ¡Cómo has podido? ¡Cómo has podido habiendo prometido?

Y olvidando el miedo ante el repentino sentimiento de vergüenza y angustia que la invadió, Rose corrió hacia él, le arrancó la mano del cerrojo y dio la vuelta a la llave; luego, como si no pudiera soportar verle allí de pie con aquella sonrisa vaga en los labios, se dejó caer en una silla y se tapó la cara con las manos.

El grito, el gesto, y más que todo la visión de la cabeza inclinada habrían sobriado al pobre Charlie de no ser demasiado tarde. Recorrió la habitación con una mirada vaga y desesperada, como buscando la razón que se le escurría del control, pero el calor y el frío, la agitación y los innumerables brindis habían hecho demasiado bien su obra para que la sobriedad inmediata fuera posible, y reconociendo su derrota con un gemido, se dio la vuelta y cayó boca abajo en el sofá: una de las visiones más tristes con que se encontró el año nuevo al llegar.

Sentada allí con los ojos ocultos, Rose sintió que algo querido había muerto para siempre. El ideal que todas las mujeres atesoran, buscan y demasiado a menudo creen haber encontrado cuando el amor glorifica a un hombre mortal, es difícil de abandonar, especialmente cuando llega con la apariencia del primer amor que toca el corazón de una muchacha. Rose había empezado a sentir que quizás aquel primo, a pesar de sus defectos, podría llegar a ser el héroe que a veces parecía, y el pensamiento de que ella podría ser su inspiración le estaba resultando dulce, aunque no lo había abrigado hasta muy recientemente. ¡Ay, qué breve había sido el tierno sueño, qué brusco el despertar! Qué imposible rodear jamás de nuevo aquella figura caída con todo el romanticismo de una imaginación inocente, o dotarla con los atributos elevados que una naturaleza noble necesita.

Respirando pesadamente en el sueño repentino que piadosamente trajo un breve olvido de sí mismo, estaba tendido con las mejillas encendidas, el cabello revuelto y a sus pies la pequeña rosa que nunca volvería a estar fresca y lozana: un contraste lastimoso ahora con el valiente y alegre joven que había salido tan gozoso aquella mañana para ser tan ignominiosamente derrotado por la noche.

Muchas muchachas habrían tomado a la ligera una falta tan fácilmente perdonada por el mundo, pero Rose no había aprendido aún a ofrecer la tentación con una sonrisa y a cerrar los ojos ante la debilidad que convierte a un hombre en un bruto. Siempre le había apenado o repugnado verlo en otros, y ahora era muy terrible tenerlo tan cerca: no en su peor forma, ni mucho menos, pero sí lo bastante grave para retorcerle el corazón de vergüenza y pena y llenarle la mente de oscuros presagios para el futuro. Así que sólo podía quedarse llorando al Charlie que pudo haber sido, mientras contemplaba al Charlie que era con un dolor en el corazón que no encontró alivio hasta que, poniendo las manos allí como para calmar la pena, tocó los pensamientos, marchitos pero todavía con destellos dorados entre el sombrío morado, y entonces dos grandes lágrimas cayeron sobre ellos mientras suspiraba:

— ¡Ay de mí! Necesito pensamientos antes de lo que creía.

Los pasos de su tío la hicieron levantarse de un salto a abrir la puerta, mostrándole una cara tan cambiada que él se paró en seco exclamando consternado:

— ¡Dios mío, hija! ¿Qué ocurre?

Al señalar ella al sofá en patético silencio, añadió:

— ¿Está herido? ¿Enfermo? ¿Muerto?

— No, tío, está... — No pudo pronunciar la fea palabra, pero susurró con un sollozo ahogado:

— Sé bueno con él — y huyó a su cuarto, sintiéndose como si una gran vergüenza hubiera caído sobre la casa.

CAPÍTULO 10

LA PARTE TRISTE Y SEVERA

«¿Cómo me mirará? ¿Qué dirá? ¿Podrá algo hacer que lo olvidemos y volvamos a ser felices?» Fueron las primeras preguntas que Rose se hizo al despertar del breve sueño que siguió a una larga y triste vela. Era demasiado joven todavía para saber cuán posible es perdonar pecados mucho más graves que éste, olvidar decepciones mucho más pesadas, sobrevivir a esperanzas más altas y sepultar amores frente a los cuales el suyo no era más que una fantasía juvenil. Deseó que no fuera un día tan brillante, se preguntó cómo sus pájaros podían cantar con tan estridente alegría, no se puso cinta en el pelo y dijo, mirando el reflejo de su propio rostro cansado en el espejo:

—Pobrecita. Creías que la nueva hoja tendría algo agradable. La historia ha sido muy dulce y fácil de leer hasta ahora, pero ya llega la parte triste y severa.

Un golpe en la puerta le recordó que, pese a sus aflicciones, había que desayunar, y el pensamiento repentino de que Charlie podía seguir en la casa la hizo apresurarse a la puerta, donde encontró al doctor Alec esperándola con su sonrisa matutina. Le hizo entrar y le preguntó con ansiedad en voz baja, como si alguien estuviera gravemente enfermo cerca:

—¿Está mejor, tío? Cuéntamelo todo: ya puedo soportarlo.

Algunos hombres habrían sonreído ante su angustia inocente y le habrían dicho que esto era sólo lo que había que esperar y aguantar, pero el doctor Alec creía en los puros instintos que hacen bella la juventud, deseaba mantenerlos verdaderos, y esperaba que su chica nunca aprendiera a contemplar sin turbarse y sin compasión a ningún ser humano vencido por un vicio, por trivial que pareciera, por venial que se lo tuviera. Así que su cara se puso seria, aunque la voz fue alegre al responder:

—Todo bien, supongo, a estas horas, pues el sueño es la mejor medicina en estos casos. Anoche le llevé a casa y nadie sabe que vino salvo tú y yo.

—Nadie lo sabrá nunca. ¿Cómo lo hiciste, tío?

—Salimos discretamente por la ventana larga del estudio y me lo llevé sin ruido, pues el aire y el movimiento, tras un buen chorro de agua fría, le despejaron, y se alegró de llegar a salvo a casa. Sus habitaciones están abajo, ya sabes, así que nadie se despertó, y le dejé durmiendo plácidamente.

—Muchas gracias —suspiró Rose—. ¿Y Brutus? ¿No se asustaron cuando volvió solo?

—En absoluto. El sagaz animal fue tranquilamente a la cuadra, y el mozo adormilado no hizo preguntas, pues Charlie suele mandar el caballo solo cuando es tarde o hace mal tiempo. Tranquilízate, querida: ningún ojo que no sea el nuestro vio llegar y salir al pobre muchacho, y lo perdonaremos por amor.

—Sí, pero no lo olvidaremos. Yo nunca podré, y él nunca volverá a ser para mí el Charlie del que he estado tan orgullosa y a quien tanto he querido todos estos años. ¡Oh, tío, qué lástima! ¡Qué lástima!

—No te rompas el tierno corazón por eso, hija, pues no es incurable, ¡gracias a Dios! No lo tomo a la ligera, pero estoy seguro de que bajo mejores influencias Charlie se redimirá, porque sus impulsos son buenos y éste es su único vicio. Apenas puedo culparle por lo que es, pues el daño lo ha hecho su madre. Te juro, Rose, que a veces siento que debo enfrentarme a esa mujer y gritarle al oído que está arruinando el alma inmortal de la que es responsable ante Dios.

El doctor Alec rara vez hablaba así, y cuando lo hacía era bastante imponente, pues su indignación era de la justa y ese trueno a menudo despierta a un alma adormecida cuando el sol no tiene efecto. Rose lo apreciaba, y deseó sinceramente que la tía Clara hubiera estado allí para aprovecharse del arranque, pues bien necesitaba tal sacudida para despertar del sueño complaciente en que vivía.

—¡Hazlo, y salva a Charlie antes de que sea demasiado tarde! —exclamó ella, encendiéndose también al contemplarle, pues tenía el aspecto de un león despertado mientras paseaba por la habitación con el puño apretado y una chispa en el ojo, evidentemente en serio y dispuesto a hacer casi cualquier cosa.

—¿Me ayudarás? —preguntó él, deteniéndose de repente con una mirada que la hizo ponerse recta y firme mientras respondía con voz animosa:

—Sí.

—Entonces no le quieras todavía.

Eso la sobresaltó, pero preguntó con calma, aunque el corazón empezó a latirle y el color a acudir:

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque ninguna mujer debería poner su felicidad en manos de un hombre sin principios firmes. En segundo lugar, porque la esperanza de ser digno de ti le ayudará más que todas mis oraciones o predicaciones. En tercer lugar, porque necesitaremos toda nuestra astucia y paciencia para deshacer la obra de casi veinticuatro años. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—¿Puedes decir «no» cuando él te pida que digas «sí», y esperar un poco tu felicidad?

—Puedo.

—¿Y lo harás?

—Lo haré.

—Entonces estoy satisfecho, y un gran peso se me ha quitado de encima. No puedo evitar ver lo que ocurre, ni dejar de temblar cuando pienso en ti echándote a la mar con tan mal piloto como el pobre Charlie. Ahora respondes como esperaba, y ¡estoy orgulloso de mi chica!

Habían estado de pie uno a cada extremo de la habitación, el doctor Alec con el aire de un comandante impartiendo órdenes y Rose como un soldado raso recibéndolas obedientemente, y los dos tenían el aire de quienes se preparan para una batalla, con ese temple de nervios y ese aceleramiento de la sangre que sienten las almas valientes al ponerse la armadura. A las últimas palabras él fue a su lado, le apartó el pelo de la frente y la besó en ella con una gravedad tierna y una mirada que la hizo sentir como si le hubiera otorgado la Cruz Victoria al valor en campaña.

No se dijo nada más entonces, pues la tía Plenty los llamó y empezaron las obligaciones del día. Pero aquella breve conversación le mostró a Rose qué debía hacer y la preparó para hacerlo, pues la puso a pensar en el deber que uno tiene consigo mismo al amar, como en todas las demás grandes pasiones o experiencias que hacen o deshacen una vida.

Tuvo mucho tiempo para la meditación tranquila aquel día, pues todos descansaban después de los festejos del día anterior, y estuvo sentada en su cuartito planeando un año nuevo tan lleno de buenas obras, grandes éxitos y hermosos romances que, de haberse realizado, habría comenzado el Milenio. Le sirvió de gran consuelo, sin embargo, y alivió las largas horas acechadas por un secreto deseo de saber cuándo vendría Charlie y un secreto temor al primer encuentro. Estaba segura de que él llegaría abatido de humillación y arrepentimiento, y se produjo una lucha en su ánimo entre la compasión que no podía evitar sentir y la reprobación que debía mostrar. Decidió ser suave pero muy franca; reprobar pero también consolar; y tratar de aprovechar el momento de ablandamiento inspirando al culpable el deseo de todas las virtudes que hacen al hombre perfecto.

La grata ilusión se fue volviendo muy absorbente, y su mente estaba llena de ella mientras contemplaba ponerse el sol desde la ventana occidental y admiraba con ojos soñadores el hermoso efecto de las lejanas colinas, claras y oscuras contra un cielo de color narciso, cuando el portazo de una puerta la hizo ponerse bruscamente erguida en su sillón bajo y decirse con un sobresalto:

—¡Viene! Tengo que recordar lo que prometí al tío y ser muy firme.

Habitualmente Charlie anunciaba su llegada con algún tipo de música. Ahora no silbó, no tarareó, no cantó, sino que llegó tan silenciosamente que Rose estaba segura de que temía este encuentro tanto como ella, y, compadeciendo su turbación natural, no se volvió cuando los pasos se acercaron. Pensó que quizás se pondría de rodillas, como solía hacer de niño tras alguna travesura, pero esperaba que no, pues demasiada humildad la apenaba, de modo que aguardó la primera manifestación con ansiedad.

Fue una sorpresa bastante grande cuando llegó, sin embargo, pues un gran ramo cayó en su regazo y una voz, tan osada y alegre como siempre, dijo con ligereza:

—Aquí está, tan bonita y pensativa como puede pedirse. ¿Es el mundo hueco, el corazón de cartón, y queremos meternos a monja hoy, prima?

Rose estaba tan desconcertada por esta frialdad inesperada que las flores yacieron sin ser tocadas mientras ella alzaba los ojos con una cara tan llena de sorpresa, reproche y algo parecido a la vergüenza que era imposible malinterpretar su significado. Charlie no lo hizo, y tuvo la gracia de ruborizarse intensamente, y sus ojos cayeron al decir rápidamente, aunque en el mismo tono ligero:

—Le pido humildemente disculpas por llegar tan tarde anoche. No sea dura conmigo, prima. Ya sabe que América espera que todo hombre cumpla con su deber el día de Año Nuevo.

—¡Estoy cansada de perdonar! Haces y rompes promesas con la misma facilidad que de niño, y no voy a pedirte ninguna más —respondió Rose, apartando el ramo, pues la disculpa no la satisfacía y no quería dejarse sobornar para callar.

—Pero, querida, eres tan exigente, tienes unas ideas tan peculiares y te enfadas tanto por tonterías que un pobre hombre no puede complacerte por más que lo intente —empezó Charlie, incómodo, pero demasiado orgulloso para mostrar la mitad del arrepentimiento que sentía: no tanto por la falta como por que ella la hubiera descubierto.

—No estoy enfadada: estoy apenada y decepcionada, pues espero que todo hombre cumpla con su deber de otra manera y guarde su palabra hasta el final, como yo intento hacer. Si eso es ser exigente, lo siento, y no te molestaré más con mis ideas anticuadas.

—¡Dios mío! ¡Qué escándalo por nada! Reconozco que me olvidé; sé que actué como un tonto, y pido perdón. ¿Qué más puedo hacer?

—Actuar como un hombre, y no dejarme nunca tan terriblemente avergonzada de ti como lo estuve anoche. —Y Rose se estremeció levemente al pensarlo.

Ese gesto involuntario hirió a Charlie más que sus palabras, y fue su turno ahora de sentirse «terriblemente avergonzado», pues los sucesos de la noche anterior estaban muy nebulosos en su mente y el miedo los magnificaba enormemente. Dando la vuelta bruscamente, se fue a ponerse junto al fuego, muy perplejo sobre cómo hacer las paces esta vez, pues Rose estaba

tan poco como ella misma. Habitualmente bastaba una palabra de excusa y ella parecía contenta de perdonar y olvidar; ahora, aunque muy tranquila, había en ella algo casi severo que le sorprendía y le intimidaba, pues ¿cómo podía saber que todo el tiempo su corazón compasivo abogaba por él y que el mismo esfuerzo por dominarlo la hacía un poco fría y dura?

Mientras estaba allí, revolviendo inquietamente los adornos de la repisa, sus ojos brillaron de repente y, cogiendo el bonito brazalete que estaba allí, volvió lentamente hacia ella, diciendo en un tono que ahora sí era lo bastante humilde y serio:

— Actuaré como un hombre, y nunca volverás a avergonzarte de mí. Sólo sé buena conmigo. Déjame ponerte esto, y prometo de nuevo: esta vez juro que lo cumpliré. ¿Confiarás en mí, Rose?

Era muy difícil resistirse a la voz y los ojos suplicantes, pues aquella humildad era peligrosa; y de no ser por el tío Alec, Rose habría respondido «sí». Los nomeolvides azules le recordaron su propia promesa, y la mantuvo con dificultad en aquel momento para alegrarse siempre después. Devolviendo la joya ofrecida con un gesto suave, dijo con firmeza, aunque no se atrevió a alzar los ojos al rostro ansioso inclinado hacia ella:

— No, Charlie: no puedo llevarlo. Mis manos deben estar libres si he de ayudarte como debo. Seré buena, confiaré en ti, pero no jures nada: sólo intenta resistir la tentación, y todos te apoyaremos.

A Charlie no le gustó eso y perdió el terreno que había ganado diciendo impetuosamente:

— No quiero que nadie me apoye salvo tú, y tengo que estar seguro de que no me abandonarás, porque si, mientras yo me mortificó el alma y el cuerpo por complacerte, viene un extraño y te roba el corazón, no podré soportarlo; así que te aviso desde ahora: en ese caso romperé el trato y me iré derecho al diablo.

La última frase lo echó todo a perder, pues era a la vez autoritaria y desafiante. Rose tenía el carácter de los Campbell, aunque rara vez lo mostraba; valoraba su libertad más que cualquier amor que le ofrecieran, y le molestó la autoridad que él se arrogaba demasiado pronto: le molestó tanto más cuanto mayor era el esfuerzo que hacía para rehabilitar a su héroe, quien insistía en ser un hombre muy defectuoso e ingrato. Se levantó

derecha de su silla, diciendo con una expresión y un tono que sorprendieron bastante a su interlocutor y le convencieron de que ya no tenía delante a una niña de tierno corazón sino a una mujer con voluntad propia y un espíritu tan orgulloso y ardiente como el de cualquier miembro de su raza:

— Mi corazón es mío para disponer de él como me plazca. No te cierres la puerta de él presumiendo demasiado, pues no tienes sobre mí más derecho que el del parentesco, y nunca lo tendrás a menos que te lo ganes. Recuérdalo, y no vuelvas a amenazarme ni a desafiarme.

Por un momento fue dudoso si Charlie respondería a ese destello con otro, y sobrevenía una explosión general, o si apagaba la llama sabiamente con la respuesta suave que aplaca la ira. Eligió esto último y lo hizo muy eficaz arrojándose ante su diosa ofendida, como había hecho tantas veces en broma. Esta vez no era actuación sino algo serio, y había verdadera pasión en su voz al asir el vestido de Rose con ambas manos, diciendo con urgencia:

— ¡No, no! No me cierres el corazón o me volveré desesperado. No soy ni la mitad de bueno para una santa como tú, pero puedes hacer conmigo lo que quieras. Sólo necesito un motivo para hacerme un hombre, y ¿dónde encontrar uno más fuerte que el de intentar conservar tu amor?

— Aún no es tuyo —empezó Rose, muy conmovida, aunque todo el tiempo sentía que estaba en un escenario y tenía un papel que representar, pues Charlie había convertido tanto la vida en un melodrama que le resultaba difícil ser completamente sencillo incluso cuando era más sincero.

— Déjame ganármelo, entonces. Muéstrame cómo, y haré cualquier cosa, pues eres mi ángel de la guarda, Rose, y si me rechazas, siento que poco me importaría el fin que me llegara —exclamó Charlie, poniéndose trágico en su vehemencia y rodeándola con ambos brazos, como si su única salvación estuviera en aferrarse a esta querida semejante.

Tras las candilejas habría sido irresistible, pero de algún modo no llegaba a conmovier a la única espectadora, aunque ésta no tuvo ni tiempo ni capacidad para descubrir por qué. Por todo su ardor, las palabras no sonaban del todo verdaderas. A pesar de la gracia de la postura, ella lo habría preferido erguido con virilidad sobre sus pies, y aunque el gesto era lleno de ternura,

un instinto sutil la hizo retroceder mientras decía con una compostura que la sorprendió a ella misma más aún que a él:

—Por favor, no. No, todavía no prometo nada, pues debo respetar al hombre que ame.

Eso puso a Charlie en pie, pálido de algo más hondo que la ira, pues el retroceso le dijo más claramente que las palabras cuánto había caído en la estima de ella desde el día anterior. Le volvió con súbita viveza el recuerdo del feliz momento en que ella le había dado la rosa con aquella nueva dulzura en los ojos, el color tímido, el dulce «por mí»: todo ello contrastando bruscamente con la cara ahora apartada, la mano extendida para mantenerle a distancia, la figura que retrocedía, y en aquel instante de silencio el pobre Charlie comprendió lo que había perdido, pues el primer pensamiento de amor de una muchacha es una cosa tan delicada como la gloria de mañana rosa, que una ráfaga de aire puede destrozar. Un solo indicio de mal, una sola hora de envilecimiento para él, un solo instante de vislumbre para ella de los placeres más groseros que conocen los hombres, y el corazón inocente, que apenas se abría para bendecir y ser bendecido, se había cerrado de nuevo como una sensitiva y quizás le cerraba la puerta para siempre.

La conciencia de esto le dejó pálido de miedo, pues su amor era más hondo de lo que ella sabía, y lo demostró cuando dijo en un tono tan lleno de dolor y paciencia mezclados que le llegó al corazón:

—Te respetaré si puedo, y cuando lo haya conseguido, ¿puedo esperar algo más?

Ella alzó los ojos entonces, vio en su cara la noble vergüenza, el humilde tipo de valor que muestra que el arrepentimiento es genuino y da esperanza de éxito, y con una sonrisa alentadora que le fue como un cordial, respondió de todo corazón:

—Puedes.

—¡Bendita seas por eso! No haré promesas ni pediré ninguna: sólo confía en mí, Rose, y mientras me trates como a un primo, recuerda que no importa cuántos pretendientes puedas tener: nunca serás para ninguno de ellos tan querida como lo eres para mí.

Una traicionera quiebra en la voz le advirtió a Charlie que parase allí, y sin otro adiós se fue muy sabiamente, dejando a Rose poner las flores olvidadas en agua con remordido cuidado y guardar el brazalete, diciéndose:

—No me lo pondré hasta que me sienta como antes. Entonces será él quien me lo ponga, y yo diré «sí».

CAPÍTULO 11

PEQUEÑAS TENTACIONES

—¡Oh, Rose, tengo algo tan emocionante que contarte! —exclamó Kitty Van Tassel, saltando al carruaje a la mañana siguiente cuando su amiga pasó a recogerla para ir de compras.

Kitty siempre tenía alguna comunicación «absolutamente apasionante» que hacer, y Rose había aprendido a tomarlas con calma, pero la siguiente demostración era nueva, pues, sin hacer caso de los curiosos de fuera ni de los sombreros que se descolocaban dentro, Kitty rodeó el cuello de Rose con los brazos, exclamando en un susurro arrebatado:

—¡Querida mía, estoy prometida!

—¡Cuánto me alegro! Es Steve, claro.

—El cielo que es, lo hizo anoche de la manera más encantadora, y Mamá está encantada. Ahora bien, ¿con qué vestido me caso? —Y Kitty se compuso con una cara llena de la más profunda inquietud.

—¿Cómo puedes hablar de eso tan pronto? Kit, niña poco romántica, deberías estar pensando en tu pretendiente y no en tus vestidos —dijo Rose, divertida aunque algo escandalizada ante tamaña falta de sentimiento.

—Es que estoy pensando en mi pretendiente, pues dice que no quiere un noviazgo largo, así que debo empezar a pensar en las cosas más importantes en seguida, ¿no?

—Ah, es que quiere estar seguro de ti, pues eres una criatura tan escurridiza que tiene miedo de que le trates como al pobre Jackson y a los demás —interrumpió Rose, agitando el dedo ante su futura prima, que ya había probado ese pasatiempo dos veces y estaba más orgullosa que otra cosa de sus breves compromisos.

—No tienes por qué reñirme, pues sé que tengo razón, y cuando lleves tanto tiempo en sociedad como yo comprenderás que la única manera de conocer de verdad a un hombre es estar prometida a él. Mientras te quieren son todo devoción, pero cuando creen que ya te tienen, entonces descubres lo desgraciados que son —respondió Kitty con un aire de sabiduría mundana que contrastaba curiosamente con su cara joven y sus maneras atolondradas.

—Triste perspectiva para el pobre Steve, a menos que le dé un consejo de que vigile su conducta.

—Oh, querida, de él estoy segura, pues mi experiencia me ha hecho muy lista y estoy convencida de que puedo manejarlo sin el menor problema. Nos conocemos desde hace siglos —Steve tenía veinte años y Kitty dieciocho— y siempre hemos sido los mejores amigos. Además, es del todo mi hombre ideal. Nunca he podido soportar las manos y los pies grandes, y los suyos son sencillamente adorables. Además es el mejor bailarín que conozco y viste con gusto perfecto. Creo de verdad que me enamoré de sus pañuelos antes que de nada: eran tan encantadores que no pude resistirlos —rió Kitty, sacando uno grande del bolsillo y hundiendo la naricilla en sus pliegues, de los que se desprendía una fragancia deliciosa.

—Eso sí parece prometedor, y empiezo a creer que al final tienes algo de sentimiento —dijo Rose, complacida, pues los alegres ojos castaños se habían suavizado de repente y un rubor rápido le subió a Kitty a la mejilla al responder, aún con la cara medio oculta en el amado pañuelo:

—Pues claro que lo tengo, y mucho, sólo que me da vergüenza mostrarlo a casi todo el mundo, porque está de moda tomarlo todo con la mayor indiferencia. ¡Dios mío, Rose, me habrías tenido por una ganso romántica anoche mientras Steve me declaraba en el saloncito, pues me eché a llorar de veras, tan terriblemente en serio estaba él cuando fingí que no me importaba, y tan querido y encantador cuando le dije la verdad! No sabía que lo tenía en él, pero salió de maravilla y no le importó lo más mínimo que le manchara de lágrimas la pechera tan bonita. ¿No fue muy bueno de su parte? Pues ya sabes que le molesta mucho que le arruinen la ropa.

—Es un Campbell de verdad y tiene buen corazón cálido bajo esas pecheras tan impecables. La tía Jane no cree en el sentimiento, así que lo ha educado para no mostrarlo nunca, pero está ahí, y tú debes animarle a que lo deje salir: no de manera tonta, sino de un modo que le haga más varonil y serio.

—Lo haré si puedo, pues aunque no lo confesaría a todo el mundo, me gusta mucho en él y siento que Steve y yo nos llevaremos de maravilla. Ya llegamos: ten cuidado de no decir ni palabra si encontramos a alguien. Quiero que sea un secreto profundo durante una semana al menos —añadió Kitty, haciendo desaparecer el pañuelo cuando el carruaje se detuvo ante la tienda elegante a la que iban.

Rose lo prometió con una sonrisa, pues la cara de Kitty la delataba sin palabras: tan llena estaba de la felicidad que pocos ojos dejan de reconocer dondequiera que la ven.

—Un vistazo nada más a las sedas. Tú me pides opinión sobre las blancas, y yo miro los colores. Mamá dice raso, pero eso ya ha pasado de moda, y me he empeñado en la cosa acanalada más pesada que encuentre —susurró Kitty mientras pasaban por delante de los largos mostradores sembrados de todo lo que puede deleitar el ojo femenino y tentar el bolsillo femenino.

—¿Verdad que ese ópalo es lo más bonito que has visto? Me temo que soy demasiado morena para llevarlo, pero te vendría perfecto a ti. Necesitarás variedad, ¿sabes? —añadió Kitty en un aparte significativo mientras Rose permanecía entre las sedas blancas y su compañera fingía gran interés en los delicados matices que le tendían.

—Pero es que ya tengo variedad, y no necesito ningún vestido nuevo de ningún tipo.

—No importa, cómpralo, o se irá. Ya llevas puestos todos los tuyos varias veces y debes tener uno nuevo lo necesites o no. ¡Ay! Si yo tuviera tanto dinero de bolsillo como tú, estrenaría en cada fiesta —respondió Kitty, lanzando una mirada envidiosa sobre los montones de arcoíris que tenía delante.

El avisado dependiente comprendió que había una boda en ciernes, pues cuando dos muchachas bonitas cuchichean, sonríen y se sonrojan sobre sus compras, los vendedores huelen el ajuar nupcial y un fugaz destello de interés ilumina sus impassibles semblantes y presta breve energía a las voces lánguidas cansadas de gritar «¡Caja!». Cogiendo ambas sedas con un giro hábil de la mano, las levantó para su inspección, adivinando de un vistazo cuál era la novia y cuál la amiga, pues Kitty se echó hacia atrás a estudiar el efecto de los pliegues de blanco plateado con un interés absorbente imposible de equivocar, mientras Rose permanecía mirando el ópalo como si apenas oyera una voz complaciente que decía, con el susurro de la seda tan caro a los oídos femeninos:

—Una cosa soberbia, recién llegada; muy de moda en París; tono muy raro; difícil para la mayoría, como dice la señora, pero perfecto para una rubia.

Rose no escuchaba esas palabras, sino otras que la tía Clara había pronunciado hacía poco, entonces recibidas con risa pero meditadas más de una vez desde entonces.

«Estoy cansada de oír a la gente preguntarse por qué la señorita Campbell no se viste mejor. La sencillez está muy bien para las colegialas y las mujeres que no pueden permitirse nada mejor, pero tú puedes y deberías. Tus cosas son bastante bonitas a su modo, y hasta me gusta que tengas tu propio estilo, pero resulta raro y la gente creerá que eres tacaña si no haces

más gala. Además, no haces justicia a tu belleza, que sería a la vez peculiar y llamativa si te dedicaras a componer trajes deslumbrantes.»

Mucho más en el mismo sentido dijo su tía, tratando el tema con verdadero arte y apelando inconscientemente a varias de las pasiones que dominaban a Rose. Una era el amor por las telas delicadas, los colores y los adornos que el gusto refinado aprecia y cuyo precio impide que se vuelvan vulgares; otra, su vivo deseo de agradar a los ojos de quienes le importaban y satisfacer sus deseos hasta en lo más pequeño si podía. Y por último, aunque no menos importante, el deseo natural de una mujer joven y bonita de realzar la belleza que tan pronto descubre que es su encanto más poderoso para el otro sexo, su pasaporte a un lugar elevado entre sus iguales.

Había pensado seriamente en sorprender y deleitar a todos apareciendo con un traje que hiciera justicia a esa hermosura tan modesta que solía olvidarse de sí misma admirando a los demás; lo que las muchachas llaman un vestido «deslumbrante», tal como ella podía imaginarlo y procurárselo fácilmente gracias a la magia del monedero de la Fortuna que llevaba en el bolsillo. Lo había planeado todo: el brillo de una seda pálida a través de encajes como escarcha tejida, adornos de algún motivo clásico y todos los accesorios tan perfectos como el tiempo, el gusto y el dinero pudieran hacerlos.

Sabía que la saludable educación del tío Alec le había dado una figura que podía atreverse con cualquier moda, y la naturaleza la había dotado de una tez que desafiaba todos los colores. Así que no era de extrañar que sintiera el fuerte deseo de usar esos dones, no por placer de exhibición, sino para parecer hermosa a los ojos que rara vez la miraban sin una especie de admiración tierna, tanto más encantadora cuanto que ninguna palabra malograda el homenaje involuntario que las mujeres aman.

Esos pensamientos bullían en la mente de Rose mientras miraba la preciosa seda y se preguntaba qué diría Charlie si alguna noche se le apareciera en una pálida nube rosada, como la Aurora a quien él la comparaba a menudo. Sabía que le agradaría mucho, y anhelaba hacer cuanto pudiera honestamente por complacer al pobre muchacho, pues su tierno corazón ya sentía algunos remordimientos al recordar cuán severa había sido la noche anterior. No podía retractarse de sus palabras, porque las había dicho todas

en serio, pero podía ser amable y mostrarle que no le cerraba del todo la puerta de su afecto invitándole a acompañarla al baile de Kitty y satisfacer su gusto artístico con un traje hermoso. Un plan muy femenino pero bondadoso, pues aquel baile iba a ser el último de sus frivolidades, y quería que fuera agradable, y que «hacer las paces» con Charlie añadiera mucho a su disfrute.

Esta idea hizo que sus dedos se apretaran sobre la brillante tela tan tentadoramente exhibida, y estaba a punto de cogerla cuando, «Con permiso, señor, ¿podría decirme dónde está la sección de franela?», dijo una voz a su espalda, y al volverse vio a una pequeña irlandesa de aspecto humilde que parecía totalmente perdida y fuera de lugar entre los artículos de lujo que la rodeaban.

— Abajo, a la izquierda — fue la respuesta apresurada del dependiente, con un gesto vago de la mano que dejó a la preguntante más desorientada que antes.

Rose vio el apuro de la mujer y dijo con amabilidad:

— Le enseño yo el camino.

— Me da vergüenza molestarla, señorita, pero es que no conozco esto, y no vendría aquí para nada si no me hubieran dicho que lo que busco sale más barato en esta tienda grande que en las pequeñas, más propias para la gente como yo — explicó la mujercita con humildad.

Rose miró de nuevo mientras la guiaba por entre una concurrida multitud de compradoras bien vestidas, y algo en la cara angustiada y cansada bajo el capuchón viejo de lana — las manos descubiertas y amoratadas aferrando una cartera miserable y un retazo desteñido de la franela de lunares con que tan a menudo se hacen los vestiditos de los niños pequeños — tocó el corazón generoso que nunca podía ver necesidad sin el impulso de aliviarla. Había pensado sólo en señalarle el camino, pero obedeciendo a un nuevo impulso, siguió andando, escuchando la charla maternal de la pobre alma sobre «mi niño» y «el apuro» que era «encontrar ropa para los chiquillos que van creciendo cuando el marido está sin trabajo y el pan escasea en estos tiempos difíciles», mientras bajaban a ese oscuro mundo inferior donde las necesidades buscan refugio cuando los artículos de lujo las desalojan del lugar más alegre de arriba.

La presencia de una señorita facilitó mucho las compras de la señora Sullivan, y su pobre «retacito» de franela se convirtió milagrosamente en varas de varios colores, pues el viejo monedero no quedó más ligero cuando ella se fue, enjugándose los ojos con la esquina de un gran paquete pardo. Una cosa muy pequeña, y nadie la vio salvo un dependiente de cara impasible que nunca contó nada; sin embargo, le hizo bien a Rose y la devolvió a la luz con cara seria, pensando con remordimiento: «¿Qué derecho tengo yo a más vestidos de fiesta cuando hay pobres criaturas que no tienen ninguno, o a perder el tiempo haciéndome linda cuando hay tanta miseria en el mundo?»

Con todo, las cosas bonitas seguían siendo tan tentadoras como antes, y ansiaba la seda ópalo con renovado anhelo al volver. No es seguro que no la hubiera comprado a pesar de su mejor yo si un ángel de la guarda con la apariencia de una señora entrada en carnes, con rizos plateados alrededor de una cara benévola enmarcada en una sencilla cofia, no la hubiera abordado en cuanto se reunió con Kitty, que seguía cavilando sobre los vestidos de boda.

—La esperaba un momento, querida, pues tengo prisa y me alegra mucho ahorrarme un viaje o una nota —empezó la recién llegada en voz baja mientras Rose le estrechaba la mano con el más afectuoso respeto—. Ya sabe que hace uno o dos días se incendió la gran fábrica de cajas y más de cien chicas se quedaron sin trabajo. Algunas están heridas y en el hospital, muchas no tienen dónde ir, y casi todas necesitan ayuda temporal de algún tipo. Hemos tenido tantas llamadas este invierno que apenas sé a dónde acudir, pues la necesidad apremia, y he metido el dedo en tantos bolsillos que casi me avergüenza pedir de nuevo. Cualquier pequeño donativo... ah, gracias, sabía que no me fallaría, buena chica. —Y la señora Gardner estrechó efusivamente la mano que tan rápidamente fue al pequeño portamonedas y salió tan generosamente llena.

—Dígame cómo más puedo ayudar, y muchas gracias por permitirme tener parte en sus buenas obras —dijo Rose, olvidando por completo los vestidos alegres mientras veía alejarse la cofia negra a pasitos rápidos con una sonrisa de aprobación en la hermosa cara de anciana que asomaba dentro.

—¡Qué manirrota eres! ¿Cómo has podido dar tanto? —susurró Kitty, cuyo ojo curioso había visto tres cifras en el billete que tan rápidamente había cambiado de manos.

—Creo que si la señora Gardner me pidiera la cabeza se la daría —respondió Rose con ligereza; luego, volviéndose a las sedas, preguntó—: ¿Por cuál te has decidido, la blanca amarillenta o la azul, la acanalada o la rayada?

—Por ninguna; salvo por que tú te lleves la rosa y la lleves en mi... ejem, baile —dijo Kitty, que ya se había decidido pero no podía dar la orden hasta consultar a Mamá.

—No, no puedo permitírmelo ahora. Nunca me paso de mi asignación, y tendré que hacerlo si compro más ropa. Vamos, no deberíamos perder el tiempo aquí si ya tienes todas las muestras que querías. —Y Rose se alejó rápidamente, contenta de que estuviera fuera de su poder romper dos resoluciones que hasta entonces había mantenido fielmente: una, vestir con sencillez por principio; la otra, no ser pródiga por amor a la caridad.

Como Rosamond tuvo su día de desdichas, éste parecía ser para Rose uno de pequeñas tentaciones. Después de dejar a Kitty en casa y de visitar sus nuevas casas, recorrió la ciudad haciendo varios recados para las tías y, mientras esperaba en el carruaje a que se ejecutara un encargo, pasó por allí el joven Pemberton.

Como había dicho Steve, este caballero había recibido «un golpe fuerte» y seguía rondando como la mariposa en torno a la luz prohibida. Por ser el mejor partido de la temporada, su interés se consideraba una distinción de la que estar orgullosa, y la tía Clara había regañado bien a Rose por rechazar a un candidato tan honorable. La muchacha le tenía simpatía, y era el pretendiente del que había hablado con tanto respeto al doctor Alec porque no necesitaba de la heredera y había amado a Rose de verdad. Se había marchado, y ella esperaba que hubiera superado su decepción tan felizmente como los demás, pero ahora, cuando él la vio y vino corriendo con tanta hambre de una palabra, sintió que no lo había olvidado, y fue demasiado amable para enfriarle con la inclinación de cabeza que dice con toda claridad «No se detenga».

Era un joven apuesto Pemberton, y había traído de los bosques de Canadá un abrigo forrado de marta que era la envidia de todos sus amigos varones y la admiración de todas sus amigas, y mientras estaba en la ventanilla del carruaje Rose sabía que aquella prenda de lujo y su corpulento portador eran objeto de interés para los transeúntes. Resultó que la corriente de compradores fluía en esa dirección, y mientras charlaba, caras conocidas pasaban a menudo con miradas, sonrisas e inclinaciones de cabeza de variada curiosidad, significación y asombro.

No podía evitar sentir cierta satisfacción en darle un momento de placer, ya que no podía hacer más, pero no era sólo ese deseo amable lo que la hacía ignorar los pulcros paquetes blancos que el chico de la farmacia depositó en el asiento delantero y la retenía un poco más para saborear uno de esos pequeños triunfos que las muchachas a veces arriesgan algo más que un resfriado por exhibir. La visión de varios copos de nieve en los anchos hombros que obstruían parcialmente su vista, así como la creciente vivacidad de la charla de Pemberton, le recordaron que era hora de marcharse.

—No debo entretenerte: empieza a nevar —dijo, cogiendo el manguito, con gran satisfacción del viejo Jacob, pues la charla trivial no entretiene a un hombre hambriento cuya nariz se siente como un carámbano.

—¿Sí? Creí que brillaba el sol. —Y el absorto caballero se volvió al mundo exterior con visible reluctancia, pues el interior del carruaje con su forro rojo parecía muy cálido y acogedor.

—Los sabios dicen que debemos llevar nuestra luz del sol con nosotros —respondió Rose, refugiándose en los lugares comunes, pues la cara en la ventanilla se puso pensativa de repente cuando él respondió, con mirada anhelante:

—Ojalá pudiera. —Luego, sonriendo con gratitud, añadió—: Gracias por haberme dado un poco de la suya.

—No hay de qué. —Y Rose le tendió la mano mientras sus ojos pedían mudamente perdón por no poder ofrecerle también el permiso de quedársela.

Él la estrechó en silencio y, echándose el paraguas al hombro sin acordarse de abrirlo, se alejó con una expresión de «arriba y vuelve a intentarlo» que hizo que los ojos suaves le siguieran con admiración.

«No debería haberle retenido ni un minuto más de lo estrictamente necesario, pues no era todo compasión: era mi tonto deseo de lucirme y hacer lo que me apetecía por un momento, como pago por haber sido buena con lo del vestido. ¡Ay de mí, qué débil y boba soy a pesar de todos mis esfuerzos!» Y la señorita Campbell cayó en una meditación llena de remordimiento que duró hasta llegar a casa.

—¿Qué te trae a ti a salir con esta tormenta? —preguntó Rose cuando Jamie se presentó aquella misma tarde.

—Mamá te manda un libro nuevo, creía que te gustaría. ¡A mí no me asustan sus tormentas! —respondió el chico, librándose a forcejeos de su abrigo y exhibiendo una cara tan redonda, roja y lustrosa como una manzana bien pulida.

—Muchas gracias: es el día perfecto para disfrutarlo y me moría de ganas de leer algo bueno —dijo Rose, mientras Jamie se sentaba en el primer escalón para el prolongado combate con las botas de goma.

—Aquí lo tienes... no... sí... ¡Creo que me lo he olvidado después de todo! —exclamó Jamie, palmeándose los bolsillos uno tras otro con cara de consternación.

—No importa, buscaré otra cosa. Deja que te ayude con esas botas: tienes las manos muy frías. —Y Rose tiró buenamente de las botas mientras Jamie se aferraba a la balaustrada, murmurando algo bastante incoherente mientras las piernas le subían y bajaban—: Vuelvo si quieres. Lo siento mucho. Es muy amable de tu parte. Ponérselas me hizo olvidarlo. Mamá me obligó a ponerlas aunque le dije que se pegarían como... como caramelos de goma —añadió, inspirado por el recuerdo de ciertas crueles decepciones cuando dicha golosina se había derretido en sus bolsillos y se negaba a salir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Rose cuando al fin lo liberó—. Ya que no tengo nada que leer, bien puedo jugar.

—Te enseño a lanzar y coger. Coges bastante bien para ser chica, pero no tiras nada de nada —respondió Jamie, retozando por el vestíbulo en zapatillas y sacando una pelota de uno de los misteriosos receptáculos en que los chicos tienen el arte de almacenar basura suficiente para llenar un celemín.

Claro que Rose aceptó y arriesgó alegremente recibir un ojo morado y los dedos magullados hasta que su joven instructor observó con gratitud que

«no había gracia donde había que andar con cuidado con las ventanas y los jarrones y todo eso, así que me gustaría ese libro tan divertido del capitán Nemo y el Nautilus, por favor».

Complacido, se tendió en el sofá, cruzó las piernas en el aire, y sin más palabra se sumergió en Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino, donde permaneció durante dos mortales horas, con la satisfacción general de sus parientes.

Privada tanto de su inesperado compañero de juegos como del tan deseado libro, Rose fue al salón y allí encontró una novela francesa que Kitty había sacado de una biblioteca de préstamo y dejado en el carruaje entre los paquetes. Acomodándose en su silla favorita, leyó con tanta aplicación como Jamie mientras el viento aullaba y la nieve caía densa afuera.

Durante una hora nada perturbó la acogedora quietud de la casa, pues la tía Plenty dormitaba arriba y el doctor Alec escribía en su sanctasanctórum; al menos así lo creía Rose, hasta que sus pasos la hicieron soltar el libro apresuradamente y alzar los ojos con muy parecida expresión a la que ponía cuando la pillaban en alguna travesura años atrás.

—¿Te he asustado? Pon un biombo: te estás quemando la cara ante ese fuego tan vivo. —Y el doctor Alec acercó uno.

—Gracias, tío. No lo sentía. —Y el color pareció intensificarse a pesar del biombo mientras los ojos inquietos caían sobre el libro en su regazo.

—¿Tienes ahí el Quarterly? Quiero echarle una ojeada a un artículo si puedes prestármelo un momento —dijo él, inclinándose hacia ella con una mirada interrogativa.

—No, señor, estoy leyendo. —Y sin mencionar el título, Rose le puso el libro en la mano.

En cuanto sus ojos cayeron sobre la portada comprendió la expresión de ella y supo en qué «travesura» había estado. Frunció el ceño, luego sonrió, porque no era posible evitarlo: Rose tenía cara tan de niña en falta a pesar de sus veinte años.

—¿Qué tal lo encuentras? ¿Interesante?

—¡Oh, mucho! Me sentía en otro mundo y me olvidé por completo de éste.

—No muy buen mundo, me imagino, cuando te daba miedo o vergüenza que te encontraran en él. ¿De dónde viene esto? —preguntó el doctor Alec, mirando el libro con gran desagrado.

Rose se lo contó, y añadió despacio:

—Tenía especial interés en leerlo, y me figuré que podría, porque tú lo leíste cuando tanto se hablaba de él el invierno que estuvimos en Roma.

—Lo leí para ver si era conveniente para ti.

—Y decidiste que no, supongo, ¿pues nunca me lo diste!

—En efecto.

—Entonces no lo terminaré. Pero, tío, de verdad que no veo por qué no debería —añadió Rose con pesar, pues había llegado al corazón de la novela y la encontraba maravillosamente fascinante.

—Puede que no lo veas, pero ¿no lo sientes? —preguntó el doctor Alec con gravedad.

Rose apoyó la mejilla encendida en la mano y pensó un momento, luego alzó los ojos y respondió con honradez:

—Sí, lo siento, pero no puedo explicarlo, salvo que sé que algo tiene que estar mal porque me he ruborizado y sobresaltado cuando has entrado.

—Exactamente. —Y el médico dio un enfático asentimiento, como si los síntomas le agradaran.

—Pero de verdad que no veo ningún daño en el libro hasta ahora. Es de un autor famoso, escrito de manera admirable, como bien sabes, y los personajes tan vivos que siento que debería encontrármelos en algún sitio.

—¡Espero que no! —exclamó el médico, cerrando el libro rápidamente, como para impedir que los discutibles seres escaparan.

Rose se rió, pero insistió en su defensa, pues de verdad quería terminar la absorbente historia, aunque no lo haría sin permiso.

—He leído novelas francesas antes, y tú me las dabas. No muchas, es cierto, pero las mejores, así que creo que sé lo que es bueno y no me gustaría ésta si fuera perjudicial.

Su tío respondió volviendo a abrir el volumen y pasando las hojas un instante como si buscara un lugar determinado. Luego se lo puso en la mano, diciendo con calma:

—Lee una página o dos en voz alta, traduciendo según avanzas. Te gustaba hacerlo antes: inténtalo de nuevo.

Rose obedeció y fue leyendo una página con facilidad, esforzándose por dar el sentido en el mejor español que pudo. Al poco fue más despacio, luego saltó una frase aquí y allá, y finalmente se paró en seco con cara de necesitar el biombo de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó su tío, que la había observado con ojo serio.

—Algunas frases son intraducibles, y sólo se estropean al intentarlo. No son inconvenientes en francés, pero suenan toscas y malas en nuestro directo español —dijo algo malhumorada, pues le molestaba no haber podido demostrar el punto en discusión.

—Ah, querida: si las frases elegantes no soportan ser puestas en español honrado, los pensamientos que expresan no soportan ser puestos en tu inocente mente. Ese capítulo es la clave de todo el libro, y si hubieran ido llevándote, o más bien bajándote, hasta él con habilidad y arte, podrías haberlo leído tú sola sin ver lo malo que es. Tanto peor por el talento innegable que oculta el mal con tanta sutileza y hace tan delicioso el peligro.

Hizo una pausa, y luego añadió con una mirada ansiosa al libro sobre el que ella seguía inclinada:

—Termínalo si quieres; sólo recuerda, hija mía, que a los cuarenta años se puede leer lo que es peligroso a los veinte, y que nunca podemos ser demasiado cuidadosos con el alimento que damos a esa cosa preciosa y a la vez arriesgada que se llama imaginación.

Y cogiendo su revista, se fue a repasar un docto artículo que le interesaba mucho menos que el funcionamiento de una mente joven en la habitación de al lado.

Otro largo silencio, roto sólo por algún salto excitado de Jamie cuando el sociable calamar se asomaba a las ventanas o el Nautilus hundía uno o dos barcos en su terrible rumbo. Sonó un timbre, y el médico asomó la cabeza para ver si le llamaban. Era sólo un recado para la tía Plenty, y estaba a pun-

to de volver a entrar cuando su ojo fue atraído por un paquete cuadrado en la consola.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiéndolo.

—Rose quiere que lo deje en casa de Kitty Van cuando salga. Se me olvidó traer el libro de Mamá, así que iré a buscarlo en cuanto haya terminado esto —respondió Jamie desde su nido.

Como el volumen que tenía en las manos era corpulento y Jamie sólo iba por un tercio, el doctor Alec consideró las perspectivas de Rose bastante dudosas y, deslizándolo en el bolsillo, se alejó con aire satisfecho:

—La virtud no siempre se ve recompensada, pero esta vez sí lo estará si puedo hacerlo.

Más de media hora después, Rose despertó de una pequeña cabezada y encontró reemplazados los varios viejos favoritos con los que había intentado consolarse por la historia sencilla y saludable que la tía Jessie había prometido.

—¡Buen chico! Voy a darle las gracias —dijo casi en voz alta, levantándose de un salto, bien despierta y muy contenta.

Pero no fue, pues en ese momento divisó a su tío de pie en la alfombra, calentándose las manos con un aspecto generalmente fresco y despejado que sugería una reciente lucha con los elementos.

—¿Cómo ha llegado esto? —preguntó con sospecha.

—Lo ha traído un hombre.

—¿Este hombre? ¡Oh, tío! ¿Por qué te has tomado tanto trabajo sólo para satisfacer un deseo mío? —exclamó, tomando las dos manos frías entre las suyas con una mirada tiernamente reprobadora de la tormenta de fuera a la cara encendida de arriba.

—Porque, habiendo quitado tus bombones franceses con el colorante venenoso, quería conseguirte algo mejor. Aquí está: azúcar puro, el tipo que endulza el corazón además de la lengua y no deja mal sabor.

—¡Qué bueno eres conmigo! No me lo merezco, pues no resistí la tentación, aunque lo intenté. Tío, después de apartar el libro, pensé que tenía que ver cómo terminaba, y me temo que lo habría leído todo si no hu-

biera desaparecido —dijo Rose, inclinando la cara sobre las manos que sostenía con la humildad de una niña arrepentida.

Pero el tío Alec alzó la cabeza inclinada y, mirando a los ojos que le sostenían la mirada con franqueza aunque cada uno guardaba una lágrima, dijo con la energía que hacía que sus palabras se recordaran siempre:

—Hija mía, afrontarí una docena de tormentas peores que ésta para mantener tu alma tan inmaculada como la nieve, pues son las pequeñas tentaciones las que minan la integridad a menos que velemos y oremos y no las consideremos nunca demasiado triviales para ser resistidas.

Algunas personas considerarían al doctor Alec un hombre demasiado precavido, pero Rose sentía que tenía razón, y cuando dijo sus oraciones aquella noche, añadió una humilde petición para que la preservaran de ceder a tres de las pequeñas tentaciones que acechan a una muchacha rica, bonita y romántica: la prodigalidad, la coquetería y la lectura de novelas.

CAPÍTULO 12

EN EL BAILE DE KITTY

Rose no tenía vestido nuevo con que lucirse en tan festiva ocasión, y soltó un pequeño suspiro de pesar al ponerse la seda azul pálido refrescada con nubes de gasa de Chambéry. Pero le siguió una sonrisa, muy brillante y

dulce, al añadir los ramilletes de nomeolvides que Charlie había conjurado por mediación de un anciano florista alemán, pues una parte de su plan se había llevado a cabo: el Príncipe había sido invitado a ser su acompañante, con gran deleite suyo, aunque sabiamente no hizo protesta alguna y demostró su gratitud siendo un caballero ejemplar. Esto agradó a Rose, pues la reciente humillación y el sincero deseo de enmendarse le daban un aire de pedigüena dignidad muy efectivo.

La tía Clara no pudo ir, pues cierto cosmético nuevo, usado privadamente para mejorar el que en otro tiempo fue un cutis espléndido y que las noches tardías habían estropeado, le había provocado un feo sarpullido que la sumió en las profundidades del dolor, sin más consuelo para su decepción que la visión del elegante vestido de terciopelo extendido en la cama en melancólica soledad.

Así que la tía Jessie fue la chaperona, con gran satisfacción de Rose, y estaba «bonita como un clavel», pensó Archie, con su vestido de señora en color perla y un delicado toque de rico encaje en el cabello aún abundante. Él estaba muy orgulloso de su mamita, y tan atento como un enamorado, «para mantener la mano en práctica hasta el regreso de Phebe», dijo ella riendo cuando él le llevó un ramillete de rosas sonrosadas para animar su traje discreto.

No había madre más feliz que la señora Jessie mientras se sentaba plácidamente junto a la cuñada Jane —que honraba la frívola escena con un serio vestido negro y un diadema de asteres morados asintiendo sobre su severa frente—, las dos contemplando a sus hijos con la convicción materna de que ningún otro padre podría mostrar ejemplares tan notables. Cada cual había hecho lo mejor según sus luces, y años de cuidado fiel empezaban ya a dar fruto en la promesa de hombres cabales, tan cara a los corazones de las verdaderas madres.

La señora Jessie contemplaba a sus tres hijos crecidos con algo parecido al asombro, pues Archie era un mozo excelente, serio y algo imponente, pero lleno de esa cordial cortesía y respeto que tan poco se ve hoy y que es la señal segura de una buena educación en casa. «Los cadetes», como se llamaban a sí mismos Will y Geordie, estaban allí tan resplandecientes como cabía desear, y los tormentos que padecieron aquella noche con los zapatos apretados y los cuellos tiesos no hay pluma que los refiera con justi-

cia. Pero sólo el uno al otro confiaban esos sufrimientos y los raros momentos de reposo en que podían quedarse sobre un pie dolorido con las cabezas cómodamente hundidas dentro de los desgarradores cuellos que les rozaban las orejas y teñían de un grana agradable el lóbulo de las mismas. Breves fueron esos momentos, sin embargo, y los espartanos bailaron con caras sonrientes, impávidos ante el oculto suplicio que les atenazaba «por delante y por detrás», como lo expresó Will.

La pareja de la tía Jane formaba un contraste singular, e incluso la severa disciplinaria no pudo evitar sonreír mientras los observaba. Steve estaba soberbio, y hubiera podido casarse en el acto: tan fino era su paño, tan lustroso su lino, tan perfectamente ajustados los guantes. El orgullo y la felicidad fermentaban con tal fuerza en su joven pecho que habría habido peligro de combustión espontánea si el baile no hubiera actuado como válvula de escape, pues su acusado sentido de las convenciones no le permitía desfogar sus emociones de ningún otro modo.

Kitty no sentía tal restricción y parecía una gitanilla dichosa, con su belleza morena realzada por un atrevido traje de carmín y color crema y todos los cabellos rizados en una alegre melena, pues la juventud era su fuerte y gozaba mucho con el hecho de haber estado prometida tres veces antes de cumplir los diecinueve.

Verla a ella y a Steve girar por la sala era un espectáculo capaz de arrancar una sonrisa a los labios del soltero más agrio o la solterona más triste, pues los amantes felices son siempre un espectáculo agradable, y rara vez se ven dos pilluelos tan alegres como éstos.

Mac, entretanto, con los quevedos montados en la nariz, contemplaba las actuaciones de su hermano «en el ligero fantástico» muy como un benévolo terranova contemplaría los jugueteos de un terrier de juguete, recibiendo con agradecimiento las apresuradas indicaciones que Steve le soplabá al oído al pasar y olvidándolas todas al minuto siguiente. Cuando no estaba así ocupado, Mac paseaba con los pulgares en los bolsillos del chaleco, mirando a la animada multitud como un filósofo meditativo de aspecto animado, sonriendo para sus adentros ante alguna fantasía caprichosa propia, frunciendo el ceño cuando algún chisme malicioso llegaba a su oído, o mirando con franca admiración cuando una cara o figura hermosa le llamaba la atención.

—Espero que esa muchacha sepa qué tesoro ha conseguido. Aunque dudo que lo aprecie del todo —dijo la señora Jane, apuntando sus quevedos a Kitty mientras ésta pasaba volando, levantando toda una brisa con sus faldas revoloteantes.

—Creo que sí lo hará, pues Steve ha sido tan bien educado que no puede por menos de ver y sentir el valor de lo que ella nunca ha tenido, y siendo tan joven se beneficiará de ello —respondió la señora Jessie suavemente, pensando en los días en que ella y su Jem bailaban juntos, recién prometidos.

—He cumplido con mi deber para con los dos chicos, y lo he cumplido a fondo, o el padre los habría echado a perder, pues no tiene más idea de la disciplina que un niño. —Y la tía Jane se dio un golpe seco en la palma de la mano con el abanico cerrado, subrayando con gesto muy expresivo la palabra «a fondo».

—Muchas veces he deseado tener tu firmeza, Jane; pero después de todo, no estoy segura de que no me guste más mi propio método, al menos con mis hijos, pues mucho amor y mucha paciencia parecen haber dado bastante buenos resultados. —Y la tía Jessie alzó el ramillete de su regazo, sintiendo como si ese amor y esa paciencia incansables fueran ya floreciendo en su vida tan hermosamente como las rosas de olor regaladas por su hijo refrescaban y alegraban esas largas horas de paciente espera en un rincón.

—No niego que lo has hecho bien, Jessie, pero te has dejado sola y nadie te ha detenido ni interferido. Si mi Mac hubiera ido al mar como tu Jem, yo nunca habría sido tan severa como soy. Los hombres son tan perversos y cortos de vista: no les preocupa el futuro mientras las cosas estén tranquilas y cómodas en el presente —continuó la señora Jane, olvidando por completo que el socio corto de vista de la empresa, al menos en sentido literal, era ella misma.

—¡Ah, sí! A las madres nos encanta prever y predecir la vida de nuestros hijos incluso antes de que nazcan, y solemos llevarnos una decepción si no resultan como planeamos. Lo sé bien, y sin embargo no tengo razones reales para quejarme, y voy aprendiendo que todo lo que podemos hacer es darles a los queridos chicos buenos principios y la mejor educación posible, y luego dejarles que terminen lo que hemos empezado. —Y los ojos de la señora Jessie vagaron hacia Archie, que bailaba con Rose, ajeno por com-

pleto al bonito castillo en el aire que se había derrumbado cuando se enamoró de Phebe.

—Razón, toda la razón: en ese punto estamos completamente de acuerdo. No he escatimado nada para dar a mis hijos buenos principios y buenas costumbres, y estoy dispuesta a fiarme de ellos en cualquier parte. Nueve veces tuve que castigar a mi Steve para curarle de la mentira, y una y otra vez Mac se quedó sin comer antes que lavarse las manos. Pero a los dos los azotes y el ayuno los redujeron a la obediencia, y ahora tengo mi recompensa —concluyó el «padre severo» con un orgulloso abanicazo que tenía mucho de palmeta por lo grande, duro e inflexible que era.

La señora Jessie murmuró un suave asentimiento, pero no pudo evitar pensar con una sonrisa que, a pesar de sus tempranos sufrimientos, los pecados por los que los chicos habían sido castigados habían dado resultados algo mezclados, pues el mentiroso Steve era ahora el pulcro, y el descuidado Mac el veraz. Pero esas pequeñas contradicciones ocurren en las familias mejor reguladas, y todo lo que los padres perplejos pueden hacer es seguir predicando y practicando con la esperanza de que dé fruto algún día, pues según dice un viejo refrán, los hijos recogen las palabras como los pichones el trigo, para repetirlas cuando Dios lo disponga.

—Espero que no la maten a bailar entre todos, pues cada uno parece empeñado en tener su turno, hasta tu formal Mac —dijo la señora Jessie un poco después, al ver cómo Archie cedía a Rose a su primo, que se la llevó con aire de triunfo ante varios otros pretendientes.

—Ella es muy amable con él, y su influencia es excelente, pues ya tiene la edad en que la opinión de una mujer joven pesa más que la de una mayor. Aunque siempre es bueno con su madre, y siento que me dará muchas satisfacciones. Es de los que no se casan hasta tarde, si es que lo hacen, pues le gustan los libros y la vida tranquila —respondió la señora Jane, recordando cuántas veces su hijo había expresado la convicción de que los filósofos no deben casarse y puesto a Platón como ejemplo de la serena sabiduría que sólo alcanza el hombre soltero, mientras su marido simpatizaba con Sócrates, aunque no se atrevía a confesarlo.

—Bueno, no sé. Desde que mi Archie me sorprendió enamorándose como lo hizo, estoy preparada para todo, y te aconsejo que hagas lo mismo.

No me extrañaría nada que Mac hiciera algo notable en ese terreno, aunque confieso que no da señal alguna de ello —respondió la señora Jessie riendo.

—No irá en esa dirección, puedes estar segura, pues el destino de ella está sellado. ¡Qué triste es ver a una muchacha superior como esa a punto de perderse con un apuesto calavera! No mencionaré nombres, pero ya me entiendes. —Y la señora Jane sacudió la cabeza, como si pudiera mencionar el nombre de cierta muchacha superior que se había perdido y ahora veía su necedad.

—Estoy muy preocupada, naturalmente, y Alec también, pero puede ser la salvación de uno y la felicidad del otro, pues hay mujeres a quienes les gusta dar más de lo que reciben —dijo la señora Jessie, preguntándose en secreto, por milésima vez, por qué el hermano Mac se había casado con la erudita señorita Humphries.

—Ya verás que no prosperará, y siempre mantendré que una esposa no puede deshacer del todo la obra de una madre. Rose tendrá mucho trabajo si intenta corregir todos los errores de Clara —respondió la tía Jane con sombría, luego se abanicó vigorosamente al acercarse la anfitriona a charlar un rato sobre «nuestros queridos jóvenes».

Rose estaba de humor alegre aquella noche, y encontró a Mac muy dispuesto para la diversión, lo cual fue afortunado, pues la primera observación de ella los puso en marcha con un tema divertido.

—¡Oh, Mac! Annabel me acaba de confiar que está prometida a Fun See. Piensa en ella poniéndose a hacer vida doméstica algún día en Cantón y teniendo que encargar ratas, cachorrillos y sopa de nidos de golondrina para cenar —susurró Rose, demasiado divertida para guardarse la noticia.

—¡Por Confucio! ¿No es esa una perspectiva deliciosa? —Y Mac estalló en carcajadas, con gran sorpresa de sus vecinos, que no comprendían qué había de gracioso en el sabio chino—. Aunque es bastante alarmante que estos infantes sigan a este ritmo. Parece contagioso, una nueva clase de escarlatina, a juzgar por las mejillas de Annabel y el vestido de Kitty —añadió, contemplando a las susodichas damas con los ojos todavía relucientes de regocijo.

—No seas descortés, y ve a hacer lo mismo, pues está muy de moda. Le oí decir a la señora Van a la vieja señora Joy que iba a ser un año de bodas,

así que seguro que lo coges —respondió Rose, recogiendo las faldas pues, con toda su educación, a Mac le seguía costando mantener sus largas piernas fuera de las ratoneras.

—No parece una enfermedad dolorosa, pero debo tener cuidado, pues no tengo tiempo de ponerme enfermo ahora. ¿Cuáles son los síntomas? —preguntó Mac, intentando combinar lo útil con lo agradable y cultivar su mente mientras cumplía con su deber.

—Si vuelves te los digo —rió Rose cuando él se alejó bailando hacia el rincón equivocado, chocó con otro caballero con bastante fuerza y volvió tan serenamente como si ésa fuera la figura correcta.

—Bueno, dime «cómo no hacerlo» —dijo, deteniéndose para un momento de charla cuando Rose había flotado de un lado al otro a su vez.

—Pues... ves a alguna muchacha que te parece especialmente encantadora —no importa si lo es de verdad o no— y empiezas a pensar mucho en ella, a querer verla, y te vas volviendo en general sentimental y absurdo —empezó Rose, encontrando difícil hacer el diagnóstico de la enfermedad más misteriosa bajo el sol.

—No me suena muy tentador. ¿No puedo encontrar un antídoto en algún sitio? Pues si está en el aire este año, seguro que lo cojo, y podría ser fatal —dijo Mac, que estaba de buen humor y le gustaba alegrar a Rose, pues sospechaba que ella tenía algún pequeño problema a partir de una insinuación del doctor Alec.

—Espero que lo cojas, porque te pondrás de lo más gracioso.

—¿Cuidarás de mí como antes, o tienes las manos llenas?

—Ayudaré, pero con Archie y Steve y Charlie ya tendré bastante. Mejor que te dé flojo la primera vez, y así no necesitarás muchos cuidados.

—Muy bien, ¿cómo debo empezar? Ilumina mi ignorancia y ponme en el buen camino, te lo ruego.

—Sal, ve a ver gente, hazte agradable y no te quedes en los rincones observando a los demás como si fueran marionetas bailando para tu diversión. Le oí decir una vez a la señora Van que la proximidad hace maravillas, y ella debe de saberlo, habiendo casado a dos hijas y acabando de prometer a una tercera con «un joven encantadísimo».

— ¡Cielos! La cura parece peor que la enfermedad. La proximidad, ¿eh? Podría estar en peligro en este preciso momento y no poder huir por mi vida —dijo Mac, cogiéndola suavemente por la cintura para el vals general.

— No te alarmes, pero vigila los pasos, pues Charlie nos está mirando y quiero que lo hagas lo mejor posible. Así, perfecto: llévame bien alrededor, pues me encanta el vals y rara vez me dan una buena vuelta salvo con vosotros los chicos —dijo Rose, sonriéndole con aprobación mientras el brazo firme la guiaba entre las parejas que giraban y los pies marcaban el compás sin un fallo.

— Desde luego que esto mejora mucho el asunto de las sillas, a lo que me he dedicado con tal energía que le he roto el respaldo a dos compañeras y dislocado el brazo del viejo mecedora. Me tomaba algún que otro turno con esa pesada señora para practicar por si algún día me tocaba bailar con damas entradas en carnes. — Y Mac señaló con la cabeza a Annabel, que daba brincos alegremente con el señor Tokio, cuyo semblante amarillo irradiaba mientras sus ojos de azabache reposaban en su regordeta prometida.

Deteniéndose en mitad de la risa ante la imagen de Mac y el viejo sillón mecedora, Rose dijo en tono de reproche:

— Aunque un chino pagano, Fun te avergüenza, pues no hizo preguntas tontas sino que fue a cortejar como un hombrecito sensato, y no dudo de que Annabel será muy feliz.

— Elígeme una divinidad adecuada e intentaré adorarla. ¿Puedo hacer más para rehabilitar mi reputación? —respondió Mac, devolviendo sana a su pareja y manejando el abanico según las instrucciones.

— ¿Qué te parecería Emma? —preguntó Rose, cuyo sentido de lo ridículo era vivo y no pudo resistir la tentación de horrorizar a Mac con la sugerencia.

— ¡Jamás! Me da dentera mirarla esta noche. Supongo que ese vestido es «una monada recién llegada», pero con franqueza no me recuerda más que un helado arlequín. — Y Mac le dio la espalda con un escalofrío, pues era sensible a toda clase de disonancias.

— Desde luego que sí, y esa mezcla de chocolate, verde guisante y rosa es sencillamente detestable, aunque muchos la considerarían decididamente «chic», para usar su palabra favorita. Supongo que vestirás a tu futura es-

posa como una matrona espartana en tiempos de Licurgo —añadió Rose, muy divertida con el nuevo concepto.

— Ya decidiré cuando la tenga. Pero de una cosa estoy seguro: no la vestiré como una bailarina griega de tiempos de Pericles —respondió Mac, mirando con gran desagrado a una joven que, teniendo figura estatuaría, gustaba de los drapeados de la variedad escasa y adherente.

— Entonces de nada sirve sugerirte a esa criatura clásica; y como rechazas mis primeros intentos, no seguiré sino que miraré discretamente a mi alrededor, y tú deberías hacer lo mismo. En serio, Mac, más trato social y menos estudio te harían bien, pues envejecerás antes de tiempo si te encierres y te hundes en los libros con tanto ahínco.

— No creo que haya en esta sala un mozo que se sienta más joven o más alegre que yo, aunque no me conduzca como un derviche giróvago. Pero reconozco que puede que tengas razón con lo de los libros, pues hay muchas formas de intemperancia, y una biblioteca es para mí tan irresistible como un bar para un bebedor. Tendré que firmar una promesa y taponar el único frasco que me tienta: mi tintero.

— Te diré cómo hacer más llevadero abstenerse. Deja de estudiar y escribe una novela en la que puedas poner todas tus cosas sabias, y así vacías la cabeza para un nuevo comienzo. Hazlo: me gustaría tanto leerla —exclamó Rose, encantada con el proyecto, pues estaba segura de que Mac podría hacer cualquier cosa que se propusiera en ese terreno.

— Primero hay que vivir, luego escribir. ¿Cómo voy a hacer romanticismo si no sé lo que significa el romance? —preguntó él con seriedad, sintiendo que hasta ahora había tenido muy poco en su vida.

— Entonces tienes que descubrirlo, y nada te ayudará más que querer mucho a alguien. Sigue mi consejo y sé un Diógenes moderno que va por el mundo con quevedos en vez de linterna en busca, no de un hombre honrado, sino de una mujer perfecta. Espero de veras que tengas éxito. — Y Rose hizo su reverencia al terminar el baile.

— No espero la perfección, pero me gustaría una tan buena como las que se fabrican hoy en día. Si tú buscas al hombre honrado, te deseo éxito a cambio —dijo Mac, devolviéndole el abanico con una mirada de signifi-

cación tan simpática que un rápido rubor de emoción subió al rostro de la muchacha mientras respondía muy bajo:

—Si la honradez fuera todo lo que buscara, ya la he encontrado en ti.

Y se fue con Charlie, que esperaba su turno, mientras Mac vagaba preguntándose si en algún lugar de aquella multitud estaría escondida su futura esposa, diciéndose, al pasar la mirada de cara en cara sin que ninguna le respondiera:

¿Qué me importa cuán bella sea si no es bella para mí?

Poco antes de la cena varias jóvenes se encontraron en el tocador para reparar daños y, siendo amigas, se pusieron a conversar mientras se alisaban el pelo y la doncella ágil de manos cosía o prendía con alfileres los volantes desgarrados.

Cuando cada cual le había preguntado a la otra «¿Qué tal estoy esta noche, querida?» y recibido la respuesta con recíproco entusiasmo: «¡Perfectamente preciosa, cariño!», Kitty le dijo a Rose, que le estaba ayudando a restaurar el orden del caos en que el mucho ejercicio había reducido sus rizos:

—Por cierto, el joven Randal se muere de ganas de que se lo presenten. ¿Puedo hacerlo después de cenar?

—No, gracias —respondió Rose con gran decisión.

—Pues no veo por qué no —empezó Kitty, con cara de desagrado aunque sin sorpresa.

—Creo que tú sí lo ves, o si no ¿por qué no lo presentaste cuando lo pidió? Rara vez piensas en la etiqueta: ¿por qué ahora sí?

—No quise hacerlo sin consultarte antes: eres tan exigente que pensé que dirías que no, pero no podía decírselo así —tartamudeó Kitty, sintiendo que habría hecho mejor en arreglarlo ella misma, pues Rose era muy exigente y tenía razones especiales para no apreciar a ese individuo, ya que no sólo era un joven disoluto y bribón sino que parecía poseído del diablo para arrastrar a otros a su camino.

—No quiero ser grosera, querida, pero realmente debo declinar, pues no puedo tratar a cierta gente aunque me la encuentre aquí —dijo Rose, recor-

dando las revelaciones de Charlie la noche de Año Nuevo y endureciendo el corazón contra el hombre que había sido su perdición en aquella y en otras ocasiones, según tenía razones para creer.

— ¡No ha sido culpa mía! El viejo señor Randal y Papá son amigos, y aunque lo mencioné, el hermano Alf no quiso ni oír hablar de dejarlo de lado —explicó Kitty con ansiedad.

— Y sin embargo Alf te prohibió ir en coche o a patinar con él, pues sabe mejor que nosotras lo poco adecuado que es para frecuentar nuestra compañía.

— Lo dejaría mañana mismo si pudiera, pero debo ser amable en mi propia casa. Su madre lo ha traído, y no se atreverá a comportarse aquí como en sus reuniones de solterones.

— Ella no debería haberle traído hasta que él mostrara algún deseo de enmendarse. No es asunto mío, lo sé, pero de verdad desearía que la gente no fuera tan inconsecuente, permitiendo que los chicos se vayan a la perdición y luego esperando que nosotras las chicas los recibamos como si fueran personas decentes.

Rose habló en un enérgico susurro, pero Annabel la oyó y exclamó, dándose la vuelta con la borla de polvos en la mano:

— ¡Dios mío, Rose! ¿Qué es todo eso de irse a la perdición?

— Está siendo de carácter resuelto, y no la culpo mucho en este caso. Pero me deja en un aprieto terrible —dijo Kitty, levantando el ánimo con un frasco de vinagre aromático.

— Apelo a vosotras, ya que lo habéis oído, y aquí no estamos más que nosotras: ¿consideráis al joven Randal una persona adecuada para tratar? — Y Rose se volvió a Annabel y Emma con ojo ansioso, pues no le resultaba fácil mantenerse en sus principios cuando al hacerlo molestaba a las amigas.

— ¡Claro que no: es perfectamente horrible! Papá dice que él y Gorham son los jóvenes más alocados que conoce, y capaces de echar a perder a todo el grupo. Me alegra tanto no tener hermanos —respondió Annabel, empolvándose plácidamente los brazos rosados, sin que le perturbara el recuerdo de ciertas rayas blancas dejadas en varias mangas de levita.

—Creo que esa clase de escrúpulos es de muy mala educación, si me perdonas que te lo diga, Rose. Se supone que no debemos saber nada de libertinaje y locuras y demás, sino tratar a todos los hombres por igual y no ser quisquillosas ni mojigatas —dijo Emma, arreglando sus multicolores cintas con el aire superior de una mujer de mundo de veinte años.

—¡Ah! Pero lo sabemos, y si nuestro silencio y nuestra cortesía no tienen efecto, debemos probar otra cosa y no alentar la maldad de ningún tipo. No tenemos que regañar ni predicar, pero podemos negarnos a tratar a esa gente, y eso servirá de algo, pues no les gusta ser rehuidos y excluidos de la sociedad respetable. El tío Alec me dijo que no trataría a ese hombre, y no lo haré. —Rose habló con calor inusitado, olvidando que no podía revelar la verdadera razón de su fuerte prejuicio contra «ese hombre».

—Pues yo sí le trato. Me parece muy simpático, y estoy comprometida para bailar el cotillón con él después de cenar. Lleva perfectamente, igual que tu primo Charlie, y algunos le encuentran igual de fascinante —respondió Emma, sacudiendo la cabeza con desdén, pues el Príncipe Encantador no adoraba en su altar y eso le mortificaba la vanidad.

A pesar de su aprieto, Rose no pudo evitar sonreír al recordar la comparación de Mac, pues Emma se había puesto tan roja de despecho que parecía haber añadido fresa a las demás variedades del helado arlequín.

—Cada cual debe juzgar por sí misma. Yo seguiré el consejo de la tía Jessie e intentaré mantener mi atmósfera tan pura como pueda, pues ella dice que toda mujer tiene su pequeño círculo, y dentro de él puede ejercer su influencia para bien si quiere. Yo quiero de corazón, y demostraré que no soy ni orgullosa ni quisquillosa recibiendo, aquí o en casa, a cualquier hombre respetable que queráis presentarme, por pobre o feo o insignificante que sea.

Con esta declaración Rose puso fin a su protesta, y las cuatro doncellas bajaron la escalera juntas como un arcoíris errante. Pero Kitty se tomó a pecho lo que había dicho; Annabel se apuntó el mérito de haberla secundado; y Emma reconoció que no estaba tratando de mantener su atmósfera pura cuando fue a bailar con el objetable Randal. Así que el «pequeño círculo» de Rose fue mejor gracias a la influencia que ella procuró ejercer, aunque nunca lo supo.

A la hora de la cena Charlie se mantuvo cerca de ella, y Rose estaba muy contenta de él, pues sólo bebió café y lo vio sacudir la cabeza con el ceño fruncido cuando el joven Van le hizo señas hacia un antecomedor del que habían venido saliendo el sonido de tapones que saltaban con creciente frecuencia según avanzaba la noche.

«Querido: de verdad que lo intenta», pensó Rose, ansiando mostrar cuánto admiraba su sobriedad, pero sólo pudo decir, mientras salían del comedor con las tías que se marchaban pronto:

—Si no le hubiera prometido al tío llegar a casa lo antes posible después de medianoche, me quedaría a bailar el cotillón contigo, pues te mereces esta noche una recompensa.

—Mil gracias, pero me voy cuando vayas tú —respondió Charlie, entendiendo tanto su mirada como sus palabras y muy agradecido por ellas.

—¿De verdad? —exclamó Rose, encantada.

—De verdad. Estaré en el vestíbulo cuando bajes. —Y Charlie pensó que el ángel de Fra Angélico no era ni la mitad de brillante y hermoso que el que le miraba desde una nube de azul pálido mientras Rose subía la escalera como si volara.

Cuando bajó de nuevo, sin embargo, Charlie no estaba en el vestíbulo, y tras esperar unos minutos, Mac se ofreció a ir a buscarlo, pues la tía Jane seguía arriba buscando una chancla perdida.

—Por favor, dile que estoy lista, pero que no hace falta que venga si no quiere —dijo Rose, sin querer exigir demasiado a su prometedor penitente.

«Si ha entrado en ese salón, lo sacaré de allí, no importa quién esté» gruñó Mac para sí mientras se dirigía al pequeño reservado al que los caballeros se retiraban para un pequeño refrigerio privado cuando el espíritu se lo pedía, como ocurría a menudo.

La puerta estaba entornada, y Charlie parecía acabar de entrar, pues Mac oyó una voz conocida exclamar jovialmente:

—¡Vamos, Príncipe! Llegas justo a tiempo para ayudarnos a beber a la salud de Steve con todos los honores.

—No puedo quedarme, sólo he entrado para despedirme, Van. Lo he pasado muy bien, pero estoy de servicio y tengo que irme.

—Eso es un truco nuevo. Toma una copa de estribo de todas formas, y vuelve a tiempo para un cotillón cuando hayas despachado a las señoras —respondió el joven anfitrión, metiendo la mano en la hielera para buscar otra botella.

—Charlie se está volviendo santurrón, y no parece sentarle bien —rió uno de los otros dos jóvenes que ocupaban varias sillas cada uno, descansando las suelas en todo el sentido de la palabra.

—Los delantales de cocina se están poniendo de moda: cuanto más azules, mejor, ¿eh, Príncipe? —añadió el otro, intentando ser ingenioso, con el éxito habitual.

—Más te valdría a ti volverte pronto a casa, Barrow, o esa lengua tuya te metería en problemas —replicó Charlie, consciente de que debería seguir su propio consejo pero vacilando, poniéndose nerviosamente los guantes mientras se llenaban los vasos.

—Ahora, cuñado, ¡adelante! Aquí tienes, Príncipe. —Y Steve le tendió una copa a su primo por encima de la mesa, demasiado eufórico con varias emociones placenteras para pensar en lo que hacía, pues todos los chicos conocían el punto flaco de Charlie y habitualmente procuraban defenderle de él.

Antes de que pudiera coger la copa, sin embargo, Mac entró precipitadamente, entregando su recado en forma abreviada y bastante perentoria:

—Rose te espera. Venga.

—Marchando. ¡Buenas noches, amigos! —Y Charlie se fue como si el nombre tuviera poder para detenerle en el preciso momento de romper la promesa que se había hecho a sí mismo.

—Vamos, Solón, tómate una copita social y danos un epitalamio en tu mejor griego. ¡A tu salud! —Y Steve se llevaba el vino a los labios cuando Mac le golpeó el vaso de la mano con un destello en los ojos que hizo que su hermano le mirara boquiabierto con expresión bastante imbécil, lo que pareció excitar a Mac aún más, pues, volviéndose al joven anfitrión, dijo en

voz baja y con una mirada que hizo que los caballeros sentados en las sillas se irguieran de repente:

—Te pido disculpas, Van, por el estropicio, pero no puedo quedarme mirando cómo mi propio hermano tienta a otro más allá de sus fuerzas o se degrada a sí mismo. Esto es inglés claro, pero no puedo evitar hablar, pues sé que ninguno de vosotros querría hacerle daño a Charlie, y se lo haréis si no le dejáis en paz.

—¿Por qué me atacas a mí? No he hecho nada. Un hombre tiene que ser amable en su propia casa, ¿no? —preguntó Van de buen talante, mirándole de frente con el sacacorchos en la mano.

—Sí, pero no es amable insistir o burlarse para que un invitado haga lo que sabes que él sabe que le perjudica. Esa copa es sólo vino para ti, pero para Charlie es perdición, y si Steve supiera lo que estaba haciendo, se cortaría la mano derecha antes de ofrecérsela.

—¿Quieres decir que estoy borracho? —preguntó Steve, erizándose como un gallito joven, pues aunque ya veía lo que había hecho y le avergonzaba, odiaba que Mac ventilara sus peculiares ideas ante otros.

—De emoción, no de champán, espero, pues no te reconocería si lo estuvieras —respondió Mac, en quien la indignación fermentaba como el vino en la botella olvidada, pues los hombres eran todos jóvenes, amigos de Steve y admiradores de Charlie—. Escuchadme, chicos —continuó con más calma—: sé que no debería explotar de esta manera tan violenta, pero a fe mía que no podía evitarlo al oír lo que decíais y ver lo que hacía Steve. Ya que he empezado, bien puedo terminar y deciros claramente que el Príncipe no puede resistir esto. Él está tratando de huir de la tentación, y quien le mete en ella comete un acto cobarde y pecaminoso, pues perder el respeto de uno mismo ya es bastante malo, sin perder también las cosas más preciosas que hacen que la vida merezca vivirse. No le digáis que os he hablado así, pero echad una mano si podéis, y no tengáis que reprocharos nunca el haber contribuido a arruinar a un semejante en cuerpo y alma.

Le fue bien a la primera cruzada de Mac que sus oyentes eran caballeros y estaban sobrios, de modo que su arranque no fue recibido con burlas o carcajadas, sino escuchado en silencio mientras la expresión de las caras cambiaba de sorpresa a pesar y respeto, pues la vehemencia es siempre efi-

caz y la defensa de otro rara vez deja de tocar corazones todavía no echados a perder. Al hacer una pausa con un pequeño temblor elocuente en su voz animosa, Van tapó la botella de un golpe, tiró el sacacorchos y tendió la mano a Mac, diciendo con franqueza, a pesar de la jerga:

—¡Eres un tipo de primera! Yo echaré una mano, para empezar, y haré todo lo posible por apoyar a Charlie, pues es el mejor mozo que conozco, y no se irá al diablo como el pobre Randal si yo puedo evitarlo.

Murmullos de aprobación de los otros parecieron expresar un asentimiento general a este enérgico enunciado, y, dándole la mano con un apretón agradecido, Mac se retiró hacia la puerta, ansioso de marcharse ahora que había desahogado su ánimo con tan inusitada impetuosidad.

—Cuenta conmigo para cualquier cosa que pueda hacer a cambio, Van. Siento haber sido tan aguafiestas, pero podéis desquitaros burlándoos de mí cuando me haya ido. Soy blanco fácil, y Steve puede daros pie.

Y con eso Mac se marchó tan bruscamente como había llegado, sintiéndose convencido de que había «metido la pata», pero consolándose con el pensamiento de que quizás había conseguido ayuda para Charlie a su propia costa y sonriendo con sorna mientras volvía con su madre:

«Mi romance empieza por cuidar a los pretendientes de otras chicas en vez de buscarme una novia para mí, pero no se lo puedo contar a Rose, así que no se reirá de mí.»

CAPÍTULO 13

AMBAS PARTES

El compromiso de Steve causó gran revuelo en la familia —agradable esta vez, pues nadie objetó, todo parecía feliz, y el curso del amor verdadero transcurrió muy suavemente para la joven pareja, que prometió eliminar el único obstáculo a su unión madurando y haciéndose prudente cuanto antes. De no haber sido tan genuinamente feliz, los airecillos de enamorado habrían resultado insoportables, pues se daba el lujo de proteger a toda la humanidad en general y a su hermano y primos mayores en particular.

—Así es como se manejan los asuntos —declaró, plantado ante el fuego del billar de la tía Clara dos o tres días después del baile, con las manos a la espalda—. Sin tonterías, sin demoras, sin escenas domésticas ni separaciones trágicas. Simplemente elige con gusto y criterio, hazte agradable a las buenas y a las malas, y cuando es perfectamente evidente que la querida criatura adora el suelo que pisas, dilo como un hombre, y ya está.

—Todo muy fácil de hacer con una chica como Kitty, que no tiene malditas ideas que la estropeen a ella y te hagan tropezar a ti cada vez que no pisas exactamente la raya —murmuró Charlie, golpeando las bolas como si fuera un alivio dar a algo, pues estaba de un humor de perros aquella noche, porque el tiempo pesaba en sus manos desde que había renunciado a la compañía que no podía frecuentar sin peligro para sí mismo.

—Hay que saber llevar esas pequeñas ideas, pues todas las mujeres las tienen, y se necesita tacto para esquivarlas. Kitty tiene docenas, pero las trato con respeto, me salgo con la mía cuando puedo, cedo sin gruñir cuando no puedo, y nos llevamos como un par de...

—Cucharas —interrumpió Charlie, que sentía que él no había sabido esquivar y había naufragado a la vista del puerto.

Steve había pensado decir «tórtolas», pero la ligereza de su primo le hizo añadir con tranquila dignidad: «seres razonables», y luego se vengó haciendo una buena tirada que le ganó la partida.

—Siempre has sido un perrito afortunado, Steve. No te envidio ni una pizca de tu felicidad, pero a veces parece que las cosas no son del todo justas —dijo Archie, reprimiendo un suspiro envidioso, pues aunque rara vez se quejaba, era imposible comparar sus perspectivas con las de su primo con perfecta ecuanimidad.

El que en la esperanza confía siempre más luce: el alma abatida se desespera ,

recitó Mac, citando a Eurípides en tono de conversación desde el diván donde reposaba tras un duro día de trabajo.

—Gracias —dijo Archie, animándose un poco, pues una palabra de esperanza, viniera de donde viniera, era muy reconfortante.

—Ese es tu Rip favorito, ¿verdad? Era un viejo sabio, pero podrías encontrar consejos igual de buenos más cerca —intervino Steve, que en aquel momento se sentía capaz de darle una palmada en el hombro a Platón, tan eufórico estaba por haberse prometido «el primero de todos», según lo expresaba con elegancia.

—No cantes victoria antes de tiempo, Dandy: la señora Kit ha dado calabazas a dos hombres y puede que a un tercero, así que no presumas de tu sabiduría demasiado pronto, pues puede que todavía haga un tonto de ti —dijo Charlie con cinismo, pues su visión de la vida era bastante sombría por entonces.

—No lo hará, Steve, si cumples honradamente con tu parte. Kitty tiene madera de buena mujercita, y lo ha demostrado tomándote a ti en vez de a esos otros. No eres un Salomón, pero todavía no estás echado a perder, y ella tuvo el sentido de verlo —dijo Mac con ánimo desde su rincón, pues él y su hermano eran mejores amigos que nunca desde la pequeña escena en casa de los Van Tassel.

—¡Bien dicho! —exclamó Steve, pareciendo más que nunca un alegre gallito joven que intenta cacarear mientras se balanceaba sobre el felpudo de la chimenea con las manos metidas bajo los faldones del abrigo, subiendo y bajando alternativamente sobre las puntas y los talones de sus pulcros botines.

—Vamos, habéis dado a cada uno una palmadita en la cabeza: ¿no me tenéis ninguna a mí? Bien la necesito, pues si alguna vez ha habido un pobre diablo nacido bajo una estrella mala, ese es C. C. Campbell —exclamó Charlie, apoyando la barbilla en el taco con cara de descontento, pues intentar ser bueno es a menudo un trabajo muy duro hasta que uno se acostumbra.

—Oh, claro: puedo complacerte. —Y como si sus propias palabras le sugirieran la elección, Mac, todavía tendido boca arriba, recitó uno de sus fragmentos favoritos de Beaumont y Fletcher, pues tenía una memoria prodigiosa y podía recitar poesía durante horas seguidas.

El hombre es su propia estrella; y el alma que puede forjar un hombre honrado y perfecto domina toda luz, todo influjo, todo destino. Nada le llega pronto ni tarde.

Nuestros actos son nuestros ángeles, buenos o malos, esas sombras fatales que caminan siempre a nuestro lado.

—Y también unos ángeles bastante malditos —murmuró Charlie con pesar, recordando el que le había perdido.

Sus primos nunca supieron exactamente lo que ocurrió la noche de Año Nuevo, pero sospecharon que algo andaba mal, pues Charlie tenía el ánimo por los suelos y Rose, aunque tan amable como siempre, no expresaba sorpresa ante sus largas ausencias. Todos habían observado ese estado de cosas con extrañeza, pero discretamente no hacían ningún comentario hasta que Steve, tan curioso como una urraca, aprovechó la ocasión para decir en tono amistoso que mostraba que no guardaba rencor por el oscuro vaticinio sobre la fidelidad de su Kitty:

—¿Cuál es el problema, Príncipe? Estás tan raramente de mal humor que no sabemos qué hacer y todos nos desanimamos cuando tienes el ánimo por los suelos. ¿Has tenido un disgusto con Rose?

—No te metas, pequeño, pero esto sí diré: cuanto mejores son las mujeres, más irrazonables son. No nos exigen que seamos santos como ellas, lo cual es una suerte, pero sí esperan que seamos a veces «un hombre honrado y perfecto», y eso es pedir demasiado en un mundo caído como éste —dijo Charlie, contento de conseguir un poco de compasión aunque sin intención de confesar sus transgresiones.

—No lo es —dijo Mac con decisión.

—Tú qué sabrás —empezó Charlie, molesto de ser contradicho tan rotundamente.

—Bueno, esto sí sé —añadió Mac, sentándose de repente con el pelo en un estado de gran desorden—: Somos muy irrazonables al pedir a las mu-

jeres que sean santas y luego esperamos que se sientan honradas cuando les ofrecemos nuestros corazones estropeados o, en el mejor de los casos, uno que no vale la mitad que el de ellas. Si no las cegara el amor, verían la desventaja tan injusta que sacamos y no harían tan malos tratos.

— ¡Caramba! El filósofo está saliendo con fuerza sobre el tema. A ver si ahora va a predicar los «derechos de la mujer» —dijo Steve, muy asombrado de aquel arrebató.

— He empezado, ya lo veis, y ojalá os sirva de algo —respondió Mac, volviéndose a tender plácidamente.

— Pero, oye, hombre: estás argumentando del lado equivocado —intervino Archie, que estaba muy de acuerdo con él pero sentía que tenía que defender a su bando a toda costa.

— No importa el bando: defiende lo recto dondequiera que lo encuentres. No me miréis con esa cara, Steve: ya os dije que iba a estudiar este asunto, y lo estoy haciendo. Creéis que vivo enterrado en libros, pero veo mucho más de lo que ocurre a mi alrededor de lo que imagináis, y en esta nueva rama voy adelantando, os lo digo, tan deprisa como me conviene, me parece.

— ¿Vas aspirando a la perfección? —preguntó Charlie, a la vez divertido e interesado, pues respetaba a Mac más de lo que reconocía ni siquiera ante sí mismo, y aunque nunca había aludido al aviso oportuno, ninguno de los dos lo había olvidado.

— Sí, en eso pienso.

— ¿Por dónde empezarás?

— Haciendo lo mejor que pueda en todo: frecuentando buena compañía, leyendo buenos libros, amando las cosas buenas, y cultivando el alma y el cuerpo tan fiel y sabiamente como pueda.

— ¿Y esperas tener éxito?

— Con la ayuda de Dios, lo tendré.

La tranquila energía de las últimas palabras de Mac produjo un silencio momentáneo. Charlie estudiaba pensativo la alfombra; Archie, que había estado hurgando distraídamente el fuego, miró a Mac como si volviera a

darle las gracias; y Steve, olvidando su presunción, empezó a preguntarse si no sería posible mejorar un poco por amor a Kitty. Sólo un minuto, pues los hombres jóvenes no dedican mucho tiempo a pensamientos de este tipo, incluso cuando el amor despierta en ellos los impulsos más nobles. Actuar más que hablar les resulta más natural a la mayoría, como mostraba la siguiente pregunta de Charlie, pues, teniendo muy a pecho el asunto, se aventuró a preguntar con aire desenfadado mientras reía y hacía girar el taco:

—¿Piensas alcanzar el punto más alto de la perfección antes de dirigirte a una de las bellas santas, o le pedirás que eche una mano antes de llegar allí?

—Como llevar a cabo lo que planeo es obra de toda una vida, creo que pediré a alguna buena mujer que «eche una mano» cuando tenga algo que valga la pena ofrecerle. No una santa, pues yo nunca lo seré; pero una criatura amable que me ayude como yo trataré de ayudarla a ella, de manera que podamos seguir juntos y terminar nuestra obra después de esto si no tenemos tiempo de hacerla aquí.

Si Mac hubiera sido un enamorado, no habría tratado el tema de manera tan sencilla y sincera, aunque podría haberlo sentido mucho más hondo; pero como tenía el corazón completamente libre, mostró su interés con franqueza, y curiosamente, de su sabia cabeza joven y sin saberlo salió para los tres enamorados que tenía delante un consejo que ellos valoraron precisamente porque él practicaba lo que predicaba.

—¡Espero que la encuentres! —dijo Charlie con calor al volver a su partida.

—Creo que sí. —Y mientras los otros jugaban, Mac se quedó mirando las cortinas de la ventana con la misma tranquilidad que si a través de ellas contemplara «un sueño de hermosas mujeres» de donde elegir su futura compañera.

Pocos días después de esta charla en el billar, Kitty fue a visitar a Rose, pues estando a punto de entrar en la familia consideraba su deber familiarizarse con todas sus ramas. Esta rama, sin embargo, la cultivaba con más asiduidad que ninguna otra, y entraba continuamente a conferenciar con «la prima Rose», a quien consideraba la muchacha más sabia, más querida y más buena que había existido jamás. Y Rose, comprobando que, pese a su cabeza atolondrada, Kitty tenía buen corazón, hacía todo lo posible por

alentar las nuevas esperanzas y aspiraciones que iban brotando en él bajo el calor del primer afecto genuino que había conocido.

—Querida, quiero tener una conversación seria contigo sobre un tema que me interesa por primera vez en mi vida —empezó la señorita Kitty, sentándose y quitándose los guantes como si el tema fuera de los que necesitan buen asidero.

—Cuenta, y no te importe que siga trabajando, pues quiero terminar esto hoy —respondió Rose, con un pincel de mango largo en la mano y unas grandes tijeras a su lado.

—¡Qué ocupada estás siempre! ¿Qué es ahora? Deja que te ayude: hablo más deprisa cuando tengo algo que hacer —lo cual parecía apenas posible, pues la lengua de Kitty no paraba a ninguna hora.

—Estoy haciendo libros de imágenes para mis bebitos enfermos del hospital. Bonito trabajo, ¿verdad? Tú recortas y yo pego en estos cuadros de percal de colores, y luego sólo hay que atar unas hojas con una cinta y ya tienes un libro ligero, resistente y bonito para que los pobrecitos lo miren tendidos en sus camitas.

—Una idea estupenda. ¿Vas allí a menudo? ¿Cómo encuentras tiempo para esas cosas? —preguntó Kitty, recortando con diligencia de una gran hoja el conmovedor dibujo de un pájaro padre con la cabeza roja y la cola azul que ofrecía lo que parecía una pequeña boa constrictor a uno de sus polluelos, un rechoncho pichón gordo con la cabeza verde, el cuerpo amarillo y sin cola en absoluto.

—Tengo tiempo de sobra ahora que no salgo tanto, pues una fiesta suele consumir dos días: uno para prepararse y otro para recuperarse, ya sabes.

—La gente piensa que es muy raro que hayas dejado la sociedad de repente. Dicen que te has «vuelto piadosa» y que es por tu educación tan peculiar. Yo siempre te defiendo y digo que es una lástima que otras chicas no tengan una educación tan sensata, pues no conozco ninguna que sea tan satisfactoria en conjunto como tú.

—Muchas gracias. También puedes decirle a la gente que he dejado la alegría porque valoro más la salud. Aunque no he renunciado a todo lo de ese tipo, Kit. Voy a conciertos y conferencias y todo tipo de actividades que terminan pronto, y me lo paso muy bien en casa, como sabes. Me gusta di-

vertirme igual que siempre, pero me voy haciendo mayor, ¿ves?, y debo ir preparándome un poco para la parte seria de la vida. Nunca se sabe cuándo puede llegar —dijo Rose pensativamente mientras pegaba una ardilla boca abajo en la página de algodón rosa que tenía delante.

—Eso me recuerda lo que quería decirte. Si me crees, querida, ¡Steve se ha metido esa misma idea en la cabeza! ¿Fuiste tú o Mac quien se la puso? —preguntó Kitty, haciendo tintinear las tijeras con diligencia.

—No, he dejado de dar sermones a los chicos últimamente: ya son tan grandes que no les gusta, y creo que había cogido una costumbre que era bastante cansina.

—Pues entonces él también se está «volviendo piadoso». Y lo que es muy singular: me gusta. No te rías: de verdad que me gusta, y quiero ir preparándome para la «parte seria de la vida», como tú la llamas. Es decir, quiero mejorar todo lo deprisa que pueda, porque Steve dice que no llega ni a la mitad de lo bueno que yo merezco. ¡Fíjate qué cosa!

Kitty tenía un aspecto tan sorprendido, satisfecho y orgulloso que Rose no sintió ningún deseo de reírse de su súbito gusto por la sobriedad, sino que dijo con su tono más comprensivo:

—Me alegra mucho oírlo, pues demuestra que te quiere de la manera correcta.

—¿Hay más de una manera?

—Sí, me parece que sí, porque algunas personas mejoran mucho después de enamorarse, y otras en absoluto. ¿No lo has observado nunca?

—Nunca he aprendido a observar. Claro que sé que algunos matrimonios salen bien y otros no, pero nunca he pensado mucho en ello.

—Pues yo sí, pues me interesé bastante en el asunto últimamente y lo hablé con la tía Jessie y el tío.

—¡Dios mío! ¿De verdad les hablas de esas cosas?

—Sí, sin duda. Hago las preguntas que quiero y siempre recibo una buena respuesta. Es una manera muy agradable de aprender, Kitty, pues no tienes que fatigarte con libros, sino que según van pasando las cosas las

hablas y las recuerdas, y cuando se mencionan después las entiendes y te interesan, aunque no digas nada —explicó Rose.

—Debe de ser muy agradable, pero yo no tengo a nadie que haga eso por mí. Papá está muy ocupado, y Mamá, cuando le hago preguntas, siempre dice: «No te calientes la cabeza con esas cosas, criatura», así que no lo hago. ¿Qué aprendiste sobre los matrimonios que salen bien? Eso me interesa, porque quiero que el mío sea del todo perfecto en todos los aspectos.

—Después de pensarlo, llegué a la conclusión de que el tío tenía razón, y que no siempre es prudente casarse con una persona sólo porque la quieras —empezó Rose, tratando de ilustrar a Kitty sin traicionarse a sí misma.

—Claro que no, si no tienen dinero o son malos. Pero por lo demás no veo qué más hace falta —dijo Kitty con asombro.

—Habría que pararse a ver si es un amor sabio, capaz de ayudar a los dos y de durar, pues ya sabes que debería durar toda la vida, y es muy triste si no lo hace.

—Te juro que me asusta pensar en ello, pues yo normalmente no paso del día de mi boda al hacer planes. Recuerdo, eso sí, que cuando estaba prometida la primera vez —tú no conoces al hombre; fue justo después de que te fueras, y yo sólo tenía dieciséis años— alguien dijo muy maliciosamente que me «casaría con prisas y me arrepentiría con calma», y eso me hizo intentar imaginarme lo que sería ir año tras año con Gustavo —que tenía un genio terrible, por cierto— y me preocupó tanto pensarlo que rompí el compromiso y me alegré siempre después.

—Fuiste una chica lista, y espero que lo hagas otra vez si al cabo de un tiempo ves que tú y Steve no os tenéis de verdad confianza y respeto además de amor. Si no los tenéis, seréis desgraciados cuando ya sea tarde, como tanta gente que se casa con prisas y tiene toda una vida para arrepentirse. La tía Jessie lo dice, y ella sabe.

—No seas solemne, Rose. Me pone nerviosa pensar en vidas enteras y en el respeto y todas esas cosas tan responsables. No estoy acostumbrada, y no sé cómo hacerlo.

—Pero tienes que pensar, y tienes que aprender cómo antes de echarte esa responsabilidad encima. Para eso es tu vida, y no debes estropearla haciendo una cosa muy solemne sin ver si estás preparada.

—¿Piensas tú en todo esto? —preguntó Kitty, encogiéndose de hombros como si la responsabilidad de cualquier tipo no le sentara bien encima.

—A veces no hay más remedio, ¿sabes? Pero ¿es eso todo lo que querías decirme? —añadió Rose, ansiosa de apartar la conversación de sí misma.

—¡Oh, no, para nada! Lo más serio de todo es esto. Steve se está poniendo en orden en general, y quiero hacer mi parte y tengo que empezar en seguida, antes de que mis pensamientos se distraigan con la ropa y todo tipo de cosas queridas, deliciosas y frívolas que no puedo evitar que me gusten. Ahora quiero que me digas por dónde empezar. ¿No debería cultivar la mente leyendo algo sólido? —Y Kitty miró hacia la librería bien provista como para ver si contenía algo suficientemente grande y árido para considerarse «sólido».

—Sería un plan excelente, y buscaremos algo. ¿Qué sientes que necesitas más?

—Un poco de todo, diría yo, pues cuando me miro por dentro realmente no parece que haya mucho más que retazos, y sin embargo estoy segura de que he leído mucho más que algunas chicas. Aunque las novelas no cuentan, supongo, y no sirven para nada, pues sabe Dios que las personas y las cosas que describen no se parecen nada a las de la vida real.

—Algunas novelas son muy útiles y hacen tanto bien como los sermones, he oído decir al tío, porque no sólo describen con verdad sino que enseñan tan agradablemente que a la gente le gusta aprender así —dijo Rose, que conocía el tipo de novelas que Kitty había leído y no se extrañaba de que se sintiera un poco a la deriva al intentar guiarse por sus enseñanzas.

—Elígeme algunas de las buenas y me aplicaré a ellas. Además debería tener «ideas serias» y «métodos» y «principios». Steve dijo «principios», buenos y firmes, ¿sabes? —Y Kitty dio un pequeño tirón al trozo de percal que estaba cortando, como las amas de casa tiran del algodón o el percal cuando quieren «un artículo bueno y firme».

Rose no pudo evitar reírse ahora, aunque muy complacida, pues Kitty estaba de un modo tan graciosamente serio, y sin embargo tan perfectamente ignorante de por dónde empezar a mejorarse a sí misma —cosa que necesitaba mucho—, que era patético además de cómico verla y oírla.

—Desde luego que necesitas algunos, y debes empezar en seguida a conseguirlos, pero la tía Jessie puede ayudarte mejor que yo en eso, o la tía Jane, que los tiene muy «firmes», te lo aseguro —dijo Rose, serenándose lo antes posible.

—¡Dios me libre! Nunca me atrevería a decirle una sola palabra de esto a la señora Mac, pues le tengo un miedo espantoso: es tan severa, y cómo voy a arreglarme cuando sea mi suegra, ¡no lo sé! —exclamó Kitty, juntando las manos consternada ante la idea.

—No es ni la mitad de severa de lo que parece, y si te acercas a ella sin miedo, no te imaginas lo sensata y útil que es. A mí antes me daba un susto de muerte, pero ya no me da ninguno, y nos llevamos muy bien. Es más: le tengo cariño, es tan fiable y recta en todo.

—Desde luego es la mujer más recta que he visto, y la más precisa. No olvidaré nunca el miedo que pasé cuando Steve me llevó a verla la primera vez. Me puse todas las cosas más sencillas, me recogí el pelo en un moño de lo más modesto y traté de comportarme como una joven seria y formal. Steve no paraba de reírse de mí y decía que parecía una monja guapa, así que no pude ser tan correcta como quería. La señora Mac fue muy amable, claro está, pero tenía los ojos tan agudos que sentía como si me viera de parte a parte y supiera que me había prendido los lazos del sombrero con imperdibles, que se me había caído un botón del botín y que no me cepillaba el pelo diez minutos todas las noches —dijo Kitty en tono de reverente espanto.

—Sin embargo, te tiene simpatía, y el tío también, y tiene muchas ganas de que viváis con ellos algún día, así que no le hagas caso a sus ojos y mírala directamente, y verás cuánta bondad pueden mostrar.

—Mac también me tiene simpatía, y eso me agradó mucho, pues en general no le gustan las chicas. Steve me dijo que había dicho que yo tenía «madera de una capital mujercita». ¿No fue muy amable? Steve estaba tan orgulloso, aunque a veces se ría de Mac.

—No les decepciones, querida. Anima a Steve en todo lo bueno que le gusta o desea, hazte amiga de Mac, quiere a la tía Jane, sé una hija para el tío, y te encontrarás siendo una chica muy feliz.

—Lo haré de verdad, y muchas gracias por no burlarte de mí. Sé que soy un pequeño ganso, pero últimamente he sentido que podría llegar a algo si tuviera la ayuda adecuada. Mañana voy a ver a la tía Jessie. No le tengo ningún miedo, y luego si puedes enterarte discretamente de parte del doctor tío lo que debo leer, trabajaré todo lo que pueda. No se lo digas a nadie, por favor: creerán que es raro y afectado, y no soporto que se rían de mí, aunque supongo que es una buena disciplina.

Rose prometió, y las dos trabajaron en silencio un momento; luego Kitty preguntó con cierta timidez:

—¿Tú y Charlie también seguís ese plan? Desde que has dejado de salir tanto, él también se queda en casa, y no sabemos qué pensar.

—Ha tenido últimamente lo que él llama un «ataque artístico»: ha montado un estudio y está haciendo retratos al carboncillo de todos nosotros. Si sólo acabara sus cosas serían excelentes, pero le gusta intentar gran variedad de cosas a la vez. Un día te llevo, y quizás haga un retrato tuyo para Steve. Le gustan las caras de las chicas y consigue los parecidos de manera asombrosa.

—La gente dice que estáis prometidos, pero yo lo contradigo, porque desde luego yo lo sabría si fuera así.

—No lo estamos.

—Me alegro, porque la verdad, Rose, me temo que Charlie no tiene «principios firmes», aunque es un chico fascinador y no se puede reñirle. No te molesta que lo diga, ¿verdad, querida? —añadió Kitty, pues Rose no respondía de inmediato.

—En absoluto, pues ahora eres una de las nuestras y puedo hablarte con franqueza, y lo haré, porque creo que en cierto modo puedes ayudar mucho a Steve. Tienes razón sobre Charlie, tanto en lo de los principios como en lo de la fascinación. Steve le admira extraordinariamente y siempre, desde pequeño, le gustó imitar sus maneras agradables. Algunas son muy inocentes y le hacen bien a Steve, pero otras no. No necesito entrar en detalles; sólo que debes mostrarle a tu chico que confías en él para que se mantenga apartado del mal y ayudarlo a hacerlo.

—¡Lo haré, lo haré! Y luego quizás, cuando él sea un modelo perfecto, Charlie le imite. De verdad que empiezo a sentir que tengo mucho que hac-

er. — Y Kitty tenía el aspecto de quien también empieza a gustarle.

— Todos lo tenemos, y cuanto antes nos pongamos a trabajar, mejor será para nosotros y para los que queremos. No pensarías ahora que Phebe está haciendo algo por Archie, pero lo está haciendo, y escribe unas cartas tan espléndidas que le revuelven de una manera admirable y nos hacen a todos quererla y admirarla más que nunca.

— ¿Cómo le va? — preguntó Kitty, que, aunque se llamaba a sí misma un «pequeño ganso», tenía el tacto suficiente para ver que Rose no tenía ganas de hablar de Charlie.

— Bien, pues como ya sabes cantaba en nuestro coro, lo cual fue una buena recomendación para otro. Consiguió un puesto excelente en la nueva iglesia de L — —, que le da un salario cómodo, aunque tiene algo ahorrado. Siempre fue muy ahorradora y guardó cuidadosamente sus sueldos. El tío los invirtió, y ya empieza a sentirse bastante independiente. No hay miedo de que mi Phebe no salga adelante: tiene tanta energía y se maneja tan bien. A veces desearía poder escaparme y trabajar con ella.

— ¡Ay, querida! Las chicas ricas también tenemos nuestras penas, aunque no nos compadezcan tanto como a las pobres — suspiró Kitty —. Nadie sabe lo que sufro a veces por preocupaciones de las que no puedo hablar, y tampoco conseguiría mucha compasión si lo hiciera, sólo porque vivo en una casa grande, llevo buenos vestidos y tengo muchos pretendientes. Annabel solía decir que me envidiaba sobre todas las criaturas creadas, pero ya no, y está perfectamente absorta en su querido chino. ¿Ves tú cómo pudo gustarle?

Y así empezaron a chismorrear, y la conversación seria terminó por aquel día; pero cuando Kitty se fue, después de haber criticado a todas sus queridas amigas y a sus respectivos pretendientes, llevaba un librito útil en el manguito, una expresión resuelta en la cara alegre, y tantos planes excelentes de superación en su activa mente que ella y Steve prometían ser la pareja modelo del siglo.

CAPÍTULO 14

EL PLAN DE LA TÍA CLARA

Seramente alarmado por el miedo a perder el deseo de su corazón, Charlie se había puesto a trabajar con resolución y, como muchos otros jóvenes reformadores, se pasó un poco de la raya, pues en el intento de mantenerse alejado de la tentación se negaba muchos placeres inocentes. El «ataque artístico» era una buena excusa para el retraimiento que se figuraba sería una penitencia apropiada, y pasaba el tiempo aplicando lánguidamente el carboncillo o el pincel, con diarias y salvajes cabalgadas sobre el negro Brutus que parecían hacerle bien, pues los peligros de ese tipo eran su delicia.

La gente estaba acostumbrada a sus caprichos y los tomaba a la ligera, considerándolo uno nuevo; pero cuando se prolongó semana tras semana y todos los intentos de sacarle de él resultaban vanos, sus alegres camaradas le dieron por imposible y la familia empezó a decir con aprobación: «Ahora sí que va a sentar cabeza y hacer algo.» Afortunadamente su madre le dejaba en paz, pues aunque el doctor Alec no había «tronado en su oído» como amenazaba, sí había hablado con ella de manera que primero la puso muy furiosa, luego inquieta, y finalmente bastante sumisa, pues tenía empeñado el corazón en que el chico se ganara a Rose y habría estado dispuesta a que se pusiera cilicio y ceniza si eso hubiera asegurado el premio. Le quitaba importancia a la causa del disgusto de Rose, considerándola extremadamente tonta y mojigata, «pues todos los hombres jóvenes con algún carácter tenían sus pequeños vicios y acababan saliendo bien cuando se les iban las locuras de juventud». Así que consentía a Charlie en su nuevo capricho

como en todos los anteriores y le trataba como a un ser agraviado, lo cual no era ni inspirador ni útil de su parte. ¡Pobre mujer! Vio su error andando el tiempo, y cuando ya era tarde se arrepintió amargamente.

Rose quería ser amable y trató de varias maneras de ayudar a su primo, muy segura de que lo conseguiría como otra esperanzada mujer más, completamente inconsciente de cuánto más fuerte es una voluntad sin disciplina que el amor más verdadero, y lo difícil que encuentran los más sabios deshacer los errores de una mala educación. Pero no era tarea fácil, pues al menor indicio de aprobación o aliento, él ponía cara de tanta esperanza que ella temía parecer que prometía demasiado, y sobre todo quería evitar la acusación de haberle dado falsas ilusiones.

Así que la vida no era muy cómoda para ninguno de los dos en aquel momento; y mientras Charlie «mortificaba el alma y el cuerpo» para complacerla, ella estudiaba cómo servirle mejor. La tía Jessie la ayudaba mucho, y nadie lo adivinaba al ver a la bonita señorita Campbell subir y bajar la colina con cara tan seria, creyendo todos que no pensaba en otra cosa que en tomar, con encomiable regularidad, los paseos que le daban ese color tan encantador.

Las cosas estaban en este estado cuando un día llegó a Rose una nota de la señora Clara.

QUERIDA NIÑA: Compadécete de mi pobre hijo y ánimole con una visita, pues está tan abatido que me parte el corazón verle. Tiene en la cabeza un nuevo plan que me parece excelente, si quieres favorecerlo. Deja que venga a llevarte a dar un paseo en coche esta hermosa tarde y que hable contigo. Le sentará de maravilla y obligará profundamente a

Tu siempre amante TÍA CLARA.

Rose leyó la nota dos veces y se quedó un momento cavilando, con los ojos fijos distraídamente en la pequeña bahía que se veía desde su ventana. La vista de varias figuras oscuras que se movían vivamente de un lado a otro sobre su superficie helada pareció sugerirle un modo de escapar del paseo que temía por más de una razón.

«Eso será más seguro y más agradable», dijo para sí, y yendo a su escritorio, escribió la respuesta.

QUERIDA TÍA: Me da miedo Brutus, pero si Charlie quiere ir a patinar conmigo me gustaría mucho y nos sentaría bien a los dos. Allí podré escuchar el nuevo plan con la mente tranquila, así que dale mis cariños, por favor, y dile que le espero a las tres.

Affma., ROSE.

Puntualmente a las tres apareció Charlie con los patines al brazo y muy buen semblante, que se iluminó maravillosamente cuando Rose bajó la escalera con un traje de piel de foca y falda escarlata tan parecidos a los que llevaba años atrás que él exclamó involuntariamente al coger los patines de ella:

—Tienes tan aspecto de la pequeña Rose que apenas te reconozco, y es tan como en los viejos tiempos que me siento de dieciséis años.

—Así es como hay que sentirse en un día como éste. Vamos ya y tengamos una buena sesión antes de que llegue alguien. Ahora sólo hay unos pocos niños, pero es sábado, ya sabes, y todo el mundo estará aquí antes de que pase mucho tiempo —respondió Rose, poniéndose cuidadosamente los mitones mientras hablaba, pues su corazón no era tan ligero como el de la pequeña Rose bajo la chaquetilla marrón, y el muchacho de dieciséis años nunca la miraba con el amor y el anhelo que leía en los ojos del joven que tenía delante.

Salieron y pronto estuvieron casi tan alegres y acalorados como los niños que les rodeaban, pues el hielo estaba en buenas condiciones, el sol de febrero brillante y el viento penetrante les avivaba la sangre con un ardor saludable.

—Cuéntame ahora el plan del que hablaba tu madre —empezó Rose cuando fueron deslizándose por la amplia extensión que tenían delante, pues Charlie parecía haber olvidado todo salvo la dicha de tenerla para él solo un rato.

—¿El plan? ¡Ah, sí! Es simplemente esto: me voy a reunir con padre el mes que viene.

—¿De verdad? —Y Rose parecía sorprendida e incrédula, pues ese plan no era nuevo.

—De verdad. No me crees, pero es así; y madre piensa venir conmigo. Hemos recibido otra carta del gobernador, y dice que si ella no puede separarse de su niño grande, que venga también y que seamos todos felices juntos. ¿Qué te parece? —preguntó él, mirándola fijamente, pues estaban cara a cara mientras ella patinaba hacia atrás y él la sujetaba de ambas manos para guiarla y estabilizarla.

—Me parece estupendo, y ahora sí lo creo; sólo que me deja un poco sin aliento pensar que la tía va a ir, cuando nunca había querido oír hablar de ello.

—Ahora tampoco le gusta mucho el plan y consiente en ir sólo con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Rose, intentando soltar las manos, pues una mirada a Charlie le hizo sospechar lo que se avecinaba.

—Que vayas con nosotros. —Y reteniéndolas con fuerza, añadió rápidamente—: Déjame terminar antes de hablar. No quiero decir que nada tenga que cambiar hasta que estés lista, pero si vienes, estoy dispuesto a renunciar a todo lo demás y a vivir donde sea el tiempo que quieras. ¿Por qué no ibas a venir con nosotros uno o dos años? Nunca hemos tenido nuestra parte. Padre estaría encantado, madre contenta, y yo el hombre más feliz del mundo.

—¿Quién ha hecho este plan? —preguntó Rose en cuanto recuperó el aliento, que ciertamente se le había ido un poco ante ese proyecto del todo nuevo y nada grato.

—Lo sugirió madre: yo no me habría atrevido ni a soñar con una riqueza semejante. Me había resignado a ir solo, y cuando se lo dije, ella se desesperó hasta que se le ocurrió esta idea soberbia. Después de eso, claro, me fue fácil mantenerme en la resolución que había tomado.

—¿Por qué decidiste ir, Charlie? —Y Rose le miró a los ojos que la miraban suplicantes.

Vacilaron y se desviaron, luego la encontraron de nuevo con honradez, pero llenos de una humildad que hizo bajar los de ella cuando él respondió muy bajo:

—Porque no me atrevo a quedarme.

—¿Es tan difícil? —dijo ella con compasión.

—Muy difícil. No tengo el valor moral de reconocerlo y enfrentarme al ridículo, y me parece tan mezquino esconderme por miedo a romper mi promesa. Esta vez la mantendré, Rose, aunque tenga que ir a los confines de la tierra para hacerlo.

—No es cobardía huir de la tentación, y nadie cuya opinión valga algo se reirá de ningún valiente intento de vencerse a uno mismo. No le hagas caso, Charlie: mantente firme, y estoy segura de que lo conseguirás.

—Tú no sabes lo que es, y yo no puedo decírtelo, porque hasta que intenté dejarlo nunca adiviné cuánto dominio tenía sobre mí. Creía que era sólo una costumbre, fácil de abandonar cuando quisiera, pero es más fuerte que yo, y a veces siento como si me poseyera un demonio que acabará por dominarme, por mucho que me esfuerce.

Soltó sus manos bruscamente al decirlo, con la energía de la desesperación; y como si temiera decir demasiado, la dejó por un momento, alejándose a toda velocidad, como si de verdad quisiera «ir a los confines de la tierra» para escapar del enemigo que llevaba dentro.

Rose se quedó inmóvil, aterrada por este súbito conocimiento de cuánto mayor era el mal de lo que había soñado. ¿Qué debía hacer? ¿Ir con su primo y con ello comprometerse tácitamente como su compañera en ese viaje más largo para el que aún estaba tan pobremente equipado? Tanto el corazón como la conciencia protestaron contra eso con tanta fuerza que apartó el pensamiento. Pero la compasión abogaba por él tiernamente, y el espíritu de sacrificio que lleva a las mujeres a dar más de lo que reciben le hizo sentir que en cierto modo el destino de ese hombre estaba en sus manos, para bien o para mal según ella decidiera. ¿Cómo ser fiel a él y a sí misma al mismo tiempo?

Antes de que pudiera responder a esta pregunta, él estaba de vuelta, con el aire de quien había dejado atrás su pena, pues sus estados de ánimo variaban como el viento. La actitud de ella, inmóvil y sola con la cara inclinada, era tan distinta de la criatura alegre que había salido a su encuentro una hora antes que le llenó de remordimiento, y acercándose, le pasó una mano por el brazo, diciendo mientras ella le seguía involuntariamente:

—No puede quedarse parada. Olvide mis dramáticas y respóndame.
¿Vendrá con nosotros, Rose?

—No ahora: eso es pedir demasiado, Charlie, y no prometeré nada porque no puedo hacerlo honradamente —respondió ella con tanta firmeza que él comprendió que era inútil insistir.

—¿Tengo que irme solo entonces, dejando atrás todo lo que me importa?

—No: llévate a tu madre, y haz todo lo que puedas por reunir a tus padres. No podrías entregarte a tarea mejor.

—Ella no irá sin ti.

—Creo que irá si te mantienes firme en tu resolución. No piensas abandonarla, espero.

—No: tengo que irme a algún sitio, pues no puedo quedarme aquí, y bien puede ser a la India, ya que eso complace a padre —respondió Charlie con terquedad.

—Le complacerá más de lo que te imaginas. Cuéntale toda la verdad, y ya verás qué contento estará de ayudarte y cuánto te respetará por lo que has hecho.

—Si tú me respetas, me importa poco la opinión de los demás —respondió Charlie, aferrándose con la pertinacia del enamorado a la esperanza más querida.

—Te respetaré si te vas valientemente y cumples con el deber que tienes con tu padre y contigo mismo.

—¿Y cuando lo haya cumplido, puedo volver a que me recompensen, Rose? —preguntó él, apoderándose de la mano posada en su brazo como si ya fuera suya.

—Ojalá pudiera decirte lo que quieres. Pero ¿cómo voy a prometer si no estoy segura de nada? No te quiero como debería, y quizás nunca lo haga, así que ¿por qué insistir en que me comprometa de esta manera? Sé generoso, Charlie, y no me lo pidas —rogó Rose, muy afectada por su persistencia.

—Creí que me querías: lo parecía mucho hace un mes, a menos que te hayas vuelto coqueta, y eso no acabo de creerlo —respondió él con amargu-

ra.

—Empezaba a quererte, pero me diste miedo para seguir —murmuró Rose, tratando de decir la verdad con amabilidad.

—¡Esa maldita costumbre! ¿Qué puede hacer un hombre cuando su anfitriona le pide que beba con ella? —Y Charlie parecía capaz de maldecirse a sí mismo con mucho más entusiasmo.

—Puede decir que no.

—Yo no puedo.

—¡Ah, ésa es la dificultad! Nunca aprendiste a decírselo ni siquiera a ti mismo, y ahora es tan difícil que quieres que yo te ayude.

—Y tú no quieres.

—Sí quiero, mostrándote que yo puedo decírselo a mí misma, por ti. —Y Rose alzó una cara tan llena de tierna tristeza que él no pudo dudar de las palabras que a la vez le reprochaban y consolaban.

—¡Mi pequeña santa! No merezco ni la mitad de tu bondad conmigo, pero lo merecerá, y me iré sin una queja a hacer lo mejor que pueda, por ti —exclamó él, conmovido por su pena y espoleado a la emulación por el ejemplo de valor e integridad que ella trataba de darle.

Kitty y Steve cayeron sobre ellos en ese momento; y obedeciendo al impulso de dejar atrás las penas que hace posible a los corazones jóvenes doler un minuto y bailar al siguiente, Rose y Charlie desterraron sus cuitas, se unieron al deporte que pronto convirtió la solitaria bahía en un salón de baile, y disfrutaron de los esplendores de un atardecer invernal, olvidados de la separación y de Calcuta.

CAPÍTULO 15

¡AY DE CHARLIE!

A pesar de mucha rebeldía interior, Charlie se mantuvo firme en su resolución, y la tía Clara, viendo que las persuasiones eran vanas, cedió y, en un estado de crónica indignación contra el mundo en general y contra Rose en particular, se preparó para acompañarle. La pobre muchacha lo pasó muy mal y, de no ser por su tío, lo habría pasado peor aún. Él era una especie de escudo sobre el que caían inútilmente los lamentos, reproches y miradas airadas de la señora Clara en vez de herir el corazón al que iban dirigidos.

Los días pasaron muy deprisa, pues todos parecían ansiosos por tener la despedida cuanto antes, y los preparativos fueron rápidos. La gran casa quedó lista para cerrarse durante un año al menos, se hizo provisión para el largo viaje, y se pagaron las visitas de despedida. La actividad y la agitación generales hacían imposible que Charlie siguiera llevando la vida de un ermitaño artístico, y cayó en un estado de inquietud que hacía que Rose anhelara la partida del Rajah, momento en que se sentiría tranquila, pues estas festividades de despedida eran peligrosas para quien apenas empezaba a aprender a decir «no».

«Ya ha pasado la mitad del mes sin contratiempos. Si podemos superar bien estas últimas semanas, me quitaré un gran peso de encima», pensó Rose bajando la escalera una agitada y lluviosa mañana de finales de febrero.

Al abrir la puerta del estudio para saludar a su tío, exclamó: «¡Pero si es Archie!», y se quedó en el umbral paralizada de miedo, pues en la cara blanca de su primo leyó la noticia de algún gran infortunio.

— ¡Shhh! No te asustes. Entra y te lo digo —susurró él, dejando el frasco que acababa de sacar del botiquín del doctor.

Rose comprendió y obedeció, pues la tía Plenty estaba pachucha con el reuma y dependía de su cabezada matutina.

—¿Qué ocurre? —dijo, mirando alrededor de la habitación con un escalofrío, como si esperara volver a ver lo que había visto allí la noche de Año Nuevo. Archie estaba solo, sin embargo, y, llevándola hacia el armario, respondió con evidente esfuerzo por mantenerse del todo tranquilo y firme:

—¡Charlie está herido! El tío quiere más éter y las vendas anchas que hay en algún cajón. Me lo dijo, pero no me acuerdo. Tú tienes esto en orden: búscalas. ¡Deprisa!

Antes de que acabara, Rose ya estaba en el cajón, revolviendo las vendas con manos que temblaban mientras buscaban.

—¡Todas son estrechas! Tengo que hacer unas. ¿Puedes esperar? —Y cogiendo un trozo de lienzo viejo, lo rompió en tiras anchas, añadiendo en el mismo tono rápido mientras empezaba a enrollarlas—: Ahora cuéntame.

—Puedo esperar: esas no se necesitan todavía. No pretendía que lo supiera nadie, y tú la última —empezó Archie, alisando las tiras sobre la mesa y evidentemente sorprendido por la sangre fría y la habilidad de la muchacha.

—Puedo soportarlo: date prisa. ¿Está muy herido?

—Me temo que sí. El tío tiene cara seria, y el pobre chico sufre tanto que no podía quedarme —respondió Archie, poniéndose aún más pálido por los labios que nunca habían tenido una historia tan dura que contar.

—Ya ves, anoche fue a la ciudad a ver al hombre que va a comprar a Brutus.

—¿Y fue Brutus? ¡Sabía que lo haría! —exclamó Rose, soltando el trabajo para retorcerse las manos, como si adivinara el desenlace de la historia.

—Sí, y si no lo hubieran sacrificado ya lo haría yo mismo con mucho gusto, pues ha hecho todo lo posible por matar a Charlie —murmuró el compañero de Charlie con gesto sombrío; luego exhaló un largo suspiro y añadió con la vista apartada—: No debería culpar al bruto: no fue culpa suya. Necesitaba mano firme y... —Se detuvo ahí, pero Rose dijo rápidamente:

—Continúa. Tengo que saberlo.

—Charlie se encontró con algunos de sus viejos camaradas, por pura casualidad; había una cena, y le obligaron a ir, sólo para despedirse, dijeron. No pudo negarse, y fue demasiado para él. Se empeñó en volver a casa solo en la tormenta, aunque no estaba en condiciones. Intentaron retenerle, pero no hubo manera. Por el puente nuevo, ya sabes, ese terraplén tan alto: el viento había apagado el farol; se le olvidó algo, o algo asustó a Brutus, y cayeron juntos los tres.

Archie había hablado aprisa y entrecortadamente, pero Rose lo entendió, y a las últimas palabras escondió la cara con un pequeño gemido, como si lo estuviera viendo todo.

—Bebe esto y olvida lo demás —dijo él, entrando corriendo al cuarto de al lado y volviendo con un vaso de agua, deseando acabar e irse, pues este tipo de dolor le parecía casi tan malo como el que había dejado.

Rose bebió, pero le sujetó el brazo con fuerza cuando él quiso volverse, diciendo en un tono de mando que no podía desobedecer:

—No me ocultes nada: dime lo peor de una vez.

—No supimos nada —continuó él obedientemente—. La tía Clara creía que estaba conmigo, y nadie lo encontró hasta muy temprano esta mañana. Un obrero lo reconoció y lo llevaron a casa: muerto creían. Fui a buscar al tío hace una hora. Charlie está consciente ahora, pero terriblemente herido, y temo por la manera en que Mac y el tío se miraron... ¡Oh, piénsalo, Rose! Aplastado e indefenso, solo bajo la lluvia toda la noche, ¡y yo sin saberlo, sin saberlo!

Con eso el pobre Archie se derrumbó del todo y, desplomándose en una silla, apoyó la cara en la mesa sollozando como una chica. Rose nunca había visto llorar a un hombre, y era tan distinto del llanto más suave de una mujer que la conmovió mucho. Dejando de lado su propio dolor, trató de consolar el de él; acercándose, le levantó la cabeza y le hizo apoyarse en ella, pues en horas como ésa las mujeres son las más fuertes. Era muy poco, pero consoló a Archie, pues el pobre sentía que el destino era muy duro con él en aquel momento, y sobre ese fiel pecho pudo derramar su breve pero patético lamento.

—Phebe se ha ido, y ahora si se lleva a Charlie, no sé cómo lo voy a soportar.

—Phebe volverá, querido, y esperemos que al pobre Charlie no vayan a llevárselo todavía. He oído decir que estas cosas siempre parecen peores al principio, así que ánimo y esperemos lo mejor —respondió Rose, buscando palabras de consuelo y encontrando muy pocas.

Surtieron efecto, sin embargo, pues Archie se animó como un hombre. Enjugándose las lágrimas, que él derramaba tan rara vez que no sabían por dónde salir, se levantó, se sacudió un poco y dijo con un largo suspiro, como si hubiera estado debajo del agua:

—Ya estoy bien, gracias. No he podido evitarlo: el golpe de despertarme de repente y encontrar al querido amigo en tan lamentable estado me trastornó. Debo irme: ¿están listas?

—Un momento. Di al tío que me mande llamar si puedo ser útil de algún modo. ¡Oh, pobre tía Clara! ¿Cómo lo está llevando?

—Casi enloquecida. Llevé a mamá con ella y hará todo lo que pueda. Sólo el cielo sabe lo que le pasará a la tía si...

—Y sólo el cielo puede ayudarla —añadió Rose mientras Archie se detenía ante las palabras que no podía pronunciar—. Toma estas, y mándame noticias a menudo.

—Valiente chica. Así lo haré. —Y Archie se fue bajo la lluvia con su triste carga, preguntándose cómo podía Rose estar tan serena cuando el querido Príncipe podía estar muriéndose.

Siguió un día largo y oscuro, sin nada que rompiera su melancólica monotonía salvo los partes que llegaban de hora en hora informando de poco cambio, ni a mejor ni a peor. Rose fue comunicando la noticia con suavidad a la tía Plenty y se puso a la tarea de mantener el ánimo de la anciana, que, sintiéndose impotente, estaba convencida de que todo iría mal sin ella. Al anoecer se quedó dormida, y Rose bajó a pedir que encendieran luces y fuego en el salón y prepararan el té para servirlo en cualquier momento, pues estaba segura de que vendrían algunos de los chicos y que un recibimiento alegre y las comodidades materiales les vendrían mejor que lágrimas, oscuridad y desolación.

Al poco llegó Mac, diciendo en cuanto entró en la habitación:

—Algo mejor, prima.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Rose, abriendo las manos que había tenido cruzadas. Luego, al ver lo agotado, mojado y fatigado que estaba Mac a la luz, añadió en un tono que era en sí mismo un reconfortante —: Pobre chico, qué cansado estás. Ven aquí y deja que te ponga cómodo.

—Iba a casa a refrescarme un poco, pues debo volver en una hora. Mamá me ha sustituido, así que podía ausentarme, y me he ido porque el tío se niega a moverse.

—No vayas a casa, pues si la tía no está será muy triste. Entra al cuarto del tío, refréscate, luego vuelve y te doy el té. ¡Deja que lo haga! No puedo ayudar de ninguna otra manera, y tengo que hacer algo: esta espera es tan desesperante.

Las últimas palabras traicionaron cuánto la estaba probando la incertidumbre, y Mac cedió al instante, contento de consolar y ser consolado. Cuando volvió, con aspecto muy repuesto, una tentadora mesita de té esperaba ante el fuego, y Rose fue a recibirle, diciendo con una sonrisa débil mientras le rociaba generosamente con el contenido de un frasco de colonia:

—No soporto el olor a éter: sugiere cosas tan terribles.

—¡Qué criaturas tan curiosas son las mujeres! Archie nos dijo que habías recibido la noticia como un héroe, y ahora te pones pálida con un tufo de mal aire. No lo entiendo —caviló Mac, soportando mansamente el fragante baño de lluvia.

—Yo tampoco, pero he estado imaginando horrores todo el día y me he puesto nerviosa. No hablemos de eso: ven a tomar el té.

—Esa es otra cosa curiosa: el té es tu panacea para todos los males humanos, y sin embargo no tiene ningún valor nutritivo. Prefiero un vaso de leche, si no te importa —dijo Mac, acomodándose en el sillón y estirando los pies hacia el fuego.

Ella se lo trajo y le hizo comer algo; luego, cuando él cerró los ojos con cansancio, se fue al piano y, sin ánimo para cantar, tocó suavemente hasta que pareció dormirse. Pero al dar las seis se levantó y estaba listo para marcharse.

—Él me regaló esto. Llévalo y ponle un poco en el pelo: le gusta, y tengo tantas ganas de ayudar un poco —dijo ella, deslizándolo el bonito frasco en el

bolsillo de Mac con una mirada tan anhelante que a Mac no se le ocurrió sonreír ante tan femenina petición.

—Se lo diré. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti, prima? —preguntó, sosteniendo la mano fría que tan útilmente le había servido.

—Solo esto: si hay algún cambio repentino, prométeme que vendrás a buscarme, a la hora que sea. Tengo que decirle «adiós».

—Vendré a buscarte yo mismo. Pero, Rose, estoy seguro de que puedes dormir en paz esta noche, y espero traerte buenas noticias por la mañana.

—¡Dios te lo pague! Ven temprano y deja que le vea pronto. Seré muy buena, y sé que no le hará ningún daño.

—No hay peligro. Lo primero que dijo cuando pudo hablar fue «Dile a Rose con cuidado», y cuando me iba, adivinó adónde iba e intentó enviar su besito de la mano a la antigua manera, ya sabes.

Mac pensó que le alegraría saber que Charlie se acordaba de ella, pero el pensamiento repentino de que quizás no volvería a ver jamás el familiar gestito fue la última gota que hizo desbordarse su corazón lleno, y Mac vio al «héroe» de la mañana caer a sus pies en un llanto tan intenso que le asustó. La llevó al sofá y trató de consolarla, pero en cuanto el amargo sollozo se calmó, ella alzó los ojos y dijo con bastante calma, rodándole aún grandes lágrimas por las mejillas:

—Déjame llorar: es lo que necesito, y luego estaré mucho mejor. Ve ahora con Charlie y dile que le digo de todo corazón: «¡Buenas noches!»

—¡Lo haré! —Y Mac se alejó pesadamente, maravillándose a su vez de la curiosa mezcla de fortaleza y debilidad de la naturaleza femenina.

Fue la noche más larga que Rose había pasado nunca, pero la alegría llegó con la mañana: «Está mejor. Puedes venir luego.» Entonces la tía Plenty olvidó el lumbago y se levantó; la tía Myra, que había venido a tener un compasivo encuentro, se quitó el sombrero negro como si no fuera a necesitarlo por el momento, y la muchacha se preparó para ir a dar «bienvenida de vuelta», no el duro «adiós».

Parecía muy largo esperar, pues no llegó ningún llamamiento hasta la tarde; entonces llegó su tío, y a la primera vista de su cara Rose empezó a temblar.

—He venido yo mismo a buscar a mi niña, porque debemos volver en seguida —dijo mientras ella corría hacia él sombrero en mano.

—Estoy lista, señor. —Pero las manos le temblaban al intentar anudarse las cintas, y los ojos no se apartaban de la cara llena de tierna compasión.

Él la metió rápidamente en el carruaje y, mientras rodaban, dijo con la tranquila franqueza que calma esa agitación mejor que cualquier muestra de simpatía:

—Charlie está peor. Lo temí cuando el dolor desapareció de repente esta mañana, pero las principales lesiones son internas y nunca se puede saber cuáles son las posibilidades. Él insiste en que está mejor, pero pronto empezará a debilitarse, me temo, perderá el conocimiento y se irá sin más sufrimientos. Éste es el momento de que le veas, pues tiene mucho empeño en ello, y ya nada puede hacerle daño. Hija mía, es muy duro, pero debemos ayudarnos el uno al otro a soportarlo.

Rose intentó decir «Sí, tío» con valentía, pero las palabras no salían, y sólo pudo poner su mano en la de él con una mirada de muda sumisión. Él apoyó su cabeza en el hombro de ella y siguió hablando con tanta tranquilidad que quien no viera cuánto habían envejecido y demacrado su cara dos días y una noche de angustia intensa podría haberle creído frío.

—Jessie se ha ido a casa a descansar, y Jane está con la pobre Clara, que al fin se ha quedado dormida. He mandado llamar a Steve y a los otros chicos. Habrá tiempo para ellos después, pero él tiene tanta ganas de verte ahora que he creído mejor venir mientras esta fuerza pasajera le mantiene. Le he dicho cómo está, pero no lo quiere creer. Si te pregunta, respóndele honradamente y trata de prepararle un poco para este final tan súbito de tantas esperanzas.

—¿Cuánto tiempo, tío?

—Unas horas, probablemente. Este momento tranquilo es tuyo: aprovéchalo, y cuando ya no podamos hacer nada más por él, nos consolaremos el uno al otro.

Mac les esperaba en el vestíbulo, pero Rose apenas le vio. Era consciente sólo de la tarea que tenía delante, y cuando su tío la llevó a la puerta, dijo con calma:

—Déjame entrar sola, por favor.

Archie, que estaba inclinado sobre la cama, se deslizó a la habitación interior al aparecer ella, y Rose encontró a Charlie esperándola con cara tan dichosa que no podía creer lo que había oído, y le fue fácil decir casi alegremente, tomando su ávida mano entre las suyas:

—Querido Charlie, qué contenta estoy de que me hayas mandado llamar. Tenía tantas ganas de venir, pero esperé a que estuvieras mejor. Sí lo estás, ¿verdad? —añadió, pues una segunda mirada le mostró el cambio indescriptible que había sobrevenido en aquel rostro que al principio parecía tener a la vez luz y color.

—El tío dice que no, pero creo que se equivoca, porque la agonía se ha ido del todo, y salvo por ese raro decaimiento que me entra de vez en cuando, no me siento tan mal —respondió él débilmente, pero con algo de la antigua ligereza en la voz.

—Me temo que no podrás embarcar en el Rajah, pero no te importará esperar un poco mientras te cuidamos —dijo la pobre Rose, tratando de seguir hablando con tranquilidad, con el corazón cada vez más pesado.

—¡Me embarcaré aunque me lleven en camilla! Cumpliré esa promesa aunque me cueste la vida. ¡Oh, Rose! ¿Lo sabes? ¿Te lo han dicho? —Y, con un recuerdo repentino de lo que le había llevado allí, escondió la cara en la almohada.

—No rompiste ninguna promesa, pues yo no te dejé hacerla, ya lo recuerdas. Olvida todo eso y hablemos del tiempo mejor que puede llegarte.

—¡Siempre tan generosa, tan buena! —murmuró él, con la mano de ella contra la mejilla ardorosa; luego, alzando los ojos, continuó en un tono tan humildemente contrito que llenó los de ella de lágrimas lentas y ardientes —: Intenté huir de la tentación; intenté decir «no», pero soy tan tristemente débil que no pude. Debes despreciarme. Pero no me abandones del todo, porque si vivo, lo haré mejor. Me iré con padre y empezaré de nuevo.

Rose trató de contener las amargas gotas, pero cayeron al oírle hablar todavía con esperanza cuando no había esperanza. Algo en el mudo tormento de su cara pareció decirle lo que ella no podía pronunciar, y un rápido cambio le sobrevino mientras apretaba su mano con más fuerza, diciendo en un agudo susurro:

—¿Tengo que morir de verdad, Rose?

Su única respuesta fue arrodillarse y rodearle con los brazos, como si intentara mantener a la muerte un poco más alejada. Él lo creyó entonces, y quedó tan inmóvil que ella levantó los ojos al momento, temiendo no sabía qué.

Pero Charlie lo soportó como un hombre, pues tenía el valor que puede afrontar un gran peligro con valentía, aunque no la fortaleza para luchar contra un pecado del corazón y vencerlo. Sus ojos estaban fijos, como si intentara mirar en el mundo invisible al que iba, y los labios, firmemente apretados, para que ninguna queja estropeará la prueba que pensaba dar de que, aunque no había sabido vivir, sí sabía morir. Le pareció a Rose que por un breve instante veía al hombre que podría haber sido si una educación temprana le hubiera enseñado a dominarse; y las primeras palabras que pronunció con un largo suspiro, al volver los ojos hacia ella, mostraron que él sentía el fracaso y lo reconocía con candor patético.

—Quizás sea mejor así; mejor irse antes de causarte más pena a ti y vergüenza a mí. Me gustaría quedarme un poco más e intentar redimir el pasado; me parece tan desperdiciado ahora; pero si no puedo, no te aflijas, Rose. Nadie echará de menos mi hueco, y quizás sea demasiado tarde para enmendar.

—¡No digas eso! Nadie ocupará tu lugar entre nosotros: nunca olvidaremos cuánto te hemos querido, y debes creer que te perdonamos con toda libertad como quisiéramos ser perdonados —exclamó Rose, sostenida por la pálida desesperación que había caído sobre el rostro de Charlie con aquellas amargas palabras.

—«Perdona nuestras ofensas.» Sí, eso debería decir. Rose, no estoy preparado: es tan de repente. ¿Qué puedo hacer? —susurró él, aferrándose a ella como si no tuviera más ancla que la criatura a quien tanto amaba.

—El tío te lo dirá: yo no soy bastante buena; sólo puedo rezar por ti. —Y se movió como para llamar a la ayuda que tan duramente se necesitaba.

—¡No, no, todavía no! ¡Quédate conmigo, amor mío! Lee algo ahí, en el viejo libro del abuelo: alguna oración para los como yo. Me hará más bien viniendo de ti que de cualquier ministro que viva.

Ella cogió el venerable libro que habían dado a Charlie porque llevaba el buen nombre del abuelo, y buscando la «Oración por los agonizantes», la leyó entrecortadamente mientras la voz a su lado repetía a ratos alguna palabra que reprendía o consolaba.

«El testimonio de una buena conciencia.» «Por la tristeza de su semblante sea su corazón mejorado.» «Paciencia y fortaleza cristiana.» «Abandona el mundo en paz.» «Amén.»

Hubo un silencio breve; luego Rose, viendo cuán demudado estaba, dijo suavemente:

—¿Llamo al tío ahora?

—Si quieres. Pero primero... no te rías de mi debilidad, querida: quiero mi pequeño corazón. Se lo llevaron; devuélvemelo y déjame guardarlo siempre —respondió él con el viejo cariño tan fuerte como siempre, aunque ahora sólo podía demostrarlo aferrándose al infantil amuleto que ella encontró y le devolvió: el viejo corazón de ágata con la cinta descolorida—. Pónselo, y que no me lo quiten nunca —dijo; y cuando ella le preguntó si había algo más que pudiera hacer por él, intentó tender los brazos hacia ella con una mirada que pedía más.

Ella le besó muy tiernamente en los labios y en la frente, intentó decir «adiós», pero no pudo hablar, y tanteó el camino hacia la puerta. Al volverse para una última mirada, el espíritu esperanzador de Charlie se alzó un momento, como ansioso de despedirla más alegre, y dijo con una sombra de la antigua sonrisa alegre, un débil intento del familiar gesto de despedida:

—Hasta mañana, Rose.

¡Ay de Charlie! Su mañana no llegó nunca, y cuando ella le vio de nuevo, yacía allí con aspecto tan sereno y noble que parecía que debía de estar bien, pues todo el dolor había pasado; la tentación había terminado; la duda y el miedo, la esperanza y el amor ya no podían agitar su corazón tranquilo, y en solemne verdad había ido a encontrarse con su Padre y a empezar de nuevo.

CAPÍTULO 16

BUENAS OBRAS

El Rajah se retrasó un tiempo, y cuando zarpó la pobre señora Clara estaba a bordo, pues todo estaba listo. Todos pensaron que le convenía ir a consolar a su marido, y desde la muerte de su hijo parecía importarle muy poco lo que le pasara. Así que, con amigos que alegrarían el largo viaje, se hizo a la mar, una mujer con el corazón cargado aunque no del todo desconsolada, pues sabía que el luto le sentaba extraordinariamente bien y estaba segura de que Esteban no la encontraría tan cambiada por las pruebas como podría haberse esperado.

Y no quedó nada de aquella alegre casa salvo las habitaciones vacías, el silencio que ya nunca rompería una voz alegre, y cuadros llenos de promesa pero todos sin terminar, como la pobre vida de Charlie.

Se le guardó mucho duelo al apuesto Príncipe, pero no hay para qué contarle salvo en lo que afectó a Rose, pues es con ella con quien más tenemos que ver, siendo los demás personajes de importancia secundaria.

Cuando el tiempo suavizó el primer golpe de la pérdida repentina, Rose se sorprendió al comprobar que el recuerdo de sus defectos y flaquezas, de su vida corta y su muerte penosa, se iba difuminando, como si una mano bondadosa hubiera borrado el registro y se lo devolviera bajo el aspecto del valiente y brillante muchacho al que había querido, no como el joven apasionado y caprichoso que la había querido a ella.

Esto le daba mucho consuelo, y cerrando la última hoja manchada donde estaba escrito su nombre, volvió de buena gana a las páginas más felices

que pintaban al joven caballero antes de que saliera a caer en su primera batalla. Ninguna amargura de amor frustrado empañaba este recuerdo en Rose, porque comprendió que el sentimiento más cálido, apenas en ciernes en su corazón, había muerto con Charlie y yacía frío y quieto en su tumba. Se maravillaba y al mismo tiempo se alegraba, aunque a veces un remordimiento le punzaba cuando descubría cuán posible era seguir sin él, sintiéndose casi como si se hubiera levantado una carga, ya que su felicidad había salido de sus manos. Aún no había llegado el tiempo en que saber que el corazón de un hombre estaba en su custodia sería el orgullo y la alegría de su vida, y mientras esperaba ese momento disfrutaba de la libertad que parecía haber recuperado.

Siendo tal su estado interior, le molestaba mucho que la trataran como a una muchacha con el corazón roto y la compadeciesen por la pérdida de su joven amante. No podía explicárselo a todo el mundo, así que lo dejaba pasar y ocupaba la mente con las buenas obras que siempre están listas para ser tomadas y llevadas adelante. Habiendo elegido la filantropía como profesión, sentía que era hora de emprender la tarea tan largamente descuidada.

Sus proyectos eran excelentes pero no prosperaban tan rápidamente como esperaba, pues al tratar con personas en vez de cosas surgían constantemente obstáculos imprevistos. El «Hogar para Damas Venidas a Menos», como los chicos se empeñaban en llamar a sus dos casas recién reformadas, arrancó bien, y era un espectáculo agradable ver las cómodas habitaciones llenas de mujeres respetables ocupadas en sus diversas tareas, rodeadas de las comodidades y muchos de los consuelos que hacen la vida llevadera. Pero pronto empezó a inquietar a Rose comprobar que las buenas mujeres esperaban que se ocupara de ellas de una manera para la que no estaba preparada. Su administrador Buffum le traía constantemente quejas, nuevas exigencias y descontento general si no se atendía. Las cosas andaban muy descuidadas: las tuberías se helaban y reventaban, los desagües se obstruían, los patios estaban hechos una pena y los alquileres atrasados. Y lo peor de todo: los de fuera, en vez de simpatizar, sólo se reían y decían: «Ya lo dijimos», que es la observación más desalentadora para trabajadores más viejos y más sabios que Rose.

El tío Alec, sin embargo, la apoyó firmemente y la sacó de muchos de sus apuros con buenos consejos y visitas de inspección que hicieron mucho

para hacer entender a las inquilinas que si no cumplían con su parte, sus contratos serían cortos.

—No esperaba ganar nada con esto, pero sí pensaba que serían agradecidas —dijo Rose en una ocasión en que habían llegado varias quejas a la vez y Buffum había informado de gran dificultad para cobrar los bajos alquileres.

—Si haces esto por la gratitud, entonces es un fracaso; pero si se hace por amor a ayudar a los que necesitan ayuda, es un éxito, pues a pesar de sus quejas cada una de estas mujeres siente los privilegios de que goza y los valora mucho —dijo el doctor Alec mientras volvían a casa después de una de estas visitas insatisfactorias.

—Entonces lo menos que pueden hacer es dar las gracias. Me temo que he pensado más en la gratitud que en el trabajo, pero si no la hay, tendré que acostumbrarme a pasar sin ella —respondió Rose, sintiéndose defraudada en lo que le correspondía.

—Los favores a menudo separan en vez de acercar a las personas, y he visto muchas amistades estropeadas por ser la obligación toda de un lado. No sé explicarlo, pero es así, y he llegado a la conclusión de que es tan difícil dar con el espíritu correcto como recibir. Piénsalo, querida, mientras aprendes a hacer el bien por el bien mismo.

—Conozco un tipo de personas que son agradecidas, y voy a dedicar mi atención a ellas. Me lo agradecen de muchas maneras, y ayudarlas es todo placer y nada de preocupación. ¡Ven al hospital y ve a los bebitos, o al asilo, y lleva naranjas a los huérfanos de Phebe: ellos no se quejan ni amargan la vida a una, bendito sea su corazón! —exclamó Rose, animándose de repente.

Después de aquello dejó a Buffum el manejo del «Retiro» y dedicó sus energías a los pequeños, siempre tan dispuestos a recibir el regalo más pequeño y a recompensar al que lo daba con su agradecimiento ingenuo. Aquí encontró mucho que hacer, y lo hacía con tan dulce buena voluntad que se abría camino como el sol, haciendo bailar muchos corazoncitos con espléndidas muñecas, libros de imágenes de colores y tiestos de flores, además de comida, abrigo y ropa para los cuerpecitos consumidos por la necesidad y el dolor.

Al llegar la primavera brotaron nuevos planes tan naturalmente como los dientes de león. Los niños pobres anhelaban el campo; y como el campo verde no podía ir a ellos, Rose los llevó al campo verde. En la Punta había una antigua granja, usada a menudo por el clan Campbell para las vacaciones de verano. Aquella primavera se arregló con inusitada antelación, se instalaron varias mujeres como ama de llaves, cocinera y enfermeras, y cuando los días de mayo se fueron haciendo brillantes y cálidos, grupos de niños pálidos llegaron a andar a gatas por la hierba, correr por las rocas y jugar en las arenas lisas de la playa. Un espectáculo hermoso, que bien recompensaba a quienes lo habían hecho posible.

Todos se interesaban por el «Jardín de Rose», como lo había bautizado Mac, y las mujeres de la familia iban continuamente a la Punta a llevar algo a los «pobrecitos». La tía Plenty sembraba pan de jengibre a manos llenas; la tía Jessie cosía delantalitos a docenas; la tía Jane «tenía el ojo puesto» en las enfermeras; y la tía Myra suministraba medicamentos con tanta liberalidad que la mortalidad habría sido atroz si el doctor Alec no los hubiera tomado a su cargo. Para él aquel era el lugar más delicioso del mundo, y con razón, pues él mismo había sugerido la idea y le daba a Rose todo el mérito. A menudo estaba allí, y su aparición era siempre recibida con gritos de júbilo, pues los niños acudían de todas partes: gateando, corriendo, saltando a la pata coja o en brazos que dejaban de buena gana para sentarse en las rodillas del «Doctor Tío», que era el título con que le conocían.

Parecía tan joven como cualquiera de sus compañeros, aunque la cabeza rizada empezaba a encanecer, y las travesuras que se armaban cuando llegaba eran mejor medicina que cualquier remedio para niños que nunca habían aprendido a jugar. Era un chiste habitual entre los amigos que el hermano soltero tenía la familia más numerosa y era el más doméstico de los cuatro restantes, aunque el tío Mac cumplía valientemente su parte y mantenía a la tía Jane en constante sobresalto con sus arriesgadas proposiciones de adoptar a los niños más robustos y a las niñas más bonitas para entretenerse y darle a ella en qué ocuparse.

En cierta ocasión la tía Jane tuvo un escape muy apurado, y siendo el culpable su hijo y no su marido, se sintió libre para desquitarse de muchos sustos de este tipo con una buena regañina que, a diferencia de muchas, produjo excelentes resultados.

Un brillante día de junio, mientras Rose volvía a casa al trote en su bonito pony bayo desde la Punta, vio a un hombre sentado en un árbol caído junto al camino, y algo en su actitud abatida llamó su atención. Al acercarse él volvió la cabeza, y ella se paró en seco, exclamando con gran sorpresa:

— ¡Pero si es Mac! ¿Qué haces aquí?

— Tratar de resolver un problema — respondió él, mirando hacia arriba con una expresión caprichosa de perplejidad y diversión en la cara que hizo sonreír a Rose hasta que sus palabras siguientes la pusieron seria de golpe —: He raptado a una joven y no sé qué hacer con ella. La llevé a casa, claro está, pero mamá la echó, y estoy en un aprieto.

— ¿Es ese su equipaje? — preguntó Rose, señalando con el látigo al gran bulto que él sostenía, mientras por su cabeza pasaba fugazmente la idea descabellada de que quizás realmente había hecho alguna locura de este tipo.

— No, esta es la joven misma. — Y abriendo una esquina del chal pardo, mostró una criatura de tres años tan pálida, tan delgada y pequeña que parecía un pajarillo asustado recién caído del nido mientras se encogía ante la luz con grandes ojos aterrados y una mano como una garrita aferrada fuertemente a un botón del abrigo de Mac.

— ¡Pobre nena! ¿De dónde ha salido? — exclamó Rose, inclinándose a mirar.

— Te cuento la historia, y luego me aconsejas qué hacer. En nuestro hospital hemos tenido a una pobre mujer que se lastimó y murió hace dos días. Yo no me ocupaba de ella, sólo le llevaba un poco de fruta de vez en cuando, pues tenía unos ojos grandes y angustiados que me perseguían. El día que murió me detuve un momento, y la enfermera me dijo que había querido hablarme pero no se atrevía. Le pregunté si podía hacer algo por ella, y aunque apenas podía respirar del dolor — estaba casi al final — me suplicó que cuidara del bebé. Me enteré de dónde estaba la criatura y prometí que la vería, pues la pobre no parecía poder morir hasta que yo le hubiera dado ese consuelo. No olvidaré nunca la mirada de sus ojos cuando le sostenía la mano y le decía: «El bebé estará atendido.» Intentó darme las gracias y murió poco después, muy tranquila. Bueno, fui hoy y busqué a la pobrecita. La encontré en un lugar miserable, dejada al cuidado de una vieja arpía que

la había encerrado sola para quitársela de en medio, y allí estaba este pedacito, acurrucada en un rincón, llorando «Mamá, mamá» con un sonido capaz de ablandar un corazón de piedra. Me enfrenté a la mujer y me llevé al bebé al instante, pues la habían maltratado: ya era hora. Mira.

Mac volvió el bracito flaco y mostró una marca azul que hizo que Rose soltara las riendas y extendiera los brazos, exclamando con una tierna especie de indignación:

—¿Cómo se han atrevido? Dámela, pobrecita sin madre.

Mac depositó el bulto en sus brazos, y Rose empezó a arrullarlo a la manera cálida y absurda que tienen las mujeres —muy reconfortante y efectiva, no obstante—, y el bebé evidentemente notó que las cosas mejoraban cuando unos labios cálidos le tocaron las mejillas, una mano suave le alisó el pelo revuelto y una cara de mujer se inclinó sobre ella con los arrullos y ronroneos inarticulados que hacen las madres. Los ojos aterrados fueron a ese rostro amable y se posaron en él como si se sintieran tranquilizados; la garrita llegó al cuello de la muchacha, y la pobre nena se acurrucó contra ella con un largo suspiro y un murmullo lastimero de «Mamá, mamá» que ciertamente habría ablandado un corazón de piedra.

—Continúa. No, Rosa, tú no —dijo la nueva niñera cuando el inteligente animal miró atrás para ver si todo estaba bien antes de seguir.

—Llevé a la criatura a casa de mamá, sin saber qué otra cosa hacer, pero no la quiso a ningún precio, ni siquiera por una noche. Ya sabes que no le gustan los niños, y papá ha bromeado tanto con «los de la Punta» que se pone furiosa con sólo oír hablar de un niño en casa. Me dijo que la llevara al Jardín de Rose. Le dije que estaba a rebosar y no había sitio ni para un pedacito como éste. «Al hospital», dice ella. «El bebé no está enferma, señora», digo yo. «Al asilo de huérfanos», dice ella. «No es huérfana: tiene padre que no puede cuidarla», digo yo. «Llévala al expósito, o a la señora Gardner, o a alguien que sea su obligación. Yo no quiero tener a la criatura aquí, enferma y sucia y ruidosa. Llévala y pregúntale a Rose qué hacer con ella.» Así que mi cruel madre me echó, pero se ablandó cuando me puse al bebé al hombro, me dio un chal para envolverla, una galleta para alimentarla y dinero para pagarle la pensión en algún sitio bueno. El ladrido de mamá siempre es peor que su mordisco, ya sabes.

—¿Y estabas pensando en el «sitio bueno» cuando te has sentado aquí?
—preguntó Rose, mirándole con gran aprobación mientras él le daba palmaditas en el cuello lustroso de Rosa.

—Exactamente. No quería molestarte, pues ya tienes la casa llena, y de verdad no se me ocurría ninguna buena alma a quien no le importara cargarse con esta pobrecita. No tiene nada que la recomiende, ya ves: no es guapa; es frágil; tímida como un ratón; mucho trabajo, sin duda; y sin embargo necesita todo lo que pueda conseguir para mantenerse cuerpo y alma juntos, si es que sé algo de esto.

Rose abrió los labios impetuosamente, pero los cerró sin hablar y se quedó un momento mirando fijamente entre las orejas de Rosa, como si se obligara a pensar dos veces antes de hablar. Mac la observaba por el rabillo del ojo mientras decía en tono meditativo, metiendo el chal alrededor de un par de piececillos mal vestidos:

—Parece que ésta es una de las obras de caridad que nadie quiere emprender, y sin embargo no puedo evitar sentir que mi promesa a la madre me obliga a algo más que entregarle sin más al bebé a alguna matrona atareada o enfermera descuidada en cualquiera de nuestras instituciones abarrotadas. Es una criatura tan frágil que quizás no le dé trabajo a nadie durante mucho tiempo, y me gustaría darle aunque sólo sea un gusto de comodidad, si no de amor, antes de que encuentre a su «mamá» de nuevo.

—Lleva a Rosa: voy a llevar a esta criatura a casa, y si el tío está de acuerdo, la adoptaré, ¡y será feliz! —exclamó Rose con el súbito ardor de sentimiento que siempre la hacía hermosa. Y estrechando al pobre bebé contra sí, siguió su camino como una Britomarte moderna, dispuesta a remediar los agravios de quien los necesitara.

Mientras llevaba del ramal al caballo de paso lento por el tranquilo camino, a Mac no le podía dejar de ocurrírsele que se parecían un poco a la Huida a Egipto, pero no lo dijo, pues era un joven respetuoso; sólo miraba hacia atrás de vez en cuando a la figura que tenía encima, pues Rose se había quitado el sombrero para proteger los ojos del bebé de la luz y avanzaba con el sol convirtiendo su pelo descubierto en oro mientras miraba a la pequeña criatura que reposaba sobre la silla ante ella con la dulce meditación que se ve en algunas Vírgenes jóvenes de Correggio.

Nadie más vio el cuadro, pero Mac lo recordó mucho tiempo, y desde entonces hubo un toque de reverencia que se añadió al cálido afecto que siempre había profesado a su prima Rose.

—¿Cómo se llama la criatura? —fue la pregunta repentina que interrumpió un breve silencio roto sólo por el sonido de los cascos al paso, el susurro de las ramas verdes arriba y el alegre canto de los pájaros.

—No lo sé —respondió Mac, dándose cuenta de repente de que había caído de un aprieto en otro.

—¿No preguntaste?

—No: la madre la llamaba «Bebé», y la vieja, «Mocosa». Y eso es todo lo que sé del nombre de pila. El apellido es Kennedy. Bautízala tú como quieras.

—Entonces la llamaré Dulcinea, ya que tú eres su caballero, y Dulce para abreviar. Es un diminutivo muy dulce, sin duda —rió Rose, muy divertida con la idea.

Don Quijote se mostró satisfecho y juró defender a su pequeña dama con valentía, comenzando sus servicios en el acto llenando las manitas de botones de oro, ganándose con ello la primera sonrisa que el bebé esbozaba en semanas.

Cuando llegaron a casa la tía Plenty recibió a su nueva huésped con la hospitalidad de siempre y, al oír la historia, se interesó con tanto calor como podría desear incluso la entusiasta Rose, yendo y viniendo para poner a la criatura cómoda con una energía agradable de ver, pues los instintos abueliles eran fuertes en la anciana y últimamente se habían desarrollado hermosamente.

En menos de media hora desde que el bebé subió, bajó de nuevo en el brazo de Rose, recién lavada y peinada, con un vestidito rosa de talla muy grande y un delantal blanco decididamente demasiado pequeño; un par de calcetines inmaculados pero sin zapatos; un vendaje ordenado en el brazo magullado y un collar de carretes como juguete colgado del otro. Una expresión resignada se posaba en su carita, pero los ojos aterrados sólo eran ya tímidos, y el corazón desvalido estaba evidentemente muy consolado.

—¡Ya está! ¿Cómo te parece tu Dulce ahora? —dijo Rose, exhibiendo orgullosa la obra de sus manos al entrar con la falda de montar recogida y llevando un cuenco de plata con sopas de leche.

Mac se arrodilló, tomó la manita reticente y la besó con tanta devoción como el bueno de Alonso Quijada la de la Duquesa, diciendo alegremente con cita de la historia inmortal:

—«Alta y soberana señora, vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.»

Pero el bebé no tenía ganas de juego, y retirando la mano señaló el cuenco con la observación expresiva:

—Papá, ahora.

Así que Rose se sentó a dar de comer a la Duquesa mientras Don Quijote estaba de pie y contemplaba el festín con mucha satisfacción.

—¡Qué mona está! ¿Consideras los zapatos poco saludables? —preguntó, examinando los calcetines con respetuoso interés.

—No: sus zapatos se están secando. La habrás dejado ir al barro.

—Sólo la bajé un momento cuando lloriqueó, y fue derecha a un charco, como un pato. Le compraré unos nuevos, y ropa también. ¿Adónde voy, qué pido y cuánto compro? —dijo él, buscando el monedero, lleno de buena voluntad aunque de una ignorancia deplorable.

—De eso me encargo yo. Siempre tenemos cosas a mano para los de la Punta según van llegando y pronto podemos equipar a Dulce. Si quieres puedes informarte sobre el padre, pues no quisiera que me la quitaran justo cuando me estoy encariñando con ella. ¿Sabes algo de él?

—Sólo que está en prisión durante veintiún años y no es probable que te moleste.

—¡Qué terrible! La verdad es que creo que Phebe tenía más suerte de no tener ninguno. Me pongo a trabajar enseguida, entonces, y trataré de criar a la hijita del preso para que sea una buena mujer, de manera que tenga un nombre honrado propio, ya que él no tiene más que deshonor que darle.

—El tío puede enseñarte cómo hacer eso si necesitas ayuda. Ha tenido tanto éxito en su primer intento que me figuro que no necesitarás mucho —

dijo Mac, recogiendo los carretes por sexta vez.

—Sí lo necesitaré, pues es una gran responsabilidad y no la asumo a la ligera —respondió Rose con seriedad, aunque el cumplido de doble cañón le agradó mucho.

—Estoy seguro de que Phebe ha salido de maravilla, y empezaste muy temprano con ella.

—¡Es verdad! Eso es alentador. Querida, qué desconcertada estaba cuando le propuse adoptarla. Lo recuerdo todo, pues el tío acababa de llegar y yo estaba enloquecida con una caja de regalos y me lancé sobre Phebe cuando estaba fregando los metales. ¡Qué poco imaginé que mi ofrecimiento infantil acabaría tan bien! —Y Rose se quedó pensativa con una sonrisa feliz mientras el bebé sacaba con sus propios dedillos ocupados los últimos trozos del cuenco.

Desde luego que había acabado bien, pues Phebe, al cabo de seis meses, no sólo tenía un buen puesto como cantante de coro sino varios alumnos jóvenes y excelentes perspectivas para el invierno siguiente.

—«Acepta la bendición de un joven pobre cuyos dichosos pasos le han traído a tu puerta», y déjame ayudar en todo lo que pueda. Adiós, mi Dulcinea.

Y, con una última caricia en la cabeza lisa, Mac se fue a comunicar su éxito a su madre, quien, a pesar de su aparente severidad, ya estaba planeando cómo podría favorecer mejor a este inconveniente bebé.

CAPÍTULO 17

ENTRE LOS MONTONES DE HENO

El tío Alec no puso ninguna objeción y, al comprobar que nadie tenía ningún derecho sobre la criatura, permitió a Rose quedarse con ella al menos por un tiempo. Así que la pequeña Dulce, recién equipada hasta con un nombre, fue ocupando su lugar entre ellos y poco a poco empezó a prosperar. Pero no llegó a ser guapa y nunca fue una niña alegre ni atractiva, pues parecía haber nacido entre penas y criada en la miseria. Una criatura pálida y pensativa, siempre buscando rincones y asomando la vista tímidamente, como pidiendo permiso para vivir, y cuando le ofrecían juguetes los aceptaba con una callada sorpresa muy enternecedora.

Rose se ganó pronto su corazón, y luego casi se arrepintió de haberlo conseguido, pues el bebé se aferraba a ella con un cariño inconveniente, cambiando su anterior lamento de «Mamá» por uno de «Tita Wose» si se separaban mucho rato. No obstante, había una gran satisfacción en cuidar a la pequeña desamparada, pues Rose aprendía más de lo que podía enseñar y sentía un sentido de responsabilidad que era un lastre excelente para su naturaleza entusiasta.

Kitty Van, que tomaba a Rose por modelo en todas las cosas, se sintió de inmediato inspirada a hacer lo mismo, para grande diversión y fastidio de su familia. Eligiendo al niño más bonito y vivo del asilo, se lo llevó a casa a prueba por una semana. «Un verdadero querubín», lo llamó el primer día; pero «enfant terrible» antes de que acabara la semana, pues el joven héroe alborotaba de día, berreaba de noche, saqueaba la casa de arriba abajo y mantenía a sus guardianas en una serie de sustos con sus escapadas de milagro. Así que el lunes por la mañana la pobre Kitty, agotada, devolvió al «querubín» con muchas gracias y decidió esperar a que sus ideas sobre la educación estuvieran algo más desarrolladas.

Al llegar el buen tiempo, Rose anunció que Dulce necesitaba el aire de la montaña, pues reproducía fielmente cuantas recetas del doctor Alec podía y, recordando el bien que le había hecho Cozy Corner tiempo atrás, resolvió probar el mismo remedio con su bebé. La tía Jessie y Jamie se fueron con

ella, y la señora Atkinson las recibió con la misma cordialidad de siempre. Las hijas guapas estaban todas casadas y se habían ido, pero una fornida muchacha ocupaba su lugar, y nada parecía haber cambiado salvo que las cabezas viejas eran más grises y las jóvenes bastante más altas que seis años atrás.

Jamie fraternizó en seguida con los chicos del lugar y se dedicó a pescar con un ardor que merecía mayor éxito. La tía Jessie se entregó a la lectura, para la que no tenía tiempo en casa, y se tumbaba en su hamaca dichosa, sin calcetines que zurcir, botones que coser ni preocupaciones domésticas que atormentarla. Rose iba de un lado a otro con Dulce como una gallina muy solícita con su polluelo algo débil, pues le preocupaba que el tratamiento funcionara bien y atendía a su pequeña paciente con satisfacción que iba en aumento día a día. El doctor Alec subió a pasar unos días y declaró que la niña estaba en condición muy prometedora. Pero el gran acontecimiento de la temporada fue la llegada inesperada de Phebe.

Dos de sus alumnas la habían invitado a unirse a un viaje por la montaña, y ella se escapó del gran hotel para sorprender a su pequeña ama con su visita, tan bien y tan feliz que Rose ya no tenía ninguna inquietud por ella.

Tres días deliciosos pasaron juntas, vagando, hablando como sólo saben hablar las chicas después de una larga separación, y disfrutándose mutuamente como un par de enamorados. Como para hacerlo del todo perfecto, por una de esas notables coincidencias que a veces ocurren, Archie tuvo la casualidad de subir para el domingo, así que Phebe tuvo su sorpresa; y la tía Jessie y el telégrafo guardaron tan bien su secreto que nadie supo nunca qué maquinaciones maternas habían propiciado el feliz accidente.

Entonces Rose presenció unos amoríos campestres muy bonitos, y mucho después de que hubieran terminado y Phebe se hubiera ido por un lado y Archie por otro, le parecía que el eco de las dulces palabras seguía flotando en el aire como tiernos fantasmas que rondaban la arboleda de pinos, y hasta la gran cafetera tenía un halo de romance, pues en sus costados bruñidos se reflejaban las miradas tiernas que los enamorados se intercambiaban mientras uno llenaba la taza del otro en aquel último desayuno.

Rose encontraba estas remembranzas más interesantes que cualquier novela que hubiera leído, y a menudo embebía sus largos ratos de ocio planean-

do un espléndido futuro para su Phebe mientras trotaba detrás de su bebé en el hermoso tiempo de julio.

En uno de los días más perfectos estaba sentada bajo un viejo manzano en la ladera detrás de la casa donde solían jugar. Ante ella se abría la amplia vega salpicada de segadores con su pintoresco trabajo. A la izquierda corría el río rápido, bordeado de elegantes olmos en su más valiente verdor; a la derecha se alzaban los montes púrpura, serenos y majestuosos; y sobre su cabeza ardía el cielo de pleno verano que glorificaba todo lo demás.

La pequeña Dulce, cansada de jugar, dormía profundamente en el nido que había hecho en uno de los montones de heno cercanos, y Rose se apoyaba en el viejo árbol nudoso soñando sueños con el trabajo a sus pies. Ensimismadas y absorbentes parecían ser sus fantasías, pues tenía la cara de una tranquilidad hermosa y no prestó atención al tren que de repente cruzó volando el valle, dejando detrás una nube blanca. Su rumor ocultó el sonido de pasos que se acercaban, y sus ojos no se apartaron de los montes lejanos hasta que la aparición brusca de un joven muy tostado por el sol pero sonriente la hizo saltar, exclamando con alegría:

— ¡Pero si es Mac! ¿De dónde has caído?

— De la cima del Monte Washington. ¿Cómo estás?

— Nunca mejor. ¿Quieres entrar? Debes estar cansado después de semejante caída.

— No, gracias. Ya he visto a la señora. Me dijo que la tía Jessie y el chico habían ido al pueblo y que tú estabas «reposando» en el sitio de siempre. Vine enseguida y me tiendo aquí si no te importa —respondió Mac, desatando la mochila y acomodándose en un montón de heno como si fuera una silla.

Rose volvió a su asiento de antes, examinando a su primo con mucha satisfacción mientras decía: — Esta es la tercera sorpresa que tengo desde que llegué. Primero apareció el tío de improviso, luego Phebe, y ahora tú. ¿Has tenido un buen paseo? El tío dijo que habías salido.

— ¡Delicioso! Me siento como si hubiera estado en el cielo, o cerca de él, durante unas tres semanas, y he pensado que pasaría por aquí de vuelta a casa para amortiguar el golpe de volver a la tierra.

—Tienes aspecto de que el cielo te sienta bien. Moreno como una ciruela, pero tan fresco y alegre que nunca adivinaría que has estado trepando por una montaña —dijo Rose, intentando descubrir por qué tenía tan buen aspecto a pesar del traje de franela azul y los zapatos polvorientos, pues había en él una cierta frescura silvestre mientras estaba sentado allí lleno de una tranquila fortaleza que los montes parecían haberle dado, la alegría sana y reconfortante de los días al aire libre y al sol metida en un hombre, y la mirada clara y luminosa de quien ha entrevisto un mundo nuevo desde la cima.

—El caminar me sienta bien. Me di un chapuzón en el río al pasar y me arreglé en un paraje donde bien podría haber vivido la Sabrina de Milton —dijo él, sacudiéndose el pelo húmedo y acomodando el ramito de bayas escarlatas que llevaba en el ojal.

—Tienes aspecto de haber encontrado a la ninfa en casa —dijo Rose, sabiendo cuánto le gustaba el *Comus* .

—La encontré aquí —respondió él con una pequeña reverencia.

—Muy bonito, y yo te hago uno a cambio. Te pareces a tío Alec más cada día, y creo que voy a llamarte Alec Junior.

—A Alejandro Magno no le haría mucha gracia —dijo Mac sin parecer tan agradecido como ella esperaba.

—Mucho parecido, en efecto, salvo en la frente. La suya es ancha y bondadosa; la tuya, alta y arqueada. ¿Sabes que si no tuvieras barba y llevaras el pelo largo, creo que tendrías aspecto de Milton? —añadió Rose, segura de que eso le gustaría.

Lo que sí hizo fue divertirle, pues se echó hacia atrás sobre el heno y se rió con tantas ganas que su alegría asustó a la ardilla del muro y despertó a Dulce.

—¡Ingrato! ¿No te sirve nada? Cuando digo que te pareces al mejor hombre que conozco, encogimiento de hombros; y cuando te comparo con un gran poeta, carcajadas. Me temo que eres muy engreído, Mac. —Y Rose se rió también, contenta de verle tan alegre.

—Si lo soy, es culpa tuya. Nada de lo que yo haga podrá hacer de mí un Milton, salvo que me quede ciego algún día —dijo él, serenándose ante el

pensamiento.

—Una vez dijiste que un hombre podía ser lo que quisiera si se esforzaba lo suficiente, así que ¿por qué no ser poeta? —preguntó Rose, gustando de pillarlo con sus propias palabras, como él la pillaba a ella tan a menudo.

—Creía que iba a ser médico.

—Podrías ser ambas cosas. Ha habido médicos poéticos, ¿sabes?

—¿Te gustaría que fuera uno así? —preguntó Mac, mirándola tan en serio como si de verdad pensara en intentarlo.

—No. Prefiero que seas lo uno o lo otro. No me importa cuál, con tal de que seas famoso en el que elijas. Tengo grandes ambiciones para ti, porque insisto en que eres un genio de algún tipo. Creo que ya empieza a bullir, y tengo mucha curiosidad por saber en qué quedará.

Los ojos de Mac brillaron al oír eso, pero antes de que pudiera hablar una vocecita dijo «¡Tita Wose!» y se volvió para encontrar a Dulce sentada en su nido, mirando la ancha espalda azul que tenía delante con ojos muy redondos.

—¿Conoces a tu Don? —preguntó él, ofreciéndole la mano con respetuosa suavidad, pues parecía un poco insegura de si era amigo o desconocido.

—Es «Mat» —dijo Rose, y esa palabra familiar pareció tranquilizar en seguida a la criatura, pues inclinándose hacia adelante le besó como si estuviera muy acostumbrada a hacerlo.

—Por cierto, le traje unos juguetes, y los tendrá en seguida para pagar ese beso. No esperaba una acogida tan graciosa de este ratoncillo tan tímido —dijo Mac, muy complacido, pues Dulce era muy avara de sus favores.

—Te conocía, pues siempre llevo conmigo el álbum de casa, y cuando llega a tu retrato siempre te besa, porque nunca quiero que olvide a su primer amigo —explicó Rose, satisfecha de su alumna.

—El primero, pero no el mejor —respondió Mac, revolviendo en la mochila los juguetes prometidos que fue desplegando sobre el heno ante la encantada Dulce.

No libros de imágenes ni golosinas, sino bayas ensartadas en largos tallos de hierba, bellotas y bonitas piñas, trozos de roca brillantes de mica, varias

plumas de arrendajo azul y un nido de musgo con guijarros blancos de huevos.

La «naturaleza gentil y poderosa» sabe lo que les gusta a los niños y tiene abundantes juguetes de ese tipo listos para todos ellos, si uno sabe cómo encontrarlos. Éstos fueron recibidos con arrebató. Y dejando a la pequeña criatura para que los disfrutara a su manera tranquila, Mac empezó a meter las cosas de vuelta en la mochila. Había dos o tres libros cerca de Rose, y ella tomó uno que se abrió por una página marcada con un papel garabateado.

—¿Keats? No sabía que te dignabas leer algo tan moderno —dijo ella, moviendo el papel para ver la página que tapaba.

Mac levantó los ojos, arrebató el libro de sus manos y sacudió varios papelillos más, luego se lo devolvió con una expresión curiosamente avergonzada, diciendo mientras se metía los papeles en el bolsillo: —Perdona, pero estaba lleno de tonterías. Oh, sí: me encanta Keats. ¿No lo conoces?

—Solía leerle mucho, pero el tío me encontró llorando sobre «La olla de albahaca» y me aconsejó que leyera menos poesía por una temporada, pues me volvería demasiado sentimental —respondió Rose, pasando las páginas sin verlas, pues una nueva idea acababa de asomársele a la cabeza.

—«La víspera de Santa Inés» es la historia de amor más perfecta del mundo, creo yo —dijo Mac con entusiasmo.

—Léemela. Me apetece escuchar poesía, y tú le harás justicia si te gusta —dijo Rose, tendiéndole el libro con aire inocente.

—Nada me gustaría más, pero es bastante larga.

—Te aviso si me canso. El bebé no nos interrumpirá: estará contenta una hora con esas cosas tan bonitas.

Como si la tarea le complaciera mucho, Mac se tendió cómodamente en la hierba y, apoyando la cabeza en la mano, leyó la hermosa historia con el dominio de quien entra del todo en su espíritu. Rose le observaba atentamente y veía cómo su cara se iluminaba ante alguna imagen extraña, alguna descripción delicada o alguna palabra deliciosa; oía cómo las melódicas cadencias brotaban suavemente de sus labios, y leía algo más que admiración

en sus ojos al mirar hacia arriba de cuando en cuando para ver si ella lo disfrutaba tanto como él.

No podía evitar disfrutarlo, pues la pluma del poeta pintaba tanto como escribía, y la pequeña historia de amor vivía ante ella; pero no pensaba en John Keats mientras escuchaba: se preguntaba si este primo era un espíritu afín, nacido para hacer esa música y dejar detrás un eco tan dulce. Parecía posible; y, tras pasar los ásperos cambios de oruga y crisálida encerrada, la hermosa mariposa aparecería para asombrarlos y deleitarlos a todos. Tan absorta estaba en esta idea que cuando terminó la historia no le dio las gracias sino que, inclinándose hacia adelante, preguntó con un tono que le hizo sobresaltarse y mirar como si acabara de caer de las nubes:

—Mac, ¿escribes tú poesía?

—Nunca.

—¿Cómo llamas al poema que Phebe cantó con el coro de pájaros?

—Era una nadería hasta que ella le puso la música. Pero había prometido no decirlo.

—No lo dijo. Lo sospeché, y ahora lo sé —rió Rose, encantada de haberle pillado.

Muy desconcertado, Mac lanzó al pobre Keats a un lado y, apoyándose en ambos codos, intentó esconder la cara, que se le había puesto roja como a una muchacha modesta cuando la molestan con su novio.

—No pongas esa cara de culpable: no es pecado escribir poesía —dijo Rose, divertida con su confesión.

—Sí es pecado llamar poesía a esas tonterías —murmuró Mac con gran desdén.

—Es un pecado mayor decir una mentira y afirmar que no la escribes.

—Leer tanto a uno le pone a pensar en estas cosas, y cualquier chico garabatea alguna rima cuando está ocioso o enamorado, ya sabes —explicó Mac con aire de gran culpabilidad.

Rose no acababa de entender el cambio que veía en él hasta que las últimas palabras le sugirieron una causa que sabía por experiencia que solía in-

spirar a los hombres jóvenes. Inclinandose hacia adelante de nuevo, preguntó solemnemente, aunque los ojos le bailaban de diversión:

—Mac, ¿estás enamorado?

—¿Tengo cara de ello? —respondió él, con una expresión tan ofendida e indignada que ella se disculpó en seguida, pues ciertamente no tenía aspecto de enamorado con semillas de heno en el pelo, varios grillos vivarachos jugando al pídola en su espalda y un par de piernas largas tendidas del árbol al montón de heno.

—No, y te pido perdón humildemente por tan injustificada insinuación. Se me había ocurrido sólo que la especie de elevación que observo en ti podría deberse a eso, ya que no era la poesía.

—Si algo es, es la buena compañía que he llevado. Nadie pasa «Una semana» con Thoreau y no sale mejor de ella. Me alegra que se note, porque en el tumulto que es la vida para la mayoría de nosotros, incluso una hora con un alma tan sensata, sencilla y sagaz como la suya tiene que servir de algo —dijo Mac, sacando del bolsillo un libro muy manoseado con el aire de presentar a un querido y venerado amigo.

—He leído trozos y me gustan: son tan originales y frescos y a veces graciosos —dijo Rose, sonriendo al ver qué marcas de aprobación tan naturales y apropiadas le habían puesto al libro los elementos, pues uno evidentemente había recibido la lluvia, una baya aplastada manchaba otro, algún ratón de campo o ardilla apreciadora había roído una esquina, y la cubierta estaba descolorida por el sol, que parecía haber filtrado hasta los pensamientos interiores.

—Aquí tienes un trozo característico: «Preferiría sentarme en una calabaza y tenerla toda para mí que estar apretujado en un cojín de terciopelo. Preferiría ir por la tierra en un carro de bueyes, con libre circulación, que subir al cielo en el vagón de lujo de un tren de excursión, respirando aire viciado todo el camino.»

—He probado las dos cosas y estoy bastante de acuerdo con él —rió Mac, y hojeando otra página le fue leyendo un párrafo aquí y allá.

—«Lee primero los mejores libros, o puede que no tengas ocasión de leerlos en absoluto.»

— «No aprendemos mucho de los libros eruditos, sino de los libros humanos sinceros: biografías francas y honestas.»

— «Al menos tengamos libros sanos. Que el poeta sea tan vigoroso como el arce azucarero, con savia bastante para mantener su propio verdor además de la que corre al cántaro; y no como la vid que, cortada en primavera, no da fruto sino que se desangra intentando curar sus heridas.»

— Eso va por ti —dijo Rose, que seguía pensando en la nueva sospecha que la complacía precisamente por su improbabilidad.

Mac le lanzó una mirada rápida y cerró el libro, diciendo tranquilamente, aunque los ojos le brillaban y una sonrisa consciente le rondaba la boca:

— Ya se verá, y nadie tiene que entrometerse, pues como dice mi Thoreau:

Cuanto dejamos en manos de Dios, Dios lo hace y nos bendice: el trabajo que elegimos debe ser nuestro: Dios lo deja solo.

Rose guardó silencio, como si tuviera conciencia de merecer su reproche poético.

— Vamos, me has catequizado bastante bien; ahora me toca a mí y te pregunto por qué tienes tú ese aspecto de «elevación», como tú lo llamas. ¿Qué has estado haciendo para parecerte más que nunca a tu nombre? —preguntó Mac, llevando la guerra al campo enemigo con la pregunta repentina.

— Nada más que vivir y disfrutar de ello. Me siento aquí, día tras día, tan feliz y contenta con las cosas pequeñas como Dulce, y siento que no soy mucho mayor que ella —respondió la muchacha, sintiendo que algo cambiaba en ese paréntesis tan agradable, pero sin poder describirlo.

— «Como si una rosa se cerrara y volviera a ser capullo» —murmuró Mac, tomando prestado de su amado Keats.

— ¡Pero yo no puedo hacer eso! Tengo que seguir floreciendo me guste o no, y el único apuro que tengo es saber qué pétalo debo desplegar a continuación —dijo Rose, alisándose juguetonamente el vestido blanco en el que parecía una margarita entre el verde.

— ¿Por dónde vas? —preguntó Mac, continuando su catecismo como si la imagen le gustara.

— Voy a ver. Desde que volví a casa el año pasado, he estado alegre, luego triste, luego ocupada, y ahora simplemente soy feliz. No sé por qué, pero parece como si esperara lo que ha de venir a continuación y me fuera preparando para ello, quizás sin saberlo —dijo ella, mirando soñadoramente hacia los montes otra vez, como si la nueva experiencia le viniera de lejos.

Mac la observó pensativo un momento, preguntándose cuántos pétalos más tendrían que abrirse antes de que el corazón dorado de esta flor humana quedara al sol. Sintió un curioso deseo de ayudar de alguna manera, y no se le ocurrió nada mejor que ofrecerle lo que él había encontrado más útil para sí mismo. Cogiendo otro libro, lo abrió por donde descansaba una hoja de roble y, tendiéndoselo, dijo como si presentara algo muy excelente y precioso:

— Si quieres estar preparada para recibir lo que llegue de manera valiente y noble, lee eso, y donde está la página doblada.

Rose lo tomó, vio las palabras «Confianza en uno mismo», y pasando las hojas leyó aquí y allá un pasaje señalado:

«Mi vida es para sí misma, y no para ser un espectáculo.»

«Insiste en ti misma: no imites nunca. Lo que cada uno puede hacer mejor, nadie salvo su Hacedor puede enseñárselo.»

«Haz lo que te está asignado, y no podrás esperar ni atreverte demasiado.»

Luego, llegando a la página doblada cuyo título era «El heroísmo», leyó y se iluminó mientras leía:

«Que la muchacha, con el alma erguida, camine con serenidad por su camino; acoja el indicio de cada nueva experiencia; examine uno a uno todos los objetos que solicitan su mirada, para que pueda aprender el poder y el encanto de su ser recién nacido.»

«La bella joven que rechaza las injerencias con una elección decidida y orgullosa de influencias inspira en cada observador algo de su propia nobleza; y el corazón silencioso la alienta. Oh amiga, no arrías nunca tu vela ante el miedo. Entra al puerto con grandeza, o navega con Dios por los mares.»

—Entiendes esto, ¿verdad? —preguntó Mac al verla levantar los ojos con el aspecto de quien ha encontrado algo que se ajustaba a su gusto y su necesidad.

—Sí, pero nunca me había atrevido a leer estos Ensayos porque creía que eran demasiado sabios para mí.

—Las cosas más sabias son a veces las más sencillas, me parece. Todo el mundo acoge la luz y el aire y no puede vivir sin ellos, aunque muy pocos podrían explicarlos de verdad. No te pido que leas ni entiendas todo eso: yo mismo tampoco; pero sí te recomiendo los dos ensayos que he señalado, y también «El amor» y «La amistad». Pruébalos y dime qué te parecen. Te dejo el libro.

—Gracias. Quería algo bueno para leer aquí, y a juzgar por lo que veo, creo que éste me convendrá. Sólo que la tía Jessie puede pensar que presumo si leo a Emerson.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ha hecho más por poner a pensar a jóvenes de ambos sexos que ningún hombre de este siglo, al menos. No tengas miedo: si es lo que quieres, tómalo y adelante, como él dice:

Sin parar, sin descansar, alzando lo Mejor hacia lo Óptimo.

—Lo intentaré —dijo Rose con humildad, sintiendo que Mac había ido adelante mucho más deprisa de lo que ella sospechaba.

En ese momento una voz exclamó «¡Hola!», y mirando alrededor se descubrió a Jamie que los examinaba críticamente en pose independiente, como un pequeño Coloso de Rodas de lino pardo, con un cartuchito de caramelo de melaza en una mano, varios anzuelos nuevos guardados cuidadosamente en la otra, y el sombrero bien echado hacia atrás, lo que permitía ver tantas pecas como una nariz algo limitada podía razonablemente albergar.

—¿Cómo estás, chico? —dijo Mac con un gesto.

—De primera. Me alegra que seas tú. Pensé que podía haber vuelto Archie, y ese no tiene ninguna gracia. ¿De dónde vienes? ¿A qué viniste? ¿Cuánto tiempo te quedas? ¿Quieres un trozo? Está muy bueno.

Con estos variados comentarios Jamie se acercó, estrechó la mano de manera varonil y, sentándose junto a su largo primo, ofreció caramelos a

todos con hospitalidad.

—¿Trajiste cartas? —preguntó Rose, declinando el pegajoso obsequio.

—Muchas, pero mamá se olvidó de dármelas y tenía bastante prisa, pues la señora Atkinson dijo que había llegado alguien y no pude esperar —explicó Jamie, reposando lujosamente con la cabeza en las piernas de Mac y la boca llena.

—Voy a buscarlas. La tía debe de estar cansada, y será agradable leer las noticias juntos.

—Es la chica más servicial que existe —observó Jamie mientras Rose se alejaba, pensando que a Mac podría apetecerle un refrigerio más sustancial que golosinas.

—Me lo parece, si la dejas correr tus recados, holgazán sinvergüenza —respondió Mac, mirándola subir el verde repecho, pues había algo muy atractivo para él en la delgada figura de vestido blanco liso con un lazo negro en la cintura y todo el ondulado cabello recogido en lo alto de la cabeza con una cintita negra.

—Una especie de prerrafaelita, y bastante refrescante después de las criaturitas con tantos afeites de los hoteles —se dijo para sí al verla desaparecer bajo el arco de alubias escarlatas sobre la puerta del jardín.

—Oh, bueno: a ella le gusta. Rose me quiere, y yo soy muy bueno con ella cuando tengo tiempo —continuó Jamie, explicando con toda calma—. Le dejé que me sacara un anzuelo de la pierna con un cortaplumas afilado cuando se me enganchó, y ya te digo que dolió, pero yo no me moví, y ella me dijo que era un chico valiente. Y luego, un día me dejaron en mi isla desierta en el estanque, ¿sabes? La barca se soltó y allí estuve una hora antes de que alguien me oyera. Pero Rose pensó que podía estar ahí, y bajó, y me dijo que nadara hasta la orilla. No estaba lejos, pero el agua estaba horrosa de fría y no me apetecía. Me lancé, sin embargo, como ella decía, y me fue bien hasta la mitad más o menos; luego un calambre o algo así me hizo doblarse y empecé a chillar, y ella se tiró sin pensarlo dos veces y me sacó a la orilla. Sí, señor, empapada hasta los huesos y con una pinta tan graciosa que me reí, y eso me curó el calambre. ¿No fui bueno en obedecer cuando me dijo «¡Ven»?

—Lo fue ella, en tirarse al agua por semejante trasto. Creo que le das mucha guerra, y lo mejor sería que me llevara mañana por la mañana contigo —sugirió Mac, tumbando al chico y dándole una buena tunda amistosa sobre el montón de heno mientras Dulce aplaudía desde su nido.

Cuando Rose volvió con leche bien fría, pan de jengibre y cartas, encontró al lector de Emerson encaramado al árbol, tirando y recibiendo manzanas verdes mientras Jamie pugnaba en vano por alcanzarle. El asedio terminó cuando apareció la tía Jessie, y el resto de la tarde se pasó charlando sobre las cosas de casa.

A primera hora de la mañana siguiente Mac se fue, y Rose le acompañó hasta la vieja iglesia.

—¿Caminarás todo el camino? —preguntó mientras él caminaba a su lado en la frescura rocosa del día naciente.

—Sólo unas treinta kilómetros, luego coger el tren y volver a mi trabajo —respondió él, rompiéndole un delicado helecho.

—¿No te sientes solo nunca?

—Nunca. Me llevo a mis mejores amigos, ya sabes —y dio una palmada al bolsillo del que asomaba el volumen de Thoreau.

—Me temo que estás dejando al mejor de todos —dijo Rose, aludiendo al libro que le había prestado.

—Me alegra compartirlo contigo. Tengo mucho de él aquí, y un poco cunde mucho, como pronto descubrirás —respondió él, dándose un golpecito en la cabeza.

—Espero que la lectura me haga tanto bien como parece haberte hecho a ti. Soy feliz, pero tú eres sabio y bueno: yo también quiero serlo.

—Lee bien y digiere bien, y luego escíbeme qué te parece. ¿Lo harás? —preguntó al detenerse donde se cruzaban los cuatro caminos.

—Si tú contestas. ¿Tendrás tiempo con todo el demás trabajo? La poesía, perdón, la medicina, es muy absorbente, ya sabes —respondió Rose con malicia, pues en aquel momento, mientras él estaba descubierto a la sombra de las hojas que jugaban en su fina frente, recordó la charla entre los montones de heno, y no tenía nada de aspecto de médico.

—Haré tiempo.
—Adiós, Milton.
—Adiós, Sabrina.

CAPÍTULO 18

¿CUÁL DE LOS DOS ERA?

Rose sí leyó y digirió, y encontró sus días mucho más ricos por la buena compañía que frecuentaba, pues una introducción a tanto de lo que era sabio, hermoso y verdadero no podía sino hacer de aquel mes uno memorable. No es extraño que mientras el joven más admiraba «El heroísmo» y «La confianza en uno mismo», la muchacha prefiriera «El amor» y «La amistad», leyéndolos una y otra vez como los poemas en prosa que son, con el acompañamiento apropiado de sol, soledad y simpatía, pues las cartas iban y venían con encomiable regularidad.

Rose disfrutaba mucho de esta correspondencia y se encontró lamentando que hubiera terminado cuando volvió a casa en septiembre, pues Mac escribía mejor de lo que hablaba, aunque hablaba admirablemente bien cuando quería. Pero no tuvo ocasión de expresar el placer ni la pena, pues la primera vez que le vio después de su vuelta el gran cambio en su aspecto le hizo olvidar todo lo demás. Le había dado el capricho de cortarse el pelo y

afeitarse, y cuando se presentó a dar la bienvenida a Rose ella apenas le reconoció. El cabello hirsuto estaba perfectamente recortado y peinado, la apreciada barba castaña había desaparecido del todo, dejando ver una boca bien dibujada y una barbilla bien hecha que daban a toda la cara una expresión nueva.

—¿Intentas parecerte a Keats? —preguntó ella, tras una mirada crítica que la dejó sin decidir si el cambio era una mejora o no.

—Estoy intentando no parecerme al tío —respondió Mac con calma.

—¿Y eso por qué, si puede saberse? —preguntó Rose con gran sorpresa.

—Porque prefiero parecerme a mí mismo y no a ningún otro hombre, por bueno o grande que sea.

—Entonces no lo has conseguido, pues ahora te pareces mucho al joven Augusto —respondió Rose, bastante satisfecha en conjunto al ver qué cabeza de forma fina aparecía al quitarse la maraña.

—¡A una mujer siempre se le ocurre un símil para todo lo que hay bajo el sol! —rió Mac, nada halagado por el recién encontrado—. ¿Qué te parezco en conjunto? —preguntó un minuto después, al encontrar que Rose le seguía escrutando con aire meditativo.

—Todavía no me he decidido. Es un cambio tan completo que no te conozco y siento que tendría que ser presentada. Sin duda tienes aspecto mucho más aseado, y creo que llegaré a que me guste cuando me acostumbre a ver por casa a un caballero de aspecto algo distinguido en vez de a mi viejo amigo Orsón —respondió Rose, con la cabeza ladeada para ver el perfil.

—No le cuentes al tío el motivo: él cree que lo hice por el calor y le gusta, así que no le hagas caso. Ya están todos acostumbrados a mí y no se preocupan —dijo Mac, yendo de un lado a otro del cuarto como algo avergonzado de su capricho después de todo.

—No lo haré, pero no te extrañe si no soy tan sociable como de costumbre durante un tiempo. Nunca puedo serlo con desconocidos, y realmente me pareces uno. Eso será el castigo por tu falta de gusto y tu amor a la originalidad —respondió Rose, resuelta a castigarle por el desaire a su querido tío.

—Como quieras. No te molestaré mucho de todas maneras, pues voy a estar muy ocupado. Puede que vaya a L este invierno, si el tío lo cree conveniente, y entonces mi «originalidad» no podrá molestarte.

—Espero que no vayas. Mac, precisamente ahora te estoy conociendo y disfrutando, y había pensado que tendríamos una temporada agradable leyendo algo juntos. ¿Tienes que ir? —Y Rose parecía olvidar su rareza al retenerle de un botón mientras hablaba.

—Sería agradable. Pero siento que debo ir: los planes están hechos y me lo he propuesto —respondió Mac con tal expresión de deseo que Rose le soltó, diciendo con tristeza—: Supongo que es natural que todos os pongáis inquietos y salgáis corriendo, pero es duro para mí dejaros ir uno tras otro y quedarme aquí sola. Charlie se ha ido, Archie y Steve están absortos en sus novias, los demás chicos fuera, y sólo queda Jamie para «jugar con Rose».

—Pero volveré, y te alegrarás de que fuera si traigo mi... —empezó Mac con repentina animación, y luego se detuvo abruptamente para morderse los labios, como si casi hubiera dicho demasiado.

—¿Tu qué? —preguntó Rose con curiosidad, pues no parecía ni actuaba como él mismo.

—Me olvidé de lo que tarda en sacarse el título —dijo él, alejándose de nuevo.

—Habrá un consuelo si te vas: verás a Phebe y podrás contarme todo, pues ella es tan modesta que no lo hace a medias. Querré saber cómo le va, si la han contratado para cantar romanzas en los conciertos que proyectan para el invierno que viene. ¿Escribirás?

—Oh, sí: de eso no hay duda. —Y Mac se rió quedo para sí mientras se inclinaba a mirar la pequeña Psique de la repisa—. ¡Qué preciosidad! —añadió en serio al tomarla.

—Con cuidado. El tío me la regaló en Año Nuevo, y la quiero mucho. Está a punto de levantar la lámpara para ver cómo es Cupido, pues todavía no le ha visto —dijo Rose, ocupada poniendo en orden el costurero.

—Deberías tener un Cupido para que ella lo mirara. Lleva esperando pacientemente un año entero sin tener a la vista más que una lagartija de

bronce —dijo Mac con la expresión mitad tímida mitad atrevida que era tan nueva y desconcertante.

—Cupido huyó en cuanto ella le despertó, ya sabes, y lo pasó muy mal. Tendrá que esperar más, hasta que pueda encontrarle y retenerle.

—¿Sabes que se parece a ti? El pelo recogido en un nudo, y una cara de tipo espiritual. ¿No lo ves? —preguntó Mac, volviéndole la grácil figurita hacia ella.

—En absoluto. Me pregunto con quién me compararán a continuación. Me han comparado con un ángel de Fra Angélico, con Santa Inés, y ahora con «Sique», como la llamaba Annabel.

—Verías lo que quiero decir si te hubiera visto la cara alguna vez escuchando música, hablando con fervor, o muy emocionada: entonces el alma te llega a los ojos y eres como Psique.

—La próxima vez que me veas en estado «anímico» dímelo, que miraré al espejo para ver si queda bien —dijo Rose alegremente mientras clasificaba sus lanas de colores.

Tus pies entre la hierba crecida se movían suaves como el viento blando; pasaste junto a mí como pasa abril con una cara hecha de una rosa,

murmuró Mac en voz baja, pensando en la figura blanca que subía por un verde repecho un día del verano pasado; y luego, como reprendiéndose el sentimentalismo, dejó a Psique con mucho cuidado y empezó a hablar de un programa de lectura sólida para el invierno.

Después de eso Rose le vio muy poco durante varias semanas, pues parecía estar recuperando el tiempo perdido y estaba más extraño y absorto que nunca cuando se dejaba ver.

Al irse acostumbrando al cambio en su aspecto exterior, fue descubriendo que se estaba alterando deprisa en otras cosas, y observó al «caballero de aspecto distinguido» con mucho interés, diciéndose para sí, al ver una nueva especie de dignidad en él alternando con una inquietud de maneras inusual, y de cuando en cuando un toque de sentimiento: «El genio está buliendo, exactamente como predije yo.»

Como la familia estaba de luto no hubo festejos en el vigesimoprimer cumpleaños de Rose, aunque los chicos habían planeado todo tipo de cele-

braciones. Todos se sentían especialmente tiernos con su chica en aquel día, recordando cuánto la había querido «el pobre Charlie», e intentaron demostrarlo en los regalos y buenos deseos que le mandaron. Encontró su santuario todo encendido con las hojas del otoño, y sobre la mesa tantas cosas raras y bonitas que olvidó del todo que era una heredera y sólo sintió cuán rica era en amigos que la querían.

Un regalo le complació mucho, aunque no pudo evitar sonreír al pensar de quién venía, pues Mac le enviaba un Cupido: no el niño regordete con cara de picardía traviesa, sino un joven alado y esbelto apoyado en su arco destensado, con una flecha rota a sus pies. Venía acompañado de un poema, «A Psique», y Rose se sorprendió mucho de la belleza de los versos, pues en vez de ser ingeniosos, aduladores o alegres, había en ellos algo más noble que el mero sentimiento, y el dulce mito antiguo revivía en un lenguaje que pintaba con acierto el alma doncella buscando un Amor digno de poseerla.

Rose los leyó una y otra vez mientras estaba sentada entre las hojas doradas y escarlatas que glorificaban su pequeño cuarto, y cada vez encontraba en ellos nueva profundidad y hermosura, pasando los ojos de las palabras que hacían música en sus oídos a las bellas formas que le hablaban con su muda gracia. El conjunto la satisfacía exactamente: era tan delicado y perfecto en su estilo, pues estaba cansada de los regalos costosos y valoraba mucho esta prueba del gusto y el talento de su primo, sin ver en ello más que un afectuoso deseo de complacerla.

Fueron llegando todos los demás a intervalos durante el día para decirle una palabra cariñosa, y el último de todos fue Mac. Rose estaba sola por casualidad con Dulce, disfrutando de un espléndido atardecer por su ventana del poniente, pues el octubre le daba a su niña una hermosa buenas noches.

Rose se volvió al oírle entrar y, dejando a la pequeña en el suelo, fue hacia él con el rojo vespertino brillando en la cara feliz mientras decía con gratitud:

—Querido Mac, ¡qué precioso ha sido! No sé cómo agradeceréte de ninguna otra manera que así. —Y, atrayendo hacia sí su alta cabeza, le dio el beso de cumpleaños que había dado a todos los demás.

Pero esta vez produjo un efecto singular, pues Mac se puso colorado primero y luego pálido, y cuando Rose añadió juguetonamente, pensando en consolar el apuro de un poeta tan joven:

—No vuelvas a decir que no escribes poesía, ni llares tonterías a tus versos: sabía que eras un genio, y ahora estoy segura de ello

—él estalló como a su pesar:

—No. No es el genio: ¡es el amor!

Y luego, al ver que ella se echaba un poco atrás, sobresaltada por su vehemencia, añadió con un esfuerzo de autodomínio que hacía sonar extraña su voz:

—No pretendía hablar, pero no puedo dejar que te engañes así. Tengo que decirte la verdad y no dejar que me beses como a un primo cuando te quiero con toda mi alma y todo mi corazón.

—¡Oh, Mac, no bromees! —exclamó Rose, desconcertada por este repentino atisbo de un corazón que creía conocer tan bien.

—Hablo con la mayor seriedad —respondió él con firmeza, en un tono tan tranquilo que, de no ser por la pálida agitación de su cara, ella podría haber dudado de sus palabras—. Enójate si quieres. Lo espero, pues sé que es demasiado pronto para hablar. Debería esperar años quizás, pero parecías tan feliz que me atreví a esperar que lo hubieras olvidado.

—¿Olvidado qué? —preguntó Rose con brusquedad.

—A Charlie.

—¡Ah! ¡Todos insistís en creer que le quería más de lo que le quería! —exclamó ella, con dolor e impaciencia a la vez en la voz, pues la ilusión familiar la exasperaba a veces mucho.

—¿Cómo no creerlo, cuando él tenía todo lo que las mujeres más admiran? —dijo Mac, no con amargura, sino como si a veces le sorprendiera su falta de perspicacia.

—Yo no admiro la debilidad de ningún tipo: nunca podría querer sin confianza ni respeto. Hazme la justicia de creerlo, pues estoy cansada de que me compadezcan.

Habló casi con pasión, pues la emoción contenida de Mac la conmovía más de lo que le había conmovido nunca la demostración más patética de Charlie, aunque no sabía por qué.

— ¡Pero él te quería tanto! —empezó Mac, sintiendo como si de repente hubiera caído una barrera, aunque sin atreverse a entrar todavía.

— ¡Eso era lo más duro! Por eso intenté quererle, por eso esperé que se sostuviera firme por mí si no por él mismo, y por eso me resultaba tan triste a veces no poder evitar despreciarle por falta de valor. No sé lo que sienten los demás, pero para mí el amor no lo es todo. Necesito mirar hacia arriba, no hacia abajo; confiar y honrar con todo el corazón, y encontrar fortaleza e integridad en que apoyarse. Así lo he tenido hasta ahora, y sé que no podría vivir sin ello.

— Tu ideal es alto. ¿Esperas encontrarlo, Rose? —preguntó Mac, sintiendo, con la humildad del amor genuino, que él no podía darle todo lo que ella deseaba.

— Sí —respondió ella con una cara llena de la hermosa confianza en la virtud, del instintivo deseo de lo mejor que tantos de nosotros perdemos demasiado pronto para recuperarlo después de que las grandes lecciones de la vida están bien aprendidas—. Sí, espero encontrarlo, porque procuro no ser irrazonable y exigir la perfección. Ríete si quieres, pero aún no abandono a mi héroe. —Y trató de hablar con ligereza, esperando apartarle hacia un tema menos peligroso.

— Me temo que tendrás que buscarlo mucho tiempo —y todo el brillo había desaparecido de la cara de Mac, pues entendía su deseo y sabía que le había dado la respuesta.

— Tengo al tío para ayudarme, y creo que mi ideal nació de mi conocimiento de él. ¿Cómo puedo dejar de creer en la bondad cuando él me muestra lo que puede ser y hacer?

— Es inútil que diga nada más, pues tengo muy poco que ofrecer. No pretendía decir una sola palabra hasta haber ganado el derecho a esperar algo a cambio. No puedo retractarme, pero sí puedo desearte éxito, y lo hago, porque te mereces lo mejor. —Y Mac se movió como si fuera a marcharse sin más palabras, aceptando lo inevitable tan valerosamente como podía.

—Gracias: eso me hace sentir muy ingrata y poco amable. Ojalá pudiera responderte como quieres, pues de verdad, querido Mac, te quiero mucho a mi manera —y Rose alzó los ojos con tal ternura y tan franca afección en la cara que no era de extrañar que el pobre chico se aferrara a un rayo de esperanza y, iluminándose de repente, dijera a su extraña manera—: ¿No podrías tomarme a prueba mientras esperas a un verdadero héroe? Pueden pasar años antes de que le encuentres; entre tanto, podrías practicar conmigo de maneras que te serían útiles cuando le tengas.

—¡Oh, Mac! ¿Qué voy a hacer contigo? —exclamó Rose, tan curiosamente afectada por este cortejo tan característico que no sabía si reír o llorar, pues él la miraba con el corazón en los ojos aunque su proposición era la más peculiar que se había hecho jamás en tal ocasión.

—Sólo seguir queriéndome a tu manera, y déjame quererte tanto como quiera a la mía. Intentaré conformarme con eso. —Y tomó sus manos con tal expresión suplicante que ella se sintió más ingrata que nunca.

—No, no sería justo, pues tú querrías más y, si el héroe apareciera, ¿qué sería de ti?

—Me parecería al tío Alec en una cosa al menos: en la fidelidad, pues mi primer amor sería el último.

Eso llegó directamente al corazón de Rose, y durante un minuto se quedó en silencio, mirando las dos manos fuertes que sostenían las suyas tan firmemente y al mismo tiempo tan suavemente, y el pensamiento le cruzó la mente: «¿Tiene éste también que vivir solitario toda la vida? Yo no tengo un amor querido como tuvo mi madre: ¿por qué no puedo hacerle feliz y olvidarme de mí?»

No le parecía muy difícil, y admitió que, incluso mientras se decía que la compasión no equivale al amor. Quería dar todo lo que pudiera y conservar tanto del afecto de Mac como honradamente pudiera, porque parecía volverse más dulce y precioso cuando pensaba en alejarlo.

—Espero que te parezcas al tío en maneras más afortunadas que ésta, y que tú también encuentres a tu ideal y seas feliz —dijo ella, resolviendo ser fiel a la voz de la conciencia y no dejarse llevar por el impulso del momento.

—La he encontrado, pero no veo ninguna perspectiva de felicidad: ¿la ves tú? —preguntó él con anhelo.

—Querido Mac, no puedo darte el amor que quieres, pero sí te tengo respeto y confianza de todo corazón, si eso es algún consuelo —empezó Rose, mirando hacia arriba con ojos llenos de contrición por el dolor que su respuesta debía causarle.

No llegó más lejos, sin embargo, pues esas últimas palabras obraron un cambio maravilloso en Mac. Soltando sus manos, se irguió como inspirado por una energía y una esperanza repentinas, y en su cara apareció una expresión valiente y luminosa que por un momento le hacía más noble y hermoso de lo que el apuesto Príncipe lo había sido nunca. «¡Es un consuelo!», dijo con un tono de gratitud que la conmovió mucho. «Dijiste que tu amor debería fundarse en el respeto, y ese ya me lo has dado: ¿por qué no puedo ganar lo demás? Ahora no soy nada, pero todo es posible cuando uno quiere con todo el corazón y toda el alma y toda la fuerza. Rose, seré tu héroe si es que un hombre mortal puede serlo, aunque tenga que trabajar y esperar años. Haré que me quieras, y lo haré con gusto. No te asustes. No he perdido el juicio: acabo de encontrarlo. No te pido nada: nunca hablaré de mi esperanza, pero es inútil detenerme. Tengo que intentarlo, ¡y lo conseguiré!»

Con las últimas palabras, pronunciadas con voz vibrante mientras la cara le resplandecía, los ojos brillaban y parecía salir de sí mismo arrebatado por la pasión que le poseía, Mac abandonó la habitación abruptamente, como alguien ansioso de convertir las palabras en hechos y emprender su tarea al instante.

Rose se quedó tan asombrada por todo esto que se sentó temblando un poco, no de miedo ni de enfado, sino de un sentimiento mitad placer mitad dolor, y con la sensación de una fuerza nueva, sutil, poderosa y dulce que había entrado en su vida. Era como si un Mac distinto hubiera tomado el lugar del que había conocido tan largo tiempo: un hombre ardiente y ambicioso, dispuesto a cualquier trabajo ahora que había llegado el momento mágico en que todo parece posible al amor. Si la esperanza podía obrar un cambio tan maravilloso por un momento, ¿no podría la felicidad hacerlo para toda una vida? Sería un experimento apasionante, pensó, recordando la súbita iluminación que había hecho a la vez hermosa y extraña aquella cara tan familiar.

No podía evitar preguntarse cuánto tiempo llevaba creciendo en su corazón ese sentimiento insospechado, y se sentía perpleja ante su peculiar manifestación, pues nunca había tenido un enamorado así. La conmovía y la halagaba sin embargo, y no podía sino sentirse honrada por un amor tan genuino y generoso, pues parecía haber hecho de Mac un hombre de un solo golpe, y un hombre varonil además, que no se dejaba amilanar por la decepción sino que podía «esperar contra toda esperanza» y resolverse a hacerla quererle aunque tardara años.

Había el encanto de la novedad en este tipo de cortejo, e intentaba adivinar cómo se las ingeniaría, sentía curiosidad por ver cómo se comportaría la próxima vez que se vieran, y estaba medio enojada consigo misma por no ser capaz de decidir cómo debía actuar. Cuanto más pensaba, más desconcertada se sentía, pues habiendo decidido que Mac era un genio, le trastornaba todos los planes encontrar que era un enamorado, y tan ardiente por añadidura. Como era imposible predecir qué vendría a continuación, desistió de prepararse para ello, y, cansada de especulaciones vanas, se llevó a Dulce a la cama, deseando poder meter sus penas de amor tan tranquila y cómodamente como a su pequeña carga soñoliento.

Sencillo y sincero en todas las cosas, Mac le dio a Rose una nueva sorpresa cumpliendo al pie de la letra su promesa: no le pedía nada, no decía nada de su esperanza y seguía adelante como si nada hubiera pasado, de la misma manera amistosa de siempre. No del todo igual, sin embargo, pues de cuando en cuando, cuando ella menos lo esperaba, veía de nuevo la expresión indescriptible en su cara, una mirada que parecía derramar un sol repentino sobre ella, haciendo bajar sus ojos involuntariamente, subir el color y latir el corazón un poco más deprisa un momento. No decía una sola palabra, pero ella sentía que una atmósfera nueva le rodeaba cuando él estaba cerca, y aunque él no empleaba ninguno de los pequeños artificios que la mayoría de los enamorados usan para mantener viva la llama, era imposible olvidar que bajo su quietud había un mundo escondido de fuego y fuerza dispuesto a aparecer ante un gesto, una palabra suya.

Este era un conocimiento bastante peligroso para Rose, y pronto empezó a sentir que había tentaciones más sutiles de las que esperaba, pues era imposible no ser consciente de su poder, ni resistir siempre los intentos de usarlo que se le presentaban diariamente sin buscarlos. Nunca había sentido ese deseo antes, pues Charlie era el único que había tocado su corazón, y él

pedía constantemente tanto como daba, y la cansaba exigiendo demasiado u oprimiéndola ofreciendo más de lo que ella podía aceptar.

Mac no hacía ninguna de las dos cosas: sólo la quería, silenciosamente, pacientemente, esperanzadoramente, y esta generosa especie de fidelidad era muy elocuente para una naturaleza como la suya. No podía rechazar ni reprender, pues nada se pedía ni se urgía; no había necesidad de frialdad, pues nunca se atrevía a más; no había llamada a la compasión, pues nunca se quejaba. Lo único que podía hacer era intentar ser tan justa y verdadera como él y esperar con igual confianza el desenlace, fuera el que fuese.

Por un tiempo le gustó el nuevo interés que ponía en su vida, pero no hacía nada por alentarle y pensaba que si no daba alimento a ese amor acabaría muriéndose de hambre. Pero parecía prosperar con el aire, y pronto empezó a sentir como si una voluntad muy fuerte la influyera lenta pero firmemente en muchas cosas. Si Mac no le hubiera dicho que pensaba «hacerla quererle», quizás ella hubiera cedido inconscientemente, pero ahora confundía el impulso de obedecer esa corriente profunda con la compasión, y se resistía con tenacidad, sin comprender todavía la razón del desasosiego que se fue apoderando de ella por aquellas fechas.

Tenía tantos estados de ánimo como un día de abril, y habría sorprendido mucho al doctor Alec con sus veleidades de haberlas conocido todas. Sin embargo veía lo suficiente para adivinar lo que pasaba, pero no intervenía, pues sabía que esta fiebre tenía que seguir su curso y que la mucha medicina no hace más que daño. Los demás estaban ocupados con sus propios asuntos, y la tía Plenty estaba demasiado absorbida por el reuma para pensar en el amor, pues el frío se adelantó aquel año y la pobre señora se quedaba en su cuarto días seguidos con Rose de enfermera.

Mac había hablado de marcharse en noviembre, y Rose empezaba a esperar que lo hiciera, pues había decidido que esta especie silenciosa de adoración le hacía daño, ya que le impedía seguir con firmeza las ocupaciones que había marcado para aquel año. ¿De qué servía intentar leer libros útiles si sus pensamientos iban continuamente a esos encantadores ensayos sobre «El amor» y «La amistad»? ¿Copiar moldes antiguos, cuando todas las cabezas masculinas se parecían a Cupido y las femeninas a la Psique de la repisa? ¿Practicar la mejor música si acababa siempre cantando una y otra vez la bonita canción de primavera sin el coro de pájaros de Phebe? La

compañía de Dulce era la más agradable ahora, pues Dulce rara vez hablaba, lo que permitía mucha meditación. Incluso la franela encarnada, el alcanfor y el ungüento de la tía Plenty eran preferibles a la sociedad en general, y los largos paseos solitarios a lomos de Rosa parecían lo único que la ponía en armonía después de uno de sus intentos de averiguar qué debía hacer o dejar de hacer.

Tomó una decisión al fin, y armada con una pluma sin hacer, como Fanny Squeers, fue resueltamente al estudio a conferenciar con el doctor Alec a una hora en que Mac solía estar fuera.

—¿Puedes hacerme una pluma de marcar, tío? —preguntó, asomando la cabeza para asegurarse de que estaba solo.

—Sí, querida —respondió una voz tan parecida a la del doctor que entró sin demora.

Pero antes de dar tres pasos se detuvo, con cara de cierto disgusto, pues la cabeza que se levantó por encima del alto escritorio no era gris y rizada, sino castaña y lisa, y era Mac, no el tío Alec, quien estaba allí escribiendo. La experiencia reciente le había enseñado que no tenía nada que temer de un tête-à-tête y, habiendo tomado con dificultad una resolución, no quería dejar de cumplirla.

—No te levantes: no te molesto si estás ocupado, no corre prisa —dijo, sin saber bien si sería más prudente quedarse o escapar.

Mac zanjó la cuestión tomando la pluma de su mano y empezando a cortarla, tan tranquilo como Nickleby en aquella ocasión «emocionante». Quizás estaba pensando en eso, pues sonrió al preguntar:

—¿Dura o blanda?

Rose evidentemente había olvidado que la familia Squeers había existido nunca, pues respondió «Dura, por favor» con voz a tono.

—Me alegra verte hacer eso —añadió, tomando ánimos de su compostura y yendo tan directo al grano como cabe esperar de una mujer.

—Y a mí me alegra mucho hacerlo.

—No me refiero a la pluma sino a la novela que te aconsejé —y tocó la hoja estrechamente escrita que tenía delante, con cara de que le gustaría

leerla.

—Ese es mi resumen de una conferencia sobre la circulación de la sangre —respondió él, girándola amablemente para que ella pudiera verlo—. Yo no escribo novelas: estoy viviendo una —y la miró con la expresión feliz y esperanzadora que siempre le hacía sentir como si le estuviera echando brasas en la cabeza.

—Desearía que no me miraras así: me pone nerviosa —dijo ella un poco malhumorada, pues había estado montando a caballo y sabía que no tenía aspecto «espiritual» después de que el frío le hubiera enrojecido la nariz además de las mejillas.

—Intentaré recordarlo. Se hace solo antes de que yo lo note. Quizás esto mejore las cosas. —Y, sacando las gafas azules que a veces usaba en el viento, se las puso gravemente.

Rose no pudo evitar reírse, pero su obediencia sólo la exasperó más, pues sabía que la observaba mucho mejor detrás de su feo escudo.

—No: no le sientan bien, y no quiero parecer melancólica cuando no me siento así —dijo, encontrando imposible adivinar qué haría a continuación, pero sin poder evitar disfrutar de sus rarezas.

—Para mí no, pues a pesar de las gafas todo lo veo de color de rosa. —Y se guardó los anteojos sin rechistar ante la encantadora inconsistencia de su ídolo.

—La verdad, Mac, estoy cansada de estas tonterías: me preocupan y son una pérdida de tiempo tuyo.

—Nunca he trabajado más. Pero ¿de verdad te perturba saber que te quiero? —preguntó él con inquietud.

—¿No ves que me pone de mal humor? —Y se alejó, sintiendo que las cosas no iban tal como había pensado que irían.

—No me importan las espinas si al final consigo la rosa, y sigo esperando que así sea, en unos diez años —dijo este pretendiente pertinaz, del todo imperturbable ante la perspectiva de una «larga espera».

—Creo que es bastante duro que me quieran me guste o no —objetó Rose, sin saber cómo abrirse paso contra una esperanza tan indomable.

—Pero no puedes evitarlo, como tampoco puedo yo, así que seguiré haciéndolo con todo el corazón hasta que te cases; y entonces... bueno, entonces me temo que podría odiar a alguien en su lugar —y Mac estropeó la pluma con un tajo involuntario del cortaplumas.

—¡Por favor, Mac, no!

—¿El qué, querer u odiar?

—Ninguna de las dos cosas: ve y cuídate de alguna otra; hay muchas chicas buenas que estarán encantadas de hacerte feliz —dijo Rose, empeñada en poner fin a su inquietud de algún modo.

—Eso es demasiado fácil. Me gusta trabajar para conseguir mis bienes, y cuanto más duro tengo que trabajar, más los valoro cuando llegan.

—Entonces si de repente me volviera muy amable contigo, ¿dejarías de importarte yo? —preguntó Rose, preguntándose si ese tratamiento la libraría de una pasión que a la vez la conmovía y atormentaba.

—Prueba y verás. —Pero había un brillo traicionero en los ojos de Mac que mostraba claramente el fracaso que sería.

—No: buscaré algo que hacer, tan absorbente que me olvidaré completamente de ti.

—No pienses en mí si te perturba —dijo él con ternura.

—No puedo evitarlo. —Rose trató de retener las palabras, pero era demasiado tarde, y añadió precipitadamente—: Es decir, no puedo evitar desear que te olvidaras de mí. Es una gran decepción comprobar que me equivocaba cuando esperaba cosas tan buenas de ti.

—Sí, estabas muy segura de que era amor cuando era poesía, y ahora quieres poesía cuando lo que tengo entre manos es sólo amor. ¿Te contentarás con las dos a la vez?

—Prueba y verás.

—Haré lo que pueda. ¿Algo más? —preguntó él, olvidando la pequeña tarea que ella le había dado en su ansia de emprender la mayor.

—Dime una cosa. He querido saberlo a menudo, y ya que lo mencionas me atreveré a preguntar. ¿Te importaba yo cuando me leíste a Keats el vera-

no pasado?

—No.

—¿Cuándo empezaste? —preguntó Rose, sonriendo a su pesar ante su halagadora honestidad.

—¿Cómo puedo saberlo? Quizás sí empezó allá arriba, pues aquella charla nos llevó a escribirnos, y las cartas me mostraron el alma tan hermosa que tienes. Eso fue lo primero que amé: era tan pronta a reconocer las cosas buenas, a aprovecharlas cuando llegaban y a darlas inconscientemente, como la flor su perfume. Anhelaba que volvieras a casa y quería que me encontraras cambiado para mejor de alguna manera, como yo te había encontrado a ti. Y cuando volviste fue muy fácil ver por qué te necesitaba: para quererte enteramente, y decírtelo. Eso es todo, Rose.

Una historia corta, pero bastaba: la voz que la contaba con tan simple verdad hacía tan elocuentes las pocas palabras que Rose sintió la fuerte tentación de añadir el epílogo que Mac deseaba. Pero sus ojos habían bajado mientras él hablaba, pues sabía que los de él estaban fijos en ella, oscuros y dilatados, con la misma emoción contenida que ponía tanto ardor en sus tonos tranquilos; y justo cuando estaba a punto de alzar la vista, cayeron sobre un desgastado reposapiés. Las pequeñeces afectan a las mujeres de una manera curiosa, y a menudo de la más irresistible cuando alguna agitación las sacude. La vista del viejo cojín le recordó vívidamente a Charlie, pues él lo había golpeado aquella noche que a ella nunca le gustaba recordar. Como una chispa, encendió una larga cadena de recuerdos, y el pensamiento le cruzó la mente: «Creí quererle y se lo dejé ver, pero me engañé a mí misma, y él me reprochó una sola mirada que decía demasiado. Este sentimiento es muy diferente, pero demasiado nuevo y repentino para fiarse de él. No miraré ni hablaré hasta estar del todo segura, pues el amor de Mac es mucho más hondo que el del pobre Charlie, y tengo que ser muy honesta.»

No se formuló en palabras la resolución, sino en un impulso rápido al que obedeció, cierta de que era el correcto precisamente porque era difícil ceder a él. Siguió sólo un instante de silencio después de la respuesta de Mac mientras ella estaba allí con los ojos bajos, los dedos entrelazados y el color variando en las mejillas. Una actitud tonta, pero Mac la encontraba un dulce cuadro de doncella vacilante y empezó a esperar que un mes de galanteo

estuviera a punto de terminar en conquista para toda la vida. Se engañó, sin embargo, y el agua fría cayó sobre su llama apagándola pero sin apagarla del todo, cuando Rose alzó los ojos con aire de decisión que no podía escapar a unos ojos que se estaban volviendo maravillosamente perspicaces.

—Entré aquí para pedirle al tío que te aconsejara marcharte pronto. Eres muy paciente y comedido, y lo siento más de lo que puedo decir. Pero no te hace bien depender tanto de alguien para tu felicidad, creo, y yo sé que me hace daño sentir que tengo tanto poder sobre una criatura semejante. Vete, Mac, y mira si todo esto no es un error. No dejes que un encaprichamiento por mí cambie o retrase tu trabajo, porque puede acabar tan de repente como empezó, y entonces los dos nos reprocharíamos el uno al otro. ¡Por favor, vete! Te respeto y te aprecio tanto que no puedo ser feliz recibiendo todo y dando nada. Lo intento, pero no estoy segura: quiero pensar; es demasiado pronto para saber todavía.

Rose empezó con valentía, pero acabó de una manera algo agitada al dirigirse hacia la puerta, pues la cara de Mac, aunque cayó al principio, se fue iluminando según ella avanzaba, y a las últimas palabras, pronunciadas casi involuntariamente, se rió quedo para sí mismo, como si esta orden al destierro le complaciera mucho.

—No digas que no das nada, cuando acabas de demostrarme que voy adelantando. Me iré; me iré en seguida, y veré si la ausencia no te ayuda «a pensar, a saber y a estar segura», como a mí me ayudó. Ojalá pudiera hacer algo más por ti. Ya que no puedo, adiós.

—¿Te vas ahora? —Y Rose se detuvo en su retirada para mirar atrás con cara sorprendida al ver que él le ofrecía una pluma mal hecha y le abría la puerta exactamente como siempre hacía el doctor Alec, pues a pesar de todo Mac sí se parecía al mejor de los tíos.

—Todavía no, pero usted parece que sí.

Rose se puso colorada como una amapola, agarró la pluma y subió corriendo a llamarse a sí misma con los peores nombres mientras estropeaba diligentemente todos los pañuelos nuevos de la tía Plenty marcándolos «A.M.C.»

Tres días después Mac dijo «adiós» de verdad, y nadie se sorprendió de que se marchara con alguna brusquedad, siendo ése su estilo, siendo un cur-

so de conferencias de un médico famoso la razón ostensible del viaje a L — —. El tío Alec desertó vergonzosamente a última hora mandando recado de que estaría en la estación para despedir al viajero; la tía Plenty seguía en su cuarto, así que cuando Mac bajó de despedirse de ella, Rose le esperaba en el vestíbulo, como si tuviera prisa de no retrasarle. Tenía algo de miedo a otro tête-à-tête, pues había salido bastante mal del último, y había adoptado un aire tranquilo y de prima que se lisonjeaba que dejaría bien claro en qué términos quería separarse.

Mac aparentemente entendió y no sólo tomó la indirecta sino que la superó en alegre compostura, pues, limitándose a decir «Adiós, prima; escribe cuando quieras», le estrechó la mano y salió de la casa tan tranquilamente como si fuera a pasar un día en vez de tres meses antes de volver a verse. Rose sintió como si un baño de agua fría de repente la hubiera aterido, y estaba a punto de retirarse diciéndose con desdeñosa decisión: «Después de todo no hay ningún amor en esto, sólo una de las excentricidades del genio», cuando una ráfaga de aire frío le hizo volverse para encontrarse en lo que parecía el abrazo de un abrigo impetuoso que la envolvió estrechamente un instante, para desaparecer luego con la misma rapidez con que había llegado, dejándola para refugiarse en el santuario y confiar a Psique con un tierno deje de triunfo en la voz entrecortada:

—No, no: no es el genio. ¡Tiene que ser el amor!

CAPÍTULO 19

DETRÁS DE LA FUENTE

Dos días después de Navidad, podría haberse visto a un joven de aspecto serio entrar en una de las grandes iglesias de L—. Una vez acomodado en su asiento, se unió a los oficios con encomiable devoción, especialmente a la música, a la que escuchó con tan evidente placer que un caballero sentado cerca se sintió movido a dirigirse a este apreciativo desconocido al salir de la iglesia.

—Sermón excelente el de hoy. ¿Ha oído usted antes a nuestro pastor, señor? —empezó, mientras bajaban juntos por el pasillo entre los últimos, pues el joven se había rezagado como admirando el antiguo edificio.

—Muy excelente. No, señor, nunca he tenido ese placer. Desde hace mucho quería conocer este viejo lugar, y no me ha decepcionado en absoluto. Su coro también es inusitadamente bueno —respondió el desconocido, lanzando una ojeada a varios sombreritos que se movían detrás de las cortinas entornadas de arriba.

—El mejor de la ciudad, señor. Nos enorgullecemos de la música y siempre tenemos la mejor. Hay gente que viene sólo por eso. —Y el anciano parecía tan satisfecho como si un coro de querubines y serafines «continuamente clamara» en su tribuna del órgano.

—¿Quién es la contralto? Ese solo estaba cantado de manera bellísima —observó el joven, deteniéndose a leer una lápida en la pared.

—Es la señorita Moore. Lleva aquí cerca de un año y es universalmente admirada. Excelente joven: no podríamos prescindir de ella. Canta de manera soberbia en los oratorios. ¿La ha oído usted?

—Nunca. Vino de X, creo.

—Sí, con excelentes recomendaciones. Fue criada por una de las primeras familias de allí. Campbell es el nombre. Si viene usted de X, sin duda los conoce.

—Los he tratado. Buenos días. —Y con una inclinación los caballeros se separaron, pues en aquel instante el joven divisó a una dama alta que bajaba las escaleras de la iglesia con expresión devota en sus hermosos ojos y un devocionario en la mano.

Apresurándose tras ella, el joven de mente seria la abordó justo cuando doblaba hacia una calle tranquila.

—¡Phebe!

Una sola palabra, pero obró un cambio maravilloso, pues la expresión devota desapareció en el espacio de una respiración, y la cara serena floreció de repente con color, calor y «la luz que nunca estuvo en el mar ni en la tierra», cuando ella se volvió a recibir a su amante con una sola palabra igual de elocuente.

—¡Archie!

—El año se cumple hoy. Te dije que vendría. ¿Lo has olvidado?

—No: sabía que vendrías.

—¿Y te alegras?

—¿Cómo no?

—No puedes evitarlo: ni lo intentes. Ven a ese pequeño parque y hablemos. —Y pasándole la mano por el brazo, Archie la llevó a lo que para otros ojos era una plaza muy deprimente, con una fuente encajonada en tabloncillos en el centro, prados encharcados y hojas muertas bailando en el viento invernal.

Pero para ellos era un Paraíso veraniego, y paseaban de un lado a otro bajo el pálido sol, del todo inconscientes de ser objetos de interés para varios caballeros y señoras que esperaban ansiosamente su comida o bostezaban sobre los aburridos libros reservados para la lectura dominical.

—¿Estás lista para volver a casa ahora, Phebe? —preguntó Archie tiernamente, mirando la cara inclinada a su lado y preguntándose por qué no todas las mujeres llevaban encantadores gorros de terciopelo negro con una flor roja oscura junto al pelo.

—Todavía no. No he hecho bastante —empezó Phebe, encontrando muy difícil mantener la resolución tomada un año atrás.

—Has demostrado que puedes mantenerte, hacer amistades y ganarte un nombre si quieres. Nadie puede negarle eso, y todos vamos estando orgullosos de ti. ¿Qué más puedes pedir, amor mío?

—No lo sé del todo, pero soy muy ambiciosa. Quiero ser famosa, hacer algo por todos vosotros, hacer algún sacrificio por Rose, y si puedo, tener algo que ofrecer por tu bien. Déjame esperar y trabajar más: sé que todavía

no me he ganado mi bienvenida —suplicó Phebe con tanta seriedad que su amante supo que sería vano intentar hacerla cambiar, y se contentó sabiamente con la mitad, ya que no podía tener el todo.

—¡Qué mujer tan orgullosa! Y sin embargo te quiero más por ello, y entiendo lo que sientes. Rose me hizo ver cómo te parece a ti, y no me extraña que no puedas olvidar las cosas malas que se dejaron ver, aunque no se dijeran, por algunas de mis amables tías. Intentaré ser paciente con una condición, Phebe.

—¿Y cuál es?

—Que me dejes venir de vez en cuando mientras espero, y que lleves esto para que no te olvides de mí —dijo él, sacando un anillo del bolsillo y deslizando suavemente una mano cálida y desnuda fuera del manguito donde yacía escondida.

—Sí, Archie, ¡pero no aquí, no ahora! —exclamó Phebe, mirando alrededor como si de repente se diera cuenta de que no estaban solos.

—Aquí nadie puede vernos: lo pensé. Dame un minuto feliz, después de este año tan largo de espera —respondió Archie, deteniéndose justo donde la fuente los ocultaba de todas las miradas, pues sólo había casas por un lado.

Phebe cedió, y nunca un sencillo anillo de oro se deslizó más fácilmente a su lugar que el que él puso con tanta prisa aquel frío día de diciembre. Luego una mano volvió al manguito, enrojecida por la presión que le había dado, y la otra a su lugar de siempre en su brazo con un gesto confiado, como si tuviera allí un derecho.

—Ahora sí me siento seguro de ti —dijo Archie cuando volvieron a andar, sin que nadie supiera nada de aquella tierna transacción detrás de la fea pirámide de tablones—. Mac me escribió que los feligreses te admiran mucho, y que ciertos solteros acomodados evidentemente tienen planes sobre la recatada señorita Moore. Estuve horriblemente celoso, pero ahora desafío a todos y cada uno de ellos.

Phebe sonrió con ese aire de orgullo humilde que tan bien le sentaba y respondió brevemente:

—No había peligro: los reyes no podrían cambiarme, viniera o no vinieras. Pero Mac no debería habértelo dicho.

—Ya le tomarás la revancha entonces, pues, ya que él te contó secretos tuyos, te contaré yo uno suyo. Phebe, ¡Mac quiere a Rose! —Y Archie parecía esperar causar una gran sensación con su noticia.

—Ya lo sé. —Y Phebe rió ante su repentino cambio de semblante al añadir él con tono interrogante—: ¿Ella te lo dijo entonces?

—Ni una palabra. Lo adiviné por sus cartas, pues últimamente no dice nada de Mac, y antes lo mencionaba bastante, así que sospeché lo que significaba el silencio y no hice preguntas.

—¡Chica lista! ¿Crees entonces que sí le importa el querido muchacho?

—Claro que sí. ¿No te lo dijo él?

—No: sólo me dijo cuando se fue: «Cuida de mi Rose y yo cuidaré de tu Phebe», y no pude sacarle ni una palabra más, por mucho que pregunté. Se portó conmigo como un héroe y mantuvo a la tía Jane apartada de volverme completamente loca con sus «consejos». No olvido eso, y ardía en deseos de echarle una mano en algo, pero me pidió que le dejara llevar su cortejo a su manera. Y a juzgar por lo que veo, yo diría que sabe cómo hacerlo —añadió Archie, encontrando muy agradable chismorrear sobre asuntos de amor con su novia.

—¡Querida pequeña ama! ¿Cómo se comporta? —preguntó Phebe, anhelando noticias pero demasiado agradecida para pedir las en el cuartel general, recordando cuán generosamente había tratado Rose de ayudarla, hasta con el silencio, el mayor sacrificio que puede hacer una mujer en períodos tan interesantes.

—De manera muy dulce y tímida y encantadora. Intento no observar, pero a veces, a fe mía, no puedo evitarlo: es tan «mona», como decís vosotras. Cuando le llevo una carta de Mac procura tan afanosamente no mostrar lo contenta que está que me dan ganas de reírme y decirle que lo sé todo. Pero pongo cara de juez y me hago el tonto, y ella disfruta de sus cartas en paz creyendo que estoy tan absorto en mi propia pasión que soy ciego para la suya.

—Pero ¿por qué se fue Mac? Dice que son unas conferencias las que le llevan, y asiste, pero estoy segura de que tiene algo más en la cabeza: a veces tiene cara de tan feliz. No le veo muy a menudo, pero cuando le veo me doy cuenta de que no es el Mac que dejé hace un año —dijo Phebe, llevando a Archie por otro camino, pues la inexorable conveniencia prohibía una estancia más larga aunque la prudencia y el deber no le hubieran dado un recordatorio, pues hacía mucho frío y la iglesia de la tarde era dentro de una hora.

—Pues verás: Mac siempre fue peculiar y ni siquiera crece como los demás. Aún no le entiendo, y estoy seguro de que tiene en la cabeza algún plan que nadie sospecha, salvo quizás el tío Alec. El amor nos hace dar todos cabriolas extrañas, y me da la impresión de que el Don se distinguirá de alguna manera poco común. Así que estate preparada para aplaudir lo que sea. Se lo debemos, ya sabes.

—¡Vaya si se lo debemos! Si Rose te habla alguna vez de él, dile que yo velaré por que no le pase ningún daño, y ella debe hacer lo mismo por mi Archie.

Esa inusitada demostración de ternura de la reservada Phebe llevó muy naturalmente la conversación a un canal más personal, y Archie se dedicó a construir castillos en el aire con tanto éxito que pasaron de largo la mansión material sin que ninguno de los dos lo advirtiera.

—¿Entras? —preguntó Phebe cuando se corrigió el error y ella estaba en sus propios escalones mirando hacia abajo a su escolta, que había discretamente soltado su brazo antes de que una tirada del timbre hiciera asomarse cinco cabezas a cinco ventanas distintas.

—No, gracias. Estaré en la iglesia esta tarde y en el oratorio esta noche. Debo marcharme temprano por la mañana, así que déjame aprovechar al máximo el tiempo precioso y volver a casa contigo esta noche como hice antes —respondió Archie con su mejor reverencia, y muy seguro de que aceptaría.

—Puedes. —Y Phebe desapareció cerrando la puerta suavemente, como si le costara dejar fuera tanto amor y tanta felicidad como la que albergaba el corazón del serio joven caballero que bajó la calle a buen paso tarareando un verso del viejo «Clyde» como un contrabajo melodioso:

¡Oh, que nuestras voces entrelazadas asciendan en agradecido arrebatado hacia los cielos donde el amor ha tenido su origen.

¡Que los cantos de alegría de este día proclamen que los espíritus acudan a compartir su dicha con todos los hijos de la tierra!

Aquella tarde la señorita Moore cantó admirablemente, y aquella noche dejó electrizados incluso a sus mejores amigos por la habilidad y el poder con que interpretó el «Inflammatius» del oratorio.

—Si eso no es genio, me gustaría saber qué es —dijo un joven a otro mientras salían justo antes del tumulto general del final.

—Un poco de genio y mucho amor. Son un tiro magnífico, y bien conducidos asombran al mundo por el tiempo que hacen en la gran carrera —respondió el segundo joven con el aspecto de quien está inclinado a probar su mano en ese inmortal tiro.

—Puede que tenga razón. No puedo pararme: ella me espera. No te quedes esperando, Mac.

—Los dioses te acompañen, Archie.

Y los primos se separaron: uno a escribir hasta la medianoche, el otro a despedirse de su Phebe, sin sospechar cuán inesperada y brillantemente iba ella a ganarse su bienvenida a casa.

CAPÍTULO 20

LO QUE HIZO MAC

Rose, entre tanto, trataba de averiguar cuál era el sentimiento que la unía a su primo Mac. No conseguía reconciliar el carácter que había conocido tanto tiempo con el que últimamente se le revelaba, y la idea de querer al cómico, libresco y distraído Mac de antes le parecía del todo imposible y absurda; pero el nuevo Mac, despierto, lleno de talento, ardiente y de carácter, era tan sorprendente que sentía como si su corazón estuviera siendo ganado por un desconocido, y que le convenía estudiarlo bien antes de ceder a un encanto que no podía negar.

El afecto llegaba naturalmente y había sido siempre fuerte para el muchacho; el respeto por el joven estudioso se había profundizado fácilmente en respeto por la integridad del hombre joven, y ahora algo más cálido iba creciendo en ella; pero al principio no podía decidir si era admiración por el rápido despliegue de un talento de algún tipo, o amor respondiendo al amor.

Como para zanjar esa cuestión, Mac le envió el día de Año Nuevo un librito de encuadernación sencilla y modestamente titulado *Canciones y sonetos*. Después de leerlo con sorpresa y deleite cada vez mayores, Rose no tuvo ya ninguna duda de que el autor era un poeta, pues aunque ella no era crítica, había leído a los mejores y sabía lo que era bueno. Sin pretensiones como era, tenía el verdadero timbre, y su misma sencillez mostraba un poder consciente, pues a diferencia de tantos primeros intentos, el libro no estaba lleno de «Mi Señora», ni se entregaba a convulsiones swinburnianas sobre

«los lirios y langores de la paz, las rosas y raptos del amor» ;

ni contenía ninguno de los muy coloreados cuadros medievales tan en boga. «Mi libro ha de oler a pinos y resonar con el zumbido de los insectos» podría haber sido su lema, tan dulce y sano era, con una especie de frescura primaveral que traicionaba claramente que el autor había aprendido algunos de los secretos más hondos de la Naturaleza y poseía la habilidad de contarlos en palabras melodiosas. Las canciones resonaban en la memoria mucho después de leerse, y los sonetos estaban llenos de la belleza sutil, la intuición y la sabiduría semiconsciente que parecen probar que «el genio es divino cuando es joven».

Tenía muchos defectos, pero estaba tan lleno de promesa que era evidente que Mac no había «frecuentado buena compañía, leído buenos libros, amado las cosas buenas y cultivado el alma y el cuerpo tan fielmente como

podía» en vano. Todo se mostraba ahora, pues la verdad y la virtud habían florecido en carácter y tenían su propio lenguaje, más elocuente que la poesía de la que eran lo que la fragancia es a la flor. Críticos más sabios que Rose lo sentían y admiraban; los menos parciales no podían negarle su elogio a un primer esfuerzo tan espontáneo y aspirante como el canto de una alondra; y cuando uno o dos de estos Júpiter habían dado su aprobación, Mac se encontró, no exactamente famoso, pero muy comentado. Un grupo atacaba, el otro alababa, y el librito fue bastante maltratado entre ellos, pues era demasiado original para ser ignorado y demasiado robusto para ser destruido por el mal trato, de modo que salió de la refriega sin daño e incluso algo más brillante, si cabe, por la fricción que probaba que el oro era genuino.

Esto llevó tiempo, sin embargo, y Rose sólo podía quedarse en casa leyendo todas las reseñas que podía conseguir, así como los chismes literarios que Phebe le mandaba, pues Mac escribía poco y nunca una palabra sobre sí mismo, de modo que Phebe le sacaba hábilmente en sus ocasionales encuentros todas las noticias personales que su ingenio femenino podía recoger y las comunicaba fielmente.

Era algo singular que sin una sola pregunta de ninguna de las dos partes, las cartas de las muchachas estuvieran principalmente llenas de noticias de sus respectivos amantes. Phebe escribía sobre Mac; Rose respondía con minuciosos detalles sobre Archie; y las dos añadían apresuradas noticias sobre sus propios asuntos, como si éstos fueran de poca consecuencia.

Phebe era quien más satisfacción sacaba de la correspondencia, pues poco después de que apareciera el libro Rose empezó a echar de menos a Mac y a estar algo celosa de los nuevos deberes y placeres que le retenían. Estaba inmensamente orgullosa de su poeta, y celebraba pequeños regocijos sobre el hermoso cumplimiento de sus profecías, pues hasta la tía Plenty admitía ahora con contrición que «el chico no era ningún tonto». Cada palabra de elogio la leía en voz alta desde los tejados, por así decir, la feliz Rose; cada crítica adversa era acaloradamente rebatida; y toda la familia estaba en un estado muy agradable de excitación por este primer vuelo inesperadamente exitoso del Patito Feo, que sus parientes consideraban ahora en general como el joven cisne más prometedor de la bandada.

La tía Jane era particularmente cómica en su nueva posición de madre de un incipiente poeta y se comportaba como una gallina orgullosa pero desconcertada cuando uno de sus pollos se da al agua. Estudiaba los poemas intentando apreciarlos pero fracasando del todo, pues para ella la vida era toda prosa, y buscaba en vano de dónde había sacado Mac su talento. Era bonito ver el nuevo respeto con que trataba sus pertenencias ahora: los viejos libros se desempolvaban con una especie de reverencia; los papelillos se guardaban cuidadosamente no fuera que se perdiera algún verso inmortal; y una chaquetilla de terciopelo muy desgastada era alisada con cariño cuando nadie la veía sonreír ante el orgullo maternal que le llenaba el corazón y hacía brillar con inusitada benignidad su semblante otrora severo.

El tío Mac hablaba de «mi hijo» con satisfacción apenas disimulada, y evidentemente empezaba a sentir que su chico iba a conferir distinción a toda la raza de los Campbell, que ya había tenido un poeta. Steve exultaba con desbordante alegría y se paseaba citando *Canciones y sonetos* hasta aburrir a sus amigos con sus raptos fraternales.

Archie lo tomó con más calma e incluso sugirió que era demasiado pronto para cantar victoria, pues el querido muchacho podía que su primer arranque fuera el último, ya que era imposible predecir lo que haría a continuación. Habiendo demostrado que podía escribir poesía, podía dejarlo para algún nuevo mundo que conquistar, citando a su favorito Thoreau, quien, habiendo fabricado el lápiz perfecto, abandonó el negocio y se dedicó a escribir libros con esa especie de tinta indeleble que se aclara con el tiempo.

Las tías, claro está, tenían sus «puntos de vista», y disfrutaban de muchas proféticas charlas mientras movían sus cofias ante muchas tazas de té en compañía. Los chicos más jóvenes creían que era «muy divertido» y esperaban que el Don «siguiera adelante y llegara a la gloria lo antes posible», que era todo lo que podía esperarse de la «Joven América», para quien la poesía no suele ser una pasión.

Pero el doctor Alec era un espectáculo para los ojos tristes, tan lleno estaba de contento concentrado. Nadie más que Rose quizás sabía cuán orgulloso y complacido estaba el buen hombre con este primer pequeño éxito de su ahijado, pues siempre había tenido grandes esperanzas en él, porque a pesar de sus rarezas tenía una naturaleza tan recta, y prometiendo poco hacía mucho, con la tranquila persistencia que anuncia un carácter varonil.

Todo el romanticismo del corazón del doctor se había despertado con este capullo poético de promesa y el amor que lo había hecho florecer tan pronto, pues Mac le había confiado sus esperanzas al tío, encontrando gran consuelo y apoyo en su simpatía y sus consejos. Como hombre sabio, el doctor Alec dejaba que los jóvenes aprendieran la gran lección a su manera, aconsejando a Mac que trabajara y a Rose que esperara hasta que ambos estuvieran del todo seguros de que su amor se asentaba en cimientos más sólidos que la admiración o el romance juvenil.

Mientras tanto iba por ahí con un librito muy manoseado en el bolsillo, tarareando trozos de un nuevo conjunto de canciones y repitiendo con gran fervor ciertos sonetos que le parecían del todo iguales, si no superiores, a cualquiera que hubiera escrito Shakespeare. Como Rose estaba haciendo lo mismo, se encontraban a menudo para una «lectura y canturreo» privados, como lo llamaban, y mientras hablaban del seguro tema de la poesía de Mac, los dos llegaban a una idea bastante clara de cuál iba a ser la recompensa de Mac cuando volviera a casa.

Él parecía tener prisa por hacerlo, sin embargo, y seguía asombrando a su familia lanzándose a la sociedad y saliendo de ella brillantemente en ese terreno. Muy poco hace falta para hacer un figurón, como sabe cualquiera que haya visto los pobres ejemplares que se miman y adulan cada año, a pesar de sus malos modales, extravagancias tontas y rugidos muy débiles. Mac no quería ser tratado como figurón y lo tomaba con bastante desdén, lo que sólo añadía encanto al que la gente descubrió de repente en el decimonono primo de Thomas Campbell, el poeta. Deseaba ser distinguido en el mejor sentido de la palabra, y también parecerlo, y pensaba que un poco del pulimento que da la sociedad no estaría de más, recordando los esfuerzos de Rose en esa línea. Por ella salió de su caparazón y fue viendo y estudiando todo tipo de personas con esos ojos observadores que veían tanto a pesar de su miopía. Qué uso pensaba hacer de esas nuevas experiencias nadie lo sabía, pues escribía cartas cortas y, cuando le preguntaban, respondía con imperturbable paciencia: «Esperad a que termine; entonces volveré a casa y hablaremos.»

Así que todo el mundo esperó al poeta, hasta que ocurrió algo que produjo en la familia una sensación mayor que si todos los chicos se hubieran puesto a hacer rimas simultáneamente.

El doctor Alec se puso muy impaciente y anunció de repente que iba a L a ver cómo andaban aquellos jóvenes, pues Phebe se estaba cantando rápidamente hasta el favor del público con las dulces romanzas antiguas que interpretaba tan bellamente que los corazones se conmovían además de los oídos, y sus perspectivas mejoraban cada mes.

—¿Vendrás conmigo, Rose, a sorprender a esta ambiciosa pareja que se está haciendo famosa tan deprisa que olvidará a los amigos que se quedan en casa si no les recordamos de vez en cuando? —dijo cuando propuso el viaje una agitada mañana de marzo.

—No, gracias: me quedaré con la tía; para eso soy buena, y sólo estorbaría entre esa gente tan distinguida —respondió Rose, podando las plantas que florecían en la ventana del estudio.

Había cierta amargura en su voz y una nube en su cara que su tío oyó y vio de inmediato, adivinó a medias el significado, y no pudo estar tranquilo hasta haberlo averiguado.

—¿Crees que Phebe y Mac no te echarían de menos? —preguntó, dejando una carta en que Mac daba una reluciente descripción de un concierto en que Phebe se superó a sí misma.

—No, pero deben de estar muy ocupados —empezó Rose, deseando haber callado.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? —insistió el doctor Alec.

Rose no habló durante un momento, y decapitó dos magníficos geranios con un tajo temerario de sus tijeras, como si la irritación contenida de algún tipo tuviera que encontrar salida. También la encontró en palabras, pues como si fuera del todo contra su voluntad, exclamó impetuosamente:

—¡La verdad es que les tengo celos a los dos!

—¡Santo cielo! ¿A qué viene eso? —exclamó el doctor con gran sorpresa.

Rose dejó la regadera y las tijeras, fue a plantarse ante él con las manos nerviosamente entrelazadas, y dijo tal como solía hacer de niña cuando confesaba alguna travesura:

—Tío, tengo que contártelo, pues últimamente me estoy volviendo muy envidiosa, descontenta y mala. No, no seas bueno conmigo todavía, pues no sabes cuánto poco lo merezco. Riñeme bien y hazme ver lo mala que soy.

—Lo haré en cuanto sepa qué tengo que reñir. Desahógate, hija, y déjame ver toda tu iniquidad, pues si empiezas siendo celosa de Mac y Phebe, estoy preparado para cualquier cosa —dijo el doctor Alec, recostándose como si ya nada pudiera sorprenderle.

—Pero no es celosa en ese sentido, señor. Quiero decir que yo también quiero ser algo espléndido o hacer algo espléndido, como ellos. No puedo escribir poesía ni cantar como un pájaro, pero me parece que podría tener mi parte de gloria de algún modo. Pensé que tal vez podría pintar, y lo he intentado, pero sólo sé copiar: no tengo poder para inventar cosas hermosas, y estoy muy desanimada, pues ese era mi único talento. ¿Crees que tengo algún don que pudiera cultivarse y hacerme honor como los de ellos? —preguntó con tanto anhelo que su tío sintió por un momento como si nunca pudiera perdonar a las hadas que dotan a los niños en sus cunas por haber sido tan mezquinas con su niña. Pero una sola mirada a la cara dulce y abierta que tenía delante le recordó que las buenas hadas habían sido muy generosas, y respondió alegremente—: Sí, y de los mejores y más nobles que puede poseer una mujer. La música y la poesía son cosas excelentes, y no me extraña que las desees ni que envidies la agradable fama que traen. Yo he sentido lo mismo, y he estado listo para preguntar por qué al cielo no le placía ser más generoso con algunas personas, así que no te avergüences de contármelo todo.

—Sé que debería estar contenta, pero no lo estoy. Mi vida es muy cómoda, pero tan tranquila y sin sucesos que me cansa y quiero lanzarme como los demás y hacer algo, o al menos intentarlo. Me alegra que no creas que es muy malo de mi parte, y me gustaría saber cuál es mi don —dijo Rose, con cara ya menos abatida.

—El arte de vivir para los demás con tanta paciencia y dulzura que lo disfrutamos como la luz del sol, sin estar ni la mitad de agradecidos por tan gran bendición.

—Eso es muy amable de tu parte, pero creo que también me gustaría un poco de diversión y de fama. —Y Rose no tenía el aspecto de tan agradecida como debería.

—Muy natural, querida; pero la diversión y la fama no duran, mientras que el recuerdo de un verdadero ayudador se mantiene vivo mucho después de que la poesía sea olvidada y la música enmudezca. ¿Puedes creer eso y ser feliz?

—Pero hago tan poco: nadie lo ve ni le importa, y no siento que sea de ninguna utilidad real —suspiró Rose, pensando en el largo y aburrido invierno lleno de esfuerzos que parecían inútiles.

—Siéntate aquí y veamos si de verdad haces tan poco y si a nadie le importa. —Y atrayéndola hacia sus rodillas, el doctor Alec continuó, enumerando cada cosa en los dedos de la mano suave que sostenía—: Primero, una tía anciana y achacosa es mantenida muy feliz por el cuidado paciente y alegre de esta sobrina que no sirve para nada. Segundo, un tío excéntrico, para quien lee, corre, escribe y cose con tanta buena voluntad que no puede arreglarse sin ella. Tercero, varios parientes a quienes ayuda de diversas maneras. Cuarto, una querida amiga nunca olvidada, y un primo animado con alabanzas que para él valen más que el más fuerte soplo que pueda dar la Fama. Quinto, varias chicas jóvenes que la encuentran un ejemplo de muchas buenas obras y costumbres. Sexto, un bebé sin madre cuidado tan tiernamente como si fuera una hermanita. Séptimo, media docena de damas pobres hechas cómodas; y por último, algunos chicos y chicas en apuros con anhelos artísticos instalados en un cuarto agradable amueblado con moldes, estudios, caballetes y toda clase de cosas útiles, sin contar las lecciones gratuitas dadas por esta misma chica holgazana que ahora está sentada en mis rodillas reconociendo para sus adentros que su don vale la pena tenerlo.

—¡Y tanto que vale! Tío, no tenía ni idea de que había hecho tantas cosas para complacerte, ni de que alguien adivinaba cuánto me esfuerzo por ocupar útilmente mi lugar. He aprendido a prescindir de la gratitud: ahora aprenderé a no importarme la alabanza, sino a contentarme con hacer lo mejor que pueda y que sólo Dios lo sepa.

—Él sabe, y recompensa a su tiempo. Creo que una vida callada como ésta a menudo se hace sentir de maneras mejores que las que el mundo ve y aplaude, y algunas de las más nobles no se conocen hasta que terminan, dejando un vacío en muchos corazones. La tuya puede ser una de éstas si lo

eliges, y nadie estará más orgulloso de este éxito que yo, a no ser que sea Mac.

Las nubes se habían disipado del todo, y Rose miraba directamente a la cara de su tío con expresión mucho más feliz cuando aquella última palabra la hizo enrojecer vivamente y apartar los ojos un instante. Luego volvieron, llenos de una especie de tierna resolución, mientras decía: «Esa será la recompensa por la que trabajaré», y se levantó, como si estuviera dispuesta a ponerse a ello con renovado coraje.

Pero su tío la retuvo el tiempo suficiente para preguntarle con toda seriedad, aunque los ojos reían:

—¿Se lo digo?

—No, señor, por favor. Cuando esté cansado de la alabanza de otros, volverá a casa, y entonces veré lo que puedo hacer por él —respondió Rose, escabulléndose a su trabajo con la expresión tímida y feliz que a veces llegaba para dar a su cara el encanto que le faltaba.

—Es tan cabal que nunca tiene prisa en pasar de una cosa a otra. Un hábito excelente, pero un tanto difícil para las personas impacientes como yo —dijo el doctor, y recogiendo a Dulce, que estaba sentada en la alfombra con su muñeca, alivió sus sentimientos lanzándola al aire hasta que ella gorjeó de alegría.

Rose hizo suyo de todo corazón ese último comentario, pero no dijo nada en voz alta: sólo ayudó a su tío a prepararse con solícita diligencia y, cuando se fue, empezó a contar los días hasta su vuelta, deseando haber decidido irse también.

Él escribía con frecuencia, dando excelentes noticias de las «grandes criaturas», como las llamaba Steve, y parecía encontrar tanto que hacer de varias maneras que la segunda semana de ausencia estaba casi terminada antes de que fijara un día para su vuelta, prometiendo asombrarles con el relato de sus aventuras.

Rose sentía como si algo espléndido fuera a ocurrir y puso sus asuntos en orden para que la crisis que se acercaba la encontrara del todo preparada. Ya había «averiguado», estaba del todo segura, y había apartado todas las dudas y temores para estar lista para recibir al primo que estaba segura de que el tío traería como recompensa. Pensaba en esto un día mientras sacaba pa-

pel para escribir una larga carta a la pobre tía Clara, que languidecía de lejos allá en Calcuta.

Algo en la tarea le recordó a aquel otro amante cuyo cortejo terminó tan trágicamente, y abriendo un pequeño cajón de recuerdos, sacó la pulsera azul, sintiendo que le debía a Charlie un pensamiento tierno en medio de su nueva felicidad, pues últimamente le había olvidado.

Había llevado el adorno escondido bajo la manga negra durante largo tiempo después de su muerte, con la constante y arrepentida fidelidad que a veces se muestra haciendo alguna pequeña bondad demasiado tarde. Pero su brazo había crecido demasiado para ocultar el adorno, los no-me-olvides habían ido cayendo uno a uno, el cierre se había roto, y ese otoño había guardado la pulsera, reconociendo que había superado tanto el recuerdo como el sentimiento que lo había motivado.

La miró en silencio un momento, luego la devolvió suavemente a su lugar y, cerrando el cajón, tomó el librito gris que era su orgullo, pensando mientras contrastaba a los dos hombres y su influencia en su vida —el uno triste y perturbador, el otro dulce e inspirador—: «El de Charlie era pasión; el de Mac es amor.»

—¡Rose! ¡Rose! —llamó una voz aguda, rompiendo bruscamente el ensimismado ensueño, y ella, sobresaltada, cerró el escritorio exclamando mientras corría a la puerta: —¡Han llegado! ¡Han llegado!

CAPÍTULO 21

CÓMO PHEBE SE GANÓ SU BIENVENIDA

El doctor Alec no había llegado, sino malas noticias, como adivinó Rose en el instante en que sus ojos cayeron sobre la tía Plenty, que bajaba la escalera tambaleándose con la cofia torcida, la cara pálida y una carta agitándose locamente en su mano mientras exclamaba sin orden ni concierto:

—¡Oh, mi niño! ¡Mi niño! ¡Enfermo, y yo sin estar allí para cuidarle! Fiebre maligna, tan lejos. ¿Qué podrán hacer esos niños? ¿Por qué dejé marchar a Alec?

Rose la llevó al salón, y mientras la pobre anciana se lamentaba, ella leyó la carta que Phebe había enviado a ella para que «comunicara la noticia con cuidado a Rose».

QUERIDA SEÑORITA PLENTY: Por favor lea esto para usted primero y cuénteselo a mi pequeña ama como mejor le parezca. El querido doctor está muy enfermo, pero yo estoy con él y no le dejaré ni de día ni de noche hasta que esté a salvo. Confíe en mí y no se inquiete, pues todo lo que el cuidado, la habilidad y la devoción total puedan hacer, se hará. Él no quería que lo dijéramos antes, temiendo que intentara venir a riesgo de su salud. De hecho sería inútil, pues sólo se necesita una enfermera, y yo llegué primero, así que no permita que Rose ni nadie más me robe el derecho al peligro y al deber. Mac ha escrito a su padre, pues el doctor Alec está ahora demasiado enfermo para saber lo que hacemos, y los dos sentimos que debían ser informados sin más demora. Tiene una fiebre maligna grave, contagiada no se sabe cómo, a menos que fuera de algunos emigrantes pobres a quienes encontró vagando bastante extraviados por una ciudad desconocida. Él entendía el portugués y los mandó a un sitio adecuado después de que le contaron su historia. Pero me temo que ha pagado su bondad con esta enfermedad, que se presentó rápidamente, y antes de que supiera de qué se trataba yo ya estaba aquí, y era demasiado tarde para mandarme. Ahora puedo demostrarle cuán agradecida soy, y si fuera

necesario daría con gusto mi vida por este amigo que ha sido un padre para mí. Dígale a Rose que su última palabra y pensamiento consciente fueron para ella: «No la dejéis venir; mantened a salvo a mi niña.» ¡Oh, obedézcandle! Quédense a salvo en casa y, con la ayuda de Dios, traeré de vuelta al tío Alec a su tiempo. Mac hace todo lo que le permito. Tenemos los mejores médicos y todo va tan bien como cabe esperar hasta que la fiebre gire.

Querida señorita Plenty, rece por él y por mí, para que pueda hacer esta cosa tan feliz por quienes tanto han hecho por Su siempre obediente y cariñosa PHEBE

Al levantar Rose los ojos de la carta, medio aturdida por la noticia repentina y por el grave peligro, encontró que la anciana ya había dejado de lamentarse inútilmente y rezaba con fervor, como quien sabe bien dónde encontrar la ayuda. Rose fue a arrodillarse a su lado, apoyando la cara en las manos juntas de su falda, y durante unos minutos ninguna lloró ni habló. Luego un sollozo ahogado brotó de la muchacha, y la tía Plenty reunió la joven cabeza en sus brazos, diciendo con las lentas lágrimas de la vejez resbalándole por las mejillas arrugadas:

—Ánimo, corderita, ánimo. El buen Señor no nos lo va a quitar, estoy segura, y a esa valiente niña se le permitirá pagar su deuda con él. Siento que así será.

—Pero yo quiero ayudar. Tengo que ir, tía, tengo que ir, sin importar el peligro —exclamó Rose, llena de tierna envidia de Phebe por haber sido la primera en afrontar el peligro por amor de quien había sido un padre para las dos.

—No puedes ir, querida: ahora ya no sirve de nada, y ella tiene razón al decir «Quedate». Yo sé lo que son esas fiebres, y los que dan la atención a menudo las cogen y lo pasan peor por el esfuerzo que han hecho. ¡Buena chica por mantenerse tan valiente, tan sensata, y por no dejar que Mac se acerque demasiado! Es una enfermera magnífica: Alec no podría tener una mejor, y no le dejará hasta que esté a salvo —dijo la señorita Plenty con agitación.

—¡Ah, ahora empiezas a conocerla y a valorarla como debes! Creo que pocos habrían hecho lo que ella ha hecho, y si se pone enferma y muere,

será en parte culpa nuestra, porque pasaría por el fuego y el agua para hacernos reconocer su mérito y recibirla como merece —exclamó Rose, orgullosa de un ejemplo que ardía en deseos de seguir.

—Si me trae a mi niño a casa, no diré ni una palabra más. Puede casarse con todos los sobrinos que tengo si quiere, y yo le daré mi bendición —exclamó la tía Plenty, sintiendo que ningún precio sería demasiado alto a cambio de tal acción.

Rose iba a palmotear, pero se retorció las manos recordando con una punzada repentina que la batalla no había terminado todavía y era mucho demasiado pronto para otorgar los honores.

Antes de que pudiera hablar entraron apresurados el tío Mac y la tía Jane, pues la carta de Mac había llegado con la otra, y el espanto cayó sobre la familia ante el pensamiento del peligro que corría el bien amado tío Alec. Su hermano decidió ir en seguida, y la tía Jane insistió en acompañarle, aunque todos estaban de acuerdo en que nada podía hacerse salvo esperar y dejar a Phebe en su puesto mientras aguantara, ya que era demasiado tarde para salvarla del peligro y Mac informaba de que estaba muy a la altura de la tarea.

Grande fue el apresuramiento y la confusión hasta que la expedición de socorro partió. La tía Plenty estaba desconsolada de no poder ir con ellos, pero al comprender que era demasiado achacosa para ser útil, y como la sensata anciana que era, intentó conformarse preparando toda clase de reconfortantes para el convaleciente. Rose fue menos paciente y al principio tuvo ideas descabelladas de salir sola y abrirse camino hasta el lugar donde se centraban ahora todos sus pensamientos. Pero antes de que pudiera llevar a cabo ningún proyecto temerario, las palpitaciones de la tía Myra llegaron a tal punto que por una vez hicieron un buen servicio y mantuvieron a Rose ocupada tomando sus últimas instrucciones e intentando calmarle el lecho de muerte, pues cada ataque se declaraba fatal hasta que la paciente pedía tostadas y té, momento en que la esperanza volvía a ser permitida y la recuperación comenzaba.

La noticia corrió deprisa, como siempre lo hacen esas noticias, y la tía Plenty estaba constantemente ocupada en responder a las preguntas, pues su aldaba no paraba de sonar durante varios días. Llegaban todo tipo de personas: gente bien y pobres, niños con caritas angustiadas, ancianos llenos de

compasión, muchachas guapas que lloraban al salir, y jóvenes que aliviaban sus sentimientos maldiciendo a todos los emigrantes en general y a los portugueses en particular. Era conmovedor y reconfortante ver cuántos querían al buen hombre que sólo era conocido por sus beneficios y yacía ahora sufriendo lejos, completamente inconsciente de cuántas caridades insospechadas salían a la luz gracias a esa solícita gratitud, como flores escondidas que brotan cuando cae la lluvia cálida.

Si Rose alguna vez había sentido que el don de vivir para los demás era pobre, veía ahora lo hermoso y bendito que era: cuán ricos los frutos, cuán amplia la influencia, cuán más preciosos los tiernos vínculos que unían tantos corazones que cualquier soplo de fama o talento brillante que deslumbrara pero no ganara ni calentara. En años posteriores comprendió cuán verdaderas habían sido las palabras de su tío, y escuchando elogios de grandes hombres se sentía menos conmovida e inspirada por las alabanzas de sus espléndidos dones que ante la vista de la labor paciente de algún hombre bueno por los más pobres de su especie. Sus héroes dejaron de ser los favoritos del mundo y se convirtieron en los que como Garrison luchaban por su pueblo elegido; como Howe devolvían sentidos perdidos a los sordos, los mudos y los ciegos; como Sumner eran incorruptibles cuando otros hombres eran comprados y vendidos; y muchas mujeres de gran corazón que trabajaban tan calladamente como Abby Gibbons, que durante treinta años había hecho feliz la Navidad a doscientos pequeños indigentes en un asilo de pobres de la ciudad, además de salvar a las caídas y enseñar a los reclusos.

La lección llegó a Rose cuando estaba preparada para ella, y le mostró cuán noble profesión es la filantropía, la hizo sentirse contenta de su elección y la ayudó a prepararse para una larga vida llena del amoroso trabajo y la dulce satisfacción que la caridad sin ostentación trae a quienes no piden ninguna recompensa y se contentan con que «sólo Dios lo sepa».

Varias semanas de angustia pasaron con fatigosas fluctuaciones de esperanza y miedo, pues la Vida y la Muerte luchaban por el premio que cada una quería, y más de una vez pareció que la Muerte había ganado. Pero Phebe seguía en su puesto, desafiando el peligro y a la Muerte con el valor y la devoción que muestran a veces las mujeres. Toda su alma y su fuerza estaban en su trabajo, y cuando parecía más sin esperanza exclamó con la apasionada energía que parece enviar tales súplicas directamente al cielo:

«¡Concédeme esta sola gracia, Señor querido, y nunca te pediré otra para mí!»

Tales oraciones mucho pueden, y tal devoción total a menudo parece obrar milagros cuando otros recursos son en vano. El grito de Phebe fue atendido, su tarea sin pensar en sí misma consumada, y su larga vigilia recompensada con un alba feliz. El doctor Alec decía siempre que ella le había mantenido vivo por la fuerza de su voluntad, y que durante las horas en que él parecía yacer inconsciente sentía una mano fuerte y cálida que sostenía la suya, como reteniéndole lejos de la rápida corriente que intentaba arrastrarle. La hora más feliz de toda su vida fue aquella en que él la reconoció, levantó los ojos con la sombra de una sonrisa en los ojos hundidos, e intentó decir a su antigua manera alegre: «Dile a Rose que he doblado el cabo, gracias a ti, hija mía.»

Ella respondió muy tranquilamente, alisó la almohada, y le vio volver a dormirse antes de que se escabullera a la otra habitación con la intención de escribir la buena noticia, pero sólo pudo dejarse caer y encontrar alivio para un corazón lleno en las primeras lágrimas que había derramado en semanas. Mac la encontró allí, y cuidó de ella tan bien que pudo volver a su puesto, que era ahora de honor en verdad, mientras él salía corriendo a mandar a casa un telegrama que hizo cantar de alegría a muchos corazones y llevó a Jamie, en su primer arrebató de alegría, a proponer tocar todas las campanas de la ciudad y sacar los cañones:

«Salvado, gracias a Dios y a Phebe.»

Eso era todo, pero todos quedaron satisfechos, y todos se pusieron a llorar, como si la esperanza necesitara mucha agua salada para fortalecerse. Eso pasó pronto, sin embargo, y luego la gente fue por ahí sonriendo y diciéndose con apretones de manos o abrazos: «¡Está mejor: ya no hay duda!» Un deseo general de salir corriendo a cerciorarse de la verdad se apoderó de la familia durante unos días, y sólo las terribles amenazas de Mac, los mandatos severos del médico y las súplicas de Phebe para que no deshicieran su obra mantuvieron en casa a la señorita Plenty, a Rose y a la tía Jessie.

Como única manera de calmar el ánimo y soportar la demora, se pusieron a hacer la limpieza de primavera con una energía que asustó a las arañas y volvió locos a los temporeros. Si la vieja casa hubiera estado infectada de viruela, no habría podido ser restregada, aireada y renovada más vigorosa-

mente. Por temprano que era, se quitaron todas las alfombras, se descorrieron las cortinas, se apalearon los cojines y se revolvieron los rincones hasta que no se encontraba ni una mota de polvo, ni una mosca del año anterior, ni una brizna de paja perdida. Luego se sentaron todas y descansaron en una mansión tan inmaculada que apenas uno se atrevía a moverse por miedo a desbaratar el orden resplandeciente visible en todas partes.

Era finales de abril cuando esto se hubo conseguido, y la cuarentena necesaria de los ausentes había terminado. Los primeros días templados parecieron llegar temprano para que el doctor Alec pudiera volver sin peligro del viaje que tan a punto había estado de ser el último. Era del todo imposible mantener lejos a ningún miembro de la familia en aquella gran ocasión. Llegaron de todas partes a pesar de instrucciones expresas en contrario, pues el convaleciente estaba todavía muy débil y no debía haber ninguna emoción. Como si el viento llevara las buenas noticias, el tío Jem llegó a puerto la noche anterior; Will y Geordie se tomaron una licencia por su propia cuenta y riesgo; Steve habría desafiado a toda la facultad de haber sido necesario; y el tío Mac y Archie dijeron simultáneamente: «Hoy que los negocios se arreglen solos.»

Claro que las tías llegaron con lo mejor que tenían, todas advirtiéndolo a los demás que estuvieran tranquilos y todas charlotteando con excitación ante la más mínima provocación. Jamie fue el que más sufrió aquel día, tan dividido estaba entre el deseo de portarse bien y el impulso frenético de gritar a voz en cuello, dar volteretas y correr por toda la casa. Ocasionales escapadas al granero, donde daba rienda suelta a sus sentimientos rugiendo y bailando jigs para consternación de los viejos y gordos caballos y de dos vacas juiciosas, le ayudaron a atravesar aquel período tan difícil.

Pero el corazón que más lleno latía y palpitaba era el del pecho de Rose mientras iba por la casa poniendo flores de primavera en todas partes; muy silenciosa, pero tan radiante de felicidad que las tías la observaban diciéndose en voz baja: «¿Podría parecer un ángel más dulce?»

Si los ángeles llevaban alguna vez vestidos verde pálido y campanillas blancas en el pelo, tenían semblantes llenos de la más serena alegría y grandes ojos que brillaban con una luz interior que los hacía muy hermosos, entonces Rose sí parecía uno. Pero ella se sentía una mujer, y con razón, pues ¿no era muy rica la vida aquel día en que el tío, la amiga y el amante

volvían a ella juntos? ¿Podía pedir algo más, salvo la capacidad de ser para todos ellos la criatura que creían y devolver el amor que le daban con uno tan fiel, puro y profundo?

Entre los retratos del vestíbulo colgaba uno del doctor Alec, hecho poco después de su regreso por Charlie en uno de sus breves arrebatos de inspiración. Sólo un carboncillo, pero de un parecido sorprendente y cuidadosamente terminado como pocos de los demás. Éste había sido enmarcado con elegancia y ahora ocupaba el lugar de honor, adornado con guirnaldas de verdura, mientras el gran jarrón indio de abajo ardía con una pirámide de flores de invernadero enviadas por Kitty. Rose les estaba dando el último toque con Dulce muy cerca, arrullando sobre un puñado de «narcisillos», cuando el ruido de ruedas la hizo salir volando a la puerta. Pretendía haber pronunciado la primera bienvenida y recibido el primer abrazo, pero al ver la cara demacrada en el carruaje, la figura débil siendo sostenida en los escalones por todos los chicos, se quedó inmóvil hasta que Phebe la cogió en sus brazos, susurrando con risa y llanto luchando en la voz:

—Lo hice por ti, mi cielo, ¡todo por ti!

—¡Oh, Phebe, no digas nunca más que me debes algo! Yo nunca podré pagarte esto —fue todo lo que tuvo tiempo de responder Rose mientras estuvieron un instante mejilla contra mejilla, corazón con corazón, demasiado llenas de felicidad para muchas palabras.

La tía Plenty también había oído las ruedas y, como todos se levantaron a la vez, había dicho con toda la impresión que la extrema agitación le permitía, mientras se ponía las gafas al revés y cogía un paño de encaje en vez del pañuelo:

—¡Alto! Quedaos todos aquí y dejadme recibir a Alec. Recordad su delicado estado y estar tranquilos, completamente tranquilos, como yo.

—Sí, tía, desde luego —fue el murmullo general de asentimiento, pero era tan imposible obedecer como habría sido mantener las plumas quietas en un vendaval, y un impulso irresistible llevó a toda la sala al vestíbulo a contemplar a la tía Plenty ilustrando hermosamente su propia teoría de la composura agitando locamente el paño, lanzándose a los brazos del doctor Alec y riendo y llorando con un abandono histérico que ni siquiera la tía Myra habría podido superar.

El jubiloso llanto terminó pronto, sin embargo, y nadie pareció peor por él, pues en cuanto tuvo libres los brazos, el doctor Alec se olvidó de sí mismo y empezó a hacer felices a los demás diciendo en serio, aunque la cara delgada resplandecía paternalmente mientras llevaba a Phebe hacia adelante:

—Tía Plenty, si no hubiera sido por esta buena hija nunca habría vuelto para ser tan bien recibido. Quiérela por mi bien.

Entonces la anciana salió espléndida y mostró su temple, pues volviéndose hacia Phebe inclinó la gris cabeza como saludando a una igual, y ofreciéndole la mano, respondió con el arrepentimiento, la admiración y la ternura que temblaban en su voz:

—Me enorgullece hacerlo por su propio bien. Pido perdón por mis tontos prejuicios, y lo probaré siendo sincera... ¿dónde está ese chico?

Había seis chicos presentes, pero el adecuado estaba exactamente en el lugar adecuado en el momento adecuado, y cogiendo la mano de Archie, la tía Plenty puso la de Phebe en ella, intentando decir algo apropiadamente solemne, pero sin poder, de modo que los abrazó a los dos y sollozó:

—Si tuviera una docena de sobrinos, te los daría a todos, querida, y bailarías en la boda aunque tuviera reuma en todos los huesos.

Eso fue mejor que cualquier oración, pues hizo reír a todos, y el doctor Alec fue llevado al sofá sobre una suave ola de alegría. Una vez allí, Mac mandó salir a todos salvo a Rose y la tía Plenty, pues estaba al mando ahora y parecía haber dejado de lado al poeta para ser médico.

—La casa debe estar en absoluto silencio y tiene que dormirse cuanto antes después del viaje, así que todos decid adiós ahora y volved mañana —dijo, vigilando a su tío con inquietud mientras éste se apoyaba en el rincón del sofá, con cuatro mujeres quitándole la ropa, tres chicos disputándose los chanclos, dos hermanos dándole la mano a cortos intervalos y la tía Myra acercándole una botella de sales fuertes a la devota nariz cada vez que había una apertura en algún sitio.

Con dificultad se despejó la casa en parte, y luego, mientras la tía Plenty montaba guardia sobre su niño, Rose se escabulló para ver si Mac se había ido con los demás, pues en la alegría jubilosa apenas habían hablado, aunque los ojos y las manos se habían encontrado.

CAPÍTULO 22

BREVE Y DULCE

En el vestíbulo encontró a Steve y Kitty, pues él había escondido a su pequeña novia detrás del gran diván, considerando que tenía derecho a estar allí, pues le había sostenido el ánimo durante la reciente angustia con gran constancia y valor. Parecían tan a gusto, arrullándose a la sombra del alegre jarrón, que Rose se habría escurrido calladamente si no la hubieran visto y llamado.

—No se ha ido: creo que le encontrarás en el salón —dijo Steve, adivinando con el instinto de un enamorado el significado de la rápida ojeada que ella había lanzado al perchero al cerrar la puerta del estudio.

—¡Dios me libre! Archie y Phebe están allí, así que tendrá el sentido de meterse en el santuario y esperar, a menos que quieras que vaya a sacarle —añadió Kitty, alisando el pelo revuelto de Rose y colocando las flores en el pecho donde la cabeza del tío Alec había descansado hasta quedarse dormido.

—No, gracias: le buscaré cuando haya visto a mi Phebe. Ella no se molestará —respondió Rose, siguiendo hacia el salón.

—Oye —llamó Steve—, diles que se den prisa y se casen todos a la vez. Estábamos listos cuando el tío enfermó, y ahora no podemos esperar ni un día más allá del primero de mayo.

—Aviso muy corto —rió Rose, mirando hacia atrás con el pomo en la mano.

—Renunciaremos a todo nuestro boato y lo haremos tan sencillamente como quieras, con tal de que vengas tú también. ¡Qué precioso! ¡Tres bodas a la vez! Anda, corre y arregla las cosas: sé un ángel —suplicó Kitty, cuya imaginación se había encendido con esta idea romántica.

—¿Cómo puedo, si todavía no tengo novio? —empezó Rose, con un color revelador en la elocuente cara.

—¡Taimada! Sabes que sólo tienes que decir una palabra y tenerlo, y de los más famosos. Una y su león no serán nada al lado —exclamó Steve, empeñado en acelerar el asunto de su hermano, que le parecía de una lentitud y una peculiaridad excesivas.

—No tiene ninguna prisa en volver a casa, y yo no tengo ninguna prisa en dejarla. No me esperéis, «señor y señora Harry Walmers Júnior»: me llevaré un año por lo menos en decidirme, así que podéis desfilas espléndidamente como queráis y yo aprovecharé vuestra experiencia. —Y Rose desapareció en el salón, dejando a Steve gemir por la perversidad de las mujeres superiores y a Kitty consolarle prometiendo casarse con él el día de mayo «completamente solos».

Una pareja muy distinta ocupaba el salón, pero más feliz, pues había conocido el dolor de la separación y disfrutaba ahora de la dicha de un reencontro que iba a durar sin interrupción toda su vida. Phebe estaba en un sillón, reponiendo fuerzas, pálida, delgada y agotada, pero más hermosa que nunca a los ojos de Archie. Era muy evidente que él adoraba a su divinidad, pues después de colocarle un escabel a los pies, había olvidado levantarse y estaba allí de rodillas con el codo en el brazo del sillón, con aspecto de hombre sediento que bebe largos tragos del agua más pura.

—¿Os molesto si paso? —preguntó Rose, reacia a estropear el bonito cuadro.

—Para nada, si te paras un momento de camino y me felicitas, prima, ¡pues dice que sí por fin! —exclamó Archie, levantándose de un salto para llevarla a los brazos que Phebe abría al verla aparecer.

—Sabía que recompensaría tu paciencia y dejaría de lado su orgullo cuando ambos hubieran sido suficientemente probados —dijo Rose, posando la cabeza cansada en su pecho con tal tierna admiración en los ojos que Phebe tuvo que sacudir algunas gotas brillantes de los suyos antes de poder

responder en un tono de humilde gratitud que mostraba cuánto estaba conmovida su corazón—: ¿Cómo no hacerlo, cuando todos son tan buenos conmigo? Cualquier orgullo se desvanecería bajo semejanzas alabanzas, agradecimientos y deseos de amor como los que he recibido hoy, pues cada miembro de la familia se ha tomado la molestia de darme la bienvenida, expresar una gratitud muy superior a mis méritos y pedirme que sea una de vosotros. Necesité muy pocas persuasiones, pero cuando el padre y la madre de Archie vinieron y me llamaron «hija», habría prometido cualquier cosa para mostrarles mi cariño.

—Y a él —añadió Rose, pero Archie parecía del todo satisfecho, y besó la mano que sostenía como si fuera la de una amada princesa mientras decía con todo el orgullo que Phebe parecía haber perdido—: Piensa en lo que abandona por mí: la fama, la fortuna y la admiración de muchos hombres mejores. No sabes qué espléndidas perspectivas tiene de convertirse en una de las dulces cantoras amadas y honradas en todas partes, y todo esto lo aparta por mi bien, contenta con cantar sólo para mí, sin más recompensa que el amor.

—Estoy tan contenta de hacer un pequeño sacrificio por una gran felicidad que nunca lo lamentaré ni pensaré que mi música es una pérdida si alegra el hogar de mi compañero. Los pájaros cantan con más dulzura en su propio nido, ya sabes. —Y Phebe se inclinó hacia él con una mirada y un gesto que mostraban con qué buena voluntad ofrendaba todas las esperanzas ambiciosas en el altar del amor feliz de una mujer.

Los dos parecían olvidar que no estaban solos, y un momento después lo estaban, pues un impulso repentino llevó a Rose a la puerta de su santuario, como si el viento del sur que parecía haberse levantado estuviera empujando también esta barquita hacia las Islas de los Bienaventurados, donde los demás estaban ahora felizmente anclados.

La habitación era un resplandor de sol y un cenador de frescura y fragancia primaveral, pues aquí Rose había dejado volar la fantasía, y cada guirnalda, helecho y flor tenía su significado. Mac parecía haber estado leyendo ese dulce lenguaje de los símbolos, haber adivinado por qué el pequeño retrato de Charlie estaba enmarcado en rosas blancas, por qué unas violas colgaban alrededor del suyo, por qué Psique estaba medio escondida entre los aéreos tallos del culantrillo, y una flor de la pasión púrpura yacía a los pies

de Cupido. Esta última fantasía evidentemente le complacía, pues sonreía al verla y tarareaba para sí como para engañar su paciente espera el estribillo de la melodía que Rose le había cantado tantas veces:

Bonny lassie, will ye gang, will ye gang To the birks of Aberfeldie?

—Sí, Mac, ¡adondequiera!

No la había oído entrar, y volviéndose la miró con cara radiante mientras decía, tomando un largo aliento: —¡Por fin! Estabas tan ocupada con el querido, que no tuve palabra. Pero puedo esperar: estoy acostumbrado.

Rose se quedó muy quieta, examinándole con una nueva especie de reverencia en los ojos, mientras respondía con una solemnidad dulce que le hizo reír y sonrojar con la alegría sensible de quien valora mucho la alabanza de sus labios:

—Olvidas que no eres el Mac que se fue. Habría corrido a recibir a mi primo, pero no me atrevía a ser familiar con el poeta al que todos empiezan a honrar.

—¿Te gusta entonces la mezcla? Ya sabes que dije que intentaría darte amor y poesía juntos.

—¿Que si me gusta? Estoy tan contenta, tan orgullosa, que no tengo palabras lo bastante fuertes y hermosas para expresar ni la mitad de mi asombro y admiración. ¿Cómo has podido, Mac? —Y toda una cara llena de sonrisas se desató mientras Rose batía palmas, con aspecto de quien podría bailar de pura alegría.

—Se hizo solo, allá entre los montes, y aquí contigo, o fuera solo en el mar. Podría escribir ahora mismo un poema celestial, y ponerte a ti como la Primavera: tienes su aspecto con ese vestido verde y las campanillas en el bonito pelo. Rose, ¿voy adelantando un poco? ¿Un indicio de fama me acerca algo al premio por el que trabajo? ¿Está tu corazón más dispuesto a ser conquistado?

No dio un paso, pero la miró con un anhelo tan intenso que su mirada parecía atraerla con un llamamiento irresistible, pues ella fue a plantarse ante él, tendiendo las dos manos como si ofreciera todo su pequeño tesoro, mientras decía con la más sencilla sinceridad:

—No merece esfuerzo tan hermoso, pero si todavía quieres algo tan pobre, es tuyo.

Él cogió sus manos y parecía a punto de tomar todo lo demás, pero vaciló un instante, incapaz de creer que tanta felicidad fuera verdad.

—¿Estás segura, Rose, del todo segura? No dejes que una admiración pasajera te ciegue: todavía no soy un poeta, y los mejores no son más que hombres mortales, ya sabes.

—No es admiración, Mac.

—¿Ni gratitud por la pequeña parte que he tenido en salvar al tío? Yo también tenía mi deuda que pagar, igual que Phebe, y estuve tan contento de arriesgar la vida.

—No: tampoco es gratitud.

—¿Ni compasión por mi paciencia? Sólo he hecho poco todavía, y estoy tan lejos como siempre de ser como tu héroe. Puedo trabajar y esperar todavía más si no estás segura, pues necesito tenerlo todo o nada.

—¡Oh, Mac! ¿Por qué ser tan desconfiado? Dijiste que harías que te quisiera, y lo has conseguido. ¿Me creerás ahora? —Y, con una especie de desesperación, se lanzó a sus brazos, aferrándose en elocuente silencio mientras él la sostenía estrechamente, sintiendo con un estremecimiento de triunfo tierno que ya no era la pequeña Rose, sino una mujer que amaba, dispuesta a vivir y morir por él.

—¡Ahora sí estoy satisfecho! —dijo al cabo de un momento, cuando ella alzó la cara, llena de pudorosa turbación por la pasión súbita que la había sacado de sí misma un instante—. No, no te escapes tan pronto. Déjame retenerte un bienaventurado minuto y sentir que de verdad he encontrado a mi Psique.

—Y yo a mi Cupido —respondió Rose, riendo a pesar de su emoción ante la idea de Mac en ese papel sentimental.

Él también rió, como sólo puede reír un amante feliz; luego dijo con repentina seriedad:

—¡Alma dulce! Alza tu lámpara y mira bien antes de que sea demasiado tarde, pues no soy ningún dios, sólo un hombre muy imperfecto.

— Amor mío, lo haré. Pero no tengo ningún miedo, salvo que vuelas demasiado alto para que yo te siga, pues yo no tengo alas.

— Tú vivirás la poesía y yo la escribiré, de modo que mi pequeño don cantará las alabanzas del tuyo, mayor.

— No: tendrás toda la fama, y yo me contentaré con ser conocida sólo como la esposa del poeta.

— Y yo estaré orgulloso de reconocer que mi mejor inspiración viene de la vida benéfica de una mujer dulce y noble.

— ¡Oh, Mac! Trabajaremos juntos y trataremos de hacer el mundo mejor con la música y el amor que dejemos atrás cuando nos vayamos.

— ¡Así sea, con la ayuda de Dios! —respondió él con fervor, y mirándola mientras estaba allí en el sol de primavera, resplandeciendo de la tierna felicidad, las altas esperanzas y los propósitos serios que hacen la vida hermosa y sagrada, sintió que ahora el último pétalo se había abierto, el corazón dorado estaba al sol, y su Rosa había florecido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB